Victoria Hollis





SERIE ROCKSTARS
LIBRO 22

Por ti

Serie Rockstars, libro 22

Victoria Hollis

Advertencia

Este libro se ha escrito para un público adulto. Puede contener situaciones y escenas de sexo explícito, lenguaje adulto y temas que solo pueden entender las personas mayores de 18 años.

Capítulo 1

Jordan le tendió la mano. Reggie la estrechó en la suya sin vacilar, enternecido.

—Amigos, Jordan. Amigos por siempre —dijo.

Y luego le abrazó, cerrando los ojos, con una sonrisa. Quizás lo que estuvo pensando de él hacía un rato, en el callejón, había sido injusto y totalmente infundado. Quizás Jordan ni estaba loco, ni era un mal tipo, sino que solo era un chico mimado, que necesitaba ser el centro de atención, pero que en el fondo, tenía buen corazón y nobles sentimientos.

Quizás fuera verdad, eso de que pudiera empezar a tratarle como a un amigo… Algún día.

Reggie apenas había empezado a sentir el alivio de saber que Jordan había olvidado el incidente, y de sentir que todo volvía a estar bien entre ellos, cuando el otro chico rompió el abrazo y se apartó. El batería se quedó un poco sorprendido. Había sido demasiado breve para lo importante que era el momento, o eso le había parecido a él. Como le solía ocurrir, empezó a justificarle en su cabeza sin darse cuenta.

«Tal vez él no necesita un abrazo más largo ni más sentido», se dijo. «Jordan tiene montones de amigos. Tal vez no hace falta tanto. Tal vez lo único que pasa es que yo estoy ávido por ser su amigo, y a él le da lo mismo. Tal vez simplemente estoy pensando demasiado…».

Por su parte, Jordan apretó sus hombros con ambas manos, mirándole con una afectuosa sonrisa. Reggie no fue capaz de reaccionar de ninguna manera, abstraído como estaba por sus dudas y su conflicto emocional. Fue Jordan quien rompió también el contacto visual. Se volvió hacia los demás, y exclamó, ilusionado:

—¡Yo también quiero bailar! ¡Ha sido una idea estupenda poner música y organizar una fiesta! ¿De quién ha sido? ¿Tuya, Paul? —Y sin esperar respuesta, tiró de un brazo de Reggie hacia la mesa, añadiendo—: ¿Más *whisky*, Reggie?

Fue a por la botella y sirvió un poco más en los dos vasos, en el del batería y el suyo. Reggie cogió su vaso con un «gracias» a media voz, todavía confuso por lo que acababa de pasar y lo que estaba sintiendo, y levantó la vista buscando la cara de Dan.

Se quedó aún más sorprendido al ver que los dos raperos habían dejado de bailar, y que estaban mirándoles a ellos dos con grandes ojos y la expresión asustada. Little B parecía ser el más impresionado de los dos. En cuanto a Dan, en el momento en que

su mirada se cruzó con la de Reggie, se sacudió un poco, y volvió la vista hacia Jordan, con el ceño fruncido.

Reggie se extrañó por ello. No era propio de un chico tan dulce como Dan Nobody mirar a alguien con la desconfianza y el horror con los que estaba observando a Grant en aquel instante. ¿Qué podría haber en él para que Dan tuviera esa cara?

Intrigado, se volvió de nuevo hacia su compañero Red Devil. Jordan estaba hablando con Paul, y los dos sonreían y bebían de sus respectivos vasos a pequeños sorbos. Por mucho que le observó, tratando de fijarse en todos los detalles, Reggie no logró detectar nada anormal en él.

«¿Habrá sentido Dan también que el abrazo ha sido demasiado breve? ¿Lo habrá sentido hipócrita, como me ha pasado a mí?», se preguntó. «Pero, ¿y Little B? ¿Por qué parece casi asustado?».

Aquello era un completo misterio. Reggie tomó nota mental de preguntarle a Dan sobre ello en cuanto tuviera ocasión…

***

Dan Nobody se mordió el labio inferior. Le parecía evidente que Reggie estaba confuso. Sus ojos iban de él a Jordan y viceversa, y parecía extrañado. Había debido notar que algo no andaba bien aquí.

—Reggie se ha dado cuenta —le cuchicheó su colega Little B con disimulo.

—Se ha dado cuenta de que ha pasado algo, pero no sabe el qué. No ha podido ver la cara de Jordan de hace un minuto. La puso a sus espaldas, por encima de su hombro…

Little B le miró, preocupado.

—¿Qué hacemos? ¿Se lo vas a decir?

—Tengo que decírselo. Pero ahora no. Jordan está…

La voz del joven Grant interrumpió la frase.

—Pero, ¿por qué habéis parado de bailar, amigos? —exclamó, dirigiéndose hacia ellos, con el vaso en la mano—. ¡Vamos! ¡La noche es joven! ¡Celebremos que estamos juntos y que nuestro plan va de maravilla!

Llegó junto a Little B y chocó un codo con el suyo. El rapero contestó:

—Estábamos esperándote, hermano. ¿Qué creías? ¡Eres el rey de todas las fiestas! ¡No podíamos empezar sin ti!

Si Jordan se dio cuenta de que su tono había sonado algo forzado, desde luego, no dio muestras de ello. Se echó a reír, y emprendió unos pasos de baile. Little B le imitó, haciendo el payaso. Ahora rieron los dos.

Dan volvió a mirar a Reggie, agradeciendo la habilidad de su colega para improvisar y para distraer y entretener a Jordan. Reggie le miró a su vez. Se encogió de hombros y vocalizó: «¿Qué pasa?». Dan solo tuvo tiempo de hacerle una seña disimulada con la mano, del tipo de: «Luego hablamos», y ya tenía a Jordan tirando de uno de sus brazos y diciendo:

—¡Ven, Nobody, baila tú también! ¡Paul! ¡Venga, hombre, no te hagas de rogar!

—¡Ya voy! —canturreó Paul, tomando de un trago el líquido que quedaba en su vaso, antes de acudir a reunirse con ellos.

A Dan no le quedó más remedio que seguirle la corriente a

Jordan y bailar él también, aunque ya no tenía ganas, y se sentía falso y payaso… Pero no quería volver a disgustar a Grant y dar pie así a otro conflicto. Además, al fin y al cabo, solo se trataba de bailar, y eso se le daba bien. No había que pensar…

En cuanto a Reggie, apenas vio que había plan de baile, se escurrió con disimulo hacia una pared, buscando el extremo opuesto del salón a donde estaba la radio… Y también el lugar más alejado de la luz de la cocina, que era la única que tenían. Se ocultó en las sombras, a la vista de todos, y se quedó allí, quieto y silencioso, con su vaso en la mano.

«Quiere pasar desapercibido y que Jordan no le saque a bailar a él también», pensó Dan. «Pero yo no creo que lo haga. Jordan le conoce, y sabe que Reggie no baila jamás. Ahora bien… ¿Y si lo hiciera yo?».

Pero sacar a Reggie a bailar… ¿Para qué? Aparte de para avergonzarle hasta el infinito, se entiende…

«Para contarle la cara que le hemos visto a Jordan, pero sin que él se dé cuenta», se respondió. «Y también para estar con él. ¡Míralo, por favor! ¿No está para comérselo? Tan tímido… ¿Voy a dejarlo solo en un rincón mientras que yo hago como que me divierto? En otras ocasiones lo he hecho, cuando aún no le conocía y no sabía lo que siento por él. Pero ahora… Además, le dije que si podía, le sacaría a bailar, y me gustaría cumplirlo. Creo que lo necesita, aunque diga lo contrario. Lo necesitamos los dos. Adoro bailar, y quiero compartir esto con él».

Pero… ¿Era la ocasión correcta? ¿O solo serviría para que Jordan volviera a reírse de Reggie, pero por un motivo distinto? ¿No sería mejor dejarlo estar y esperar a otro momento?

Dan se volvió por encima de su hombro para dirigirle otra mirada al batería. Casi era difícil ver su silueta con esta luz, aunque su pelo rubio brillaba como una estrella, y sus ojos azules relucían en la penumbra, clavados en él. Parecía absorto, con la

cara de color rosa y los labios rojos y sueltos.

«¿Está mirándome el trasero?», se dijo Dan, divertido. No le quedó más remedio que sonreír. «Ah, Reggie, cariño… Ahora sí que no te libras».

Y sin pararse a reflexionar más sobre ello, hizo un giro, y se acercó a él, decidido. Iba a hacer bailar a ese ángel. E iba a informarle de la perversa mirada de Jordan. Y si este se atrevía a hacer una sola burla a costa suya, Dan se ocuparía de darle el corte más firme y más en seco que le habrían dado en su vida. Lo de Little B iba a ser poco en comparación. Eso no lo sabía él bien…

***

Reggie se había refugiado en un rinconcito oscuro, huyéndole a Jordan, para que no le sacara a bailar a él también. Estaba habituado a hacerlo. En las fiestas, siempre se retiraba a un lugar apartado con otros tímidos, y admiraba desde allí las proezas de los demás en la pista de baile. Nadie solía darse cuenta, y nadie solía echarle en falta, o eso creía él…

Pero hoy todo era diferente. Para empezar, solo eran cinco monos, y no tenía mucho sitio donde esconderse. A menos que saliera corriendo a la habitación vacía, claro…

Para terminar, estaba Dan, y estaba lo que sentía por él…

En un primer momento, Reggie albergó la desesperada confianza en que los demás se centrarían en su baile y se olvidarían de él, y se agarró a ella con uñas y dientes, esperando que esta vez no fuera tan diferente a las demás fiestas, después de todo…

Luego sus ojos captaron el precioso trasero de Dan, y se vio distraído por su forma y su modo de moverse, tan masculino y

sensual. Estaba seguro de que Dan no debía darse ni cuenta de lo provocador que resultaba verle bailar. Tenía el cuerpo perfecto, y sabía moverlo como si llevara el ritmo en las venas, sin esfuerzo, tan fluido y grácil como si la música formara parte de él. Era una delicia contemplarlo…

Pero de pronto, Dan se volvió. Le miró un momento por encima de su hombro, y, con un artístico y elegante giro, propio de un profesional, se volvió y se dirigió hacia él. Caminó unos pasos en su dirección, despacio y mirándole bien fijo desde debajo de sus cejas, con cara de depredador. Reggie se echó a temblar. De repente, sintió en carne propia la temerosa anticipación de un conejo bajo la mirada de una rapaz. Se compadeció de los pobres conejos…

«Ay, ay…», pensó, deseando poder fundirse con el gastado y rasgado papel de las paredes. «Quiere sacarme a bailar, tal como dijo en el callejón. ¡Se ha acordado, madre mía! Y yo si normalmente no quiero hacerlo, hoy ya menos que nunca. Sería darle material a Jordan para que se riera de mí durante las próximas diez vidas, por lo menos… ¡Pero mira qué cara me trae! ¿No es perfecto este hombre?».

Aterrado y fascinado a partes iguales, Reggie no fue capaz de moverse. Se quedó allí de pie, agazapado en las sombras, mirando a Nobody, y deseando poder echarse a sus brazos para recorrerlo entero a caricias de fuego… Y deseando también que la tierra se abriera bajo sus pies en aquel instante. Los dos deseos le asaltaron a la vez, y los dos tiraron de su corazón en sentidos contrarios con la misma intensidad. ¡Qué horrible dilema, demonios!

Suerte que Dan lo resolvió por él. Llegó a su lado e hizo una pequeña inclinación. Pretendía ser de broma, pero su rostro tan serio y su mirada tan intensa anularon por completo el efecto. Y al fin, hizo la temida —y ansiada— pregunta:

—¿Bailas?

Reggie se limitó a sacudir la cabeza en un rígido gesto negativo. Tenía la lengua pegada al paladar. No era capaz de hablar.

Dan le quitó el vaso suavemente de la mano, y lo dejó en el suelo, respondiendo:

—¿Eso es un «sí»? Porque me ha parecido un poco raro…

Esbozó una sonrisita torcida, pero blanquísima y preciosa. Reggie sintió que le temblaban las piernas.

—Danny, por favor… —comenzó, en un tono lastimero y suplicante, que le sonó patético en sus propios oídos—. No quiero hacer el ridículo… —Bajó la voz al exclamar, ahora en un desesperado cuchicheo—: ¡Y menos aún esta noche, delante de Jordan!

Dan le tomó con delicadeza por una mano.

—¡Pero si tú no tienes que hacer nada! —contestó, desenfadado—. Solo agarrarte a mí y dejarte llevar. Mira, así.

De repente, tiró de él hacia su cuerpo, haciéndolo chocar contra el suyo. Quedaron pecho con pecho y barriga con barriga. Reggie se encontró con sus ojos negros a pocos centímetros de los suyos. Ahora pudo sentir de pleno la intensidad de su mirada. Había fuego en el fondo de aquellos ojos, fuego y decisión. Dan no estaba jugando ni estaba de broma; esto era algo muy serio, y Reggie no logró entender por qué. ¿Le estaba seduciendo? ¿A estas alturas? Pero si ya le había enamorado, no tenía necesidad de hacer nada más…

De modo inesperado, Dan habló, en susurros, y lo que dijo le sorprendió, además de sembrarle una cosquillita de anticipación entre las piernas…Cada vez que aquella voz sonaba así de bajita y en tono confidencial, Reggie sentía una llamada de atención de sus partes nobles, diciéndole: «Queremos más de esto, por favor. Y a

ser posible, que nos pille con poca ropa y que nos hable al oído, mientras una de sus manos nos cubre de caricias…». Bendito Dan, que hacía que su pene pensara con voz propia…

—De él quería hablarte —susurró el rapero—. No bajes la guardia con Jordan.

Capítulo 2

Antes de que Reggie hubiera podido reponerse de la sorpresa, y también de la punzada de deseo, que todo había que decirlo, Dan le había agarrado con firmeza por la cintura con una mano, y sujetó una de las suyas con la otra. A continuación, emprendió un exagerado tango, muy erguido y con la cabeza muy alta, haciendo teatro y tirando de Reggie como si en vez de llevar a un hombre pegado a él, llevara un muñeco de trapo.

Por su parte, Reggie continuaba demasiado sorprendido como para asustarse u ofenderse. Apenas se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Su cuerpo se dejó llevar por el del otro chico, mientras le cuchicheaba, extrañado:

—¿Qué?

—Que no bajes la guardia —repitió Dan, sin mirarle, con la barbilla apuntando al techo—. Le he visto una cara muy rara antes, cuando te abrazaba.

Se detuvo. Cambió de manos y agarró la cintura de Reggie con la otra. Continuó con su particular tango, mientras Jordan, Paul y Little B aplaudían y reían. Pero Reggie estaba ahora demasiado intrigado como para sentir vergüenza. Dejó que Dan siguiera moviendo su cuerpo por él, y preguntó:

—¿Cara rara? ¿Qué quieres decir?

—Que no te fíes.

—A lo mejor yo te he hecho pensar mal, contándote…

Dan volvió a detenerse. Hizo girar a Reggie como una peonza, y luego lo recogió sobre un brazo, como si fuera una dama medio desmayada. La realidad era que Reggie estaba un poco mareado. Le vio dos cabezas al otro chico cuando este se inclinó sobre él, haciendo como si el cuello del batería fuera un pastel delicioso, y él estuviera a punto de hincarle el diente. Se acercó más. Su respiración le acarició la barbilla…Y de pronto, cuchicheó:

—No has sido tú. Little B también lo ha visto. Y no le has contado nada a Little B…

Se incorporó de golpe, tirando de Reggie y haciéndole recuperar a la fuerza su posición erguida. Volvió a agarrarle por la cintura y prosiguieron con el tango.

—Pero si me ha dado la mano… —dijo Reggie—. Ha pedido perdón…

—No sé, Reggie. Little B y yo le estaremos vigilando. —Dan cambió el gesto y esbozó una sonrisita, añadiendo—: Oye, ¿sabes que no se te da nada mal? Tenemos que bailar un tango en serio tú y yo. Pero sin espectadores…

Movió las cejas con complicidad… Y lo siguiente que vio Reggie fue la habitación entera dando vueltas a su alrededor. Dan le había hecho girar otra vez. Menos mal que luego lo recogió y le hizo parar. Dio por terminado el tango, haciendo una pose dramática, con la cabeza muy alta y alzando también una mano de modo teatral. Sus tres amigos aplaudieron y rieron hasta saltárseles las lágrimas, soltando vítores y formando el mismo jaleo que harían treinta hombres.

Reggie se llevó una mano a la cabeza, en un intento de hacer

que el mundo dejase de girar. Ahora estaba mareado de veras…

—¡Son geniales! —exclamó la voz de Jordan.

Reggie lo vio aplaudir, entre la niebla del mareo. Cerró los ojos. Sintió que Paul le abrazaba, enterrándolo casi en sus dos metros de cultivada musculatura, mientras le decía:

—¡Maravilloso, Reggie! ¡Eres todo un artista!

—¡Sí! —dijo Jordan—. ¡Haces de muñeco de trapo mejor que nadie en el mundo!

Reggie sintió sus brazos rodeándole, y una vez más, le inundó el aroma de su perfume. Tragó saliva. De repente tenía náuseas, y no era por el mareo…

Jordan le dio un par de palmadas en la espalda, y se volvió hacia la mesa para retomar su vaso. Reggie abrió los ojos. Se sentía inestable y a punto de caerse redondo. Se quedó allí de pie, con las piernas abiertas, una mano en la frente y la otra en el estómago.

—¿Estás bien? —preguntó la voz suave y dulce de Dan, sujetándole por un brazo.

—Mareado —se limitó a responder Reggie.

Dan chasqueó la lengua y rodeó sus hombros con el brazo para atraerle hacia sí con cuidado. Se quedó a su lado, muy pegadito a él. Reggie lo agradeció. Su cuerpo sólido y firme le dio estabilidad. Su calor le hizo sentir acompañado y protegido…

Dan inclinó la cabeza a un lado para dejarle un besito dulce en la mejilla, murmurando:

—Lo siento, cariño, pero tenía que decírtelo.

Reggie asintió, y en seguida se arrepintió de haberlo hecho,

porque la habitación volvió a girar a su alrededor, como si estuviera en un tiovivo. Cerró los ojos de nuevo y tragó saliva, en un esfuerzo por retener la náusea…

Pasó pronto, menos mal. El mundo dejó de girar, y sintió el suelo más firme bajo sus pies. Abrió los ojos, una vez más. Lo primero que vio fue la espalda de Jordan ante sí. Se había quitado la gorra gris, y su largo cabello rubio flotaba sobre sus hombros y su espalda. Era de un color dorado muy claro, casi blanco, ondulado y vaporoso. Destacaba encima del lienzo que formaba la camiseta negra. Se veía hermoso. Parecía un ángel vestido de negro.

—¡Cuando le agarró, creí que a Reggie le daría algo! —estaba diciendo Grant, riendo todavía, en medio de sus otros dos compañeros—. ¡Su cara de pánico ha sido digna de ver!

«Ya está en medio, como suele hacer. Le gusta verse en el centro de todo», se dijo Reggie. «Su voz es la única que se oye. Es el rey, no cabe duda, y yo solo un peón. ¿Cómo se me ha ocurrido pensar que podríamos llegar a ser amigos, algún día? Jordan no quiere amigos. No quiere a nadie a su misma altura. Dejaría de ser el rey. Tendría que compartir la admiración de los demás con sus amigos, y eso le jodería. Necesita ser el único admirado. Necesita ser adorado como un dios. Si no le adoras, o bien te ignora, o te declara la guerra».

Y Reggie había dejado de adorarle. Es más, incluso había osado tratarle como a uno más, dándole órdenes y disponiendo las cosas del modo más acorde con el bien común, sin darle preferencia a Jordan en nada. A ojos de su compañero, eso era el equivalente a un pecado mortal, poco más o menos.

«Entonces, ¿su apretón de manos fue falso? ¿Mintió?», se preguntó.

Jordan había dicho que eran amigos, que todo estaba bien. ¿Cómo iba a ser mentira? ¿Qué clase de persona decía eso de

mentira? ¿Cómo se podía mentir y fingir en algo como eso?

«No puedo creerlo. Me niego a creerlo», pensó. «No, no mintió. Me ha perdonado de veras. Su cara, sus ojos… Estaba arrepentido, lo sé. Eso no se puede fingir».

Entonces, ¿a qué venía esa cara tan rara que decían que le habían visto los dos raperos? ¿La habrían visto de verdad? ¿O se habrían engañado por la poca luz?

«¿Cómo van a engañarse los dos?», se dijo. «Si hubiera sido solo uno, lo pondría en duda, pero los dos…».

Sintió que Dan tomaba su mano en una de las suyas y la apretaba con ternura contra su pecho. Reggie la apretó a su vez, agradecido, y cuchicheó, sin apartar la vista de la espalda de Jordan:

—¿Qué clase de cara rara le has visto exactamente, Danny?

—Una de mala idea. Como si estuviera planeando hacer algo malo, y eso le diera una perversa satisfacción.

Dan le hizo un mimito con su cabeza en la suya, apretando sus hombros contra sí. Le besó la frente.

—Lo siento de veras, cariño. Tal vez he sido muy brusco, y si no has bailado nunca… —murmuró—. ¿Se te pasa un poco el mareo?

Reggie asintió.

—Sí, ya estoy mejor. —Se volvió para mirar a Dan a los ojos—. ¿Estás seguro de que era conmigo?

Dan asintió a su vez, muy serio y con su mirada prendida de la suya. Reggie sintió que podría pasar el resto de su vida mirando aquellos ojos. Eran sinceros y preocupados, preocupados por él.

Nadie le había mirado así antes. Dan parecía estar viendo el fondo de su alma en aquel momento, y no solo le veía, sino que además le comprendía y se inquietaba por él.

Reggie volvió a sentirse unido a este hombre, como si hubiera una cinta invisible de energía envolviéndoles en espiral de los pies a la cabeza, haciendo de ellos dos y uno a un tiempo. Aislándoles y protegiéndoles del mundo. Dándoles fuerza. Él solo no era nadie. Con Dan sin embargo, se sentía capaz de mover montañas…

Pero una vez más, la voz de Jordan interrumpió la silenciosa comunicación que había entre ellos. El instante mágico pasó, y Reggie volvió a encontrarse de pie en medio del salón, con Danny sujetándole y sirviéndole de apoyo para que no se cayera al suelo redondo. Jordan se había vuelto hacia ellos y exclamaba, sonriente:

—¡Eh! ¿Por qué no probáis ahora a bailar un vals?

Dan apartó la vista para mirarle y soltó la mano de Reggie, que había mantenido apretada contra su pecho, como si de repente hubiera estado envuelta en llamas.

—¡Otro día, Jordan! —dijo, haciendo un gesto despreocupado con la mano en el aire—. Reggie está mareado. Dejémosle que se recupere un poco.

Jordan hizo puchero, de broma, como si le hubiera dado pena. Luego se encogió de hombros y se marchó, danzando de modo extraño, hacia la parte más despejada del salón. Little B y Paul le siguieron, riendo y haciendo sus propios aspavientos.

—Ven, cariño —murmuró Dan.

Condujo a Reggie despacio de regreso a la pared donde estuvo apoyado antes, y volvió a poner su vaso en su mano.

—Tengo que hacer un poco más de teatro y bailar con los demás —le dijo—. No quiero que tengamos otro conflicto por mi causa. ¿Puedo dejarte solo? ¿De verdad estás mejor?

—¡Sí! De verdad, no te preocupes —contestó Reggie. Le acarició una mejilla con el dorso de los dedos y añadió, más bajito—: Gracias. Por todo.

Dan tomó su mano de nuevo en la suya, y le besó el dorso antes de dejarla ir.

—Vendré a buscarte de nuevo en cuanto vea que es seguro —susurró—. No creo que Jordan aguante mucho. Durante la cena parecía a punto de caer dormido.

Le guiñó un ojo, y Reggie esbozó una sonrisita.

—Te quiero —vocalizó.

—Y yo a ti.

—Estaré bien —insistió Reggie. Apretó un brazo de su compañero y le hizo una seña hacia los demás, apremiándole—: Vamos, ve. Y no te limites a hacer teatro. Intenta divertirte, ¿vale?

—¿Sin ti? No, lo siento —dijo Dan, con una sonrisa cómplice.

Y se marchó, dejando a Reggie con otra sonrisa en la cara, tonta y enamorada en su caso, y un agradable calorcito en el pecho. Tomó un sorbo de su vaso.

«¿Qué he hecho para merecer a este hombre, por favor?», se preguntó, mientras volvía a admirar los movimientos del otro chico. Aunque intentara hacer el payaso como los demás, su danza seguía siendo más elegante y más artística que la de los otros tres. «Lo suyo es talento natural, no cabe duda», pensó Reggie. «Y a mí me encanta».

Dan se volvió para mirarle, apenas un instante, pero Reggie captó el mensaje. Sus ojos le dijeron sin palabras: «Estoy aquí. Te tengo en mi mente. Si me necesitas, estaré a tu lado en seguida». Reggie le hizo un pequeño gesto con la mano para indicarle que lo había entendido, y que él también estaba pensando en él. Luego le señaló con un dedo, y se llevó la mano a la boca para darse un beso, como hacían los chefs de cocina cuando querían decir que una receta estaba riquísima. Dan sonrió ampliamente y continuó bailando, y Reggie volvió a sentirse el hombre más afortunado de la tierra.

A decir verdad, agradecía que el otro chico le hubiera dejado solo de nuevo. Había tenido suficiente ración de baile por esta noche. Y además, tenía cosas en las que pensar…

Desvió la vista hacia Jordan y le observó con disimulo desde detrás de su vaso.

«¿Mentiste, Jordan?», se preguntó, una vez más. «¿Me diste la mano sin sentirlo, y me abrazaste mientras planeabas joderme de algún modo? ¿De qué otro modo puedes joderme, por cierto? Ya me tienes aquí encerrado, sin poder ensayar, a dos días de nuestro concierto anual. Y encima me has nombrado tu sustituto cuando tú no estás, tarea que me sigue quedando demasiado grande. A veces siento que aunque estuviera mil años haciéndola, seguiría quedándome grande. ¿Te parece que estoy poco jodido? ¿Aún quieres hacerme algo más? ¿El qué? ¿Y cómo podría protegerme de ti?».

Y proteger a Dan. Porque a lo mejor Jordan planeaba poner sus miras en él, con la idea de romper el corazón de Reggie. Precisamente estaba a su lado en aquel momento, chocando una cadera con la suya, y riendo como un bobo. Reggie frunció el ceño.

«No se atreverá», pensó. «Dan le parará los pies. Eso me dijo, y le creo. Además, como yo me entere de que Jordan ha intentado

algo con él, soy capaz de hacerle una cara nueva, esta vez sí. Dan es un precioso sueño. No voy a perderlo».

Eso se decía a sí mismo, y quería sentirlo de verdad. Pero solo con pensar que Jordan consiguiera arrebatarle la conexión que sentía con Dan, notaba un nudo de congoja en el pecho. Su incipiente relación con ese chico era lo más hermoso que había vivido nunca, y no podía perderla. Si esta relación se rompía, Reggie sabía que parte de él, una parte muy grande y muy importante, su parte soñadora, su parte inocente, la parte de él que aún se empeñaba en confiar en los demás, moriría. Y sería para siempre. Y entonces él se convertiría en una máquina sin corazón, que se limitaba a hacer su trabajo, a aparentar que estaba viva, y nada más.

No iba a consentir que Jordan le hiciera esto. Reggie le apreciaba. Pero ni por esas merecía este honor. Una cosa era apreciar a un amigo, y otra… Bueno, otra dejar que ese amigo le arrancara a uno el corazón y lo quemara ante sus ojos. Nadie merecía eso. Ni siquiera Jordan Grant.

***

Jordan se lo había pasado genial con el tango de Dan y Reggie. Había aplaudido hasta que le dolieron las manos, y se había reído hasta que se le saltaron las lágrimas. Los gestos exagerados de Dan y la cara de horror de Reggie habían sido lo más cómico que había visto en mucho tiempo.

«Ya tiene mérito, eso de sacar a Reggie a bailar. Ese hombre es un búho», pensó, mientras chocaba su cadera con la de Nobody, de broma. «Sigo sin entender qué ha visto Dan en él. Pero bueno, que lo disfruten mientras puedan… Ahora que aún pueden… Porque cuando haya acabado con Reggie, no le quedarán ganas de tener nuevos romances».

El pensamiento le hizo sonreír. Little B le hizo una mueca, y ahora Jordan se rió. Si Reggie había puesto esa cara de horror solo por tener que salir a bailar… ¿Qué cara se le quedaría cuando Jordan hubiera terminado con él? Estaba deseando verla…

«Después de Troy, Reggie», se dijo. «Te he dado turno para hundirte después de hundir a Troy».

Capítulo 3

Por su parte, William llevaba un rato de pie, con la espalda apoyada en la puerta de su habitación, reponiéndose de la sorpresa, o más bien del susto, que le había ocasionado escuchar aquella música al otro lado del pasillo.

Durante un primer instante, William había temido que sus secuestradores estuvieran festejando la rendición de Troy y la disolución de su grupo, y eso le provocó una pequeña crisis de pánico. Suerte que David había venido a avisarle de que era algo que habían hecho porque sí, no porque estuvieran celebrando nada. Le dio mucho alivio saberlo.

La música era buena, alegre y bailable. En cuanto empezó a estar más tranquilo, William se dio cuenta de que su cuerpo había empezado a moverse, siguiendo el ritmo por su propia voluntad. Su cabeza se movía, su pie izquierdo también…

«La música me puede, qué le vamos a hacer», se dijo, apartándose de la puerta para acercarse a su improvisado campamento.

Se había preparado una especie de lecho con las cosas que le habían traído sus secuestradores. Junto a él tenía la lámpara y la bandeja, ahora vacía, salvo por medio vasito de *whisky*. Lo tomó y bebió un sorbo para reanimarse. Inspiró entre dientes al sentir el alcohol quemándole la garganta, y luego dejó el vaso de nuevo

sobre la bandeja. Se incorporó.

La canción que sonaba ahora le resultaba conocida. Dio unos pequeños pasos de baile en su reducida habitación.

«Me vendrá bien para desentumecer los músculos», se dijo. «Y también para quitarme el estrés. Ha sido una tarde muy dura».

Giró sobre sí mismo, dejándose envolver poco a poco por la música, aunque teniendo cuidado de no pisar la esterilla ni volcar la lámpara de una patada. Aprovechó que estaba solo para dejar que su cuerpo se moviera como le viniera en gana. El resultado fue una danza tal vez poco elegante, pero muy liberadora.

«Si Troy y nuestros amigos pudieran verme…», pensó, con una sonrisita.

Si Troy estuviera aquí, William no se movería de esta manera, eso por descontado. Se movería de esta otra —se hizo a sí mismo una demostración gráfica—, más sinuosa y sensual. Y le agarraría de la cintura para frotarse contra su cuerpo, aunque solo fuera por ver esos ojos grises ponerse del color de las tormentas por la excitación.

«Troy se pone guapísimo cuando está un poquito excitado, pero hay gente y no puede explayarse. En Las Vegas lo pasé genial provocándole», recordó.

Y su sonrisa se hizo más amplia, mientras daba otra vuelta y se ponía a hacer el payaso ante una audiencia invisible, solo por jugar.

«Es que es muy macho. Y la frustración y la necesidad a partes iguales lo vuelven de un interesante…», pensó. «Si encima tiene la barbita esa de dos días que se deja de vez en cuando… Ay, eso ya es para morderle, directamente. Adoro morder su boquita carnosa, y sembrar su barbilla de bocaditos, y sentir el roce áspero de los pelitos de la barba en los labios…».

Si Troy echaba la cabeza hacia atrás, como solía hacer para poder respirar, William descendía a bocaditos por su cuello. Para él era una delicia besarle la nuez, lamer sus clavículas, y sentir el tacto más suave de los pelitos de su pecho en los labios.

«Un machito perfecto, así es mi dragoncito», se dijo.

Sí, puede que lo fuera. Pero de lo que no cabía ninguna duda era que, si William continuaba pensando estas cosas, iba a terminar con un pequeño gran problema entre las piernas. Y sería muy engorroso tener que lidiar con eso en sus actuales circunstancias. Soltó una risita.

«Troy me diría que soy un pervertido… Aunque en el fondo le encanta que lo sea. Él es demasiado serio. Sin mí se aburriría un montón», reflexionó.

Y con esta imagen en mente, la de la cara de Troy haciendo un mohín, pero siguiendo sus movimientos con la vista con interés, se olvidó de pensar y dejó que la música fluyera a través de él.

¡Ah, la música…! ¡Qué maravillosa magia! A veces era un regalo y una bendición, esto de poder envolverse en música y poder dejar de pensar…

***

Mientras William se deshacía de la tensión acumulada durante el día con este sano ejercicio, Troy se encontraba al volante de su coche, acompañado de sus dos amigos, e iban por fin camino del Averno.

Les había costado un ratito salir de Nueva York, y lo habían hecho con Troy rezongando y maldiciendo el tráfico. Parecía impaciente por pasar a la acción, como si le moviera un fuego

incontenible. Decía que ya habían perdido demasiado tiempo con unas cosas y otras, y total para nada, porque nadie iba a ayudarles…

—Al final, tenemos que hacerlo nosotros solos —repetía—. Si lo llego a saber, me habría puesto en movimiento esta misma tarde.

—¿Antes de hablar con el secuestrador? —se asombró Austin.

—¡Hombre, claro que sí! ¡Cuanto antes! Total, ¿para qué nos ha servido hablar con ese tipo? ¿Acaso íbamos a ceder a lo que nos pidiera, de todas formas?

—No. Cierto —convino Austin.

—Van pasando las horas, y William está allí solo, a merced de Jordan. Y con cada minuto que pasa, está más expuesto a que le hagan daño, por impaciencia, por rabia, por venganza, o yo qué sé. ¿Te gustaría verte en esas, Austin?

—Em… No —repuso el batería.

Troy asintió, tajante, y dio por terminada la conversación.

Seth iba sentado detrás, en el hueco entre los dos asientos delanteros. Una vez más, admiró el cambio que había dado Troy desde que regresó de la comisaría. En teoría, debería estar cansado y durmiéndose por las esquinas, después de un largo día, pero la realidad era todo lo contrario. Troy tenía ahora más energía de la que había tenido en toda la tarde.

«Me pregunto qué le habrá dicho el detective para darle este ímpetu», se dijo Seth. «Y también de dónde saca las fuerzas, porque yo estoy hecho pedazos. No me veo escalando el muro del Averno, la verdad…».

Bostezó con disimulo, cubriéndose la boca con una mano, y parpadeó, somnoliento. Miró a Austin, que iba sentado delante, junto a Troy, pero el batería parecía sumido en sus pensamientos, mirando ante sí con aire abstraído. En cuanto a Troy, tenía los ojos entornados, el gesto fruncido en una mueca de decisión, y la mirada clavada en la autopista que se extendía ante ellos.

«Por lo menos, en esta ocasión ha tenido la decencia de no irse solo sin decirnos nada, y ha decidido contar con nosotros, por una vez», reflexionó el bajista. «Algo extraño en él, por otra parte. Pero alguna vez tenía que madurar, ¿no?».

La carretera estaba oscura como la boca de un lobo. No se veía nada alrededor. La única iluminación era la que proporcionaban los faros del coche. Seth se preguntó qué pasaría si empezara a cabecear. ¿Se daría cuenta Troy? ¿Se enfadaría? Porque vamos, si tan solo estuviera un poquito menos nervioso por lo que estaban a punto de hacer, Seth se recostaría hacia atrás, y entraría en modo Bella Durmiente hasta mañana…

De hecho, ya estaban empezando a cerrársele los párpados por sí solos, cuando de pronto, Troy golpeó el volante con una mano y exclamó:

—¡Ah! ¿Será posible…?

Seth se sobresaltó. Austin se echó un poco hacia delante y empezó a otear en la distancia, inquieto, preguntando:

—¿Qué pasa, jefe?

—¡Mira!

—¿El qué? No veo nada.

—¡La aguja de la gasolina! —dijo Troy.

Le dio una palmada a Austin en un brazo con el dorso de la

mano. Señaló luego al salpicadero para más énfasis, y añadió:

—¡Está a punto de acabarse! ¡Vamos en la reserva!

—Normal —dijo Seth—. Esta tarde fuiste al Averno y volviste. Eso son…

Empezó a hacer la cuenta de cabeza, pero Troy le interrumpió con otra exclamación:

—¿Y dónde encontramos gasolina ahora, a ver? ¡Estamos en mitad de la nada!

Seth volvió a mirar alrededor a través de las ventanillas. Cierto. Por lo poco que se podía ver con las luces de los faros, solo tenían campo y más campo alrededor.

—Habrá que buscar una estación de servicio —dijo—. ¿Cuánta gasolina suele haber en la reserva? ¿Crees que nos dará para…?

Ahora fue Austin quien le interrumpió. Sujetó el brazo de Troy con una mano y señaló adelante con la otra, a través del parabrisas, exclamando:

—¡Allí hay una!

—¿Dónde? —dijo Troy, ansioso—. ¡Ah, ya la veo! ¡El cartel dice que está a una milla! ¡Vamos allá!

Pisó el acelerador, con tanto ímpetu que Seth salió despedido hacia atrás.

—¡Troy! —gritó—. ¡Cuanto más corras, más gasolina vas a gastar!

—¡No importa! ¡Estoy cansado de interrupciones y obstáculos! —repuso Troy, aferrado al volante con las dos manos y con los ojos echando rayos—. ¡William! ¿Me oís? ¡Él es lo

único importante! ¡Estamos haciendo esto por él, no por joder a Jordan, y desde luego, no por mi gusto! ¡Lo hacemos para salvarle! ¡Por Will!

Seth chasqueó la lengua. Le echó una ojeada a Austin, que se había agarrado a su asiento con las dos manos y miraba adelante con los dientes apretados, como si estuviera a punto de ser arrollado por un tren, y pensó:

«Decididamente, hemos debido quedarnos en casa. El dragón tiene visión túnel, y se ha olvidado de la hora que es, de lo cansados que estamos todos, de que aquí hay límite de velocidad…».

Por cierto, ¿por qué tenía Austin esa cara? ¿A qué velocidad iban?

Seth estiró un poco el cuello para echar una ojeada a la aguja del cuentakilómetros. Tragó saliva al ver la cifra y concluyó para sí:

«Límite que hemos sobrepasado con creces… Por favor, San Judas Tadeo, patrón de los imposibles, que no nos encontremos con un control de la policía justo ahora…».

Por suerte, el santo debió escuchar su silenciosa plegaria, porque no vieron nada parecido a un coche de policía. La autopista continuó desierta delante de ellos, y pocos minutos más tarde, estaban saliendo de ella, aminorando la velocidad, y deteniéndose en la gasolinera.

Seth dio gracias a San Judas cuando sintió que el coche se paraba por fin. A su derecha, había un surtidor, y más allá, estaba el edificio de la tienda, iluminado por dentro, y con un gran cartel de neón encima, con el logotipo de la empresa brillando alegremente en la oscuridad. Reconfortaba el corazón verlos, sobre todo porque, aunque los surtidores estaban desiertos y ellos eran los únicos clientes, aquellas luces y aquel cartel querían decir que

había alguien en la tienda, aunque solo fuera el dependiente…

«¡Gente! ¡Civilización!», se dijo. «Qué alegría saber que hay alguien más despierto en el mundo a esta hora. Espero que Troy vuelva a centrarse al ver esto, y que le dure hasta que estemos en el Averno. No me gustaría acabar convertido en fosfatina, y con el coche incrustado en una señal de tráfico, porque nuestro chófer estaba demasiado impaciente por rescatar a su novio…».

***

Mientras Troy se apeaba de un salto y corría hacia el surtidor para repostar, no muy lejos de allí, en la misma autopista, otros dos jóvenes de su misma edad, pero muy distintos a ellos, iban en un coche pequeño, viejo y desvencijado, camino de The Hamptons.

—¿Estás seguro de que sabes lo que haces, Ralph? —preguntó uno de ellos.

—Sí, Sammy, sí —repuso el otro, el que conducía, en tono conciliador.

Si algún conocido de Jordan Grant y de los Red Devils hubiera podido verlos desde fuera, se habría sorprendido mucho, porque a simple vista y con poca luz, parecían los dobles de Reggie y Dan Nobody. Eso sí, cuando uno se fijaba bien, se daba cuenta de que en realidad no tenían nada que ver…

El conductor se llamaba Ralph. Tenía veintiséis años. Era alto, delgado y algo desgarbado. De piel muy blanca, poseía una abundante pelambrera castaña, siempre revuelta, y unos soñadores ojos verdes. Vestía de negro de la cabeza a los pies.

Su compañero también. Se llamaba Sam. Tenía veinticinco años, y era un chico de color, algo bajito y entrado en carnes. Parecía ser el más reacio de los dos a llevar a cabo esta aventura.

Su rostro serio y su expresión preocupada y dudosa lo decían todo.

—Seguro que hay cámaras, Ralph —objetó—. Te van a ver. Mira que tú ya estás fichado…

—No, hombre…

—Como te metan entre rejas, yo me voy contigo. ¿Qué voy a hacer sin ti, a ver? ¡Nada!

—Oh, nadie va a meterme entre rejas…

Ralph y Sam vivían en el sur del Bronx. Eran ladrones, y esta noche habían tenido un golpe de suerte inesperado. Mientras caminaban deprisa de regreso a casa, habían visto por la calle un coche blanco y cutre, demasiado limpio y demasiado poco cutre para lo que solían ver en su barrio. Se fijaron en el conductor, por pura curiosidad, y… ¡Oh, sorpresa! Se encontraron con que era ni más ni menos que Jordan Grant en persona, con la cabeza cubierta por una gorra gris y cara de estar muy perdido.

Todo el mundo conocía a Jordan Grant. Era un habitual de la prensa y los programas del corazón de la tele. También era del dominio público que vivía en The Hamptons, en una mansión llamada el Averno. Los dos ladronzuelos dedujeron, y con razón, que si Jordan estaba deambulando por el Bronx, la mansión debía estar vacía, y habían decidido aprovechar la oportunidad. Ralph llevaba mucho tiempo hablando de dar un «gran golpe» y de robar en una casa rica, con la idea de retirarse del negocio. Pero Sam no estaba convencido del todo…

—Ni siquiera sabemos si era Grant de verdad —rezongó.

—Que sí.

—¿Y si nos ha visto él a nosotros?

Ralph soltó una risita.

—Te aseguro que estaba más preocupado por encontrarse, que por quedarse con nuestras caras. ¿No viste cómo guiñaba los ojos? O ese tipo no ve ni tres en un burro, o estaba completamente perdido.

—Creo que las dos cosas.

Ralph asintió.

—M-m. Y mejor para nosotros. Así tardará más tiempo en volver a casa. Y cuando lo haga, nosotros ya estaremos en la nuestra con el botín.

—No sé, Ralph…

—Eh, ¿te imaginas? —concluyó Ralph, ilusionado—. No tener que comer más en el bar de Jim… Ni tener que limpiar la pescadería, con lo mal que huele, que la peste no se te quita después ni en tres días…

Alargó una mano para acariciar la mejilla del otro chico. Sam hizo un mohín, aunque su voz se suavizó después de recibir la caricia.

—Hombre, eso estaría bien, sí…

—¿Verdad? Imagina poder vivir tranquilos, sin este miedo permanente a que nos pillen…

Sam volvió a fruncir el ceño.

—Si estamos en la cárcel, desde luego que ya no lo tendremos.

—Sammy, ¿quieres pensar en positivo, por una vez? ¡Ah, mira! ¡Una gasolinera!

—¿Y qué? Que yo sepa, no necesitamos repostar…

—Gasolina, no. Pero billetes sí. —Ralph le sonrió con complicidad—. ¿Qué me dices? ¿Hacemos una parada?

—¿Para qué, si ya vamos camino del Averno?

—Por eso mismo. ¿Y si no conseguimos entrar en la mansión? Si paramos aquí, no regresaremos a casa de manos vacías. Venga, ponte el pasamontañas, que yo voy saliendo de la autopista.

Aminoró la velocidad y enfiló por el desvío que conducía a la estación de servicio, mientras Sam iba sacando cosas de la guantera. El rostro de Ralph se iluminó con una amplia sonrisa.

—Esto está en mitad de la nada —dijo—. ¡Y mira! Solo hay un coche. ¡Es la ocasión! ¡Hoy es nuestra noche de suerte!

—Espero que no tengan un perro en la trastienda, como la última vez…

—¡Aquello fue una excepción!

—O una escopeta bajo el mostrador, como la vez anterior. Si no llego a correr rápido hacia el coche, todavía estarías quitándome perdigones del trasero.

—Eso es muy desagradable. ¿Tenemos que recordarlo justo ahora? Saca también mi pasamontañas, anda.

—¿Y el machete?

—Sí.

—¿Para qué? Si no está afilado ni nada…

—No, pero brilla e intimida un montón. ¿Tú estás listo?

—Sí.

—Está bien. Allá vamos.

Y Ralph volvió a pisar el acelerador y entró a toda velocidad en la gasolinera. Frenó en seco ante la puerta de la tienda, y se cubrió deprisa la cabeza con su pasamontañas. Luego tomó el machete de manos de Sam. Le dio un besito en los labios, como solían hacer antes de cada golpe, para desearse mutuamente buena suerte, y salió del coche.

Sentía la adrenalina corriendo por sus venas. No importaba cuántas gasolineras hubieran atracado, ni los años que llevaran en el negocio, siempre era lo mismo. El corazón se le ponía en la boca, y el estómago se le hacía un nudo. Otros compañeros suyos decían que les gustaba la sensación, pero Ralph y Sam no compartían ese sentimiento. Eran ladrones por necesidad, no por vocación, y estaban deseando dejarlo, y poder saber lo que se sentía al disfrutar de una vida tranquila, como todo el mundo.

«Ojalá esta noche pueda ser la última que hacemos esto», pensó Ralph. «Ojalá…».

Capítulo 4

Troy se sentía impaciente y en el colmo de la frustración. ¿Qué demonios ocurría hoy, que aparecían impedimentos por todas partes? Como si no hubiera sido suficiente con haber perdido la tarde, haciendo nada, ahora que por fin se decidían, todo eran retrasos.

No obstante, aunque frustrado, tenía que reconocer que Seth tenía razón. El paseíto al Averno de esta tarde le había hecho gastar toda la gasolina del depósito. Y no se dio cuenta de ello cuando llegó a casa, porque había tenido la cabeza en otras cosas, básicamente en ir cuanto antes a la policía para que fueran ellos a rescatar a William y se hicieran las cosas bien. En aquel momento, no se le había pasado ni por la imaginación que el detective iba a

ponerle tantas pegas, ni que acabaría por decidir ir él mismo a intentar salvar a su novio, por pura desesperación.

Miró a la pantalla del surtidor. Los números iban avanzando de modo demasiado lento para su gusto. ¿Estaría estropeado? ¿Por qué tenía que salir la gasolina con cuentagotas? ¿No podía llenarse el tanque más deprisa? A este paso, iban a llegar al Averno a las ocho de la mañana, y a ver cómo lo iban a hacer para no ser vistos…

De pronto, vio llegar otro coche, aún con más prisa que él. Se detuvo en seco, pero no en otro surtidor, sino ante la puerta de la tienda. Un par de tipos vestidos de negro se bajaron de él y entraron corriendo. Y si Troy no se engañaba, llevaban las cabezas cubiertas por sendos pasamontañas…

—¡Pero será posible…! —murmuró para sí entre dientes.

Una de dos. O bien eran del grupo de los secuestradores de William, que habían venido a hacer de las suyas a este lugar apartado del mundo, o bien eran cacos corrientes queriendo robar. En ambos casos, para él implicaba otro retraso, ni más ni menos, y tenía que impedirlo a toda costa. Así que no lo pensó. Se asomó a una de las ventanillas de su coche y dio una voz:

—¡Seth! ¡Ven a terminar de llenar el depósito, deprisa! ¡Austin! ¡Tú ven conmigo!

Los dos dieron un respingo al oírle, le miraron un instante con grandes ojos, y en seguida se apresuraron a obedecer, con caras de no estar entendiendo nada de nada…

***

Austin caminó deprisa detrás de Troy, que parecía estar hecho una furia. Se dirigían al edificio donde estaban la tienda y la caja.

Podría parecer que iban a pagar la gasolina, pero Austin no creía que se tratara de eso, porque ¿para qué le necesitaba a él? ¿Y por qué iba Troy a pagar tan enfadado? No, aquí estaba pasando algo…

Sus sospechas se confirmaron cuando Troy le dijo, a dos pasos de la puerta:

—Ponte el pasamontañas, no vaya a ser que nos reconozcan.

Sacó el suyo del bolsillo y se lo colocó en un momento, mientras Austin aún estaba pugnando por sacar el suyo a su vez. Sin esperarle, Troy se volvió y empujó la puerta de modo decidido y violento. Austin todavía estaba metiendo la cabeza dentro de la prenda y tratando de ajustarla delante de sus ojos para ver algo, cuando escuchó una voz decir, en tono muy alto, dentro de la tienda:

—¡Que me des todo lo que hay en la caja, te digo!

—¡Ah, no! —contestó la voz de Troy—. ¿Un atraco? ¿Ahora? ¡No, no, no! ¡Ni pensarlo, coño!

Se oyó un golpe seco, y un tipo vestido de negro y con la cabeza cubierta salió despedido por la puerta, y cayó de bruces sobre la chapa del coche desconocido, que había aparcado delante. Se quedó allí, sacudiendo la cabeza con aspecto de estar conmocionado.

Austin corrió hacia la tienda. Apenas hubo entrado, se encontró con un espectáculo surrealista, aunque no lo era tanto cuando uno empezaba a conocer a Troy. Su amigo tenía acorralado al otro tipo contra el mostrador. El desconocido era más alto que Troy, pero este le tenía amenazado con un machete de hoja brillante, colocado bajo su barbilla. Machete que debía ser del otro tipo, por cierto, porque Austin sabía que ellos no llevaban armas…

Se quedó paralizado junto a la puerta, sin saber qué hacer. ¿Se suponía que debería ayudar a Troy? ¡Pero si él se había bastado solo para deshacerse de los dos bandidos!

—¿Dónde está William? —le increpó Troy al tipo—. ¿Vosotros sois los que le habéis secuestrado?

—¿Secuestrado, tío? —dijo el otro, temblando y con la voz aguda por el pánico—. ¿Por quién nos tomas? ¿Se te ha ido la pinza?

—¿No habéis sido vosotros, entonces? ¿No le tenéis prisionero en el Averno? —continuó apremiando Troy.

—Pero, ¿quién es ese William? ¿Averno? ¿De qué coño estás hablando? —lloriqueó el otro—. Mira, tío, nosotros solo queríamos unos billetes para comprar algo de droga, pero si te pones así… Mira, toda para ti, ¿vale? —Señaló al mostrador a su espalda con las dos manos—. Atrácala tú y tan amigos, de verdad. Sin rencores.

Troy le agarró por un hombro y le dio un empujón hacia la puerta, exclamando:

—¡Droga! ¡Seréis perdedores…! ¡Buscaos un trabajo honrado y dejaos de tanta mierda!

El otro salió corriendo, pasando por el lado de Austin con tanta prisa que no pareció ni verlo siquiera. Se subió al coche con su colega y salieron disparados. Se fueron tan rápido como habían venido. El ruido del coche, gris y de aspecto bastante viejo, se perdió en la distancia en dirección a la autopista.

La voz de Troy hizo que Austin se volviera de nuevo para mirarle.

—¡Hala, resuelto! —exclamó, dejando el machete sobre el mostrador con un golpe seco—. Quédate con esto, por si volvieran

otra vez —le dijo al aterrado dependiente—. Y ahora cóbrate el surtidor número uno. ¡Date prisa! Llegamos tarde a un sitio.

—¡Sí! ¡Sí, señor! —contestó una voz temblorosa.

Austin estiró el cuello para poder ver por detrás de una pequeña estantería con gafas de sol. Divisó al dependiente al otro lado. Se trataba de un chico más joven que ellos, quizás rondara los veinte años. Estaba tan pegado a la pared de detrás del mostrador como si quisiera fundirse con ella, o desaparecer a través de ella. Temblaba todo entero, y miraba a Troy con grandes ojos. Este apoyó un codo sobre el mostrador y apremió:

—¡Vamos! ¿No me has oído? ¡Tenemos prisa!

—¡Sí, señor! —repitió el chico, dando un respingo.

Se acercó a la caja, mirando de soslayo a Troy con expresión temerosa, y tecleó unos números en ella, sin apartar la vista del hombre enmascarado, vestido de negro, que había apoyado casualmente en el mostrador.

«Troy está tan impaciente y tan metido en su papel de rescatador, que ni siquiera se ha dado cuenta de que llevamos los pasamontañas puestos, y que parecemos más de los malos que de los buenos», pensó Austin. «¿Debería quitármelo? No sé… No creo que le beneficie a la imagen del grupo…».

—Son cincuenta —dijo el dependiente. Se retorció las manos con ansiedad, añadiendo—: ¿A dónde vais? ¿A una reunión de superhéroes? Vais disfrazados de bandidos para que no sospechen de vosotros y poder derrotarlos más fácilmente, ¿verdad?

—No —dijo Troy—. Vamos… —se interrumpió. Se palpó los bolsillos y murmuró—: ¡Será posible…! —Estiró el cuello hacia él y le llamó—: ¡Austin! ¿Tienes suelto? Me he dejado la cartera en casa.

—¡No pasa nada, señor, de verdad! —dijo el chico, alzando ambas manos.

—Sí, sí pasa —respondió Troy—. Conozco a un chico que trabaja en esto, y sé que tendrías que poner los cincuenta de tu bolsillo. No me da la gana… —Miró de nuevo al batería—. Austin, hombre, si no te importa…

Austin dio un respingo él también, exclamando:

—¡Voy, jefe!

Y corrió a reunirse con él delante del mostrador. Mientras sacaba su cartera, el chico continuaba preguntando:

—¿Austin? Es un nombre en clave, ¿verdad? —Los miró alternativamente a uno y a otro, con una sonrisita nerviosa—. ¿Os dedicáis a rescatar dependientes de gasolineras de los atracadores? ¿Esa es vuestra especialidad como superhéroes?

Troy no parecía escucharle. Miraba fuera a través de la puerta, tamborileando con los dedos de una mano sobre el mostrador, impaciente.

—Ten, chico —dijo Austin, entregándole un billete al dependiente.

Este abrió la caja y lo guardó, diciendo:

—Le contaré esto a mis hijos y nietos cuando los tenga. ¿Tu jefe sabe artes marciales, Austin? Porque le ha dado una patada a ese tío que…

Troy interrumpió, dándole un empujoncito al machete con los dedos en dirección al dependiente:

—Chico, guarda esto bajo el mostrador. Ten cuidado, que aunque no está afilado, tampoco es de juguete.

El muchacho obedeció y luego hizo el saludo militar, exclamando:

—¡A la orden, jefe!

Troy resopló.

—Y dile a tu jefe que la cámara de seguridad no funciona —añadió, señalando con la barbilla a una cámara que había en el rincón, por encima de sus cabezas.

Austin la miró a su vez. No logró distinguir ningún piloto rojo en ella, así que dedujo por su cuenta que sí, o bien estaba apagada, o bien no funcionaba. El joven dependiente en cambio pareció maravillado.

—¿Cómo lo ha sabido? ¡Tiene superpoderes de verdad! ¡Es increíble!

Troy sacudió la cabeza y se dirigió a la salida, diciendo:

—Vamos, Austin. A este paso, vamos a llegar allí al mediodía.

—¡Adiós, señor! —llamó el muchacho, saludando con una mano—. ¡Que le vaya muy bien en la reunión!

Austin dejó que Troy se marchara delante. En cuanto hubo salido de la tienda, apoyó un codo a su vez en el mostrador, y le susurró al joven, en tono confidencial:

—¿Puedo contarte un secreto?

—¿De qué se trata? —preguntó el otro con interés.

—Tienes que prometer no revelarlo…

El chico asintió, decidido.

—¡Lo prometo!

Austin le dirigió una mirada a la puerta para comprobar que Troy no podía escucharle. A través del cristal, lo vio dirigirse a su descapotable a grandes zancadas. Se reunió con Seth y hablaron unas palabras.

—Su nombre en clave es Dragón —le murmuró al chico. Volvió la vista hacia él, al añadir—: Y algún día será leyenda.

El otro joven le miró con grandes ojos, maravillado, y murmuró un admirado:

—¡Vaya…!

Austin asintió, muy serio y solemne, pero le sobresaltó un pitido en el exterior. Volvió a mirar a la puerta, y vio que sus amigos ya se habían subido al coche, y que le esperaban delante de esta. Salió corriendo sin más. Subió al coche, y salieron disparados, de regreso a la autopista.

Por su parte, el chico se quedó mirando al descapotable rojo hasta que lo perdió de vista, murmurando para sí:

—¡Dragón!... Le va perfecto. Espero que tenga mucha suerte, y que consiga vencer a muchos bandidos. Ojalá hubiera más superhéroes enmascarados como él, dedicados a proteger a los trabajadores de las gasolineras…

***

Mientras todo esto ocurría, Ralph y Sam se habían arrancado sus respectivos pasamontañas y volaban hacia The Hamptons, a toda la velocidad que podía llevarlos su pobre coche. Todavía estaban impresionados por la experiencia. En sus vidas habían visto algo como esto.

—¿Qué era eso? ¿Ha sido un solo tipo, o eran varios? —preguntó Sam.

—Yo solo he visto a uno —dijo Ralph—. Y estaba furioso. Los ojos le echaban rayos.

—¡Y tanto! Yo ni me vi venir el golpe.

—¿Te ha dado muy fuerte?

—Sí, ay…

—¿Dónde?

—Aquí.

Sam se señaló la mandíbula. Ralph le pasó con cuidado el dorso de los dedos por ella, apenas rozarla, murmurando:

—Pobrecito mi Sammy, hombre…

—¿De dónde habrá salido ese tipo? —preguntó Sam, tomando su mano y besándole el dorso con ternura.

Ralph apretó una de sus manos en la suya durante un instante, antes de dejarla ir para volver a sujetar el volante.

—A lo mejor es un drogadicto de verdad y por eso estaba tan enfadado.

—Pero, ¿no ha dicho algo del Averno?

—Lo ha nombrado, sí.

—¿Crees que se refería al mismo Averno a donde vamos nosotros?

—No, no creo —dijo Ralph, sacudiendo la cabeza—. Ese loco hablaba de un tal William, y de un secuestro. Y nosotros

vamos a casa de Jordan Grant, y este es un señor respetable, y una estrella. Artista, ¿entiendes? No tiene nada que ver.

—Verdad. A saber la clase de gentuza con la que se relaciona el tipo este tan raro —dijo Sam—. Desde luego, parece saber artes marciales, porque esa patada…

Ralph chasqueó la lengua, sacudiendo la cabeza y repitiendo:

—Pobrecito mi Sammy…

—Espero que no haya tipos como este en el Averno.

—No, claro que no. Ese es un mafioso, y nosotros vamos a la mansión de un artista. Ya te digo. No tiene nada que ver.

Sam suspiró.

—Estoy deseando ir de vuelta para casa. ¿Tú no?

—Yo también. Pero no sin el botín del Averno, Sam. Ya que hemos llegado hasta aquí y hemos hecho los kilómetros…

—Y nos hemos llevado los golpes…

—Y nos han robado el machete…

—Verdad.

—Pues eso. Ya que estamos, terminemos el trabajo.

Sam asintió.

—Sí, tienes razón —dijo.

Y los dos pusieron el mismo rostro decidido y clavaron la vista en la carretera. Iban a dar su gran golpe en el Averno, y ningún loco, fuera drogadicto, o mafioso o ambas cosas, iba a impedírselo.

—Menos mal que se ha quedado atrás, en la gasolinera —dijo Ralph, echando una ojeada por el espejo retrovisor—. La carretera está desierta.

—Sí. Has tenido una buena salida, Ralph. Que se la quede, toda para él si quiere. Nosotros tenemos algo más importante que hacer.

—Sí, aunque ahora me arrepiento de haber querido robar ahí. Si te hubiera hecho caso, no te habrían dado esa patada.

—Bueno, no te preocupes, no es grave —dijo Sam, colocando una de sus manos sobre el muslo de Ralph y acariciándolo con cuidado.

Ralph puso su mano sobre la de él, la estrechó y ya no la retiró. Continuaron así, sin hablar ahora, autopista adelante hacia The Hamptons…

***

—¿Qué ha pasado? —preguntó Seth, en cuanto los tres volvieron a estar sentados en sus respectivos lugares en el descapotable rojo.

Troy conducía en dirección a la autopista, haciendo ruiditos de esfuerzo mientras se arrancaba el pasamontañas con una mano. Lo dejó luego sobre el salpicadero, respondiendo:

—Nada grave. Unos atracadores iban a impedirnos pagar nuestra gasolina. Menos mal que hemos podido resolverlo rápido, y aún así hemos perdido tiempo… A ver si ya no hay más interrupciones, joder. —Miró al batería, añadiendo—: Por cierto, Austin. Gracias por los cincuenta.

—De nada, jefe.

—Te los devolveré en cuanto lleguemos a casa.

—Nah, no hace falta.

Seth se quedó mirando a uno y al otro con grandes ojos. ¿Atracadores? ¿Esos tipos eran atracadores? ¿Y Troy los había despachado para poder *pagar*? Desde luego, cuando este hombre tenía visión túnel, pobre de aquel que se cruzara en su camino…

«Casi me da un poco de pena de los secuestradores», pensó. «No tienen ni idea de la clase de fiera que va camino del Averno en este momento».

—Por cierto —dijo Austin—. ¿Crees que eran del grupo que tiene a William? Lo digo por las cosas que le preguntaste al tipo y tal…

Seth abrió oído, interesado. Troy explicó:

—Eso me pareció en un principio. Llevaban su misma ropa… La misma que nosotros, ¿no? Pero luego me di cuenta de que en verdad no eran más que un par de perdedores.

—¿No pudiste reconocer sus voces, del secuestro y tal? A lo mejor te habría dado una pista… —insistió Austin.

Troy negó con la cabeza.

—En el momento del secuestro solo escuché hablar a un tipo. Y fue el mismo que llamó a casa para decirme las condiciones. Los demás no hablaron, así que no podría reconocerlos.

—Pero a ese que llamó sí —dijo Seth.

—Oh, sí —respondió Troy, y el bajista vio a través del espejo retrovisor sus ojos grises entornarse—. Os aseguro que no olvidaré la voz de ese tío en mi puta vida.

No lo dijo, pero Seth supo entenderlo entre líneas, en la mirada y en la expresión severa y decidida de su amigo. Había un

algo de feroz y de peligroso en Troy en aquel momento, y esto era algo que Seth no estaba acostumbrado a ver en él. Le sorprendió. Troy era un chico pacífico y sereno. Vaya, él era el que calmaba y anclaba a William... Y también a Austin, y a veces al propio Seth. Aunque no lo pareciera, no era amante de los conflictos, sabía controlarse muy bien, y no solía perder los nervios, salvo que lo llevaran al extremo.

Pero esto era distinto. Había odio en aquella mirada. Seth supo que si alguna vez Troy llegaba a tener a ese hombre frente a frente, tendrían que amarrarlo para impedir que le partiera la cara. Y él lo comprendía. Ese desconocido le había arrancado a Troy de los brazos a la persona que más quería en el mundo. Y no contento con ello, luego le había pedido por teléfono que disolviera su grupo a cambio de su liberación. Nadie podía olvidar eso. Si se lo hubieran hecho a él, Seth tampoco podría.

«Troy está cambiando. Ya no es el chico inocente que era al principio. Ahora ha conocido el odio. Y uno visceral además, diferente a lo que siente por Jordan. Y mira que Jordan nos ha jodido… Pero este otro tiene amenazada la vida de William. Supongo que eso son palabras mayores…», pensó.

Miró la espalda de Troy con recelo. Le intimidaba y le daba pena ver esa expresión en los ojos de su amigo. Troy era un dragón, pero era la pasión la que le movía, no el odio. Seth le comprendía, desde luego, pero aún así…

«Vales mucho, Troy. No mereces sentir odio», reflexionó.

Pero por supuesto, no lo dijo. No se atrevió. El silencio se alargó dentro del habitáculo del descapotable. Y así, en silencio, entraron en la autopista y continuaron su camino hacia el Averno.

«¿Habrá podido ver Austin la expresión de esos ojos?», se preguntó el bajista. «No lo creo. Va sentado a su lado, no puede ver el espejo desde ahí. Y tampoco iba mirándole. Pero yo sí lo he visto. Y espero de corazón que no nos encontremos con el tipo que

llamó a casa una vez que estemos dentro de la mansión. Ni con Jordan. Solo con William, por favor. No sé bien lo que sería capaz de hacer Troy si tuviera delante a uno de esos. Y si te soy sincero, tampoco quiero saberlo…».

Capítulo 5

Mientras este tipo de pensamientos pasaba por la mente de Seth, en el pequeño apartamento del Bronx, la fiesta, las bromas y el baile estaban llegando a su fin. Jordan acababa de desplomarse sobre el sofá, diciendo que ya no podía más, que estaba agotado. Paul le siguió y se instaló a su lado.

—¿Más *whisky*, Jordan? —le preguntó, alargando la mano hacia la botella, que estaba sobre la mesa.

—Sí. Pero tú no, grandullón, que eres peligroso cuando bebes.

—¡Pero si hemos comido mucho! Apenas estoy un poco mareado. Y mira, solo me pondré medio vaso. ¿Ves?

Jordan sacudió la cabeza, con una risita, llevándose su propio vaso a los labios…

Dan agradeció que Grant se hubiera retirado ya. Lo interpretó como que los demás tenían permiso para hacer lo mismo, y eso era una buena noticia para él. Sentía que todos habían estado mostrando una alegría y un entusiasmo que no sentían, solo para contentarle y evitar conflictos, y ya no podía continuar fingiendo por más tiempo.

Además, Reggie estaba solo, allí, apoyado en la pared. Aunque parecía encontrarse bien, y había pasado todo el rato mirándole, o eso creía él, y le había saludado de algún modo cada vez que Dan le había hecho una seña… Bueno, él solo estaría a

gusto cuando volviera a estar a su lado.

No obstante, continuó bailando unos minutos más con Little B hasta que terminó la canción. Tampoco quería dejar a su colega solo. Aprovechó para acercarse a él y susurrarle:

—En cuanto acabe esta me voy con Reggie, Little B.

—Me sorprende que no te hayas ido ya —sonrió Little B—. Escucha, yo voy a cambiar el ambiente. Pondré algo más calmado y más íntimo.

Hizo un giro para volverle la espalda al sofá y le habló al oído, añadiendo, en voz baja:

—¿Por qué no te llevas al jefe al pasillo? Nadie os verá. Y si alguien lo intenta, yo me ocuparé de que no lo consiga.

Le hizo una mueca bromista, moviendo las cejas, y Dan también sonrió.

—¡Es una idea estupenda! —cuchicheó—. ¡Gracias, Little B!

—A mandar, hermano —contestó su colega, dándole una palmadita en un hombro.

Y se fue, bailoteando, en dirección a la radio, sin duda para cambiar la cinta. Dan hizo un pequeño gesto de admiración con la cabeza. Little B era genial. ¡Bailar algo lento con Reggie! ¡En el pasillo, para que nadie les viera! La idea era estupenda. Él había estado tan ocupado con aquello de contentar a Jordan, que ni siquiera había pensado en nada de eso. Pero ahora que Little B lo había dicho… Ahora sabía que ya no podría sacárselo de la cabeza.

Ilusionado, se volvió hacia Reggie. Había llegado el momento de darle un segundo asalto a eso de sacarlo a bailar… Pero esta vez en serio. Esta vez de verdad.

***

—¿Qué vas a poner ahora, Little B? —preguntó Paul.

—Algo tranquilo, para que nos ayude a relajarnos un poco —repuso el rapero, en tono despreocupado, revisando las cintas que había sobre la caja, una por una.

«Es evidente que Little B disfruta un montón haciendo de DJ», pensó Reggie. «Jordan debería proponérselo para alguna de sus fiestas…».

Sus cavilaciones se interrumpieron cuando vio que Dan venía otra vez en su dirección. Pero ya no traía ese aire seductor de antes, sino que le sonreía, desenfadado y casi ilusionado. Reggie también sonrió. El baile había terminado, y Dan venía a buscarle, tal como prometió.

Había que decir a su favor que Nobody le había dejado estar durante todo el tiempo que había durado la fiesta. No había dicho nada, ni tampoco había hecho la intención de volver a sacarlo a bailar. Se había limitado a sonreírle y a saludarle con una mano de vez en cuando, y Reggie lo agradeció. Si era posible, preferiría no tener que volver a bailar nunca más en su vida, menos aún delante de Jordan…

Pero por lo visto, Dan tenía otros planes. Y con lo dulce y lo cariñoso que era… ¿Cómo podía Reggie negarse? Y además, a este tipo de baile concreto…

—¿Qué tal? —le preguntó Nobody, en cuanto llegó a su lado —. ¿Se te ha pasado el mareo?

—Sí, ya estoy bien.

—¡Ah, genial! Am… ¿Vienes?

Le hizo una seña con la cabeza en dirección al pasillo. Antes de responder, Reggie le echó una ojeada al sofá. Jordan hablaba y reía con Paul. Parecía haberse olvidado de ellos, de modo que asintió, y dejó de nuevo su vaso en el suelo. Dan se metió en el pasillo en silencio, y Reggie se escurrió tras él.

En un primer momento, pensó que su compañero se dirigía a la habitación vacía para que estuvieran un rato a solas, pero no. Dan se detuvo en seguida, a pocos pasos del salón, y se volvió hacia él. En la radio empezaron a sonar los primeros acordes de una balada heavy…

***

Dan escuchó las primeras notas y sonrió de nuevo, volviéndose hacia Reggie.

—Ah, Little B es único —le murmuró—. ¿Sabes que la idea ha sido suya?

—¿La idea? —repitió Reggie, con cara de no comprender nada.

—M-m —asintió Dan.

Se le acercó despacio, sin dejar de mirarle a los ojos. Rodeó su cuello con los brazos…

Reggie se puso tenso y volvió la cabeza para mirar por encima de su hombro hacia el salón, a su espalda.

—Danny, no creo que debamos… —comenzó, aterrado.

Dan colocó una mano sobre su mejilla y le hizo girar la cabeza de nuevo hacia él, moviéndola suavemente y cuchicheando:

—Shh… Aquí nadie puede verte, cariño.

—¿Estás seguro?

—Sí, de verdad. Mira, ven. Si quieres, daremos unos pasos más. Así…

Dan agarró a Reggie por las dos manos y tiró de él un poco más hacia el interior del pasillo. Avanzaron unos pasos y se detuvo. Le abrazó otra vez.

—¿Lo ves? Estamos a salvo —le murmuró al oído, dejándole un besito en la mejilla.

Sintió los brazos de Reggie cerrarse en torno a su cuerpo, y su boquita suave y cálida le devolvió el besito. Pero fue demasiado breve para el gusto de Dan. Y el cuerpo del otro chico continuaba tenso como una cuerda.

—Es que no comprendo… —susurró Reggie—. ¿Ahí dentro no estaríamos mejor?

Se apartó un poco para señalar con la barbilla la puerta entreabierta de la habitación vacía. Dan negó.

—No. No podríamos escuchar la música. Y es difícil bailar sin música…

Volvió a sonreír. Reggie en cambio volvió a parecer aterrado.

—¿Bailar? —repitió.

—Sí. Mira, de este modo…

Dan colocó una de las manos del otro chico sobre su cintura. Tomó la otra en la suya y la apretó contra su pecho. Se arrimó mucho a su cuerpo, buscando su calor, y le hizo un mimito, frotando su cara con una de sus mejillas.

—Sígueme, no pienses —murmuró—. Solos tú y yo, cariño. Relájate. Little B se ocupa de lo demás. Estamos a salvo.

Reggie cerró los ojos. Dan sintió la caricia de sus pestañas en una de sus sienes. Luego le sintió besarle una comisura, tembloroso y con la respiración entrecortada por la ansiedad. Dan apretó su mejilla contra la de él.

—Relájate… —repitió—. Despacio…

Pasó el brazo libre por los hombros de su compañero y empezó a moverse, al ritmo lento y suave de la música. Entrelazó sus dedos con los de Reggie, cerró los ojos a su vez y suspiró.

En verdad, él también se sentía un poco nervioso. La canción que había puesto Little B era perfecta para esto, y en el pasillo en aquel momento tenían muy poca luz, estaban casi a oscuras. Tan solo les llegaba un vislumbre de la luz mortecina de la cocina, que atravesaba el salón y se colaba por el umbral. Pero solo conseguía iluminar el principio del pasillo, apenas unos centímetros. El resto estaba en sombras.

El cuerpo de Reggie era cálido y firme. La mano que tenía en su cintura le apretaba como a un tesoro contra sí. La otra sudaba en la suya. Reggie bajó un poco la cabeza para pegarla más a la suya. Su respiración le acarició la base del cuello, y Dan notó un escalofrío.

«Es uno de los momentos más íntimos que he vivido nunca», se dijo. «Siempre he soñado con poder bailar una canción lenta con una persona especial. Sabía que debía ser algo maravilloso. Pero nunca pude imaginar cuánto…».

—Abrázame, cariño —susurró.

Reggie contestó con un ruidito afirmativo, que vibró en su pecho, pegado al de Dan, y la mano que tenía en su cintura se movió hacia el centro para sujetarle con más firmeza. Frotó su

rostro con el suyo. Su barbita rascó la mejilla de Dan. Sus labios finos, calientes y húmedos, le dejaron un besito dulce debajo de la oreja.

Dan sonrió, sin abrir los ojos. Había notado otro escalofrío. El calor de aquella boquita en esa zona de piel más sensible le había puesto la carne de gallina, y algo más…

Le había hecho oír lo que Reggie no había dicho: un sincero y tierno «te quiero». Y Dan no podía sentirse más feliz.

***

—¿Sabes? —murmuró Dan—. Siempre he deseado poder bailar una canción lenta así, abrazados.

—¿Nunca lo hiciste con tu novio? —preguntó Reggie, también en voz baja, interesado.

—No. No le gustaban estas cosas.

—Oh… Entonces, ¿es tu primera vez?

Reggie sintió la sonrisa en la voz de Dan cuando contestó:

—Sí.

—Para mí también.

Dan hizo un ruidito de comodidad, mimoso, apretando sus hombros contra sí con el brazo que los rodeaba.

—¿Y te alegras de haberlo hecho? —preguntó.

—Sí —contestó Reggie.

«De todo corazón, Danny», pensó. «Eres delicioso».

—Yo creo que en realidad te gusta bailar, lo que te pasa es que eres tímido —continuó el otro chico—. Mírate, te has relajado en seguida, y me sigues como si pudieras leerme la mente.

—Eso es porque eres tú.

Dan levantó la cabeza para mirarle con curiosidad.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

Reggie parpadeó, intentando enfocar la vista, un poco a desgana. Era verdad que el cuerpo del otro chico y el movimiento lento y suave que estaba marcando para los dos le había calmado bastante. Pero había estado tan cómodo con su cabeza apoyada en la de él, y los ojos cerrados…

—Digo que es porque eres tú —repitió.

La sonrisa de Dan resplandeció en la penumbra.

—De eso ya me he enterado —dijo—. Pero, ¿por qué?

—Porque eres dulce y delicioso, y todo lo haces fácil… Si tuviera que bailar solo o con otra persona, no lo haría. Pero contigo… Por ti… Yo bailo lo que tú quieras.

Inclinó la cabeza a un lado para dejarle un besito en los labios, y luego volvió a buscar su mejilla con la suya, cerrando los ojos de nuevo. Dan soltó una risita y rodeó su cuello con ambos brazos.

—Me alegro de saberlo. Me gustaría repetir esto… Otro día, ya sabes —cuchicheó en su oído.

—M-m.

—¿Me dirías que sí?

—Si estamos solos, sí.

—Por supuesto que estaremos solos. Yo decía de hacerlo en tu casa… O en la mía, da igual.

—Mmm… —ronroneó Reggie—. Eso ha sonado interesante.

Dan volvió a reír.

—Reggie, yo hablo de bailar.

—¿No te gustaría nada más, después de bailar?

—¿Por qué tiene que ser después? También puede ser antes.

—M-m.

—¿A ti te gustaría?

—¿Antes y después? Sí.

Dan rió de nuevo.

—¿Estamos pensando en la misma cosa? —preguntó.

—No sé. Yo estoy pensando en comer unas deliciosas magdalenas de chocolate, mojadas en leche…

—Chocolate mojado en leche… ¿Tú lo estás haciendo a propósito?

—No, mi vida. Es de verdad.

—Ya.

—Hombre, si tú quieres sacar la implicación sexual…

—Claro, ahora soy yo el único que lo ha pensado.

—No —sonrió Reggie.

Dan soltó otra risita entre dientes, nerviosa esta vez.

—¿De verdad lo has pensado? —quiso saber.

—¿En qué? ¿Las magdalenas?

—No. El sexo.

—Mmm… He pensado en las dos cosas, cariño —ronroneó Reggie, rodeando el cuerpo del otro chico con más firmeza entre sus brazos.

—Yo también —cuchicheó Dan, un poco sin aliento.

—Menos mal. Creí que ya habías perdido el interés por saber si soy blanco entero.

—¡Qué tonto! —se rió Dan—. ¡Claro que no! —Y más bajito, cuchicheó en su oído—: ¿Lo eres?

—Shh… Quiero que lo descubras por ti mismo —fue la respuesta de Reggie, también en la oreja de su compañero.

Este se encogió un poco, como si le hubiera hecho cosquillas, y preguntó:

—¿Cuándo? ¿Ahora?

—Am… No creo que sea buena idea.

—¿Entonces…? Si necesitas esperar a que acabe todo esto, y a estar en tu casa para sentirte a salvo, lo comprenderé…

Reggie le besó la mejilla, enternecido.

—¿Tú lo necesitas?

—¿Esperar? No estoy seguro.

La respuesta intrigó tanto a Reggie, que ahora fue él quien se apartó, abriendo los ojos, para mirar al otro chico con curiosidad.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Dan le miró con una expresión entre ilusionada y tímida, con un poco de inseguridad en los bordes. Era una cara que Reggie nunca le había visto cuando estaban delante de los demás. Se preguntó si este chico precioso que le miraba en este momento, con sus ojos arrobados prendidos de los suyos, era el verdadero Danny. Lo más probable era que sí, y que el rapero insolente y seguro de sí mismo fuera solo fachada.

—Pues que por un lado, estoy deseando descubrirte y tocarte, y tener más de ti…

Dan le acarició el pelo y una mejilla con una mano. Reggie la tomó con una de las suyas y la besó, sin romper el contacto visual.

—Pero por otro lado… —comenzó.

—No estamos solos —continuó Dan—. Obvio, ¿no? Y tampoco tenemos unas condiciones…

Reggie sonrió.

—Este apartamento no se presta mucho a un encuentro romántico, no —convino—. Sé lo que quieres decir.

—Tampoco se presta a una primera vez —concluyó Dan, mirándole de modo penetrante ahora.

Reggie negó.

—Tampoco. Y la circunstancia es estresante.

—Sí, pero aún así…

El rapero se mordió los labios. Reggie le besó la punta de la nariz y le dijo:

—Danny, mi vida, vayamos poquito a poco. ¿Qué te gustaría

hacer ahora mismo?

—¡Uf! ¿Si pudiera? No sé, Reggie…

Hizo un gesto con la cabeza, como diciendo sin palabras: «Si pudiera, te devoraría entero». Reggie sonrió. Tenía algo entre las piernas que era de la misma opinión. Pero en las actuales circunstancias, le parecía que no era el mejor momento.

«Lo que me pasa es que soy un tonto romántico, y quiero que nuestra primera vez sea especial», se dijo.

—Ah… A ver, no he hecho la pregunta adecuada —comenzó —. Probemos esto mejor. ¿Qué te gustaría hacer, que se pueda hacer? Aquí, o en la habitación vacía, o…

—Solo una cosa, Reggie —interrumpió Dan—. Esto.

Inclinó su cabeza a un lado y unió su boca con la suya. Reggie se dejó besar, enternecido.

«Esto nuestro no es solo sexo para Dan», pensó. «Le he ofrecido algo sexual, y mira lo que ha hecho. Me ha dado amor…».

Amor…Aunque eso sí, con una pizca de algo diferente. Algo picante que sabía a promesa, con esa lengüita provocando y lamiendo y queriendo acariciar la suya… Con esa boca caliente y húmeda, cargada de insinuaciones para más adelante…

«Eres una bomba en todos los sentidos, Dan Nobody», se admiró Reggie, fundiéndose en la caricia. «Y yo estaré encantado de probar a qué sabe nuestro particular chocolate con leche…».

Capítulo 6

Jordan se había instalado en un extremo del sofá, para hacer sitio a

Little B en el centro. Apoyó el codo en el brazo de su asiento y la cabeza en una mano. La alegría del alcohol había ido disipándose, y ahora empezaba a entrarle sueño. Los párpados le pesaban. No iba a tardar nada en empezar a dormitar.

Pero había algo que le intrigaba. ¿A dónde habrían ido Dan y Reggie?

«Están en el pasillo, lo sé», se dijo. «No he oído ninguna puerta. Además, puedo escuchar el roce de sus botas contra el suelo. Y eso que ha sonado ahora… ¿Es un beso? ¿Será posible que estén ahí al lado, haciéndose arrumacos, y nosotros aquí…?».

Volvió la cabeza hacia el pasillo, tratando de ver algo. Pero todo inútil. El umbral estaba desierto. La rayita de luz de la cocina que llegaba hasta allí solo iluminaba una pared vacía. Parecía que no había nadie.

«Y sin embargo, sé que están», pensó. «Puedo oírlos. ¿Qué estarán haciendo? He dicho que no me interesaba su relación, pero fue por hacerme el digno, no de verdad. En realidad, me come la curiosidad. No me imagino a estos dos…».

Little B interrumpió el curso de sus pensamientos, sacudiéndole un brazo y diciendo:

—¿Sabes qué, Jordan? Me he propuesto hacer de Paul un jugador decente. ¡Es increíble la cantidad de trampas que hace a las cartas!

—Tú también —se rió Paul.

—¿Yo? —exclamó Little B, ultrajado, llevándose las manos al pecho de forma dramática—. ¡Yo soy el jugador más limpio con el que te has enfrentado en tu vida!

Paul volvió a reír.

—¡Lo que tú digas! —contestó.

—¿En serio? ¿Dudas de mi honestidad? El hecho de que sea bueno jugando a las cartas, y tenga buena suerte, no significa que tengas que insultarme, Paul.

Jordan escuchó otro besito y una risita mal disimulada en el pasillo y volvió la vista de nuevo, tratando de captar algo de lo que estaba ocurriendo. Pero Little B le agarró por la manga, y volvió a exclamar:

—¡Jordan! ¡Dile a este botarate que se equivoca de punta a punta conmigo!

Jordan miró a Paul y le advirtió con un índice, somnoliento:

—Te equivocas de punta a punta —repitió, de broma.

Para Little B pareció suficiente con eso, porque asintió, satisfecho, y procedió a abrir la caja del juego de mesa, que tenía sobre sus rodillas.

—No pretenderás jugar ahora… —se extrañó Jordan.

—¡Qué va! Solo quiero ver las instrucciones. ¡Ya jugaremos mañana! ¿Es muy complicado?

Jordan escuchó un nuevo besito, e hizo la intención de girar la cabeza, pero esta vez Little B no le dejó. Volvió a sacudirle el brazo, tirándole de la manga casi hasta sacársela y apremiando:

—¡Jordan, hombre, no te distraigas! ¡Te necesito despierto para explicarme esto!

—Si ya lo estoy… —se defendió Jordan.

Pero su débil protesta sirvió de poco. Little B continuó con el ceño fruncido, mirándole como si estuviera esperando alguna clase de iluminación por su parte. Jordan suspiró, pensando: «¿Por qué

tengo la sensación de que es Little B quien quiere distraerme? Parece que me lee la mente, demonios. Cada vez que hago la intención de mirar…».

Escuchó el roce de unos zapatos en el suelo del pasillo, y tuvo la impresión de que sus amigos ya regresaban. De hecho, volvió la vista por reflejo en esta ocasión, no por curiosidad. Pero Little B debió interpretarlo de otro modo, porque le dio dos golpecitos con un índice en el hombro, firmes y a conciencia, como si estuviera pulsando el timbre de algún portero automático. Y cuando Jordan le miró, le señaló con las dos manos la caja abierta sobre su regazo, diciendo:

—Por favor, si no te importa…

—¡Oh, está bien! —rezongó Jordan—. Little B, cuando se te antoja algo, no paras hasta conseguirlo.

—Ah, ¿tú no? —fue la respuesta de Little B, alzando una ceja.

Paul se echó a reír, y Jordan cogió el manual de instrucciones del juego y enterró la cara en él, gruñendo para sí. Había olvidado que Little B tenía respuesta para todo, rayos…

***

Dan sintió que Reggie atrapaba su labio inferior entre los dientes, y se apartó poco a poco, sintiendo cómo le dejaba ir, suavecito y con cuidado. Apenas se hubo retirado del todo, le dejó un besito casto en toda la boca, y luego cubrió de bocaditos su barbilla y su mejilla.

—¿Te duele el morado? —susurró, al notar que Reggie se encogía un poco entre sus brazos.

El otro chico hizo un ruidito afirmativo. Dan le besó la mejilla, murmurando:

—Lo siento, cariño. No volveré a morderte ahí hasta que esté curado.

—¿Te duele a ti el costado? —preguntó Reggie.

Dan notó su mano cálida acariciándole las costillas por encima de la ropa. Colocó la suya sobre ella y la acarició despacio a su vez.

—No.

Movió luego aquella mano con la suya y la situó de nuevo en su cintura. Hizo lo propio con la otra.

—Agárrame, cariño —susurró.

Reggie apoyó su frente en la suya. Cerró los ojos. Apretó a Dan contra sí con los diez dedos abiertos, como si quisiera abarcarle más.

—¿Así está bien?

—Sí —suspiró Dan.

Cerró los ojos a su vez. La charla sobre sexo, velada, pero charla al fin y al cabo, había vuelto a ponerlo nervioso, aunque ahora por un motivo distinto…

Durante el tiempo que había estado bailando con los demás, había sorprendido a Reggie mirándole el trasero, por lo menos en tres ocasiones. Y eso le había dado una idea. Ahora bien, era la primera vez que hacía esto, y se sentía inseguro. Además, de nuevo, le asaltaba la duda. ¿Sería demasiado pronto?

«Solo hay una forma de comprobarlo», se dijo.

Tomó aire para darse valor, de modo un tanto tembloroso y entrecortado. Después aprovechó que tenía todavía sus dos manos sobre las muñecas de Reggie, y las movió despacio y suavecito hacia abajo, deslizándolas por encima de su pantalón, hasta la parte superior de sus nalgas.

Reggie no dijo nada. De hecho, no pareció ni respirar, como si de repente se hubiera convertido en estatua. Pero sus manos eran cálidas y posesivas, y continuaban con los dedos abiertos, como si quisieran sentir más de él, todo lo que pudieran…

Dan tomó aire de nuevo. Dio un suave empujoncito a las muñecas de Reggie hacia abajo, sin mover ahora sus manos, sino solo para decirle sin palabras que podía continuar si quería, y alzó las suyas para agarrarse a sus hombros, pegándose a él con todo su cuerpo.

Por un primer momento, Reggie no hizo nada. Se quedó inmóvil, sin respirar, sin hablar… Su cuerpo se mecía a un lado y al otro, siguiendo al suyo, pero por lo demás, no hizo nada. Dan se preguntó si se habría convertido de veras en estatua de sal…

Empujó un poquito con las caderas hacia su cuerpo, con la intención de mover el trasero y hacer que las manos del otro joven descendieran algún milímetro más, por si Reggie no había captado el mensaje. En esta ocasión, el batería tomó aire entre dientes, como si hubiera sentido algo muy intenso. Su respiración le acarició de nuevo la nariz, ahora lenta, pesada y trabajosa.

—Reggie, ¿quieres…? —cuchicheó Dan, casi sin voz.

—Sí. Quiero —interrumpió Reggie.

Y por fin se movió. Sus manos se deslizaron despacio, así como estaban, abiertas y posesivas, y cubrieron el resto del trayecto hasta abajo. Luego agarraron sus nalgas y las apretaron contra sí.

—¡Oh, cielos…! —articuló en la nariz de Dan.

Él no podía estar más de acuerdo. El tacto de aquellas manos era delicioso. Y al apretarle contra sí, Reggie había hecho que sus pelvis quedaran unidas, una con la otra. Dan podía notar también el tacto de otra cosa, de consistencia y forma distinta, pero inconfundible, apoyada contra sus partes. Como los dos tenían la misma estatura y una constitución parecida, todo lo tenían a la misma altura: las clavículas, el pecho, el ombligo, las partes…

—¿Demasiado pronto? —preguntó Dan, un poco sin aliento.

—No. Demasiado tarde. ¿Cómo he podido vivir durante veintiséis años sin tener esto?

Dan se rió, nervioso.

—Yo siento lo mismo.

—Qué trasero, mi vida… —cuchicheó Reggie, cubriéndole los labios y la barbilla de besitos—. Y qué… En fin.

Dan volvió a reír.

—¿En fin? —repitió.

—Pues sí.

—¿Cómo tengo el «en fin»?

—Grande… Madre mía, creo que mayor que el mío…

Reggie movió un poquito las caderas, como buscando frotarse con él para sentirle mejor, y Dan soltó una carcajada, cubriéndose la boca con una mano para que Jordan no pudiera escucharle. Miró a Reggie a los ojos, ilusionado.

—¿Te gusta?

—Sí —contestó Reggie, y su voz grave y áspera le sembró mariposillas en la barriga—. Me encanta.

Las últimas dos palabras iban en tono admirado y maravillado. Dan sonrió, pero no fue capaz de apartar sus ojos de los del otro chico. La expresión de Reggie le fascinaba.

«Hay tanto amor en estos ojos…», volvió a pensar.

Le había ocurrido en varias ocasiones durante la tarde, esto de mirar a Reggie a los ojos, y de encontrarse con un amor inmenso dirigido hacia él. Pero cada vez que le ocurría, Dan se quedaba fascinado mirándole, porque cada vez era una sorpresa maravillosa para él.

«Y sus ojos…», se dijo. «Son tan bonitos… Azules, como el cielo. Y pensar que antes, a mediodía, me parecían de hielo… Nada más lejos, chico. Este hombre es todo corazón».

***

Dan le estaba mirando otra vez con esa abierta fascinación, como si estuviera viendo lo más hermoso de la tierra. Reggie se sentía incapaz de apartar sus ojos de los de él.

Casi no se dio cuenta de que sus cuerpos unidos continuaban moviéndose al ritmo de la música, muy despacio. Su mundo eran aquellos ojos negros, y aquel cuerpo pegado al suyo, y aquel trasero prieto y redondito bajo sus manos. No existía nada más.

—¿La sientes? —murmuró Dan—. ¿Sientes la conexión?

—La siento —respondió Reggie.

Dan tomó aire profundamente y se movió para rodear de nuevo su cuello con los brazos. Reggie le acarició el trasero hacia arriba, su cintura, su espalda… Todo ello con sus dedos

tropezando con los pliegues de la ropa a cada paso. Le abrazó a su vez, y se quedó quieto, muy quieto, con los ojos cerrados, sintiéndole.

—Recordaré este momento toda mi vida, Danny —le murmuró al oído—. Aunque sea anciano, y esté calvo y lleno de arrugas…

—Lo recordaremos los dos, cariño —repuso Dan, con su voz dulce y suave cerca de su oreja. Le hizo un mimito y añadió—: Porque estaremos juntos.

Reggie sonrió, sintiendo el escozor de las lágrimas en los párpados, sin saber por qué.

—Eso me encantaría —susurró, con voz temblorosa.

—¿Verdad? A mí también.

Otra vez había una sonrisa en la voz de Dan, y Reggie sintió que no se podía ser más feliz de lo que él era en aquel instante…

***

La música había cambiado. Desde hacía un rato, ya no era bailable ni comercial. Ahora sonaban baladas de rock, suaves y lentas. William había dejado de bailar, y se había apoyado de nuevo en la puerta para escucharlas, con los ojos cerrados y una sonrisita en los labios. De pronto, empezó una que le resultó familiar. La reconoció en seguida.

—¡Ah! —exclamó para sí, abriendo los ojos—. ¡Es nuestra canción!

Sí, era la misma que Troy había escuchado minutos antes en la habitación de música. La misma que el propio William eligió ayer para comenzar el reportaje erótico…El joven cantante se

rodeó con sus propios brazos y volvió a cerrar los ojos.

«¡Y pensar que a Troy le pareció cutre la primera vez que la escuchó…!», pensó. «Ahora es una de sus favoritas. Claro que yo llevo dos años metiéndosela con cucharón, como quien dice. La escucho siempre que puedo. Sobre todo, es ideal para estar tranquilo, relajándome un rato, o para escribir música. Me inspira. Y me inspira porque me recuerda a Troy».

A Troy… Pero no al hombre serio y responsable en el que se había convertido, sino al muchachito inocente, de ojos grises y mirada abierta y desenfadada, que fue cuando se conocieron. William tenía veintiún años en aquel momento, y Troy veinticuatro, pero el segundo parecía el más joven de los dos.

Para William fue evidente, desde el instante en que lo conoció, que Troy nunca había tenido pareja. También que estaba en el armario, y que tal vez incluso ignorase todavía que le gustaban los chicos, por no haber podido conocer a la persona adecuada. Y desde luego, no le cupo ninguna duda de que tenía un alma noble y buena, y que era incapaz de pensar mal de nadie.

«¡Jordan nos ha hecho tanto daño…!», se dijo, no sin algo de melancolía. «Nos ha hecho cambiar. Y no sé si ha sido para bien…».

Tal vez sí. La mirada que Troy había traído de casa de Daryl, esa que hacía sentir a William tan atesorado y querido, esa que hablaba de intimidad y de amor sin decir ni una sola palabra… En última instancia, se la debían a Jordan…

Troy había cambiado, había crecido. Ahora era el más maduro de los dos. William también había cambiado, y se daba cuenta de ello. Se había vuelto más responsable y más protector con su dragoncito. Y había sentado la cabeza y había aprendido un poquito a respetarle en algunos aspectos, cosa que no hacía al principio, por pura inseguridad. Pero en su opinión, el que más había cambiado de los dos, era Troy.

«Y esto aún no se ha terminado», pensó. «Me pregunto cuánto más tendremos que cambiar, antes de que todo esto acabe, y cómo seremos al final…».

No podía saberlo, y la canción ya había terminado. Había empezado otra, también del mismo estilo. William abrió los ojos y se retiró de la pared. Regresó a su esterilla y se dejó caer sobre ella, con un suspiro. Volvió a colocar el libro sobre sus rodillas para seguir leyendo. Estaba cansado, y no tenía más ganas de baile. Además, la música tampoco le llamaba a ello. Se sentiría ridículo bailando esto, abrazándose a sí mismo y pensando en Troy. Se sentiría triste, y más solo que nunca antes, y no quería.

No podía permitirse el lujo de venirse abajo. Se necesitaba fuerte y animoso, todo lo que pudiera estar. Para los secuestradores, el día de hoy parecía haber acabado ya. Pero, ¿quién podía saber lo que le depararía mañana? Si estaba triste o desanimado, no vería la oportunidad de escapar o de enviarle un mensaje a Troy, si se le presentaba la ocasión. Y debía verla. Debía cuidar de sí mismo y estar fuerte y atento. Ya habría tiempo de llorar… Cuando volviera a estar en casa, entre los brazos de su dragoncito.

«Y entonces lloraré de felicidad», se dijo.

Y con esta idea en mente, para mantener viva la lucecita de la esperanza en su corazón, se sumergió de lleno en su lectura.

Capítulo 7

Mientras William retomaba el hilo de la historia, en el Upper East End, había otros dos Red Devils que también se sentían felices en aquel momento, como Reggie… Aunque estaban demasiado perdidos el uno en el otro como para ser capaces de acordarse del batería…

Liam estaba en la cama de Keith. Tenía a este abrazado a él con brazos y piernas, con la cara enterrada en su cuello. Liam le apretaba contra sí a su vez, rodeando sus hombros con un brazo y su cuerpo con el otro. Todavía estaba bajo los efectos del orgasmo, y trataba de volver poco a poco a la tierra, parpadeando en la penumbra y mirando ante sí sin ver.

Estaban cubiertos solo por una sábana, pero el cuerpo de Keith estaba caliente y húmedo de sudor, y su piel se adhería a la suya, como si no quisiera separarse de él jamás. Respiraba de modo un poco entrecortado. Se movió, frotando su rostro contra su cuello y su hombro, e hizo un ruidito de necesidad.

—Liam… —murmuró, muy bajito.

—Shh… Estoy aquí —contestó Liam, acariciándole la larga melena rubia con una mano.

La tenía toda revuelta, y Liam suponía que la suya debía encontrarse en un estado similar, pero esa era la menor de sus preocupaciones en aquel momento.

«¡Madre mía!», pensó. «O yo llevo demasiado tiempo fuera del mercado, o Keith es la persona más fogosa que he conocido nunca… ¿Y quién lo iba a decir, de un chico tan serio y responsable? Pero Keith le pone pasión a todo lo que hace…».

Su compañero hizo otro ruidito, y Liam le acarició ahora la espalda con cuidado, repitiendo el «shh». Volvió la vista hacia la ventana.

La habitación continuaba en penumbra, solo iluminada por la luz de la calle, que entraba a través del gran ventanal. Desde donde estaba, Liam podía ver la fila de rascacielos que había al otro lado de Central Park, todos cuajados de lucecitas, y una amplia extensión de cielo nocturno, de un azul oscuro, casi negro. El brillo de la ciudad que nunca duerme eclipsaba el de las estrellas, al menos, en esta zona de la inmensa urbe, por lo que no se podía

ver ninguna. El cielo parecía estar limpio. Era una masa azul, uniforme y oscura.

Keith se movió otra vez para apretarse más contra él y repitió el ruidito. Liam bajó la vista para mirarle, aunque lo único que consiguió ver de él fue su pelo y uno de sus blancos hombros.

—¿No estás bien? ¿Te duele algo, Keith? —murmuró.

El otro chico hizo un gesto negativo, frotando de nuevo su cabeza contra su hombro.

—No —respondió.

Pero Liam sintió humedad en una de sus clavículas, y los hombros de Keith se estremecieron con un sollozo. El corazón del bajista se encogió al oírlo.

—Sí, te pasa algo —dijo—. ¿Qué es? Si he sido muy torpe o muy bruto, o lo que sea, puedes decírmelo, cariño. No me voy a ofender, de verdad.

Keith soltó una risita, que se convirtió en otro sollozo, justo al final.

—No, no es nada de eso. Soy yo, que soy un bobo.

—¿Por qué dices eso?

Keith se encogió de hombros.

—Por nada.

Pero el hombro de Liam continuaba húmedo, y las lágrimas empezaban a descender perezosamente hacia su pecho. El bajista chasqueó la lengua.

—Keith, por favor, estoy preocupado. Es la primera vez que una de mis parejas se echa a llorar después de hacerlo conmigo.

¿No puedes decirme qué te pasa?

Keith volvió a moverse, pero en esta ocasión, para levantar la cabeza y mirarle a los ojos. A pesar de la débil luz, Liam pudo ver su rostro con toda claridad. Sus ojos azules brillaban, llenos de estrellitas. Estaban húmedos, igual que sus párpados, y sus pestañas estaban pegadas unas a otras por las lágrimas. Pero su sonrisa resplandecía.

—Me pasa que soy feliz, Liam —contestó, contemplándole como si tuviera delante a la criatura más hermosa del mundo.

Alargó una mano y le acarició la mejilla con las puntas de los dedos, despacio, añadiendo:

—No te preocupes. Ha sido maravilloso. Y ahora estás aquí, abrazándome… No es un sueño. ¡Eres tú de verdad!

—¡Desde luego que soy yo!

Keith volvió a reír, y su sonrisa pareció iluminar toda la habitación.

—Sí. Y yo soy tan feliz…

—Oh, ven aquí, anda… —repuso Liam.

Le abrazó, volviendo a meter su cabeza en el hueco de su hombro. Apretó la suya contra ella y cerró los ojos. Él también se sentía acongojado y emocionado. No tenía ni idea de que esto hubiera sido algo tan importante para Keith. No sabía que *él* fuera tan importante…

***

Keith no quería que este momento se acabara nunca. Tenía el cuerpo desnudo de Liam todo lo pegado al suyo que podía estar.

Sentía su respiración en su hombro… Y sus manos tan tiernas le trataban como si él estuviera hecho de cristal… Toda la impaciencia y la urgencia de antes habían desaparecido, y ahora todo era ternura, cuidado y entrega.

«Casi parece que me quiere», pensó Keith. «¿Será posible…?».

Sí, pero… ¿Qué había del novio?

«Oh, no quiero pensar en eso ahora», se contestó. «Liam dice que mañana hablaremos. Y aún queda mucho para que llegue mañana».

Liam se apartó poco a poco y volvió a mirarle. Sus ojos castaños parecían negros con esta débil luz. Su cabello oscuro estaba esparcido sobre su blanco cuello y la almohada, y le caía en desordenados mechones sobre la frente. Su expresión era seria y preocupada. Y su mano le acarició la cara y el pelo con delicadeza, mientras su mirada volvía a prenderse de la suya.

—Para mí también ha sido maravilloso —murmuró.

Keith sonrió, y se le escapó una risita de ilusión. Nuevas lágrimas de felicidad se derramaron de sus párpados y rodaron deprisa por su nariz y una de sus sienes hacia la almohada.

Justo detrás de Liam, estaba la pared donde Keith tenía los pósters del grupo. La foto que solía mirar antes de dormirse era la que estaba más cerca, y en aquel momento le quedaba medio oculta por la cabeza de su compañero. Pero podía ver sus ojos, los del póster, mirándole…

Volvió la vista a los ojos del otro Liam, el de verdad, el hombre serio y preocupado que le abrazaba, tendido a su lado sobre su cama. Este rostro tenía más edad que el de la foto… Estos ojos eran los mismos… Pero esta mirada era mucho mejor. Era auténtica. Era real.

Este era el verdadero Liam siendo él mismo y mirándole desde el fondo de su alma. Y aquí, en carne y hueso, en su cama, no desde una fotografía. La luz azulada que entraba por la ventana creaba un ambiente mágico en la habitación, pero el cuerpo del otro joven era sólido y cálido junto al suyo. Muy real. Muy vivo. Y muy *aquí*.

Después de haber pasado tantas y tantas noches con una foto suya por toda compañía, decir que Keith se sentía feliz era quedarse corto. Esto era un sueño hecho realidad.

De pronto, Liam parpadeó. Pareció reparar en algo que le hizo salir de su arrobamiento, porque se movió para echar una ojeada a su hombro izquierdo, el que quedaba expuesto en aquel momento, y preguntó:

—¿Y este tatuaje? No recuerdo habértelo visto antes. ¿Es nuevo?

***

Liam estiró un poco el cuello para ver mejor el dibujo sobre el deltoides de Keith. Parecían ser un sol y una media luna juntos, en un solo círculo, rodeados de estrellas. Tanto el sol como la luna tenían los ojos cerrados y una sonrisa. Parecían dormir, abrazados, como estaban ellos dos en aquel instante.

—Sí —contestó Keith, secándose un ojo con una mano—. Me lo hice hará cosa de un mes, creo. Aunque me llevé mucho tiempo pensándolo.

—¿Por qué?

—Bueno, no es solo un dibujo bonito. Tiene un símbolo.

—¿Sí? ¿Significa algo especial?

Keith se secó el otro ojo y sonrió. Se encogió de hombros una vez más.

—Puede —fue todo lo que dijo.

Liam también sonrió.

—¿Eso significa que no me lo vas a decir?

Keith le acarició el pecho despacio, con su mirada clavada en la suya. Tenía la expresión soñadora y abstraída ahora, casi somnolienta.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Quiero saberlo todo de ti, Keith —repuso Liam—. Además, ¿cuándo te he dicho que no me interesa uno de tus tatuajes?

Keith soltó otra risita.

—Es verdad. Eres el único que me pregunta por ellos.

Liam asintió.

—M-m. ¿Me lo vas a decir?

Keith sonrió un poquito, nervioso, y dijo:

—En fin, si te empeñas… El sol es amarillo, ¿no?

—Sí.

Liam estaba acostumbrado a los simbolismos de Keith, para quien todo tenía un significado especial, los colores, las formas, los dibujos… Pero nunca imaginó que su compañero le diría la frase que pronunció a continuación.

—Supongamos que yo soy el sol, por aquello del pelo rubio y

tal.

Keith hizo un gesto vago con la mano hacia su propia cabeza. Liam volvió a asentir, sorprendido. Que él pudiera recordar, esta era la primera vez que el propio Keith se retrataba a sí mismo en uno de sus tatuajes, aunque fuera en forma simbólica…

—Ah. Supongamos, sí —respondió.

—¿Quién sería mi luna?

Liam se quedó paralizado, inmóvil, mirando a Keith con grandes ojos. ¿Había oído bien? ¿Keith acababa de insinuar que estaba enamorado?

«¡Su luna! Dios mío, eso no es cualquier cosa… ¡Eso es su media naranja!», pensó. El pánico le atenazó el pecho con su puño invisible. «¿Quién? ¿Quién ha robado el corazón de Keith? ¿Y por qué ha pasado lo de esta noche, conmigo, que no tengo nada que ver? Justo ahora que descubro que él es mi estrella, mi sol, mi vida… Ahora que por fin nos hemos besado y hemos… ¡Un momento!».

Liam sintió que le daba vueltas la cabeza cuando repasó su propio pensamiento y se dio cuenta de lo que acababa de decirse. ¡Su sol!

Miró de nuevo a Keith, conteniendo la respiración. El otro joven le miraba a su vez, con los ojos azules muy serios e intensos y una sonrisa tierna bailando en sus labios. Como si respondiera a su muda interrogación y a su perplejo asombro, murmuró:

—Tú, Liam. Tú eres mi luna.

***

Keith estaba aterrado. Tenía el corazón latiendo con fuerza dentro

de su pecho, con tanta fuerza de hecho, que lo sentía también redoblando en sus oídos, casi con el mismo vigor que tenían los redobles de Reggie.

Keith tenía varios tatuajes en distintas zonas del cuerpo, y cada uno de ellos iba impregnado de un significado especial. Pero ninguno le había costado pasar tanto tiempo meditando si hacérselo o no.

¿El motivo? Él sabía que era una declaración de amor. Y también sabía que Liam le preguntaría, porque siempre preguntaba por sus tatuajes. Oh, por supuesto que ya tenía pensada una historia para poder contarle, una absolutamente falsa, con la que saciar su curiosidad sin tener que delatarse, y sin tener que poner a Liam en un compromiso. Pero a la hora de la verdad… Bueno, había preferido decir eso, la verdad.

No podía contarle una historia falsa a Liam. Después de lo que había ocurrido entre ellos esta noche, ya no.

¿Y qué iba a hacer Liam?

«Ahora es cuando me aparta de un empujón, se levanta y se va», pensó Keith. «Una cosa es que te regale una noche de sexo, y otra… Otra es lo que tú le estás diciendo, Keith. Tiene novio. No puede regalarte también amor eterno».

Durante unos segundos interminables, Liam no hizo nada. Se quedó quieto, mirándole con grandes ojos, sin respirar siquiera, mientras Keith le observaba con el corazón en un puño, aguardando su reacción.

De pronto, Liam hizo algo extraño. Tomó aire bruscamente y lo soltó también de golpe, con una risita, que se convirtió en seguida en un sollozo. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y sus labios apretados temblaron, haciendo una mueca, como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—Tu luna —repitió, con voz ronca.

Keith le puso una mano en un brazo.

—Liam, lo siento. No he debido decírtelo. Tu novio…

Liam sacudió la cabeza y sollozó otra vez. Sonreía y lloraba, las dos cosas a un tiempo, y Keith por su alma que no entendía nada de nada.

—Liam… —comenzó, cada vez más asustado.

El otro chico volvió a sacudir la cabeza.

—Gracias a Dios que me lo has dicho —hipó—. Tu luna, madre mía…

Acarició su mejilla con una mano, y al fin, la sonrisa le ganó a las lágrimas. Su rostro resplandeció de felicidad cuando le dijo:

—Soy tu luna, Keith…Tu luna por siempre. Y tú eres mi sol, mi precioso sol dorado. Te quiero tanto…

Le abrazó muy fuerte. Apretó su cabeza contra la suya y volvió a sollozar, muy bajito, como si le diera vergüenza oírse. Keith apretó sus hombros contra sí, tan perplejo que no pudo reaccionar. De todas las respuestas que había imaginado en su cabeza por parte de Liam, esta era la única que jamás se había atrevido ni siquiera a concebir.

—Te quiero, Keith… —repetía Liam en su oído—. Qué alivio poder decírtelo… Te quiero, mi sol… Seré tu luna, amor… Lo seré para siempre, si quieres, como el tatuaje que llevas… Me haré otro igual…Oh, Dios, te quiero tanto…

Keith se dio cuenta de que tenía los ojos grandes de asombro, abiertos de par en par en la penumbra. También se dio cuenta de que su cabeza estaba apoyada en el hombro de Liam, y de que sin

pretenderlo, por accidente, estaba mirando precisamente la foto de este que solía mirar antes de dormir…

Las lágrimas le empañaron la vista de repente y dejó de verla. Cerró los ojos. Las dejó fluir, sintiendo cómo el alivio se extendía por todo su cuerpo. Sollozó a su vez, y abrazó a Liam como a un tesoro.

—Te quiero —repetía Liam en su oído, con la voz aún temblorosa por la emoción—. Seré tu luna.

Y Keith volvió a llorar de felicidad, porque sabía que decía la verdad.

Capítulo 8

Jordan estaba frustrado. Little B no paraba de hacerle preguntas acerca del juego de mesa, y él tenía la sensación de que estaba haciéndose el despistado a propósito. A ver, conocía a Little B. Y no era tan torpe, caramba…

En cuanto a los otros dos tortolitos, le tenían intrigado, con tantos besitos y tantas risitas en el pasillo. No podía dejar de preguntarse si estaban hablando de él, criticándole a sus espaldas. Esa relación no le daba demasiada confianza…

Y él estaba que se caía de sueño. Había tenido un día muy tenso, todo el tiempo esperando en el Averno, sin saber cómo iban las cosas. Ahora que por fin podía relajarse, Little B tampoco se lo permitía con su charla inagotable. Ni siquiera dormitar un poco, vaya. Y los párpados se le cerraban solos…

«Tal vez va siendo hora de ponerme serio y mandar a esta gente a dormir», se dijo. «Parece que soy el único que está cansado. Pero me da lo mismo. Debe ser tarde ya. Y todavía no sabemos lo que ocurrirá mañana».

La idea era excelente, y se apresuró por ponerla en práctica. Agarrándose a la mesa con las dos manos, se puso en pie.

—No, Little B. Ya es suficiente. Mañana seguiremos hablando de eso —dijo.

Hizo una mueca al recuperar su posición erguida. Le dolían todos los músculos, y sabía que no era por haber bailado, sino más bien por haber pasado tantas horas tenso, y por el ejercicio de traer las cosas desde el coche. Se preguntó si mañana seguiría estando todo dolorido. Esperaba que no.

—Pero es que… —comenzó Little B.

Antes de que pudiera concluir la frase, Jordan habló, dirigiéndose al pasillo:

—¿Chicos? ¡Hay que dormir ya, vamos! Mañana nos espera otro día muy largo.

Hubo otra risita en el pasillo. Jordan apretó los labios, ahora francamente ofendido, y volvió a llamar:

—¡Dan! ¡Reggie! ¿Me oís? Hay que llevar a William al baño y preparar las camas. ¡Venga!

—Ya voy —contestó la voz de Reggie, seria y decidida.

Sonó muy cerca, a pocos centímetros del umbral. Jordan no pudo evitar pensar: «A ver si es verdad. Imagino que Dan debe tenerla muy grande, y por eso está este otro todo encandilado. Pero vamos, de ahí a este descaro… ¿Han perdido la educación, o qué? Pues sí que se han cogido con ganas, sí…».

***

Al oír la voz de Jordan, Reggie detuvo el baile y rompió el abrazo.

Miró a Dan, haciendo una mueca de contrariedad. El rapero se mordió el labio inferior, mientras Jordan volvía a llamar, en un tono autoritario que no admitía discusión:

—¡Dan! ¡Reggie! ¿Me oís? Hay que llevar a William al baño y preparar las camas. ¡Venga!

—Me temo que tiene razón, Danny —murmuró Reggie, mirándole entre tímido y resignado—. Tenemos que empezar a movernos.

Y sin esperar respuesta por su parte, volvió un poco la cabeza en dirección al salón para decir:

—Ya voy.

—Déjame que te acompañe a lo de William —ofreció Dan sin pensar.

Reggie sacudió la cabeza.

—Será mejor que venga Paul. Estamos cansados, y tenemos pocos reflejos.

La voz de Jordan apremió, una vez más:

—¡Reggie, no tenemos toda la noche!

—¡Que sí, que ya voy! —repuso Reggie.

Luego se inclinó sobre Dan, le besó con ternura en los labios, y le cuchicheó:

—Gracias. Ha sido maravilloso.

Luego se volvió y se dirigió de regreso al salón. Dan se quedó mirando su espalda erguida, sus hombros rectos, su cuello delgado y firme, y su cabello rubio y ondulado. Reggie era la persona más valiente y responsable que había conocido. En

cuestión de segundos, acababa de olvidarse de sí mismo, y había vuelto a ponerse el gorro de jefe para cumplir con su deber. Si alguna vez llegaba de veras a ser la pareja de este hombre, Dan se sentiría muy afortunado.

—Para mí también, cariño —murmuró, admirado—. Para mí también.

***

Reggie estaba cansado y también bastante frustrado. Jordan les había interrumpido en su momento a solas, y de un modo demasiado brusco para su gusto. Por una parte, tenía que reconocer que tenía razón. Debía ser muy tarde ya, y todos estaban cansados, no solo él. Además, preparar las camas y prepararse ellos para dormir les llevaría un rato. Pero aún así, había estado tan cómodo y tan feliz con Dan…

«A saber si nos ha interrumpido a propósito, solo por joder», pensó.

Nada más llegar al salón, vio a Jordan de pie, junto a la mesa. Miraba hacia el pasillo, con los labios apretados y los ojos echando rayos. Reggie creyó que le diría algún comentario hiriente, o bien para burlarse de él, o bien para regañarle por «mal comportamiento». Pero su compañero no hizo ni una cosa ni otra. Al verle venir, puso de pronto rostro inexpresivo, y dijo:

—¿Quiénes vais a ir a lo de William?

—Paul y yo, como siempre —repuso Reggie.

Jordan asintió.

—Bien. Nosotros iremos preparando esto mientras. —Le hizo una seña con la cabeza a Little B, que continuaba en el sofá—. ¿Vienes?

El rapero le tendió una mano, y Jordan se acercó a él para ayudarle a desembarazarse de la caja del juego de mesa, y luego a salir del sofá. Reggie se le quedó mirando con el ceño fruncido.

«Me trata como siempre, y su tono de voz ha sido casi amable. Pero la cara que tenía cuando llegué era digna de ver», se dijo. «Me pregunto si habrá sido algo parecido lo que vieron Dan y Little B».

Sintió que una mano se posaba sobre su espalda, cálida y liviana, y supo en seguida que se trataba de la mano de Dan Nobody. Le hizo una suave caricia a la altura de la cintura, y luego se retiró. El rapero pasó por su lado, dirigiéndole una mirada de complicidad, antes de acercarse al rincón donde habían apilado las cosas para dormir.

—¿Qué voy haciendo, Jordan? —preguntó.

Reggie miró a Paul. El grandullón también se había levantado, y se acercaba a él con una sonrisa.

—¿Listo? —preguntó Reggie.

—Sí —contestó Paul, poniéndose a toda prisa el pasamontañas.

Reggie sacó el suyo del bolsillo e hizo lo propio, volviéndose de nuevo hacia el pasillo.

—Enciende la luz, anda —le dijo a Paul—. A ver si podemos acabar con esto cuanto antes.

***

Troy era muy consciente de que su coche era llamativo y fácil de reconocer. De hecho, en su humilde opinión, era toda una belleza. Por eso, aunque en este barrio tan rico debía haber otros

descapotables rojos, y seguro que todos ellos más caros que el suyo, decidió aparcar en un lugar apartado del Averno, y cubrir el resto de la distancia caminando. Su intención era evitar que el coche apareciera en las cámaras, o que Jordan lo reconociera desde una de las ventanas.

Además, tres tipos vestidos de negro en mitad de la noche pasarían más desapercibidos que un coche rojo, nuevo y reluciente. Al menos, eso se dijo mientras lo cerraba con el mando a distancia, y se despedía de él, dándole una palmadita afectuosa en uno de los faros traseros.

Miró luego a sus dos amigos, que le miraban a su vez, serios y con aspecto inquieto.

—¿Estamos listos? —cuchicheó.

—Sí —asintió Austin, decidido, mientras Seth tragaba saliva.

—Bien, cubríos las cabezas. No sabemos qué alcance tiene la cámara que hay junto a la verja de entrada —dijo Troy.

—Espero que ninguno —murmuró Seth.

Los tres sacaron sus pasamontañas y se los colocaron en un momento. Luego Troy revisó a sus amigos con la vista una última vez, para cerciorarse que no estaban reconocibles. Asintió, satisfecho, y les hizo una seña de que le siguieran.

La mansión no estaba muy lejos. Tan solo tenían que llegar a la esquina de la calle, doblar a la izquierda, y seguir la calle perpendicular hasta el final. Pero Troy no pudo dejar de observar cuán diferente se veía todo durante la noche. Había estado aquí hacía solo unas pocas horas, y sin embargo, ahora la calle estaba tan cambiada, que casi parecía que estuvieran en otro sitio.

La oscuridad hacía que las vallas y los setos de los demás edificios parecieran más altos. El silencio era sobrecogedor. Había

tanta calma, que lo único que se escuchaba era el rumor distante del océano, al pie del pequeño acantilado sobre el que se encontraban, y el canto de algún grillo aislado, en el césped de las otras casas y chalets por donde pasaban. El cielo estaba totalmente oscuro, y cuajado de estrellas, que titilaban como si estuvieran guiñándoles los ojos, en medio de la negrura del espacio. El aire olía a mar y a flores nocturnas.

—No hay ni un alma —cuchicheó Austin, que caminaba a su espalda.

—¿Quién va a haber? —susurró Seth. Iba junto al batería, mirando a todas partes con grandes ojos—. Debe ser de madrugada.

—No es tan tarde… —dijo Austin.

—Oh, sí que lo es, Tarugo.

—¡Shh! —interrumpió Troy—. ¡Podrían oírnos!

—Pero si no hay nadie —repitió Austin.

—¿Y tú qué sabes si hay vigilantes de seguridad en estas casas? —repuso Troy en voz baja—. ¡En silencio es mejor!

Se volvió por encima de su hombro y les hizo señal de guardar silencio, colocando un dedo sobre sus labios, más que nada para dar énfasis a sus palabras. Austin le devolvió el gesto, mostrando así que había entendido, y Seth alzó los ojos al cielo y sacudió la cabeza, con un suspiro sufriente. Troy se puso de nuevo en camino. Ninguno de sus dos amigos volvió a hablar.

Al fin, la luz de las farolas de la calle dio paso a un resplandor distinto, más intenso y más blanco que el de ninguna farola. Bajo este resplandor, Troy pudo ver allá a lo lejos la pared gris que cerraba la calle, que según tenía entendido por cosas que le había dicho William, pertenecía a la mansión contigua a la de

Jordan.

«¡Ya estamos aquí!», pensó, sintiendo que se le aceleraba el corazón. «Esa luz tan blanca son los focos del Averno. A Jordan le gusta ser el centro de atención, incluso en su calle y en su casa».

Caminó unos pasos más, estirando el cuello. Y sí, por encima de uno de los setos de la fachada junto a la que caminaban en aquel momento, pudo ver las primeras esquinas y el tejado del Averno. Las paredes blancas relucían en mitad de la noche. La mansión tenía un porte majestuoso, como si fuera una joya que reposara sobre terciopelo negro.

«Tenemos que andar con cuidado ahora», se recordó. «Hay una cámara sobre el dintel de la verja, y esa funciona de verdad, no como la de la gasolinera. Hay que avanzar despacio».

Se volvió hacia sus amigos una vez más, para hacerles señas con una mano de aminorar el paso. Austin asintió por toda respuesta. Y así, despacio y cautelosamente, con la mirada puesta en la verja de entrada y en la cámara que la guardaba, los tres amigos avanzaron los últimos metros que los separaban del Averno.

***

Mientras tanto, William regresaba a su habitación, bostezando. David había venido a buscarle hacía pocos instantes. Siguiendo sus instrucciones, se había cambiado de ropa en el baño, se había lavado los dientes, y se había preparado para dormir. Caminaba ahora arrastrando los pies, con su ropa, la que había tenido puesta durante todo el día, doblada debajo del brazo.

—¿Te queda bien la ropa? —preguntó David.

—Sí, muy bien. Dale las gracias a Jordan. ¿O debo dártelas a

ti? —repuso William, no sin algo de ironía.

David debió captarla, porque esbozó una sonrisita, apenas la elevación de una comisura, y dijo:

—A los dos. De nada.

William asintió. Volvió a bostezar, cubriéndose la boca con una mano. Aprovechó para echar una rápida ojeada alrededor.

El tipo grande había vuelto a acompañar a David, pero no el otro, el de la tez oscura. Habían hecho lo mismo que en la ocasión anterior que William tuvo que ir al baño. Habían abierto la puerta de su habitación de par en par, de modo que ocupaba medio pasillo, y el grandullón se había situado junto a ella, montando guardia, sin duda para evitar que el prisionero se escapara. David estaba de pie ante él. Y la puerta de hierro continuaba cerrada a cal y canto con su cerrojo.

William captó algo que le llamó la atención. Por lo visto, David había aprovechado mientras que él estaba en el servicio para sacar la bandeja con los platos vacíos. Ahora reposaba en el suelo del pasillo, cerca de la pared. Eso le recordó algo.

—¡Qué rico estaba todo, David! —le dijo—. Y la idea de poner música ha sido genial. —Se llevó dramáticamente una mano al pecho—. Como músico que soy, lo he agradecido mucho.

William tenía la teoría de que sus secuestradores eran amigos de Jordan, y que tal vez también fueran músicos. Aguardó, por si David decía un «nosotros también», o algo similar, pero el otro joven permaneció serio en esta ocasión, y se limitó a decir, en tono inexpresivo:

—Me alegro.

William se encogió de hombros. No había habido suerte. Este hombre parecía decidido a ser una caja fuerte. Resignado, dijo:

—Bueno, pues mañana será otro día, ¿no?

—M-m —asintió David, con sus ojos azules clavados en él.

«¡Qué desconfiado es!», pensó William. «Cualquiera diría que he hecho algún intento de fuga durante la tarde… ¡Y ya me ves, como si pudiera! Lo que tengo delante, más que un cuarto es una celda…».

No le gustó tener esta última palabra en su mente, de modo que la borró en seguida. Esbozó una sonrisita, por mostrar un buen ánimo que no sentía, y les hizo un saludo con la mano a los dos, diciendo:

—Que descanséis.

—Buenas noches, William —dijo David.

—Buenas noches.

Apenas hubo cruzado el umbral de su habitación, David cerró de nuevo la puerta tras él. William se encogió, cerrando los ojos y apretando los dientes. Le ponía los pelos de punta escuchar ese cerrojo y ese candado…

Y escuchó el cerrojo chirriar, sí. Pero cuando ya creía que iba a sonar también el chasquido del candado, lo único que llegó a sus oídos fueron los pasos de los dos hombres, alejándose por el pasillo, y un murmullo apagado. William abrió los ojos, sorprendido.

«¡David no ha puesto el candado!», pensó. «¿Se le habrá olvidado, o…? No, no creo que se le olviden muchas cosas a esos inteligentes ojos que tiene. Lo ha hecho a posta. Seguramente se ha acordado de que me da grima y no lo ha puesto. ¡Ah, qué noble por su parte! ¿Lo ves? No es malo del todo. ¡Caramba! ¡Si casi me recuerda a Troy, a veces…!».

«Lo que tú digas. Pero ese tipo podría dejar que te vayas, y no lo hace», le dijo su cabeza.

Cierto, maldita sea. William frunció el ceño.

—¡Oh! ¿Quieres callarte? —se habló a sí mismo—. ¡Me caigo de sueño!

Metió su ropa en la bolsa de plástico grande, y luego se dejó caer sobre la esterilla y el saco de dormir. Se metió en este último, y buscó una postura cómoda, colocándose la pequeña almohada a su gusto. Cuando al fin la encontró, sonrió y suspiró de satisfacción. Estaba agotado.

—Dulces sueños, dragoncito —murmuró, indagando en el cuello de la camiseta para sacar su corazón de plata.

Lo contempló por unos instantes, solo para poder ver el nombre de Troy relucir a la luz de la lámpara de campamento.

—Espero poder verte mañana —añadió—. Te quiero. Cuídate mucho.

Besó el corazón y lo devolvió a su lugar, bajo la ropa, apretándolo contra su pecho con una mano. Luego cerró los ojos y alargó la otra mano para apagar la luz, a tientas. La oscuridad se hizo en la pequeña habitación. William se quedó dormido casi en seguida, con el sueño profundo y pesado de la persona exhausta que ya no podía más…

Capítulo 9

—Un tipo majo, este William —decía Paul, quitándose el pasamontañas con una mano, mientras caminaban de vuelta al salón—. Al final, voy a terminar por cogerle cariño.

—Sí, yo también —repuso Reggie, caminando tras él, con la bandeja en las manos.

Nada más llegar al salón, vieron que sus compañeros habían extendido las esterillas en paralelo, una junto a otra, en el espacio libre que quedaba entre la puerta y el pasillo. Habían colocado también un saco de dormir y una almohada sobre cada una.

—Ah, ¿ya estáis aquí? —dijo Jordan en cuanto los vio—. ¿Qué tal?

—Todo bien —contestó Reggie.

—¿Ha intentado escaparse? —preguntó Little B con aprensión.

—Esta vez no —negó Reggie.

Llevó la bandeja a la cocina. Nada más entrar, le saltó a la vista el desastre que estaba hecho todo, con trapos a medio secar en distintas superficies, platos, vasos y cubiertos de plástico atiborrando el fregadero, bolsas sobre la mesa de madera…

«Menos mal que han guardado la tarta y los refrescos en el frigorífico», pensó.

Con semejante caos, un poco más de desorden no se iba a notar, así que metió los platos y vasos de William también en el fregadero, para tirarlo todo mañana, y dejó la bandeja sobre la mesa. Eso sí, tomó nota mental de recoger esto en cuanto amaneciera. Vale que tuvieran que compartir un piso pequeño y cutre, pero eso no significaba que tuvieran que convertirlo en una pocilga.

Cuando regresó de nuevo al salón, Jordan estaba de pie, delante de sus compañeros, dando instrucciones.

—Paul, tú te pondrás cerca del pasillo, por si a William le da

por escaparse.

—No podrá —dijo Paul—. Pero de acuerdo.

—Yo me pondré cerca de la puerta —continuó Jordan—. Los demás os ponéis en medio como queráis.

—¡Yo a tu lado, hermano! —exclamó Little B, agarrándose a uno de sus brazos con las dos manos—. ¡Faltaría más!

Jordan le dio palmaditas en un hombro, respondiendo:

—Está bien. Y ya que estás aquí, ¿me ayudas?

—¡Claro! ¿Qué quieres hacer?

Reggie se dio cuenta de que Dan le estaba mirando. En cuanto hubo captado su atención, el rapero le hizo una seña casi imperceptible con la cabeza hacia las dos esterillas que había entre la de Little B y la de Paul, y esbozó una sonrisita. Reggie también sonrió y asintió, ilusionado.

«Es por lo que hablamos antes, de dormir juntos», pensó. «¡Se ha acordado! Además, nuestros amigos nos lo han puesto muy fácil. Me pregunto si Little B lo habrá hecho a propósito…».

—¿Un trapo? —estaba exclamando este, y su voz, entre sorprendida y extrañada, le devolvió al aquí y ahora—. ¿Debajo de la puerta? ¿Para qué? ¿Acaso temes que pueda entrar un ladrón por ahí?

Hizo teatro, agachándose para mirar por el hueco que quedaba por debajo de la puerta, y sacudió la cabeza, dudoso.

—Hombre, supongo que uno bajito, quizás… Pero tendría que ser más bajo que yo, Jordan… Mucho más. No sé, del tamaño de un gnomo o algo así. ¿Creéis que existen los gnomos ladrones?

Los demás se echaron a reír. Jordan explicó:

—No le temo a los ladrones, Little B, sino a los bichos. No me gustaría despertar y encontrarme con un bicho gigante en toda mi nariz.

Little B dio un salto.

—¡Ah! ¡Por supuesto que no! ¡Pongamos esta puerta a prueba de bichos!

Y echó a correr hacia la cocina, mientras sus amigos volvían a reír. Dan miró a Reggie otra vez y le dijo:

—¿Puedes ayudarme? —Señaló una bolsa que tenía en la mano—. Estoy distribuyendo los pijamas, zapatillas y demás.

Reggie también dio un respingo.

—¡Sí! ¡Voy!

***

—Entonces, ¿ya no vivís juntos? —preguntó Keith con curiosidad.

Les había costado un ratito poder serenarse lo suficiente como para poder hablar. Keith se había desenroscado del abrazo, y había ido a por pañuelos. Cuando regresó, traía también una taza de tila para cada uno, sobre una pequeña bandeja. Liam lo vio entrar, desnudo, con el cabello rubio revuelto y la bandeja en las manos, y se le volvieron a escapar las lágrimas de emoción y de gratitud. ¿Qué había hecho para ser tan afortunado?

Ahora estaban sentados juntos sobre la cama, tomando la tila a pequeños sorbos. De vez en cuando, intercambiaban caricias y besos. Liam estaba seguro de que no olvidaría esta noche en toda su vida.

—No —contestó—. Se fue, y desde entonces no he vuelto a

saber de él.

—¿Y cuándo te diste cuenta de que yo te gustaba?

—No lo sé exactamente. Ocurrió poco a poco. Y te aseguro que yo fui el primer sorprendido.

Keith sonrió. Liam le había contado lo de su novio, y el otro chico parecía haberlo tomado muy bien. No se enfadó, no se ofendió, no le hizo la temida pregunta…

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

Ah, ya se la había hecho, maldita sea. Si es que…

—Porque fue poco a poco, ya te lo he dicho. Cada vez me sentía más unido a ti, sentía más conexión… Creí que era solo como amigos.

—Pero podrías haberme dicho lo de tu novio…

—Keith, lo intenté, ¿vale? Pero tú tampoco te prestaste a ello. Me huías, cambiabas el tema…

Keith asintió.

—Es verdad. Yo tampoco te lo he puesto fácil. En mi defensa, te diré que estaba seguro de que seguías con él, y no quería meterme en medio.

—Eso es tan propio de ti… —contestó Liam, acariciándole una rodilla con ternura.

Keith volvió a sonreír, encogiéndose de hombros. Pero en seguida se puso serio de nuevo, y dijo:

—No me gustaría que hubiera más secretos entre nosotros, Liam. Desde ahora…

Liam negó, tajante.

—No. No más secretos. —Se inclinó a un lado para volver a ver el tatuaje—. ¿Dónde te lo has hecho? ¿Aquí, en Nueva York?

—Sí. ¿De verdad quieres tener uno igual?

—Sí.

—¡Pero si siempre dices que te dan miedo las agujas!

—Bueno, pero por una vez… Si tú vienes conmigo y me coges de la mano… Contigo todo es diferente. Así sí me siento capaz.

Keith sonrió de nuevo, y pareció de veras como si el sol hubiera salido antes de tiempo para iluminar la habitación.

—Por supuesto que iré contigo —dijo—. Pero antes quiero que lo pienses bien. Mira que esto es para siempre, ¿eh?

Liam asintió, mirando su hermoso rostro, arrobado.

—Para siempre —repitió—. Igual que tú y yo.

Keith pareció a punto de derretirse de ternura. Volvió a abrazarle, con tanto ímpetu, que Liam estuvo a punto de derramar su taza sobre la cama. Le abrazó a su vez con la mano libre, y cerró los ojos.

Sí, quería tener ese tatuaje. Quería llevar a Keith y el símbolo de su amor siempre consigo, en su pectoral izquierdo, junto a su corazón.

***

Mientras tanto, en el Bronx, Little B y Jordan habían terminado de

cubrir la rendija de debajo de la puerta, y los demás ya habían distribuido la ropa para dormir. Jordan dijo que él sería el primero en cambiarse, y se fue al baño, con su ropa debajo del brazo. Apenas se hubo internado en el pasillo, Little B les dijo a los demás, en un apresurado cuchicheo:

—Me he ofrecido para dormir entre Jordan y Dan por la cara que le hemos visto antes, Reggie.

—¿Cara? —intervino Paul—. ¿De qué habláis?

Los dos raperos le pusieron al día, contándole lo que habían visto, en susurros y en pocas palabras. Por su parte, Reggie se ocupó de vigilar el pasillo, manteniendo la vista fija en la puerta del fondo, por si a Jordan le daba por regresar.

—A lo mejor fue porque acababa de enfadarse con Reggie —dijo Paul—. Después lo hemos visto como siempre.

—Sí, o porque había bebido. Yo también lo he pensado —convino Little B.

—No sé —dijo Reggie—. Yo también le he visto una cara extraña hace un momento, cuando nos llamó para preparar las camas. Creí que me gritaría cuatro cosas. Me sorprendió que cambiara la cara de repente, y que hablara en ese tono tan amable.

—A lo mejor está cansado, simplemente —dijo Paul—. Ha tenido un día muy duro.

—Todos lo hemos tenido —intervino Dan, con voz suave—. Sobre todo Reggie.

Los cuatro se miraron durante un instante. Al fin, Little B volvió a hablar:

—Yo digo que no perdemos nada por esperar, a ver cómo amanece mañana. Puede que sea lo que dice Paul, y que solo esté

cansado. En ese caso, nosotros estaríamos aquí, formando una montaña de un grano de arena.

Reggie asintió.

—Estoy de acuerdo, Little B.

Volvió a echar una ojeada al pasillo, y de pronto, cayó en la cuenta de algo. Algo que sabía que no estaba bien aquí desde que Jordan partió hacia el servicio, pero que hasta este momento, no había sabido precisar de qué se trataba. ¡El candado!

—¡Ah! —exclamó—. ¡El candado de William! ¡No lo he puesto!

Se palpó los bolsillos, aterrado. En efecto, en el bolsillo derecho de su pantalón estaba el candado, junto con las llaves de todo el apartamento. Miró a los demás, murmurando:

—¡Dios mío! ¡Veréis el grito que me va a dar! Me ordenó que le pusiera siempre el candado… Y además, le hemos dicho que William ha intentado escaparse dos veces… Ahora con más motivo querrá…

—Reggie —habló Dan suavemente, alargando las manos para ponerlas sobre sus hombros—. No se va a dar cuenta. Está medio borracho y medio dormido. Relájate, ¿vale?

Reggie no podía relajarse. El miedo le había hecho un nudo en la boca del estómago. Todos ellos se habían esforzado mucho durante gran parte de la noche por no tener más conflictos con Jordan, y él acababa de echarlo todo a perder, por culpa de un simple candado. Miró al otro chico con grandes ojos, y murmuró:

—No quiero tener otra bronca por esto. No quiero que se enfade…

Dan le acarició un brazo, haciendo una mueca de dolor.

—Cariño, no se enfadará.

—No debería cuidar tanto de William…

—Pero si lo haces estupendamente…

—¡A costa de tener un problema con Jordan!

—Reggie, por favor, ¿quieres calmarte? ¿Recuerdas lo que te dije? Si Jordan se enfada, nosotros tres nos pondremos de tu parte.

Little B miró a Reggie, confuso, y luego a los otros dos, preguntando:

—¿Puedo saber qué es lo que pasa con William?

Paul explicó:

—Esta tarde, cuando lo llevamos al baño por primera vez, le dijo a Reggie que le daba grima que le pusiese el candado a la puerta. Y Reggie después se lo quitó.

—Si hubiera un incendio durante la noche, William se quedaría atrapado allí, Little B —añadió Dan—. Y ya sabes lo frecuentes que son los incendios en el Bronx…

Little B asintió varias veces. Dan concluyó:

—En cambio, si el candado no está puesto y hubiera una emergencia, cualquiera de nosotros podría correr a abrirle. No haría falta que fuera Reggie con las llaves.

—Eso es verdad —volvió a asentir Little B. Miró a Reggie con respeto—. Muy bien pensado, jefe.

—Pero no me di cuenta de que para ir al baño, hay que pasar por delante de la puerta de William —dijo Reggie, que no estaba mucho más tranquilo. Miró de nuevo a Dan, angustiado, murmurando—: Estoy seguro de que Jordan lo ha visto. ¿Debería

ponerlo ahora, cuando vaya yo a cambiarme?

—No, Reggie —respondió Dan, muy seguro—. Es mejor para William que no esté puesto, sobre todo durante la noche. ¡Por favor, no le tengas miedo a Jordan!

—Además, William no puede escaparse —terció Paul—. Con ese cerrojo, es imposible.

—Pero Jordan dijo… —comenzó Reggie.

—¡Shh! —intervino Little B, metiendo una mano en medio del grupo y sacudiéndola en el aire con impaciencia—. ¡He oído una puerta!

Reggie volvió a estirar el cuello hacia el pasillo. Vio un abanico de luz salir por la puerta del baño y reflejarse en la pared de enfrente, y miró de nuevo a sus amigos, cuchicheando:

—¡Es él! ¡Ya viene!

***

Jordan salió del baño y apagó la luz tras él, sintiéndose refrescado y cómodo. Qué alivio poder cambiarse de ropa después de un largo día, y tener una cama esperándole, aunque fuera una improvisada en un saco de dormir…

Se sonrió para sí por la ocurrencia, y se dispuso a regresar al salón con sus compañeros. Pero entonces lo vio.

La puerta de la habitación de William estaba cerrada, y ya no había luz por la rendija de debajo, así que dedujo que el otro chico debía estar durmiendo. El cerrojo estaba echado, pero tuvo la sensación de que faltaba algo. Se quedó por unos instantes mirándolo y pensando: «¿Qué es lo que falta? ¿Por qué me parece que falta algo, en primer lugar? El cerrojo está echado, así que

William no puede escaparse. No se me ocurre…».

Y de pronto, cayó en la cuenta de lo que era: el candado.

«¡Ese sinvergüenza de Reggie…! Le dije que lo quería puesto a todas horas. ¡Y míralo! Esto es lo que hace con mis órdenes, desobedecer sin ni siquiera decirme nada», reflexionó. «¿Y qué hago yo ahora? Si no le necesitara, le habría echado con una patada en el trasero hace mucho tiempo…»

Ya, pero le necesitaba. Y ese era el problema, precisamente…

«Pensándolo con frialdad, no tiene importancia, porque William no puede escaparse, así que al fin y al cabo, da lo mismo», se dijo, mirando el cerrojo con el ceño fruncido. «Lo importante no es el candado en sí, sino el hecho de que Reggie no lo haya puesto, cuando yo le di instrucciones muy precisas para que lo hiciera. Es más, creo recordar que a mediodía, cuando hablamos la primera vez, me dijo que lo había puesto… ¿Mintió? ¿O lo quitó después?»

No tenía medio de saberlo sin preguntárselo. Y en realidad, le daba lo mismo. Eso no cambiaba el hecho de que en aquel momento el candado no estaba. Miró en dirección al salón, desconfiado, y se preguntó: «Si me desobedece en esto… ¿Con cuántas cosas más hará lo que le da la gana? ¿Cómo puedo fiarme de él?».

No podía. Pero aún así, continuaba necesitándole. No podía permitirse estar a las malas con él, al contrario. Tenía que ser todo lo amable que pudiera, para que Reggie continuara haciendo su trabajo hasta el final.

Jordan dejó caer los hombros y suspiró. Regresó al salón, caminando despacio, con su ropa del día en un brazo. Jamás imaginó que Reggie le haría todas estas cosas. Desde que llegó aquí, solo había hecho recibir puñaladas metafóricas por parte de ese traidor. ¡Qué decepción! ¡Qué larga se le iba a hacer toda esta

aventura, hasta que por fin pudiera perderle de vista…!

***

Dan acarició el brazo de Reggie con cuidado, inquieto. El batería parecía asustado de veras. Estaba pálido, se mordía los labios, y aguardaba el regreso de Jordan, mirando ante sí sin ver, con la cabeza metida entre los hombros.

«¿Cuánto daño te ha hecho ese hombre, cariño?», pensó Dan, acongojado. «Nunca se me habría ocurrido pensar que las cosas fueran de esta manera entre vosotros. Creí que todos los amigos del mundo eran como Little B y yo. ¡Qué equivocado estaba!».

Los pasos de Jordan se acercaban por el pasillo, lentos y pesados. Al fin apareció, tratando de ocultar un bostezo en una mano.

—¡Qué sueño tengo, chicos! —dijo, a la atmósfera en general —. ¿Quién es el siguiente?

—¡Yo! —dijo Paul.

Y se marchó deprisa a su vez. Reggie no levantó la vista, pero Dan y Little B se quedaron mirando a Jordan. Este colocó su ropa con esmero sobre una de las sillas y se fue a la cocina, diciendo un despreocupado:

—¡Voy a por agua!

Y desapareció de su vista.

«Parece cansado de verdad», se dijo Dan. «No ha mirado a nadie».

Se volvió hacia Reggie y le besó la mejilla con ternura, cuchicheándole al oído:

—¿Lo ves? No ha dicho nada. Ni se ha dado cuenta.

Reggie le miró, con la angustia reflejada en sus ojos azules.

—Pero mañana…

Dan negó.

—Tampoco se dará cuenta —respondió, tranquilizador.

—A lo mejor ha olvidado que te lo dijo —aventuró Little B—. Si no es necesario ponerlo…

Reggie volvió la cabeza para mirar en dirección a la cocina por encima de su hombro y dijo:

—No, no ha olvidado nada. —Más bajito, añadió—: Jordan jamás olvida.

Dan sintió que se le encogía el corazón. Había visto verdadero dolor en los ojos de Reggie al decir la última frase. «¿Qué más cosas te ha hecho que no me has contado, Reggie?», pensó. «¿Por qué este dolor? ¿Es solo por lo de tus ex? ¿O hay algo más?».

Capítulo 10

Reggie llevaba diez años compartiendo escenario, giras y estudios de grabación con Jordan. Se había esforzado mucho por ser una sombra y no llamar la atención, y uno de los motivos era este: para no caer en desgracia ante los ojos de Grant.

Había visto esta danza otras veces. Jordan conocía a alguien, lo nombraba su mejor amigo, le encomendaba alguna tarea o un negocio importante… Y un buen día, el otro cometía un pequeño error, a veces insignificante, y Jordan se enfadaba y no se lo perdonaba. Ahí terminaba su amistad con quien fuera, y era para

siempre.

Reggie apreciaba de veras a Jordan. Había pasado esa misma década anhelando poder ser su amigo, pero no de esta clase, de los «desechables», como él les llamaba en su fuero interno, sino uno de verdad.

Jamás pudo sospechar que él se convertiría en uno de los desechables, ni que sería de esta manera, solo por intentar hacer bien su trabajo. La parte de él que aún apreciaba a Jordan lloró por dentro. Casi habría preferido que el otro chico le hubiera echado una bronca por el tema del candado. Su silencio y su aparente indiferencia eran aún peores.

Una bronca significaba que él le importaba. La indiferencia quería decir que ya le había descartado como amigo, y que desde ahora se limitaría a tratarlo como compañero y colega de profesión.

Reggie sabía que esta noche había cometido varios errores, de esos que Jordan consideraba como pecados mortales. Y también sabía que Jordan ni olvidaba ni perdonaba.

«Diga lo que diga Danny, sé que se ha dado cuenta», se dijo. «¿Qué habrá pensado, cuando vio que el candado no estaba puesto? ¿Qué estará pensando sobre mí en este momento? ¿Me considera un traidor, o solo un torpe olvidadizo? ¿Corre peligro mi presencia en los Red Devils? ¿O estoy sacando las cosas de quicio?».

Quería pensar esto último. Pero había visto a la suficiente gente caer en desgracia alrededor de Jordan, el suficiente número de veces, como para empezar a preocuparse por su propio futuro. No quería pensarlo, desde luego. Y Jordan tampoco había dado indicios de que estuviera planeando hacer nada en este sentido. Pero entre la cara que le habían visto los raperos, la que le había visto él mismo, y ahora esta extraña indiferencia… Bueno, no podía evitar estar inquieto. Aunque intentara apartar de su mente

esa clase de pensamientos, una pequeña parte de él permanecería alerta, espiando las expresiones y el tono de voz de Jordan, y anticipando una catástrofe.

—Estás cansado, Reggie. No pienses más —murmuró Dan.

Reggie se volvió para mirarle. El joven rapero estaba serio y preocupado, y sus ojos no se apartaban de los suyos. Reggie asintió varias veces.

—Sí, tienes razón. —Se frotó un ojo—. Es verdad que estoy muy cansado.

—Pues lo siento por ti, jefe Reggie —intervino Little B—. Pero en cuanto venga Paul, me iré yo al baño. ¿Quién será el siguiente? ¿Tú? ¿O tú, Nobody?

***

Jordan llenó un vaso de plástico de agua y bebió un largo trago. Abrió oído a la conversación del salón con curiosidad. ¿De qué debían hablar esos tres cuando se quedaban solos? ¿Se dedicarían a criticarle a sus espaldas? ¿Estaba Reggie lavándoles el cerebro a los dos raperos, sus amigos de más confianza, ante sus propias narices?

—No, no —oyó que decía el batería—. Será mejor que vaya Danny.

«¿Danny?», pensó Jordan. «¿Quién le habrá dado permiso para llamarle así? ¿El propio Dan? Con lo especial que es con el tema del nombre… ¿Tan avanzada va esta relación, demonios? ¿En solo una tarde? ¿O la tenían ya empezada de antes, sin que yo lo supiera? ¿Cuántas cosas más hay en la vida de Reggie que yo no sé?».

Le hacía sentir inseguro, esto de descubrir que había cosas de

uno de sus compañeros de las que él no estaba enterado. La información era poder, y perderse parte de ella era perder parte de poder sobre la otra persona. Al menos, esto era lo que pensaba Jordan…

—Tienes que ir tú primero, Reggie. Estás exhausto —respondía Dan.

«¿De qué demonios están hablando?», se preguntó Jordan.

—No me importa esperarte, de verdad… —dijo Reggie.

—Ya lo sé, pero a mí sí me importa que me esperes. De hecho, Little B debería…

—No, no, hermano. A mí no me mires —dijo Little B—. No he ido al baño en toda la tarde, y estoy a punto de reventar.

«¿Ir al baño?», pensó Jordan, incrédulo. «¿Están peleándose por quién va a ser el primero en ir al baño?».

Alzó los ojos al techo, tomando el resto de su vaso de un tirón. Pues sí que les había dado fuerte a esos dos, sí…

—¿Quieres dejarme terminar? —protestó Dan—. Quería decir que deberías dejar que Reggie te acompañara. ¿O ya no te da miedo de William?

Jordan sacudió la cabeza, con una risita. ¿Sería posible que a Little B le diera tanto miedo de William, que no había ido al servicio, para no tener que acercarse allí?

—Vaya panda de locos… —murmuró para sí, dejando el vaso en el fregadero, junto con los demás.

***

Little B miró a Dan con grandes ojos.

—¡Es verdad! —murmuró—. ¡William! ¡Había olvidado que hay que pasar por allí!

Reggie reprimió una sonrisa. ¿Sería posible que a Little B de verdad le diera miedo de alguien que estaba encerrado en una habitación? Por su parte, Dan estaba muy serio. Asintió, rotundo, y dijo:

—Por eso creo que Reggie debe acompañarte.

El batería sacudió la cabeza. Little B parpadeó, se irguió en toda su estatura y exclamó, frunciendo el ceño:

—¡Eh! ¡Tú lo que quieres es que Reggie vaya al baño antes que tú!

—¡Exacto! Y también que te acompañe. No es un mal arreglo, ¿no te parece? —repuso Dan, con aire de estar muy satisfecho de sí mismo.

Reggie soltó una risita. No tenía ganas de broma, pero estos dos eran el colmo.

—Danny, creo que Little B prefiere que vayáis los dos juntos. —Apretó el brazo de Dan, añadiendo—: Protégele tú de William, ¿de acuerdo?

El rostro de Little B se iluminó.

—¡Ah! ¡Eso ha sido una buena idea, jefe Reggie!

—No, no. Yo opino… —comenzó Dan.

En ese momento, una voz intervino desde la puerta de la cocina, bromista y algo burlona:

—Será mejor que os decidáis de una vez. Por si no os habéis

dado cuenta, Paul ya está aquí.

Reggie se volvió. Jordan estaba de pie ante la puerta de la cocina, mirándoles con una sonrisita sabihonda en los labios. Hizo una seña con la barbilla en dirección al pasillo. Reggie miró, y en efecto, Paul estaba allí, contemplándoles de brazos cruzados y con aire divertido. Little B dio un brinco y se agachó para recoger su ropa.

—¡Vamos en seguida! ¿Quién me acompañará al final?

Dan abrió la boca para hablar, pero Reggie lo hizo antes, dándole un suave empujoncito en un brazo.

—Danny irá, Little B. Venga, daos prisa.

Dan le miró con expresión frustrada, como si dijera: «¡Eh! ¿Encima de que intento ayudarte?». Reggie le hizo un gesto de súplica, medio en broma, mirándole con las manos unidas. Dan alzó los ojos al techo y se inclinó a su vez para recoger su propia ropa. Los dos raperos se marcharon deprisa, dejando a los tres Red Devils solos.

Reggie volvió a sentir una punzada de ansiedad en la boca del estómago. Mientras que Dan y Little B estuvieron con él, se había sentido algo más amparado, pero ahora… ¿Aprovecharía Jordan para regañarle por lo del candado? ¿Qué le iba a decir?

Miró al otro chico de soslayo, y siguió sus movimientos con la vista, desconfiado. Pero Jordan no dijo nada ni hizo la más mínima intención de hablar con él. Caminó despacio hacia su esterilla, mientras Paul decía:

—No te has quebrado mucho la cabeza con el pijama, ¿no, Jordan? Todos vestimos igual.

—Pues sí —repuso Jordan.

Se sentó en el suelo, sobre su saco de dormir, y le miró con expresión beatífica. Paul añadió:

—De día vamos de oscuro, y de noche de color claro. Es divertido.

La sonrisa de Jordan se hizo más amplia, pero no contestó. Miró ahora a Reggie.

—¿Cansado, jefe? —le dijo.

Su tono era desenfadado y casi bromista. Desde luego, Reggie no consiguió adivinar ni rastro de mala intención en su voz.

—Sí —se limitó a contestar, a la expectativa.

—Yo también —dijo Jordan, estirándose con disimulo—. A ver si no tardan mucho estos dos. ¡Por cierto! —Le señaló con un índice—. Como eres el último, estás a cargo de apagar la luz.

Le sonrió, de ese modo inocente y adorable que hacía imposible que uno pensara mal de él. De hecho, Reggie no pudo evitar plantearse: «Si no fuera por las cosas que sé que has hecho… Si no te conociera, Jordan Grant, creería que estoy paranoico. Pero te conozco. ¿Por qué no te has enfadado por lo del candado? Sé que lo has visto. ¿Por qué te comportas así, como si no pasara nada? ¿Qué hay en esa cabeza rubia?».

***

—Date prisa, Little B —dijo Dan—. No quiero dejar a Reggie solo con Jordan durante mucho rato.

—¡Pero si Paul está allí! —cuchicheó Little B, desde debajo de su camiseta.

—Paul no tiene la misma facilidad de palabra que tú o que yo.

Dan abrió el envoltorio de su cepillo de dientes. Estaban los dos dentro del reducido cuarto de baño. Él ya se había cambiado, y Little B hacía lo propio, mientras hablaban en voz baja.

—¿Qué ha pasado entre esos dos? —murmuró su colega, sentándose sobre la tapa de la taza, para quitarse las pesadas botas, y cambiarlas por unas zapatillas—. ¿Tú sabes algo, Nobody?

—Solo pequeñas cosas —respondió Dan, y procedió a lavarse los dientes.

Pequeñas cosas, sí, pero las suficientes como para hacer que estuviera preocupado. Todavía tenía el corazón encogido por la expresión de angustia que le había visto a Reggie hacía un momento. Y ese cabeza dura le había ordenado que acompañara a Little B, provocando así quedarse solo con Jordan y Paul. Dan sabía que lo había hecho por el bien de los dos, tanto el de Little B como el suyo, pero por eso mismo. Reggie ya estaba haciendo demasiado por todos ellos. No necesitaban más sacrificios.

—Te prometo que no tenía ni idea de que hubiera malos rollos entre los Red Devils —dijo Little B.

—Yo tampoco —respondió Dan, secándose con una toalla.

No pudo evitar acordarse de Keith y Liam. Ellos también desconfiaban de Jordan, y al parecer, por una larga lista de motivos. La brecha entre ellos y Jordan debía ser tan grande, que este ni siquiera les había hablado del secuestro. Por primera vez, se le ocurrió preguntarse: «¿Y si tienen razón?».

***

Jordan miró a Reggie desde su saco de dormir, esforzándose por

mantener el rostro apacible y sereno. Por dentro, sin embargo, se sentía ansioso. ¿Tal vez ahora que estaban solos, Reggie le explicaría lo del candado y le pediría perdón? ¿O se lo diría Paul? Al fin y al cabo, parecía ser quien le acompañaba siempre para todo lo que tuviera que ver con William…

Aguardó, por ver si alguno de los dos decía algo al respecto, pero fue inútil. Paul se sentó en su esterilla y se metió dentro de su saco, acomodándose boca arriba con un gruñido de satisfacción. Reggie permaneció de pie, mirando al pasillo con impaciencia.

«¿Por qué?», pensó Jordan. «¿Tanto te falta Dan, Reggie? ¿Qué te pasa? ¿No puedes vivir sin él ni medio minuto? ¿O más bien te preocupa tener que hablar conmigo? Ahora estamos solos… ¿Por qué no me miras? ¿Por qué no dices nada?».

***

Reggie pasó el peso de su cuerpo de una pierna a la otra, nervioso, con la vista fija en el pasillo, por si aparecían por allí sus dos compañeros. El silencio se alargó en el salón, tenso e incómodo.

Paul se había acostado ya, e incluso había cerrado los ojos, con una sonrisa. Pero Jordan continuaba sentado sobre su saco. Y continuaba mirándole. Reggie podía sentir sus ojos azules clavados en él. Pero no decía nada. ¿Por qué?

Le echó una ojeada a su vez, de soslayo. Sus miradas se encontraron, y Jordan sonrió. Parecía estar aguardando a que Reggie iniciara alguna clase de conversación. Pero, ¿sobre qué? Si ya se lo habían dicho todo… Si le habían contado la aventura de hoy con pelos y señales…

Le sonrió un poco a su vez, y volvió a mirar al pasillo. Si no llevara el candado y las llaves en el bolsillo del pantalón, se cambiaría aquí mismo, para ahorrar tiempo. No le daba vergüenza

de Jordan. Pero no se atrevió.

«¿Y si no se ha dado cuenta de lo del candado?», pensó. «Si por mala suerte, se me cayera del bolsillo, ya sí que lo sabría. Y entonces me caería la bronca de verdad. Es mejor esperar».

Pero qué eterna se le estaba haciendo esta espera… Cansado como estaba, y bajo la mirada penetrante de Jordan, y en este tenso silencio… Ojalá llegaran pronto sus dos compañeros, porque esto estaba siendo muy difícil…

***

Jordan bajó la vista a su regazo, desalentado. No había nada que hacer. Los minutos habían ido pasando, pero Reggie no había hecho ni la más ligera intención de explicarse ni de pedir perdón. Esta amistad ya no tenía remedio. Y le daba tanta pena…

Reggie había sido una ovejita muy dócil y manejable durante todos estos años, y Jordan le había cogido cariño. Ahora se sentía decepcionado y triste. Siempre daba pena perder a un servidor que había sido obediente, eficaz y útil en el pasado. No era fácil encontrar a gente como Reggie… Un chico así de responsable y de volcado con él y con el grupo, y que a la vez se dejara dirigir… No, no era fácil.

Pero en fin, era la vida. Tarde o temprano, la gente se marchaba. Y si era lo que Reggie quería… ¿Quién era él para negárselo?

Sus pensamientos se interrumpieron cuando escuchó el sonido de pasos apresurados que regresaban por el pasillo, acompañados de cuchicheos y el roce de la ropa. Levantó la cabeza. Dan Nobody apareció en el umbral, seguido de Little B, los dos ya cambiados para dormir.

El segundo traía la ropa de ambos, y cara de estar algo sofocado, como si le hubieran metido mucha prisa para hacer algo. La camiseta blanca de manga corta era de su talla, Jordan estaba seguro de ello, pero Little B era tan menudo y tan delgado, que la hacía parecer grande. Lo mismo le ocurría con el pantalón. Le quedaba largo, y había tenido que doblarlo en los bajos, para no tropezarse con él al caminar.

Por su parte, Dan traía las botas de ambos en las dos manos. Las dejó en un rincón, junto a las de Jordan y Paul, y luego se acercó directamente a Reggie.

Entonces se dio cuenta Jordan de la cara que se le había quedado a Reggie. Y sintió una punzada de envidia atravesarle el pecho, finísima, pero no por eso menos dolorosa. Reggie estaba enamorado hasta los huesos de Dan Nobody. Y Jordan le envidió por ello.

Él era rico, famoso y poderoso. Podía comprar el amor de cualquiera que se le antojase. Pero no el de Dan Nobody, y él lo sabía.

Tampoco podía comprar el amor para sí mismo. No podía permitirse el lujo de enamorarse. El amor enturbiaba la mente y los sentimientos. Había conocido a muchos chicos que habían hecho verdaderas locuras, solo por estar enamorados de él, precisamente. Jordan era el rey del tablero. No podía consentir caer tan bajo.

No, sabía que nunca se permitiría enamorarse. Iba a morir de viejo sin haber podido conocer el sentimiento. Pero Reggie no tenía que hacer ese sacrificio. Él no era más que un simple peón. Y se había enamorado, además del chico más inaccesible para Jordan.

¡Oh, cuánto le envidiaba! ¡Y cuánto le odiaba!

***

Dan estaba guapísimo con aquella ropa de color claro. La camiseta blanca también era más ajustada que las que solía usar. Le marcaba el pecho y los hombros, y hacía un hermoso contraste con el color de su piel. El pantalón beige también marcaba su cintura y sus caderas, rectas y estrechitas. Todo él era precioso. Reggie se preguntó, una vez más, qué había hecho para ser tan afortunado.

—Estás increíble —le murmuró, en cuanto el otro chico llegó a su lado.

Dan le sonrió un poquito con ternura y le acarició un brazo.

—Es tu turno, jefe —dijo, con su voz suave y dulce—. ¿Puedes ir al baño tú solo? ¿O estás tan cansado que necesitas que te llevemos en brazos?

Capítulo 11

Reggie se había quedado como hechizado mirándole, con esa cara de abierta admiración que ponía a veces, que hacía sentir a Dan apreciado y querido…

Pero sus párpados se veían pesados, y las ojeras se le notaban con toda claridad, dándole un aspecto frágil y demacrado. Estaba pálido, y sus labios habían perdido el color. Era urgente que se fuera a la cama.

Pero antes de que Dan pudiera decir nada más o hacer alguna otra cosa para apremiarle, intervino Jordan, en tono malhumorado:

—Reggie, ¿no has oído? ¿Quieres ir al baño de una vez? ¿No ves que estamos esperándote para apagar la luz?

Reggie se sobresaltó y bajó la vista al suelo, algo

avergonzado.

—Sí, ya voy —murmuró.

Recogió sus cosas y se marchó deprisa en dirección al baño. Dan se volvió hacia Jordan. El otro chico estaba sentado en su saco de dormir, mirándole con el ceño fruncido y una clara expresión de resentimiento.

«¿Por qué?», se preguntó Dan. «¿Qué habrán hablado entre ellos? ¿Se habrá dado cuenta de verdad de lo del candado? ¿O esta cara obedece a un motivo distinto?».

***

Mientras todo esto ocurría, Troy se encontraba ante la verja del Averno con sus dos amigos, emprendiendo el asalto a los terrenos de la mansión.

Esta tarde, cuando estuvo aquí por última vez, pasó un rato de pie delante de la casa, mirándola. No la estudió de modo consciente, porque estuvo bajo mucho estrés y pensando solo en William, pero aún así, pudo captar algunos detalles.

Por ejemplo, sabía que había una cámara de seguridad sobre el dintel derecho de la verja…

Por ejemplo, también sabía que el muro de la derecha era relativamente más bajo que los demás, y que no había setos al otro lado, sino solo césped. Parecía el más fácil de escalar.

Habían dado un largo rodeo, caminando pegados a las paredes de los edificios y las vallas que formaban el final de la calle, para poder eludir la mirada de la cámara, que apuntaba arriba, hacia la calle, no hacia el fondo de saco. Ahora ya estaban junto al muro en cuestión. Hacía una forma curiosa, cortado en un semicírculo que se abría hacia arriba, y cerrado encima de este por

una valla de hierro. La valla no tenía lanzas ni pinchos por encima, era recta. Tal vez podrían escalarla y saltar por allí.

Troy se asomó por el estrecho hueco que quedaba entre el muro y la valla. Apenas cabía su nariz, pero desde allí podía ver una pequeña panorámica del lugar a donde se dirigían. El Averno estaba todo iluminado, y no solo la casa, sino también el césped y la piscina, que se entreveía al fondo, detrás de unos setos. Parecía un pequeño palacio blanco, con ventanas negras. Ventanas desde las que podrían verles, sin ser vistos… ¿Estaría Jordan Grant tras una de esas ventanas? ¿Tendría un arma en la mano?

Su corazón latió más deprisa, solo con pensarlo. Estudió las ventanas una por una con ansiedad.

«No lo creo», se dijo. «Es muy tarde ya. Seguro que ahí dentro están todos durmiendo».

Desde luego, no logró ver ningún signo de vida. Ninguna cortina se movió, y no apareció ninguna cara ni el brillo de ningún arma detrás de los cristales.

Volvió la mirada al césped, en la parte más baja de la casa. Sabía, por cosas que le había contado William, que las fachadas laterales de la casa no tenían focos que las iluminaran. Se hacía así a propósito para que dentro pudieran dormir, sin tener esta luz cegadora entrando en las habitaciones.

También sabía que se accedía al sótano a través de una puertecita que estaba en el hueco de la escalera. Si su novio estaba en algún lugar de esta casa, debía ser allí, sin duda.

Le dirigió otra mirada a la cámara de seguridad, para cerciorarse de que continuaba apuntando en la dirección contraria a donde estaban ellos. Tenía una sensación curiosa. Le ocurrió también esta tarde, cuando estuvo aquí. Se sentía cerca de William, sin saber por qué.

«Tal vez porque está aquí, sencillamente», se dijo.

La cámara no se había movido, de modo que se volvió hacia sus amigos.

—Bueno, chicos. Vamos allá —murmuró.

Y ayudándose de las manos y de los pies, empezó a trepar por el muro hacia la valla de hierro…

***

Little B se metió en su saco de dormir en seguida, siguiendo el ejemplo de Paul, y se tapó hasta las orejas. Dan prefirió esperar a Reggie. Se sentó sobre el suyo, al lado de su colega, con el oído atento a los sonidos que procedían del pasillo. Le pareció oír el agua de la cisterna correr. Reggie debía estar a punto de llegar.

—Oye, Dan —dijo de pronto Jordan.

Dan se volvió para mirarle. El otro chico continuaba sentado sobre su saco, igual que él, pero ya no le miraba de modo extraño. Tenía el ceño fruncido, aunque más que enfadado, parecía estar pensativo.

—¿Sí? —preguntó Dan.

—Esto tuyo con Reggie… ¿Es de hace mucho tiempo?

Para sorpresa de Dan, fue Paul quien contestó por él, y lo hizo en tono conciliador.

—Se gustan desde hace varios días, pero se han dado cuenta esta tarde.

Dan se volvió ahora hacia él.

—Creí que estabas dormido —le dijo.

Paul le guiñó un ojo, con una sonrisa, y Dan también sonrió. En cambio Jordan pareció perplejo.

—¿Esta tarde? —repitió—. ¿Solo esta tarde? Pues sí que ha avanzado rápido, ¿no?

—Lo mismo digo yo, hermano —dijo Little B, sacando una mano para darle una palmadita en un brazo—. Pero en fin, hay que resignarse. Los chicos crecen, se enamoran…

Dan se rió y le dio un empujoncito a Little B, a la altura a la que debía estar uno de sus hombros.

—¿Otra vez? ¡Te recuerdo que tenemos la misma edad, colega!

Little B sacó de nuevo la mano por el borde de su saco, e hizo un gesto, moviéndola en el aire como para apartar una mosca molesta.

—¡Detalles! —dijo.

Dan se rió.

—¿Y nunca antes te habías dado cuenta de que te gustaba Reggie? —insistió Jordan, anonadado—. ¿De verdad?

—No —respondió Dan, encogiéndose de hombros.

Jordan le clavó una mirada inquisitiva.

—¿Por qué él, Dan? ¿Qué tiene Reggie de especial?

Dan le sostuvo la mirada sin parpadear. Era muy consciente de que Paul y Little B estaban escuchando cada palabra, conteniendo la respiración. También tenía muy presente en su mente el espacio vacío que tenía a su lado, entre él y Paul, el lugar

destinado a Reggie.

—Sería difícil de explicar, Jordan —contestó—. Hay que conocerle para poder entenderlo.

Jordan alzó una ceja.

—¿Y acaso yo no le conozco?

Dan negó.

—No lo suficiente. Le conoces en la superficie. Solo ves de él lo que quieres ver. No le conoces de verdad.

—¿Y tú sí? —Jordan sonrió—. ¡Qué iluso! Me temo que estás siendo víctima de un engaño, hermano. Reggie te ha seducido para llevarte a la cama. Pero créeme, eso es todo lo que quiere: sexo y nada más.

Dan se quedó mirando a Jordan por unos instantes, confuso.

«¿Cómo puede decirme esto?», pensó. «Parece que no ha visto la cara de Reggie. Pero si a ese hombre se le ve el amor desde lejos… Si le sale por todos los poros…».

—¿Estás intentando malmeter? ¿Hacer que piense mal de Reggie? —preguntó—. ¿Por qué?

Ahora fue el turno de Jordan de encogerse de hombros.

—Solo intento protegerte de ese desaprensivo. Avisarte. Eres mi colega. ¿Te parece mal?

—Reggie no es un desaprensivo —respondió Dan, amable pero con firmeza—. Y no te consiento que digas eso de él.

Jordan volvió a encogerse de hombros.

—Tú mismo, chico —dijo—. Yo tenía que intentarlo.

—¿De qué habláis? —intervino la voz de Reggie.

Dan levantó la cabeza. El batería ya había regresado al salón, y dejaba sus botas junto a las demás. Dejó luego su ropa sobre el sofá, mientras Paul decía:

—De ti, que eres un desaprensivo.

Reggie soltó una risita.

—¿Sí? ¿Y eso quién lo dice?

—Jordan —respondió Paul.

Reggie no cambió el gesto cuando se volvió hacia ellos. Tampoco miró a Jordan. Vino directamente a arrodillarse frente a Dan, y le dejó un besito tierno en los labios.

Dan cerró los ojos al recibir la caricia, enternecido. Acarició a su vez las mejillas de Reggie con ambas manos y le susurró:

—Estoy viendo un ángel.

Reggie sonrió, y a pesar de sus ojeras y todo, el salón entero pareció llenarse de luz. Sus ojos azules brillaban. Tan rubio, con el cabello ondulado y fino, tan blanco, y vestido de blanco también, con esa preciosa sonrisa… Un ángel, sí. Eso parecía.

El otro chico volvió a echarse un poquito hacia delante para besar sus labios, y luego se apartó y se puso en pie de nuevo, diciendo:

—De modo que Jordan dice que soy un desaprensivo…

Caminó hacia el interruptor de la luz.

—Reggie, lo ha dicho de broma —dijo Dan.

Le dirigió a Paul una mirada de reproche, del tipo: «¿Para qué

has dicho eso? ¿No ves lo tensos que están? ¡Lo has empeorado todo!». Pero Paul le señaló a Jordan a su espalda con un dedo, dirigiéndole a su vez una mirada de complicidad. Por su parte, Jordan ya estaba hablando, en tono cortante y glacial.

—¿Acaso no lo eres? —le dijo a Reggie—. Has pasado diez años saltando de una pareja a otra.

De nuevo, Reggie no alteró ni un músculo.

—¡Oh, se refería a mi vida sentimental! —dijo—. Jordan, amigo mío, déjame recordarte que todas mis parejas me dejaron a mí… Después de haber encontrado a «alguien mejor».

Se volvió para mirar a Jordan por encima de uno de sus hombros. Le sonrió, tenso y sin alegría, y le hizo una mueca de autosuficiencia, moviendo las cejas. Luego apagó la luz, y para Dan se hizo la oscuridad… Al menos, por el momento.

***

Reggie caminó despacio de regreso hacia su esterilla. No veía nada, demonios. Sabía que debía entrar algo de luz de la calle a través de la cortina echada de la ventana, pero sus ojos aún no se habían adaptado a la oscuridad, así que por el momento, tuvo que apañarse a tientas. Arrastrando los pies para no tropezar, le dio un rodeo a Paul, encontró su lugar, se deshizo de las zapatillas, y se dejó caer agradecidamente sobre su esterilla.

Adivinó la figura de Dan, sentado a su lado, y el brillo de sus ojos en la penumbra. Tanteó sobre sus piernas buscando una de sus manos. Dan la agarró en la suya, y la apretó con decisión.

«Estoy aquí», le dijo sin palabras. «Estoy contigo».

Reggie sentía el corazón latiendo con fuerza en su garganta. ¿A qué había venido ese comentario de Jordan? ¿Tal vez había

intentado insinuarse a Dan? ¿Hablando mal de él? ¿Delante de sus dos amigos?

—No sabía eso —dijo Jordan en la oscuridad—. Supongo que entonces los desaprensivos fueron ellos.

«¡Mentiroso!», pensó Reggie. «¡Y tanto que lo sabías! ¡Lo hiciste a posta!».

—Tal vez —se limitó a responder.

Rodeó con un brazo el cuerpo de Dan. Este le hizo un mimito, frotando su nariz contra su mejilla. Reggie escuchó movimiento, y dedujo que debía ser Jordan, metiéndose en su saco. Dan le dejó un besito en los labios y Jordan dijo:

—Little B, pues sí que les ha dado fuerte a estos dos… Todo son besitos y mimos. ¿Cómo has consentido que se acuesten juntos?

—No se puede hacer nada contra la madre naturaleza, hermano —contestó Little B—. Ya deberías saberlo.

—Pues a ver qué clase de espectáculo nos van a dar durante la noche —prosiguió Jordan.

—¿A mí? Ninguno. Pienso dormir como un tronco, ya te digo —repuso Little B.

Reggie soltó una risita. Por fin empezaba a distinguir detalles a su alrededor. Veía el cuadrado de la ventana, por donde, en efecto, entraba una luz tamizada y lechosa. Veía el sofá y la mesa, convertidos en formas oscuras en la penumbra. Veía el cuerpo de Little B como un bulto amorfo bajo el saco de dormir…

Y veía los ojos serios y preocupados de Dan, muy cerca de los suyos, y sus dedos, acariciándole el pelo y la mejilla…

Reggie se inclinó un poquito y le cuchicheó al oído:

—Te quiero.

—Y yo a ti —respondió Dan en su oreja, casi sin voz, mientras su mano le apretaba por un hombro contra sí.

***

Jordan estaba muy chasqueado. Primero ese listillo de Dan Nobody le había parado los pies. Luego Reggie. Ahora Little B…

«Parece que me odian todos, demonios», pensó.

Sí, y no sabía por qué. Que él supiera, solo hacía derrochar paciencia y buenos modales con todos ellos. ¡Vaya pandilla de ingratos!

Frustrado, le volvió la espalda al grupo y se tendió de costado, mirando a la puerta. Se tapó hasta las orejas. Escuchó un besito y un cuchicheo y apretó los párpados con fuerza.

Estos dos le iban a restregar su amor mucho y bien. Y Little B ni siquiera le permitía expresar su disgusto por ello. ¿Cómo iba a dormir así? Con lo cansado que estaba…

«Va a ser una noche muy larga», se dijo.

Y no se equivocaba…

***

Dan besó la boquita suave y caliente de Reggie. Todavía no comprendía a qué se había debido ese comentario tan grosero de Jordan. No podría asegurarlo, pero durante un momento, le había

parecido ver en sus ojos la rabia y… ¿La envidia?

«¿Envidia por qué?», pensó. «Si él puede tener todo lo que quiera y con quien quiera…».

En todo caso, se había sentido obligado a dejarle claro que con él no iba a ser. Esperaba no tener que volver a repetirse…

Reggie le devolvió el besito. Dan sintió una mano en su espalda, dándole varios empujoncitos impacientes a tientas, y sonrió. Little B ya estaba llamándole la atención. Y no le faltaba razón. Era más que hora de que se echaran a dormir.

Ilusionado, se tendió de costado sobre su saco, tirando suavemente de Reggie hacia sí. El otro chico se echó a su lado, y buscó su cuerpo con el suyo, rodeando sus hombros con un brazo. Dan cerró los ojos y sonrió. Iba a ser delicioso poder quedarse dormido sintiendo el aroma de Reggie y el calor de su cuerpo junto al suyo… Y amanecer así, abrazados. Iba a ser como un sueño…

***

Entretanto, Troy y sus amigos ya habían escalado el muro y la valla. El primero se encontraba arriba del todo, sentado a caballo sobre ella, y se disponía a trepar para descender, con cuidado de no resbalar y no partirse la cabeza. Pero antes de emprender algún movimiento, levantó la vista de nuevo hacia la casa.

En apariencia, todo continuaba en calma. Seguía sin ver a nadie en las ventanas. Tampoco logró distinguir ningún indicio del guardia de seguridad. Tal vez estaba dentro, echándose una siesta. En todo caso, parecía que el plan marchaba según lo previsto, al menos, por el momento.

«Estoy aquí, mi estrella», pensó, mirando a la parte baja de la

casa, donde imaginaba que debía estar el sótano. «No vamos a dejarte sufrir ahí solo ni un segundo más. Venimos a salvarte».

Se sacudió para volver al aquí y ahora. Empezó a descender la valla y luego el muro a toda prisa. Sus amigos le siguieron.

La sola idea de encontrar a William, de volver a verlo, de estrecharlo entre sus brazos y de verlo libre de nuevo, le daba fuerzas. Troy sabía que esto que estaban haciendo era absolutamente ilegal, y que si les pillaban, podrían acabar los tres en la cárcel. Pero no podía pasar la noche en casa, de brazos cruzados, sabiendo que William estaba aquí, en poder de este loco, y que su vida estaba en peligro. ¡Necesitaba correr el riesgo! ¡Necesitaba intentar salvarlo!

«Por ti, Will», le dijo con la mente. «Estamos aquí, dispuestos a todo, por ti».

Y con este pensamiento, se dejó caer al suelo. Sus pies se posaron, sanos y salvos y sin hacer ningún ruido, sobre el césped del Averno.

(Continúa en el libro 23)

VICTORIA
HOLLIS



EL BRONX

SERIE ROCKSTARS
LIBRO 23

El Bronx

Serie Rockstars, libro 23

Victoria Hollis

Advertencia

Este libro se ha escrito para un público adulto. Puede contener situaciones y escenas de sexo explícito, lenguaje adulto y temas que solo pueden entender las personas mayores de 18 años.

Capítulo 1

Aquella noche del jueves 25 de mayo de 1989 todo estaba tranquilo en los terrenos del Averno. No había música a todo volumen, ni luces de colores, ni decenas de personas bailando y bebiendo en los alrededores —o en el interior— de la piscina… No había gente ni ruido. Todo era quietud y silencio.

La fachada delantera estaba iluminada con potentes focos; no así las laterales ni la trasera. La parte de atrás no necesitaba iluminación, puesto que daba al acantilado y a la playa privada, y aunque también disponía de focos, estos solo se encendían en alguna de las susodichas fiestas, si los invitados querían bajar a la arena.

En cuanto a las fachadas laterales, nunca se iluminaban a una hora tan avanzada de la noche, para permitir a las personas que

estuvieran dentro que pudieran descansar. Nadie podía pegar ojo con una luz blanca cegadora entrando por las ventanas de la habitación.

Ralph y San no conocían estas peculiaridades del Averno, pero no necesitaban saberlas para llevar a cabo su «gran golpe».

Habían llegado hacía pocos minutos. Habían aparcado su pequeño y viejo coche gris a dos calles de allí, por si hubiera cámaras, para impedir que grabaran la matrícula, y habían cubierto el resto de la distancia andando, mirando a todos lados con maravillado asombro.

—No tenía ni idea de que pudieran existir unas casas tan grandes —dijo Sam—. ¡Y habrá gente que viva en ellas y todo!

Tanta opulencia no les cabía en las cabezas. Ellos a duras penas terminaban la semana sin tener que pedir prestado o robar alguna cartera. No entendían a qué se refería la gente normal cuando decían que «no llegaban a fin de mes». Esto de vivir en una mansión ya… Les parecía directamente de otro planeta.

En cualquier caso, habían llegado a la verja sin problemas, y allí se encontraron con la primera complicación: había una cámara sobre el dintel. Y parecía estar encendida y funcionando.

—¿Lo ves? Te lo dije —le cuchicheó Sam a Ralph—. ¿Y ahora qué hacemos?

Ralph había estado mirando los muros con atención y calculando distancias con la mente. Sus ojos verdes, brillantes y alertas, destacaban mucho en la oscuridad, sobre el pasamontañas negro.

—Saltaremos ese muro —murmuró, señalando con la barbilla el muro de la derecha de la verja.

—¿Qué? ¿Tan cerca de la cámara?

—¿No te has dado cuenta? Apunta a la calle, y no se mueve. —Ralph sonrió—. Un error de cálculo por parte del que la puso, según mi punto de vista. El muro de la derecha es el más fácil de saltar, pero la cámara le vuelve la espalda. ¿No es divertido? Anda, ven.

Caminaron con las espaldas pegadas a las paredes de la mansión que había frente al Averno, con la idea de darle un gran rodeo a la cámara y de no salir en ella, o al menos, que su imagen no saliera nítida. En cuanto llegaron al muro en cuestión, Ralph se preparó para trepar por él.

Estaba ya a mitad de camino, empezando a ascender por la valla de hierro, cuando Sam le dio un tironcito del pantalón. Ralph le miró desde arriba, en una silenciosa interrogación, y Sam cuchicheó:

—¿Y si hay alarma?

—Si hay alarma, nos enteraremos en cuanto saltemos al otro lado. Y entonces treparemos de vuelta a la calle y saldremos corriendo. ¿Quieres darte prisa? —contestó Ralph.

Sam no dijo nada más. Agarrándose al muro con ambas manos, se dispuso a seguirle.

Llegaron los dos al otro lado sanos y salvos. Para su gran alivio, en los terrenos de la mansión todo continuó en silencio. Ninguna alarma quebró la calma que les rodeaba. Lo único que podían escuchar era el lejano rumor del océano, allá abajo, al pie del acantilado. La casa blanca se erguía majestuosamente ante ellos, como una reina dormida bajo un manto de estrellas.

Ralph tomó el silencio como una invitación. Le sonrió a Sam. Luego le dejó un besito fugaz en los labios, y corrió hacia una fachada lateral, la más cercana, que resultó ser la de la piscina. De nuevo, Sam le siguió. El sonido de sus pisadas imitó el susurro del viento sobre la hierba durante unos instantes. Después volvió a

hacerse el silencio.

Sam se reunió con Ralph a la sombra de la casa, junto a la piscina. Esta estaba iluminada por dentro. Relucía como una joya color turquesa en la oscuridad, pero no alumbraba el césped de su alrededor, y la fachada de la casa quedaba en penumbra. A Sam le costó distinguir la figura de su compañero, vestido de negro, contra fondo oscuro.

Apenas estuvo a dos pasos de él, Ralph le habló, en un ilusionado cuchicheo:

—¡Mira, Sammy! ¡Una puerta corredera! ¡Más fácil imposible!

—¿Y cómo lo vas a hacer para abrirla? ¿Rompiendo el cristal?

—Si hay que hacerlo…

—¡Saltará la alarma!

—¡No hay alarmas! Si la hubiera, habría sonado ya, ¿no crees?

Sam miró alrededor, nervioso, mientras Ralph se arrodillaba en el césped, estudiando la puerta con atención y murmurando para sí entre dientes.

—No sé, Ralph… —dijo Sam—. A mí todo esto me parece demasiado fácil.

—Es nuestra noche de suerte, ya te lo he dicho.

—¿Sí? Pues lo de la gasolinera…

—¡Oh, eso fue un pequeño contratiempo, nada más!

Sam se llevó una mano a su barbilla herida y se la frotó con

cuidado. Todavía le dolía por la patada de artes marciales que le había dado el loco aquel. ¿Y Ralph le llamaba a eso «pequeño contratiempo»?

***

Mientras esto ocurría, Troy estaba dejándose caer sobre el césped de la mansión, desde el mismo muro que habían saltado los dos ladronzuelos.

Apenas se vio en suelo firme, echó a correr hacia la fachada de la piscina, que era la más cercana y estaba en sombras. Se puso a cubierto de las luces de los focos, se pegó a un gran macetero, con la espalda contra la pared, y aguardó allí a que sus dos amigos se reunieran con él. Seth y Austin llegaron en seguida, corriendo y sin aliento por la ansiedad.

—¿Y ahora qué? —susurró Seth.

—Intentaremos entrar por alguna ventana —dijo Troy, decidido—. ¡Venid!

Se volvió y se precipitó sin dudarlo sobre la ventana más cercana. Alargó las manos para intentar levantar el cristal, con la esperanza de que el seguro no estuviera puesto por dentro…

***

—Aquí hay gato encerrado, te lo digo —murmuró Sam, sin dejar de mirar alrededor.

—No, hombre. Confía en mí, ¿vale?

Ralph se incorporó y miró a un lado y al otro de la puerta.

—Está bien cerrada —añadió—. Y no me gustaría romperla para no hacer ruido, tú me entiendes. No sabemos si Jordan tiene criados.

—Seguro que sí.

—Por eso mismo. Ven. Probemos una ventana.

Ralph se dirigió a la más cercana, a unos pasos a la izquierda de la puerta. Estaba muy cerca del suelo, más o menos a la altura del pecho de cualquiera de ellos. Una vez más, Sam siguió a su compañero. Cuando llegó a su lado, Ralph estaba examinando la ventana, y otra vez estaba murmurando para sí:

—Parece que se abre hacia arriba. Estas ventanas suelen tener un seguro por dentro, pero no todo el mundo se acuerda de dejarlo puesto. Me pregunto si…

Colocó ambas manos sobre el marco de la ventana y tiró hacia arriba. El cristal subió obedientemente sin esfuerzo y, no menos importante, sin hacer ningún ruido.

Ralph se volvió hacia su compañero y le sonrió.

—¡Bingo! —susurró—. ¡Ya estamos dentro, Sammy!

Y en ese momento, ocurrió lo que Sam tanto había temido. La sirena estridente de una alarma empezó a sonar de repente a todo volumen, llenando con el escándalo los terrenos de la mansión.

***

Troy ya había dado dos tirones, y el cristal seguía sin moverse, cuando de pronto, el sonido estridente de una alarma quebró la quietud y el silencio que les rodeaban.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Seth, asustado.

—¡Yo no he sido! —dijo Troy, apartando las manos como si hubiera tocado fuego—. ¡La ventana ni se ha movido!

Los tres miraron alrededor, desorientados y confusos. Troy casi esperaba que unos focos de luz cegadora se encendieran de pronto ante ellos y les paralizaran en el sitio, mientras les caían encima todos los vigilantes de seguridad del mundo, armados con porras y con la policía pisándoles los talones. A ver cómo le explicaba al detective aquel tan desagradable qué hacía él allí, de madrugada, con la cabeza cubierta por un pasamontañas, intentando entrar en la mansión por una ventana, en lugar de llamar a la puerta principal, como haría una persona normal…

—¿Lo ves? —exclamó una voz desconocida a sus espaldas —. ¡Había alarma! ¡Y perro! ¡Te lo dije!

Unos pasos a todo correr acompañaban a la voz. Troy se volvió, a tiempo para ver pasar por su lado a dos tipos vestidos de negro, con las cabezas cubiertas, corriendo por el césped como alma que llevara el diablo. Otra voz distinta, más madura y también más decidida y autoritaria, gritó, desde la esquina opuesta de la mansión:

—¿Quién anda ahí?

Y dentro de la casa, a través del cristal de la ventana, empezaron a escucharse los ladridos furiosos de un perro…

***

Seth vio pasar a los dos tipos por su lado. Escuchó también la voz que les gritaba desde la otra esquina de la casa, allá en la fachada trasera. El hombre gritó de nuevo, y el ladrido del perro se oyó más cerca. Troy no pareció darse cuenta de ello, porque soltó una

exclamación, y echó a correr detrás de los dos encapuchados.

Seth se quedó mirándole marchar, perplejo. ¿A dónde iba? ¡Les habían descubierto! ¡Tenían que huir! ¡No era el momento de hacer imprudencias! ¡Tenían que ponerse a salvo! ¿O qué estaba pasando? Miró a Austin, confuso y sin saber qué hacer.

Y de pronto, con el rabillo del ojo, vio una forma negra saltar al césped desde una de las ventanas cercanas a la piscina. La forma echó a correr hacia ellos, ladrando, y el hombre gritó:

—¡A por ellos, Cerbero!

Ahora fue Seth quien no lo pensó. Agarró a Austin por la camiseta y tiró de él, corriendo con todas sus fuerzas, de vuelta hacia el muro por donde habían saltado.

***

Los dos desconocidos le llevaban ventaja y corrían rápido. Por mucho que se esforzó, Troy no logró darles alcance. Llegaron al muro cuando él estaba todavía en mitad del césped, a medio camino entre la casa y la verja que la cerraba. Treparon como monos y saltaron al otro lado con una habilidad increíble, como si hicieran esto todos los días. A Troy en cambio le faltaba el aliento. No podía correr más. Se detuvo un momento para respirar, con una mano en el pecho.

«¡Maldita sea!», pensó, afanándose por coger aire. «Will me diría que es de tanto fumar…».

Le sobresaltaron unos pasos a la carrera, a su espalda. Antes de que pudiera darse la vuelta, Seth pasó por su izquierda, convertido en medallista olímpico de los cien metros lisos. Sin detenerse, sin molestarse siquiera en mirar, se precipitó sobre el muro a toda velocidad y trepó ágilmente por él. Austin vino detrás,

por la derecha de Troy, y le apremió, sin aliento y con mucha prisa:

—¡El perro, jefe! ¡El perro!

Tampoco se detuvo. Corrió hasta llegar al muro y empezó a trepar también por él, con más torpeza que el bajista, mientras este le aguardaba, sentado a horcajadas sobre la valla, con una mano extendida para ayudarle.

—¿El pe…? —comenzó Troy, aún sin aliento.

Entonces se dio cuenta. Se oían los ladridos furiosos de un perro. ¡Y se acercaban deprisa!

«¡El perro de Jordan!», pensó. «¡Con la mala idea que tiene…! ¡Corre, Troy!».

E hizo la intención de hacerlo, sin aliento como estaba y todo, pero ya era demasiado tarde. Algo le agarró sin miramientos por una pernera del pantalón y tiró de él. Aterrado, escuchó los gruñidos del perro muy, muy cerca, a la altura de su bota. ¡Le había cazado!

***

Seth agarró a Austin por la camiseta en cuanto pudo y tiró de él hacia arriba. Le costó un poco, porque Austin pesaba bastante, o más que él al menos. Además, el pánico le había puesto rígido, y no podía colaborar. Pero al final, entre los dos, lograron sentarlo también a horcajadas sobre la valla de hierro.

—¡Gracias! —suspiró el batería—. ¿Y Troy?

Seth levantó la vista hacia el césped… Y la sangre se le heló en las venas.

—¡Con el perro, Dios mío! —murmuró.

En efecto, Troy estaba aún donde lo dejaron, a una decena de pasos del muro, en liza con el dóberman de Jordan. Este le tenía sujeto por el bajo de una de las perneras de su pantalón negro, y tiraba de él, gruñendo de modo feroz. Troy tiraba hacia delante a su vez para liberarse, mirándoles con los ojos grandes de angustia y ansiedad, pero todo era inútil. El perro parecía tener mandíbulas de acero.

—¡Troy! —susurró Austin, asustado. Miró a Seth—. ¿Qué hacemos?

Seth iba a contestar un «no lo sé», pero la frase murió en sus labios. Algo mucho más urgente había captado su atención. Desesperado, le gritó a Troy:

—¡El vigilante! ¡El vigilante!

***

Troy tiraba y tiraba de su pierna con todas sus fuerzas, pero el perro era tozudo y no le dejaba ir. Sus amigos estaban allí, ante él, en lo alto de la valla, contemplando impotentes la escena. ¡Y tenían que irse! La alarma no paraba de sonar. ¡Tenían que irse ya!

De pronto, Seth empezó a gritar, con los ojos desencajados de miedo:

—¡El vigilante! ¡El vigilante!

Troy se volvió para mirar por encima de su hombro. Una figura venía corriendo desde la piscina, con una porra en una mano y unas esposas en la otra.

—¡Muy bien, Cerbero! —gritaba—. ¡Ya lo tienes! ¡Que no se escape!

«¡No, no!», pensó Troy. «¡No van a pillarme aquí! ¡No así!».

En ese momento, una fuerza y una rabia inusitadas que no sabía que poseyera le inflamaron las entrañas. Apretó los dientes. Utilizó aquella rabia para tirar de su pierna una vez más, con todas sus fuerzas, decidido a liberarse, o a llevarse el perro a rastras consigo en el intento…

Escuchó un desgarro a la altura de su tobillo. No supo qué se había roto, si había sido solo la tela o también la carne. No le importó. La presión que tiraba de él hacia atrás desapareció de golpe, y aprovechó para echar a correr. ¡Era libre! ¡Y no iban a detenerlo aquí! ¡No esta noche! ¡Tenía que salvar a William!

«¡Tenemos que ser leyenda! ¡Tenemos que ser leyenda!», se repitió, mientras volaba sobre el césped hacia el muro donde le aguardaban sus amigos. Trepó deprisa. El vigilante seguía gritando, aunque él no pudo escuchar las palabras. Lo único que oía era el tañido insoportable de la alarma y los latidos desesperados de su corazón en sus oídos. Pero de algún modo, supo que la voz estaba más cerca, y eso le impulsó a trepar más deprisa. Sus amigos le agarraron por los brazos, cada uno por un lado, y le ayudaron a llegar a lo alto de la valla. Saltaron al otro lado, descendieron todo lo deprisa que pudieron, y corrieron calle arriba para poner tierra por medio cuanto antes.

***

Neil, el vigilante, se encontraba sin aliento. Estaba haciendo su ronda nocturna habitual, recorriendo los terrenos de la parte trasera de la casa con su linterna, cuando empezó a sonar la alarma. Había tenido que correr muchas decenas de metros para poder llegar hasta la puerta principal. Y estaba ya algo bajo de forma a sus cuarenta años. Hacía mucho que no entrenaba en serio. Y más tiempo todavía desde que tuvo que correr detrás de un ladrón por última vez…

Ahora que por fin estaba ante la verja, se sentía mareado por la carrera, y le faltaba el aire. No obstante, abrió la puerta en seguida y se asomó. Pero ya era demasiado tarde. Los desconocidos habían saltado el muro y se escapaban delante de su nariz. Lo único que consiguió ver de ellos fueron tres sombras oscuras corriendo calle arriba. Los perdió de vista en la negrura de la noche en pocos instantes, y el sonido de sus pasos a la carrera no tardó en perderse también.

Ahora la calle estaba desierta, o eso parecía a la débil luz de las farolas, y lo único que se escuchaba era la alarma de la mansión, sonando a todo volumen en medio del silencio.

Neil se quedó allí unos segundos, jadeando y tratando de recuperar el aire. En contra de lo que cabría suponer por la cantidad de gente rica que vivía por los alrededores, y por lo famoso que era el señor Jordan, el Averno era un sitio tranquilo, desde el punto de vista de la seguridad. Hacía mucho tiempo que no intentaban entrar a robar. ¡Y tres tipos, ni más ni menos! ¡Qué aventura!

«A ver cómo se lo va a tomar el señor Jordan cuando se entere», se dijo. «No creo que le haga mucha gracia…».

Capítulo 2

—¡Cielos, qué aventura! —dijo Ralph, quitándose su pasamontañas.

Apoyó las manos en las rodillas y se inclinó un poco hacia delante, tratando de respirar. Parecía agotado. Sam le puso una mano en un hombro y se inclinó también, para poder verle la cara.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

—Sí —suspiró Ralph, aún sin aliento—. ¿Y tú?

—Un poco ahogado por la carrera, pero bien.

Ralph asintió varias veces. Sam se quitó su propio pasamontañas y volvió la cabeza, respirando hondo y tratando de recuperar el aliento a su vez. Tras ellos, la calle continuaba vacía y silenciosa, o al menos, eso le pareció a él. No pudo ver a nadie bajo la luz de las farolas. Pero allá abajo, en el fondo de saco, el resplandor blanco del Averno continuaba bañándolo todo en luz, y todavía podía escucharse a lo lejos el tañido estridente de la alarma.

La pareja se había detenido en una esquina, bajo una farola. Estaban a dos pasos de la calle donde habían dejado su coche.

—¿Nos han seguido? —dijo Ralph.

—Creo que no. No veo a nadie.

—¿Quiénes eran esos tipos? Los que estaban junto a la ventana.

Sam le miró de nuevo. No les había prestado demasiada atención a los tipos que decía Ralph. Mientras corría, solo consiguió ver a tres sombras negras, interponiéndose entre el muro y él. Por un primer momento, creyó que les cerrarían el paso, y centró todas sus energías en esquivarlos como fuera. Luego, una vez que los hubo dejado atrás, ya no se acordó más de ellos…

—¿No eran vigilantes? —dijo.

—¿Vigilantes? —repitió Ralph—. ¡Pero si iban vestidos como nosotros!

Levantó la cabeza para mirarle a su vez, con la confusión y el desconcierto brillando en sus ojos verdes. Sam hizo una pequeña mueca. Sabía que no había sido una buena idea venir, lo supo desde el principio. Pero se había pasado las últimas dos horas repitiéndoselo a Ralph, y no le pareció que decirlo de nuevo fuera

a serles de mucha ayuda.

De todas formas, aunque no lo dijera, lo pensó. Jordan Grant estaba a un nivel muy por encima del suyo. Una cosa era robarle la cartera a un tipo trajeado en el metro, y otra era atreverse a entrar en la mansión de una estrella. No estaban preparados para esto. Ni sabían desconectar alarmas, ni lidiar con perros asesinos, ni despistar a vigilantes de seguridad. Toda esta empresa les venía demasiado grande. Lo mejor que podían hacer era regresar a casa cuanto antes, y olvidarse de Grant, del Averno y de la loca idea de dar un «gran golpe».

***

Mientras tanto, los tres rescatadores se detenían en la primera esquina que encontraron. Troy parecía a punto de darle algo. Tomaba aire con la boca abierta como un pez, e inflaba el pecho, pero ni todo el aire del mundo parecía ser suficiente para él en aquel momento.

—¿Nos siguen? —preguntó, con voz ronca y entrecortada, en cuanto paró de correr.

Apoyó la espalda en la pared, llevándose una mano al costado. Seth se volvió hacia la mansión. Le pareció ver a una figura oscura asomada a la verja abierta, mirando en su dirección, pero en seguida desapareció. La alarma continuaba sonando.

—Creo que no —contestó.

—¡Menos mal! —suspiró Troy—. Ha faltado poco.

—De todas formas, no debemos quedarnos aquí. Estamos demasiado cerca, y creo…

Troy alzó una mano para pedir paciencia.

—Dadme un minuto —rogó—. No puedo respirar.

—Yo tampoco —dijo Austin.

Seth se volvió hacia él, y solo entonces se dio cuenta de que estaba tan ahogado como Troy. Miró de nuevo a este y se limitó a decir:

—Fumáis demasiado los dos.

Volvió su atención a la mansión otra vez. Estaba inquieto. La figura se había retirado, pero desde aquí no podía ver si había cerrado la verja o no. ¿Quién se había asomado? ¿Habría sido el vigilante? ¿Por qué había entrado? ¿Habría abandonado la persecución? ¿O habría ido a buscar refuerzos?

***

Neil escuchó a Cerbero gruñir y se volvió. El animal continuaba en el césped, en el lugar donde había atrapado a aquel bandido. Sacudía la cabeza y gruñía con rabia. Parecía tener algo en la boca. Neil se acercó a él con curiosidad.

Pero en ese momento la puerta de la casa se abrió y salió Glen, el mayordomo, en bata y zapatillas. Corrió a reunirse con él, pálido como una sábana, apremiando:

—¡Cierre la puerta, Neil! —Le hizo señas hacia la verja—. ¡Que no se escape el perro, por Dios! ¡El señor Jordan no nos lo perdonaría!

Cierto, había sido un descuido por su parte. Neil se volvió deprisa y empujó la verja, que se cerró con un chasquido metálico. Glen llegó a su lado y preguntó, asustado:

—¿Qué ha pasado?

—Unos tipos han intentado robar.

—¿Les ha atrapado usted?

—No. Se me han escapado. Pero parece que Cerbero tiene algo…

***

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Ralph.

—Irnos a casa, Ralph, no hay ni que pensarlo —repuso Sam. Todavía tenía los ojos grandes de miedo, y respiraba con fuerza, sin aliento por la carrera—. Esa alarma sigue sonando como una feria. Seguro que es de esas que avisan a la policía. ¿Quieres que lleguen y nos encuentren aquí?

Ralph hizo un gesto de frustración.

—¡Pero haber hecho tantas millas para esto…!

—Si seguimos fuera de la cárcel, podremos volver otro día. Si no…

Sam sacudió la cabeza. Ralph se mordió los labios. Sabía que su compañero tenía razón. Pero le daba tanta rabia que su noche de suerte se acabara así… Se sentía como si estuvieran huyendo con el rabo entre las patas. Y no estaba acostumbrado a abandonar un objetivo tan fácilmente…

***

—Creí que el perro te haría carne picada en aquel césped, jefe —dijo Austin. Se inclinó un poco para tratar de verle la pierna—. ¿Estás herido? ¿Te duele algo?

—No. Solo necesito respirar —respondió Troy.

Su pierna quedaba en sombras, así que Austin no pudo distinguir si tenía alguna herida o no. Pero sí pudo ver que el pantalón estaba hecho jirones desde la rodilla para abajo. El perro se había quedado con casi media pernera de su compañero. Pero mejor eso a que se hubiera quedado con la pierna de Troy…

—Deberíamos irnos al coche —intervino Seth—. Está ahí al lado, y creo que es más seguro recuperarnos allí que aquí.

Troy asintió varias veces. Todavía respiraba como un pez, pero no obstante, se volvió para empezar a caminar calle arriba, hacia el lugar donde habían dejado su coche.

—Sí, será mejor —dijo—. Además, sentados creo que podré…

Se interrumpió. Se quedó mirando adelante con los ojos entornados. Austin ya iba a preguntar qué le ocurría, cuando de pronto, Troy le agarró por un brazo y lo apretó con fuerza, cuchicheando:

—¡Ah! ¡Allí están!

—¿Quién? —preguntó Austin, confuso.

—¡Los dos de antes! ¡Los que han hecho saltar la alarma!

Austin levantó la vista para mirar a su vez en la dirección en la que miraba Troy. A unas decenas de metros cuesta arriba, en la siguiente esquina, divisó a dos sombras oscuras bajo una farola.

—¡A por ellos! —le dijo Troy en voz baja, apretándole el brazo una vez más, con decisión ahora—. ¡Que no se escapen!

Y echó a correr hacia los desconocidos. Pero apenas había dado dos pasos, los otros dos se sobresaltaron, y como si le

hubieran visto acercarse, se volvieron y echaron a correr hacia la esquina. Desaparecieron calle abajo por la perpendicular. Por su parte, él no lo pensó. Corrió detrás de Troy.

***

—¡Son los tipos! ¡Los tipos de antes! —exclamaba Ralph, corriendo como un gamo hacia el lugar donde habían dejado su coche.

—¿Los que estaban en el césped?

—¡Sí! ¡Van vestidos como nosotros! ¡A lo mejor son policías disfrazados!

Sam aceleró el paso todo lo que pudo detrás de su compañero. La palabra «policías» le había creado un nudo en la boca del estómago. Estaba agotado, y le dolían las espinillas de tanto correr. Una cosa era escapar por una ventana y bajar a toda prisa por una escalera de incendios, que era lo que estaba acostumbrado a hacer cuando robaban en Nueva York, y otra era correr toda una calle cuesta arriba desde el Averno. La callecita lateral era cuesta abajo. Pero eso no supuso ningún alivio para sus agotadas piernas, al contrario. Ahora tenía que tener cuidado con no caerse de bruces, en su loca huida de aquellos desconocidos…

***

Seth vio a Troy echar a correr detrás de unas sombras que desaparecieron por una esquina… Vio a Austin correr tras él, y chasqueó la lengua. Se volvió una vez más para mirar al Averno, temeroso. ¿A dónde iban estos dos locos? Sin aliento como estaban todavía… ¿Y emprendían una persecución? ¡Pero si estaban persiguiéndoles a ellos! El vigilante podía venir en su busca en cualquier momento. ¡No debía pillarlos allí! ¿Qué

demonios les pasaba? ¡Era al coche a donde tenían que ir, no calle arriba!

—No hemos debido venir —murmuró para sí, antes de echar a correr a su vez, detrás de sus dos compañeros.

Estuvieran locos o no… Bueno, no iba a dejarlos solos. Si la policía los detenía aquí, los detendría a los tres. Si aquí se acababa todo para los Dragon Riders, se acabaría para todos ellos. Que no se pudiera decir nunca que el bajista era un cobarde.

«Estás más loco que ellos, Seth», se dijo, mientras intentaba darle alcance a Troy, corriendo con todas sus fuerzas.

***

Neil volvió a dirigirse a donde estaba el perro, que continuaba gruñendo. Glen le siguió. Mientras se acercaba, el vigilante le habló a Cerbero, en el mismo tono suave que había visto emplear al señor Jordan:

—Ya está, chico… Buen trabajo… Buen perrito… Veamos qué tienes aquí.

Se arrodilló junto al animal, y le quitó de las fauces un trozo de tela negra. Le acarició la cabeza y el lomo con una mano, mostrándole el trapo a Glen con la otra.

—¡Mire! —le dijo—. Creo que a la policía le gustará esto. ¡Un trozo del pantalón de uno de los ladrones!

—¡Cielos, Neil! ¡Qué disgusto! ¡Y justo ha tenido que pasar esto esta noche, que el señor Jordan se ha ido a dormir a casa de unos amigos!

—¿Tiene usted su teléfono? Tal vez sería buena cosa informarle de esto…

Mientras hablaba, Neil no dejaba de acariciar al perro, que se iba calmando poco a poco. Glen pareció desolado.

—No, no lo tengo —dijo—. Y aunque lo tuviera… No me atrevería a llamarle a esta hora. ¡Son las tres de la mañana!

Neil sacudió la cabeza.

—En todo caso, se nos han escapado. Pero la alarma lleva mucho rato sonando, así que seguro que la policía viene de camino…

***

Troy estaba frustrado y furioso. Habían estado tan cerca de conseguirlo… Vale que el Averno tuviera una alarma conectada. Era lo primero que habría pensado cualquiera, pero él no había contado con eso. Error de cálculo, de acuerdo. ¡Pero no habían sido ellos los que la habían hecho saltar! Sabía muy bien que la ventana no se había movido ni un milímetro. ¡Estos tipos eran los que la habían activado y habían liberado al perro por el césped! Pero, ¿quiénes eran? ¿Por qué iban vestidos igual que los secuestradores? ¿Qué misterio era este?

Los dos desconocidos corrían deprisa. Parecía que tuvieran alas en los pies. En cuanto pudieron, se metieron por una calle lateral, que además era cuesta abajo. Troy sentía los pulmones a punto de reventar. ¡Se le iban a escapar, maldita sea! ¡Y no podía permitirlo! ¿Y si eran del grupo de secuestradores de William? ¿Y si acababan de desertar, y por eso huían? Tal vez podrían darle información importante. ¡Podrían decirle al menos si su novio aún vivía! ¡Tenía que darles alcance!

Llegó a la esquina y se detuvo, dejándose caer sobre la farola. Sus pulmones se negaban a continuar sin que les entrara aire. Austin llegó a su lado, le agarró por un hombro.

—Jefe, ¿te mareas? —le dijo, con la respiración trabajosa él también.

—No. No puedo respirar… Que no se escapen, Austin… William…Pueden decirnos algo de William…

Justo en ese momento, uno de los tipos, el que iba más rezagado, tropezó y estuvo a punto de caer. Tardó unas décimas de segundo en recuperar el equilibrio, pero Austin no esperó.

—¡Ya es mío! —murmuró.

Y corrió a por él.

***

Neil se puso en pie.

—Glen, vaya dentro y compruebe que no hayan robado nada. No he visto que llevaran ningún objeto, pero por si acaso. Si falta algo, habrá que decírselo a la policía y dar parte al seguro.

—Está bien. Me ocuparé de eso.

—Y desconecte la alarma, por favor. Me está volviendo loco.

—Sí, a mí también. Voy en seguida.

Glen se marchó de regreso a la puerta principal de la casa, donde ya había aparecido su mujer, Rita, también en bata y con la cabeza llena de rulos. Neil la oyó preguntar, asustada:

—¿Qué ha pasado?

—Parece que han intentado robar, Rita —respondió Glen.

Ella se llevó las manos a las mejillas, espantada ahora, y

exclamó:

—¡Dios mío!

Glen rodeó sus hombros con un brazo y caminó con ella hacia la puerta, hablándole suavemente:

—Ven, vamos dentro. Ayúdame a revisar el salón y las habitaciones. Yo iré a apagar la alarma y a ver la caja fuerte.

—Sí.

La pareja desapareció en el interior de la casa, y la puerta se cerró sin ruido tras ellos. Neil se quedó junto al perro unos instantes más, dándole palmaditas en el lomo y apretándole contra su pierna. Cerbero ya no gruñía, pero tenía la lengua fuera y jadeaba todavía por la ansiedad.

El vigilante miró el trozo de tela que sostenía en su mano. Era negra y vulgar. No le decía mucho.

«El que sea ha tenido suerte», pensó. «Si Cerbero le hubiera mordido la pierna en lugar del pantalón, se habría quedado cojo de por vida».

***

A medias corriendo y a medias caminando deprisa, Troy continuó avanzando. Se llevó una mano al costado. Le daba una punzada tremenda cada vez que intentaba tomar aire. El dolor no le ayudaba mucho con eso de intentar respirar, y le ponía muy difícil la tarea de correr...

Delante de él, Austin echó una carrera desesperada hacia el tipo que había tropezado. Se le echó encima desde atrás como un león y lo agarró por ambos brazos.

«¡Bien!», pensó Troy. «¡Muy bien, Austin! ¡Tenemos a uno! Ahora a ver lo que nos cuenta de William…».

***

Sam escuchó unos pasos a la carrera a su espalda. Quiso correr más deprisa, pero las espinillas le dolían cada vez más, y sus piernas no le respondieron. Desesperado, vio el cuerpo delgado y alto de Ralph correr delante de él y colarse por entre los coches que había aparcados junto a la acera. Unos pasos más, y habría llegado al suyo…

Pero para él era demasiado tarde. Un cuerpo se le echó encima desde atrás, haciéndolo trastabillar hacia delante un par de pasos. Creyó que se caería de cabeza al suelo, pero unas manos fuertes y decididas le agarraron por ambos brazos y lo sujetaron. Le hicieron recuperar el equilibrio a la fuerza. Se clavaron en sus brazos como tenazas.

—¡Te tengo! —dijo una voz sin aliento a su espalda, triunfante.

Y Sam se quiso morir. Le habían cazado. La policía le había pillado. Para él este era el principio del fin.

***

—Buen perrito, Cerbero —le dijo Neil al animal—. Ven, vamos a casa. Voy a darte tu chuchería favorita, ¿vale? Te has portado muy bien.

El perro le miró como si entendiera, moviendo la cola, con la boca abierta y la lengua fuera. Neil le acarició la cabeza una última vez, y se dirigió hacia la casa, para entrar por la puerta principal. Encerraría a Cerbero en una de las habitaciones, para

que estuviera a salvo y no pudiera escaparse cuando llegara la policía. Como decía Glen, el señor Jordan se enfadaría muchísimo si algo le ocurriera a su perro. Y Neil tenía que reconocer que esta noche Cerbero había sido de mucha ayuda…

Además, Glen y él estarían muy ocupados explicando el incidente a la policía. No tendrían posibilidad de estar pendientes de él. Era mejor dejarlo encerrado y tranquilo, comiendo su recompensa, mientras ellos se ocupaban de lo demás.

«A ver si la policía consigue identificar a los bandidos con esta tela, aunque no sé…», se dijo. «En todo caso, deben estar al llegar. Cuanto antes me ocupe de Cerbero, mejor».

Y con este pensamiento, cerró la puerta a su espalda, en el preciso momento en que la alarma dejaba de sonar por fin y volvía a hacerse el silencio.

***

Ralph llegó junto a su coche. Se detuvo delante del maletero para buscar las llaves en su bolsillo. Las manos le temblaban por los nervios y la carrera, y las malditas llaves se habían enredado con el pasamontañas. Tuvo un instante de pánico y frustración, pero de pronto, escuchó la voz de Sam a su espalda. Sonaba aguda, sin aliento y aterrada.

—¡Ralph!

Se volvió. Y un puño de acero se cerró en torno a su corazón. Un tipo enmascarado vestido de negro, no muy alto, pero de brazos más fuertes que los de Sam, tenía a este agarrado por detrás. Sam forcejeaba, con la cara descompuesta de angustia, pero no conseguía liberarse.

—¡Vete sin mí, Ralph! —le dijo—. ¡Huye! ¡Ahora que aún

puedes!

Ralph titubeó. ¡Huir! ¿Y dejar a Sammy atrás, en manos de desconocidos? ¡No! ¡Eso nunca!

***

Sam se debatió inútilmente contra los brazos que le sujetaban. El tipo no era muy alto, tendría su misma estatura, pero sí era el doble de fuerte. Sam le sentía respirar en su nuca, y escuchaba sus gruñidos de esfuerzo. Pareciera que lo tuviera sujeto un rinoceronte…

¡Y Ralph no se marchaba! Allí estaba, mirándole con expresión extraña, entre asustada y decidida, con el ceño fruncido y los labios apretados. ¿Qué estaba pensando?

«¡El muy tonto…!», pensó Sam, aterrado y enternecido a partes iguales. «¡Es capaz de cumplir lo que dijo!».

Los dos ladronzuelos habían hablado de esto a menudo. Sabían que tenían un oficio de riesgo. De hecho, Ralph ya estaba fichado por la policía, por eso Sam se esforzaba tanto por protegerle. Por las noches, cuando todo estaba en silencio en su bloque, ellos dos se acurrucaban en su sofá-cama y hablaban en susurros del trabajo que hubieran realizado aquella noche, o del próximo que hubieran proyectado hacer. Y siempre les surgía la misma pregunta: «¿Qué hago si te cogen?».

Sam siempre decía lo mismo: «Si me cogen, escapa, Ralph. Huye y no lo pienses. Mira que tú ya estás fichado…».

Y Ralph también contestaba siempre lo mismo: «No sin ti, Sammy. Nunca sin ti».

Luego le abrazaba muy fuerte y le cubría de besos, y Sam se derretía y se olvidaba de discutir. Porque, ¿quién quería discutir,

cuando a uno le estaban queriendo tanto?

Pero esto era distinto. Esto no era uno de esos escenarios que imaginaban en la seguridad de su apartamento. Esto era muy de verdad. Y Ralph no se iba…

Es más, no solo no subía al coche y se marchaba, sino que… ¿Estaba reculando unos pasos? ¿Estaba apretando los puños? ¿Qué significaba esa mirada feroz? ¿No pretendería atacar al tipo que le tenía sujeto?

—¡Ralph, por tu alma, no hace falta que hagas de héroe! —gritó Sam.

Pero ya era demasiado tarde. Con un gruñido de rabia, su compañero estaba cargando contra el policía que le agarraba. Sam tuvo el tiempo justo de agachar la cabeza, antes de que el puño de Ralph impactara contra la cara del otro.

Capítulo 3

Los dos desconocidos se habían quitado los pasamontañas y ahora llevaban las caras descubiertas. Troy podía verlas con toda claridad, a pesar de la débil luz que proporcionaban las farolas de la calle.

El que forcejaba con Austin era un chico de color. Debía rondar la misma edad que ellos tres, y tenía una estatura y constitución parecidas a las del batería. Se debatía, haciendo ruiditos de esfuerzo, con los ojos grandes de miedo. Le costaba mucho respirar. Las aletas de su nariz se dilataban en sus intentos por tomar aire.

El otro joven también era de su misma edad, pero de raza blanca. Tenía el cabello castaño revuelto y todo de punta. Miraba a Austin con los ojos entornados en una expresión feroz, y tenía los

puños apretados. Troy lo vio recular un par de pasos, y tuvo un presentimiento.

—¡Cuidado, Austin! —advirtió, corriendo hacia ellos.

Pero fue demasiado tarde. El chico de color agachó la cabeza, y el blanco le atizó un puñetazo a Austin en toda la cara. Parecía ser canijo y desgarbado, no debía tener mucha fuerza, pero la rabia con la que golpeó compensó con creces ese pequeño defecto. Austin soltó un gruñido involuntario de dolor, y estuvo a punto de soltar su presa.

—¡Estoy aquí, Austin! —exclamó Troy, pugnando por meterse en medio—. ¡Lo tengo!

Agarró al chico blanco por la camiseta y lo empujó hacia atrás con todo el peso de su cuerpo. El otro se defendió, pegándole varias veces con ambas manos, mientras gritaba:

—¡Soltad a Sam! ¡Soltadle!

Troy se llevó una bofetada en la mejilla herida que le hizo ver estrellitas. Se encogió, volviendo la cara con un gemido de dolor, a la vez que empujaba al otro bien lejos de sí, tratando de apartarse del alcance de aquellas manos. El desconocido no tenía ninguna técnica, pero de nuevo, la furia con la que se debatía compensaba con creces ese problema.

—¡Primero contadnos por qué huíais! —exclamó Troy—. ¿Qué le habéis hecho a William?

—¿Otra vez con William? —dijo el otro, con la voz tan aguda que le salió un gallito al final—. Pero, ¿quién demonios es ese?

***

Ralph trastabilló hacia atrás, frotándose el esternón con una mano. El encapuchado aquel le había empujado con todas sus ganas. ¡Y otra vez había nombrado a ese tal William! ¡Y además en un tono que daba por hecho que ellos le conocían! Era la segunda vez que le ocurría esto en la misma noche. Primero el tipo de la gasolinera, y ahora…

¡Un momento! ¡La voz! ¡La voz que acababa de hablarle era la misma que la del loco aquel de la gasolinera! ¿Sería posible…?

—¡No puede ser! —exclamó—. ¿Eres el de la gasolinera?

—¿Qué? —dijo el otro, sorprendido.

La pregunta le sacó de dudas. Decididamente, la voz era la misma.

—¡Sí! ¡Lo eres! ¡El loco mafioso y drogadicto que nos agredió antes, en la gasolinera!

—¡No me digas! —exclamó Sam.

—¿El loco qué? —dijo el otro, estupefacto ahora—. ¿Acabas de llamarme loco, mafioso y drogadicto en la misma frase?

—¡Lo eres! —dijo Sam—. ¡Todavía me duele la patada que me diste! ¿Quién te crees que eres? ¿Maestro de kárate o algo?

—¡Pero bueno! —exclamó el desconocido—. ¿Qué pasa con vosotros? ¿Por qué os encuentro en todas partes? Primero intentasteis obstaculizarme cuando iba a pagar mi gasolina. Y ahora me habéis jodido el plan para entrar en el Averno…

—¡Tú nos has jodido a nosotros el plan! —contestó Sam, ultrajado—. ¡Y somos nosotros los que te encontramos *a ti* en todas partes! ¿Por qué nos persigues? ¿Eh?

Eso no era del todo cierto. Había sido la alarma la que les

había jodido los planes, no el tipo este. Pero Ralph no creyó necesario rebatirle a su compañero. Por su parte, el desconocido se volvió hacia Sam con la cara de la perplejidad absoluta.

—¿Que yo os persigo? —dijo—. Pero si…

—Eres policía, no lo niegues —intervino Ralph, mirándole con desconfianza—. Se os ve a la legua.

El asombro del otro alcanzó una nueva dimensión.

—¿*Policía*? —repitió, como quien pronunciaba una palabra de la que desconociera su significado—. ¡Si fuera policía, no estaría aquí, hablando con dos perdedores como vosotros! —Señaló a Ralph con un índice, añadiendo—: ¡Fuiste tú el que dijo que queríais atracar la gasolinera para coger dinero para droga!

Ralph se encogió un poco de hombros.

—Mentí —se limitó a contestar.

—¿Y te atreves a llamarme a mí todas esas cosas? ¡Pero si yo solo quería pagar!

—¡Sí, con la cara tapada! ¡Eso no se lo cree nadie, tío! —repuso Ralph.

Se iba envalentonando por segundos, y también se iba sintiendo más y más ansioso. El tipo fuerte aquel no soltaba a Sammy, y este otro les estaba enredando con la conversación. Pero Ralph no era tonto. Había visto que había un tercero, uno alto y delgado, que se acercaba caminando lentamente calle abajo. Echó una rápida ojeada alrededor, temeroso de que hubiera otro más a su espalda, pero la calle que tenía tras de sí estaba desierta.

—Mirad, solo quiero saber por qué huíais del Averno —dijo el tipo que le había empujado, en tono serio y decidido.

—¿Por qué iba a ser? —contestó Sam—. ¡Para que no hicierais lo que habéis hecho! —Se volvió un poco y le protestó al que le sujetaba, a media voz—: ¡Me duele! ¿Quieres soltarme de una vez?

El tipo fuerte contestó con un bufido, o eso le pareció a Ralph. No hizo ni la más mínima intención de soltarle.

—¿Por qué? —apremió el otro, el que hablaba y parecía ser el jefe, mirando a Ralph con aire impaciente—. Si sois los secuestradores, ¿por qué huíais?

—¿Secuestradores? —repitió Sam, horrorizado.

Pero Ralph tenía más experiencia con la policía de Nueva York. Miró al encapuchado de través y le dijo:

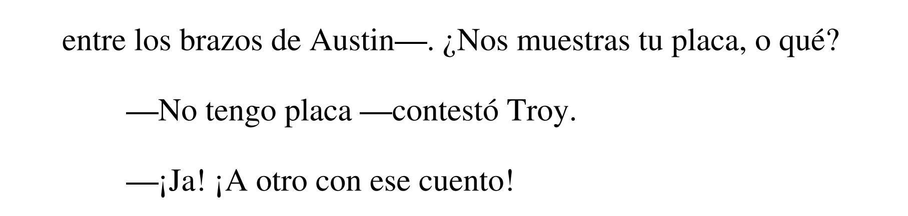
—¿Te crees que nacimos ayer? Si estamos detenidos y quieres interrogarnos, tendrás que mostrarnos tu placa y decirnos nuestros derechos. Si no estamos detenidos, suelta a Sam y déjanos marchar. ¿Qué eliges?

***

Troy estaba perplejo. ¡Estos dos parecían creerse de verdad que eran policías! ¡Y no soltaban prenda de Jordan, ni de William! Esta conversación absurda solo hacía dar vueltas en círculo, y no les estaba conduciendo a ninguna parte.

Titubeó durante unos instantes, mientras el chico castaño le miraba con aire insolente y una sonrisita sabihonda en los labios. «¡Estos tipos se las saben todas!», pensó Troy. «A lo mejor no son los secuestradores de Will, pero desde luego, cara dura no les falta. Y no me parece que se dediquen a algo muy legal. Entre lo de la gasolinera, y que han hecho saltar la alarma del Averno…».

—¿Qué eliges? ¿Eh? —apremió el otro, el que aún estaba



entre los brazos de Austin—. ¿Nos muestras tu placa, o qué?

—No tengo placa —contestó Troy.

—¡Ja! ¡A otro con ese cuento!

—Es de verdad. No somos policías.

—Entonces, ¿por qué haces tantas preguntas? —continuó increpándole el chico de color, el que parecía llamarse Sam.

—Estaba convencido de que erais del grupo que ha secuestrado a William —repuso Troy—. Pero me parece que me he equivocado.

—¡Te has equivocado mucho y bien! ¿Te enteras? —prosiguió el tal Sam, envalentonándose, a pesar de que Austin continuaba teniéndole bien sujeto—. ¡Somos personas honradas! ¡Acusarnos de secuestro…! ¿Sabías que podemos denunciarte?

—Déjalo, Sam —habló el otro chico, con voz suave—. ¿No ves que es el de la gasolinera? Él también podría denunciarnos a nosotros. Nos pilló con las manos en la masa.

Sam no dijo nada más. Se limitó a morderse los labios, como si de repente se hubiera dado cuenta de que había hablado demasiado, y quisiera retenerse y no decir más imprudencias. Se hizo un súbito silencio en toda la calle. El segundo desconocido, el joven de cabello castaño, miró a Troy de soslayo, entre desconfiado e interesado, y preguntó:

—¿Quiénes sois? ¿Y qué es toda esta historia del secuestro?

***

—¡Ralph, no! —dijo Sam en voz baja—. ¡No te pares a hablar con ellos! ¡Que me suelten y vámonos a casa! ¿No ves que no son

buena gente?

Ralph no lo tenía tan claro. El tipo decía que no eran policías, y debía ser verdad, porque ahora que se fijaba bien, ninguno de los tres llevaba pipa ni placa. ¿Entonces…? ¿Qué eran? ¿Por qué estaban en The Hamptons, investigando un secuestro? Todo esto era muy extraño…

Pero lo que a él más le había llamado la atención había sido la tristeza con la que el encapuchado había admitido que se había equivocado con ellos. De repente, había parecido derrotado, con los hombros caídos, y habló en voz bajita y suave. ¿Qué policía hablaba así con dos ladrones? Ninguno. ¿Qué policía no hacía ni la intención de detenerlos, a pesar de haberlos sorprendido intentando robar dos veces en la misma noche? De nuevo, ninguno.

El jefe de los encapuchados se volvió hacia el tipo que sujetaba a Sam y le dijo:

—Tiene razón. Déjalo ir y que se vayan a casa, Austin.

El otro titubeó.

—¿Estás seguro, jefe?

El jefe asintió varias veces, bajando la vista al suelo. «Está triste y desanimado», pensó Ralph. «¿Por qué? ¿Tan importante es ese William? ¿Y por qué está secuestrado?».

El tipo que sujetaba a Sam miró a su amigo por unos instantes más y al fin, dejó ir al chico. Ralph sintió una oleada de alivio en el corazón al verse venir a su Sammy hacia él con los brazos abiertos. Le estrechó en un fuerte abrazo, cerrando los ojos, y apretando su cabeza contra la de él. ¡Sam estaba libre! Parecía que era verdad que todo había terminado.

***

Apenas sintió que el tipo soltaba sus brazos, Sam echó a correr hacia Ralph. Se abrazó a su cuerpo como si hiciera mil años que no se veían. Enterró la cara en su camiseta. Sintió que Ralph pasaba un brazo por sus hombros y que le apretaba contra sí. Le besó en la coronilla, acariciando su corto cabello rizado con la otra mano.

—¿Estás bien? —le murmuró—. ¿Te han hecho daño?

Sam negó, frotando su rostro contra la camiseta de su compañero.

—No. Estoy bien —contestó.

El alivio que sentía al verse entre sus brazos era inmenso. El calor de su cuerpo, su abrazo y sus caricias le hicieron sentir reconfortado y querido, a salvo. El mal rato había pasado, y los dos volvían a estar a salvo…

Aunque no del todo. Sam no había olvidado que los desconocidos aún seguían allí. Levantó la cabeza para mirarles por encima de uno de sus hombros con desconfianza. Tiró de Ralph hacia atrás un par de pasos, para alejarlo un poco más de aquellos malvados…

Pero Ralph no parecía compartir sus recelos. Miraba también a los otros, con curiosidad en su caso, mientras apretaba a Sam contra sí.

«No estará pensando en serio en seguir hablando con ellos, ¿verdad?», pensó este. «Tenemos que aprovechar la oportunidad e irnos en seguida a casa, antes de que se arrepientan y decidan detenernos de verdad. Ralph tiene el corazón demasiado grande, y le puede algunas veces. ¡No voy a consentir que lo convenzan!».

***

Troy vio que los dos muchachos se abrazaban cariñosamente y parpadeó, sorprendido.

«¿Será posible que estos dos sean pareja?», se dijo. «¡Una pareja de ladrones! Ahora entiendo por qué el chico más alto atacó a Austin y me pegó a mí, hecho una fiera. Yo habría hecho lo mismo si Will…».

Se interrumpió. Se mordió el labio inferior, sintiendo que de repente se le llenaban los ojos de lágrimas. Él hizo lo mismo esta mañana, cuando aquellos encapuchados se llevaron a Will a rastras hasta su coche. Peleó con ellos con toda la fuerza y todos los recursos que tenía para tratar de impedirlo, igual que había hecho este otro joven…

«Y todo para nada, porque ahí está el pobre Will, en el Averno, a dos pasos de nosotros… ¡Y yo no puedo rescatarle!», pensó, de nuevo aplastado por la sensación de impotencia. «Como dijo Seth, la policía debe estar ya en camino. Estos chicos son los culpables de todo. Hicieron saltar la alarma, y con ello mandaron a paseo mi plan, y la única oportunidad que tenía de rescatar a mi estrella. Debería odiarles, pero no puedo. En realidad, lo único que tengo es ganas de llorar».

Sí, porque él también podría estar abrazando a William como estaban haciendo esos dos, y en lugar de esto, se encontraba aquí, de pie en una calle desierta a las tres de la mañana, con una mejilla herida, el pantalón arruinado, el corazón hecho pedazos, agotado y con la esperanza pulverizada. ¿Qué iba a hacer ahora? A lo mejor después de lo de esta noche, Jordan decidía reforzar las medidas de seguridad en la mansión. ¿Cómo iba a rescatar a William si lo hacía?

Sintió que alguien ponía una mano en su hombro, y la voz de Seth le dijo suavemente:

—Troy, tenemos que irnos.

Troy asintió varias veces. Se volvió hacia Austin y le preguntó:

—Austin, ¿estás bien? Te ha dado un buen puñetazo.

—Estoy bien —asintió el batería—. No te preocupes.

Le dio una palmadita en un hombro, mirándole con aire preocupado. Tal vez había notado que se había emocionado. Austin era mucho más perspicaz de lo que parecía… Por si acaso, Troy bajó la vista al suelo y murmuró:

—Bueno, vamos. Tenemos millas por hacer…

Se dio la vuelta, dispuesto a emprender la subida de la cuesta, con el corazón pesado y el cuerpo dolorido y exhausto. Sus amigos le siguieron. Austin continuó con el brazo sobre su hombro, caminando a su lado. En silencio, empezaron a subir calle arriba…

Y de pronto, una voz habló a sus espaldas:

—¡No puede ser! ¿Troy? ¿Eres Troy Anderson? ¿De los Dragon Riders?

***

Ralph estaba estupefacto. Había visto la noticia en la tele, en el informativo de la noche. La había visto en el bar de Jim, mientras esperaba a Sam, que había estado esta tarde y esta noche entregando unas pizzas a cambio de algo de dinero. William Miller, el cantante del grupo de rock Dragon Riders, había sido secuestrado esta mañana por unos desconocidos. Al parecer, su compañero Troy Anderson, el guitarrista del grupo, había intentado impedirlo, pero todo fue inútil. Los encapuchados se llevaron a William, dejando a Troy herido en mitad de la calle.

Eso fue lo que dijeron en la noticia, a grandes rasgos. En la pantalla aparecieron, entre otras cosas, como imágenes de los testigos y del mánager del grupo, unas fotos de los Dragon Riders. William parecía ser un chico muy guapo, con una hermosa cabellera castaña y rizada.

Ralph sintió que se le aceleraba el corazón. ¿Sería posible que estos tipos tan extraños fueran ellos? ¿Los mismos que había visto en la tele?

Después de ver la noticia, la olvidó por completo. Sam llegó casi en seguida, y regresaron a casa. Por el camino vieron a Jordan, y desde entonces, habían tenido otras cosas en las que pensar. Pero ahora, al oír el nombre… Al unir dos y dos con el secuestro y el nombre de William… Y sobre todo, al ver lo desanimado que se marchaba ese hombre… Ralph no había podido evitar pensar: «William es muy importante para él. Por lo menos, tanto como lo es Sam para mí. Si de verdad es el mismo Troy, eso explicaría por qué peleó tanto para protegerle, y por qué está aquí, queriendo salvarle. ¿Y si…?».

Tenía un presentimiento, pero no tuvo tiempo de concluir la frase en su mente. El encapuchado que parecía ser el jefe se detuvo. Se volvió, pasándose una mano por los ojos. Pareció recordar entonces que llevaba el pasamontañas puesto, porque se lo quitó, con un ruidito de esfuerzo y una pequeña mueca de dolor…

Y entonces pudo ver Ralph que era rubio, como el que vio en la foto al lado de William, que tenía los ojos claros, y que llevaba un apósito sobre un gran hematoma en una mejilla…Y también que sus párpados estaban húmedos, y que tenía la expresión más triste y derrotada que había visto nunca en un hombre.

—Sí, yo soy Troy —le dijo—. Nosotros somos los Dragon Riders. El que falta es William.

—¿Y es…? —balbuceó Ralph, emocionado.

Troy asintió.

—Es mi novio.

Capítulo 4

Ralph dejó ir a Sam, haciendo un gesto con las manos. Sam sintió una punzada de decepción. No estaba preparado para que su compañero rompiera el abrazo tan pronto. Aún necesitaba sentirse protegido y a salvo entre sus brazos durante unos instantes más. Pero Ralph estaba demasiado entusiasmado como para darse cuenta.

—¡Lo sabía! —exclamaba, triunfante—. Vi la noticia en la tele esta noche y supe… Por lo que contaron de ti, supe…

Sam miró a su compañero como si de repente le hubieran salido dos cabezas.

—¿De qué noticia hablas? —le interrumpió.

Ralph le miró, con los ojos verdes brillantes de emoción.

—¡La del secuestro! Tú no estabas, la vi en el bar de Jim, mientras te esperaba. Y luego olvidé contártelo. ¡Cielos, Sam! ¡Estaba seguro! ¡Son rockeros gays!

Sam abrió grandes ojos de sorpresa.

—¿Rockeros? —repitió. Señaló a los otros tres con un dedo —. ¿Estos tipos?

—¡Sí! ¡Gays! —repitió Ralph.

—Am… —comenzó el llamado Troy, alzando un índice como para pedir la vez.

Pero de nuevo, Ralph estaba demasiado ilusionado como para darse cuenta. Le señaló a su vez con una mano, hablándole a Sam:

—¿No lo has visto? ¡Él mismo lo ha dicho! ¡William es su novio!

—¿Y por qué lo han secuestrado? —quiso saber Sam.

Ralph se volvió hacia Troy.

—¡Verdad! ¿Por qué lo han secuestrado?

***

Austin miró a Troy, confuso. Qué fuerte que estos pillos les hubieran reconocido no por su música, sino por el secuestro de William… Jeff diría que todo era publicidad, y Max le aplaudiría, pero aún así… Bueno, él no se dejaba las manos ensayando en la batería para esto.

—Troy, tenemos que irnos —insistió Seth, a media voz—. La policía estará al llegar.

Troy asintió. Miraba a los otros dos con aire pensativo, como si estuviera decidiendo si era buena idea pararse a hablar con ellos, o si sería mejor irse sin más. Austin pudo comprobar con alivio que ahora parecía más sereno. Sus ojos estaban secos, y sus labios ya no temblaban.

—Pues es una larga historia —contestó Troy al fin, caminando unos pasos hacia los otros dos—. Perdona, no me he quedado con tu nombre. ¿Tú eres…?

—Ralph —dijo el chico castaño, orgulloso.

«¿Le va a pedir un autógrafo aquí en medio? ¿En serio?», pensó Austin.

No, aunque el tal Ralph estrechó la mano de Troy murmurando para sí: «¡Tengo delante a un rockero gay!», como si fuera el colmo de los honores.

—Pues sí que se ha emocionado, sí… —dijo Austin, sonriente, mientras cambiaba una mirada con Seth.

El bajista le miró, preocupado, y vocalizó:

—Deberíamos irnos. No creo que esos dos puedan ayudarnos en nada.

Austin se encogió de hombros. A lo mejor no, pero… Bueno, tener unos fans ladrones siempre era mejor que no tener ninguno, ¿verdad?

***

Troy no podría decir por qué se había parado a hablar con Ralph. Tal vez porque notaba una curiosa afinidad con él, como si tuvieran algo en común. El detalle de ver al otro chico pelear con uñas y dientes por rescatar a su pareja le había enternecido. O tal vez fuera porque tenía un presentimiento. Intuía que estos dos sabían más de lo que parecía. Pero lo que dijo Ralph a continuación volvió a dejarlo anonadado.

—¿Una larga historia, dices? ¿Por qué? ¿Acaso os envidia un grupo rival? ¿Han secuestrado a William para que no podáis actuar, o qué?

Troy se le quedó mirando, boquiabierto.

—¿Cómo lo has sabido? —balbuceó—. Quiero decir, no es exactamente eso, pero casi. ¿Cómo…?

Ralph se rió.

—¡Vivimos en el Bronx, Troy! Ese tipo de cosas están a la orden del día entre las bandas callejeras.

—¿En serio?

Troy continuaba anonadado. Ralph asintió y apremió:

—Entonces, ¿es de verdad? ¿Ha sido un grupo rival?

—No tenemos pruebas, pero creemos que sí —dijo Troy con cautela.

No quería hablar demasiado y acabar siendo denunciado por Jordan por haber divulgado un rumor falso o algo así. Pero Ralph, una vez más, dio muestras de saber más de lo que parecía, porque abrió grandes ojos y exclamó en voz baja:

—¡No me digas! ¿Y son los Red Devils? ¿Sí?

***

Ralph estaba encantado. ¡Por fin iban encajando las piezas en su cabeza e iba entendiendo quiénes eran estos tipos! Troy estaba hablando desde el principio de un tal William que estaba secuestrado… Había mencionado el Averno cuando le vieron en la gasolinera… Le habían encontrado intentando entrar en la casa, igual que ellos… ¡Seguro que sospechaba que era Jordan Grant quien lo tenía prisionero! ¡Y ellos dos, sin saberlo, habían hecho abortar a la fuerza su intento de rescate! ¡Ah, qué mala suerte…!

Pero… ¡Un momento!

—¡Jordan! —balbuceó—. ¡Jordan Grant!

***

Austin se quitó el pasamontañas y caminó despacio para acercarse a Troy, con las manos en los bolsillos del pantalón. El joven Sam le miró con desconfianza, y se agarró con las dos manos a un brazo de su compañero. Pero este ni siquiera pareció darse cuenta. Se había quedado de pronto ausente, con grandes ojos, la mirada perdida en el vacío, y balbuceando:

—¡Jordan! ¡Jordan Grant!

Troy frunció el ceño, y preguntó:

—¿Qué pasa con él?

Al oír su voz, Ralph parpadeó. Le miró. Y como movido por un impulso, le agarró por un brazo y exclamó, en un apresurado cuchicheo:

—¡Troy! ¡Jordan no está aquí esta noche! ¡Está en el Bronx!

—¿Qué? —exclamó Seth.

También se había quitado su pasamontañas, se había acercado a Troy a su vez, y estaba a su espalda, a su derecha, mirando a Ralph, incrédulo. Por su parte, Troy se había quedado tan perplejo, que no parecía ser capaz de reaccionar.

—¿En el Bronx? —murmuró.

—¡Sí! ¡Sam y yo le hemos visto esta noche! ¿Verdad?

Ralph miró a su compañero, pero este hizo un gesto de duda.

—No deberías contárselo, Ralph —dijo.

—¿Por qué no? A lo mejor puede ayudarles —respondió Ralph.

Ahora fue Troy quien agarró con un impulso a Ralph por los hombros y le apremió:

—¡Por el amor de Dios, Ralph! ¿Qué es lo que sabes?

***

Troy sentía que le latía con fuerza el corazón. Ahora que ya había perdido todas las esperanzas de rescatar a William, llegaba este ladronzuelo e insinuaba… ¿Qué estaba queriendo decir? ¿Que Jordan estaba en el Bronx? ¿Y por qué iba a pasar la noche allí un chico como él? Y no menos importante. Si de verdad tenía a William, ¿por qué no estaba en el Averno, vigilándole?

—No sé nada, en verdad —dijo Ralph—. Solo sé que le hemos visto. Conducía un coche blanco y cutre por una de las calles de nuestro barrio.

—¿Estás seguro de que era él? —preguntó Troy, sacudiendo un poco los hombros del otro chico.

—¡Claro que sí! Le conocemos de verlo en la tele y en las revistas. ¿Quién no conoce a Jordan Grant?

Ralph esbozó una sonrisita torcida. A su espalda, Troy escuchó a Seth murmurar:

—Ten cuidado, Troy. Puede ser una trampa para sacarte dinero.

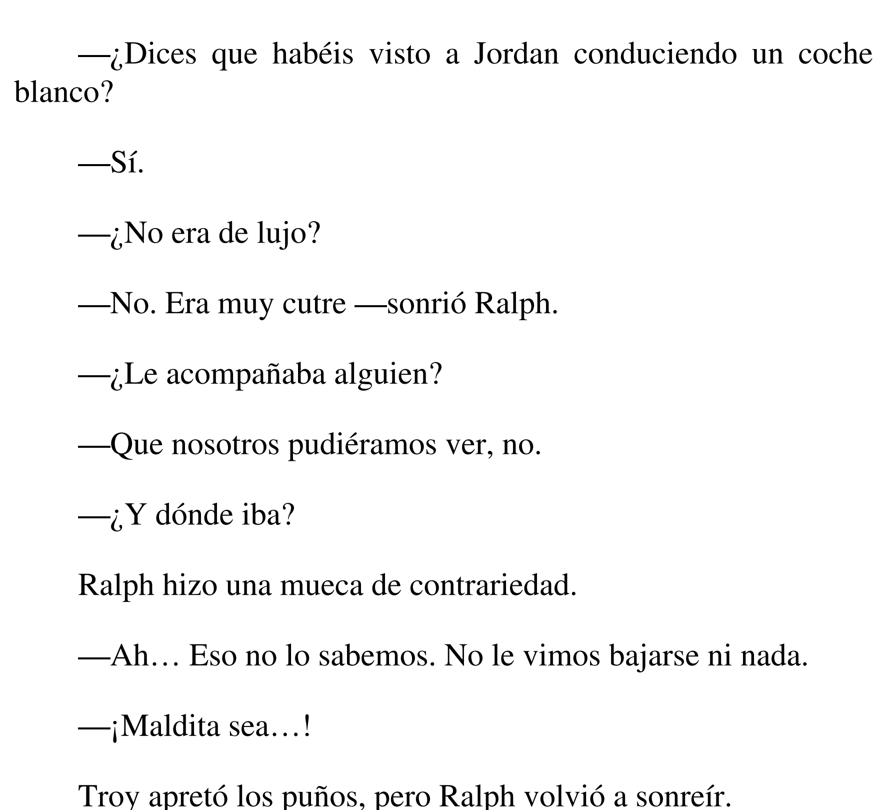
Ralph pareció ofendido al oírlo.

—¡Jamás le pediría dinero a un rockero gay! —contestó, apretando las manos de Troy sobre sus hombros con las dos suyas.

—Perdona si no me fío de un tipo al que hemos sorprendido robando dos veces en la misma noche —contestó Seth con sorna.

—¡Intentando robar! —especificó Sam, alzando un índice. Y luego gruñó para sí—: Que no es lo mismo.

Y bajó la vista al suelo. Troy sintió que se derretía. ¿Sería posible que estos dos ladrones de tres al cuarto pudieran decirle dónde estaba William? ¿Y si había estado equivocado desde el principio? ¿Y si William no estaba en el Averno, sino en el Bronx? Entusiasmado, sintiendo que una energía nueva le inflamaba el corazón de repente y reavivaba, como un soplo de aire fresco, la llamita moribunda de la esperanza, le preguntó a Ralph:



—¿Dices que habéis visto a Jordan conduciendo un coche blanco?

—Sí.

—¿No era de lujo?

—No. Era muy cutre —sonrió Ralph.

—¿Le acompañaba alguien?

—Que nosotros pudiéramos ver, no.

—¿Y dónde iba?

Ralph hizo una mueca de contrariedad.

—Ah… Eso no lo sabemos. No le vimos bajarse ni nada.

—¡Maldita sea…!

Troy apretó los puños, pero Ralph volvió a sonreír.

—¡Pero no te desanimes! ¡Vivimos por allí cerca! Estaremos atentos. Y si nos das tu número de teléfono, te llamaremos en cuanto volvamos a verle.

—¿Lo ves? Querían algo —dijo Seth—. Nuestro teléfono.

—¿Y qué importa? —exclamó Troy, ilusionado. Se palpó los

bolsillos—. Chicos, ¿dónde puedo apuntaros…?

Ralph salió corriendo hacia un coche viejo y gris que había aparcado a pocos pasos, diciendo:

—¡Yo tengo papel y lápiz!

Troy sonrió al reconocer el vehículo. Efectivamente, era el mismo que se detuvo con mucha prisa en la puerta de la gasolinera. ¡Ah, qué increíble coincidencia! ¿Sería posible que fuera verdad? ¿Podrían estos chicos darle alguna pista que le condujera hasta William?

***

Mientras Troy le daba su número de teléfono a Ralph y los tres Dragon Riders se despedían de los dos ladronzuelos, en el pequeño apartamento del Bronx, Reggie no conseguía conciliar el sueño. Estaba agotado, y deseando dormirse, pero por más que lo intentaba, no lograba relajarse lo suficiente. Y no era por la emoción de estar acostado junto a Dan Nobody…

Sus ojos ya se habían adaptado a la penumbra, y podía ver más detalles. Dan estaba tendido de costado, mirando en su dirección. Se había cubierto con su saco hasta el pecho, pero no lo había cerrado con la cremallera. Tenía los ojos cerrados, y parecía estar dormido, con una de las manos de Reggie cogida en la suya. Su respiración era profunda y sosegada.

«Es guapo incluso durmiendo», pensó el batería. Estaba deseando poder besarle la frente, rodear sus hombros, y apretarle contra sí, pero no se atrevió ni a respirar, para no despertarle.

Cerró los ojos a su vez. No, el motivo de su insomnio no era este sueño hecho realidad que se llamaba Dan Nobody, sino alguien muy distinto: Jordan Grant.

Hacía un rato, cuando estuvieron bailando, Dan le dijo que Little B y él le habían visto a Jordan una cara muy rara. «De mala idea», había dicho Dan. «Como si estuviera planeando hacer algo malo, y eso le diera una perversa satisfacción».

El propio Reggie le vio después a Jordan cara de estar enfadado, pero sin embargo, el otro chico les habló como siempre, en tono más bien amable, y eso le desconcertó…

Y luego el tema del candado… ¿Lo había visto Jordan? ¿Había visto que no estaba puesto? Si lo había visto, ¿por qué no le había regañado por ello? Y si no lo había visto, ¿por qué se quedó mirándole con fijeza mientras los dos raperos estaban cambiándose? Fue un momento muy incómodo para Reggie, con los ojos de Jordan clavados en él, como si esperase que iniciara alguna clase de conversación, y con un silencio tenso alargándose entre ellos durante segundos y minutos eternos…

Y ahora, justo antes de acostarse, cuando Reggie llegó del baño, se enteró de que Jordan le había dicho a Dan que él era un desaprensivo, porque había pasado diez años saltando de pareja en pareja. Reggie le paró los pies lo mejor que pudo, pero no podía dejar de preguntarse si Jordan había intentado meterle cuello a Dan durante su ausencia. ¿Delante de sus dos amigos? ¿Sería capaz?

Por supuesto, no tenía medio de saberlo. Dan estaba tan cariñoso como siempre con él, y eso le tranquilizaba. Pero Reggie sabía que su relación con Jordan no estaba bien, por mucho que el otro chico repitiera que sí lo estaba y que eran amigos. A ver, le trataba como siempre, pero a la vez, hacía cosas raras, que no solo le desconcertaban a él, sino también a los dos raperos. Y hasta ahora ellos habían sido sus dos amigos de más confianza…

Reggie tenía la sospecha de que esta noche había cometido varios errores, de esos que Jordan consideraba pecados mortales. También sospechaba que por este motivo Jordan le había metido

en el cubo mental de los «amigos desechables», como Reggie les llamaba en su fuero interno, y que ahí terminó para siempre su oportunidad de ser su amigo de verdad algún día… Pero como Jordan no decía nada al respecto, tampoco tenía ninguna certeza de esto.

«Ninguno de nosotros sospechó que las cosas se iban a poner así de tensas cuando llegara Jordan», pensó. «En verdad, hemos estado más cómodos y más a nuestras anchas cuando él no estaba, aunque me duela tener que reconocerlo. Jordan está tan raro… Diferente. Me pregunto si era a esto a lo que se referían Keith y Liam cuando me llamaron el otro día…».

Sus amigos hablaron de otra clase de cosas, pero aún así… ¿Y si todo estaba relacionado? ¿Y si había algo que preocupaba a Jordan, y que le estaba haciendo hacer y decir cosas que jamás haría ni diría en otro momento?

«Dan me diría que ya estoy intentando justificarle otra vez», reflexionó.

En todo caso, había algo que era indudable. Ellos cuatro habían estado mejor sin Jordan que con él. Reggie no necesitaba preguntarle a sus compañeros para saberlo. Era algo que se podía notar. Estaba en el aire.

«Me pregunto qué pasaría si Jordan decidiera volver a su casa mañana por la mañana», se dijo. «No ha dicho nada sobre esto tampoco. Pero no me sorprendería que lo hiciera. Por el mismo motivo por el que hoy se ha quedado allí: para estar siempre libre de sospecha. Sería algo muy propio de él».

Pero, ¿cómo reaccionarían los demás cuando se enterasen? Paul, Little B, Dan… ¿Se sentirían abandonados? ¿Traicionados incluso?

«No lo sé, pero yo me sentiría aliviado», pensó Reggie. «Ya tengo bastante con tener que llamar a Troy y estar a cargo del

apartamento y de los chicos. ¡Y de William! Hacerlo además con Jordan por aquí me hace sentir vigilado y juzgado. No es agradable. Y ya que las cosas no están como siempre…».

Un pequeño gemido interrumpió sus cavilaciones. Abrió los ojos. Dan había soltado su mano y estaba tratando de darse la vuelta, haciendo muecas de dolor en la oscuridad.

Capítulo 5

En un primer momento, Dan Nobody se había tendido sobre su costado izquierdo para poder mirar a Reggie. Se había pegado mucho a él, enredando sus piernas con las suyas, y apoyando su frente en la del otro chico, y se había quedado dormido así, agotado por el largo día, con la mano de Reggie apretada en una de las suyas…

No sabría decir cuánto tiempo había dormido, cuando le despertó una punzada de dolor en su costado. No le sorprendió. Aún no estaba curado, y de esta postura estaba echando todo el peso de su cuerpo sobre la lesión. Medio dormido, pugnó por darse la vuelta. Qué rabia… Con lo cómodo que había estado… Ahora tendría que darle la espalda a Reggie. ¡Maldita sea…!

—¿Danny? —cuchicheó la voz del batería, mientras Dan batallaba con su saco de dormir, haciendo ruiditos de dolor—. ¿Qué te pasa?

—Me duele el costado —contestó Dan, también en voz baja —. Todavía no está curado del todo.

Al fin consiguió tenderse del lado derecho. Tomó aire profundamente y comprobó que ahora ya no le dolía. Suspiró.

Sintió que Reggie ponía una mano sobre su hombro y que lo besaba con ternura por encima de su camiseta. Le besó luego la

mejilla y la oreja, besitos pequeños y silenciosos, y le murmuró:

—¿Estás mejor así?

—Sí. Parece que sí.

Dan notó un movimiento a su espalda. El cuerpo de Reggie se pegó más al suyo. Uno de sus brazos rodeó su cuerpo a la altura de sus hombros, y el otro chico le cuchicheó:

—¿Te molesta si hago esto?

—No. Pero así es mejor —contestó Dan, moviendo el brazo de Reggie para colocarlo en su cintura.

Sintió un nuevo besito en su hombro y un murmullo, cerca de su oreja:

—Creí que así te dolería la lesión…

—No. Está más arriba. Aquí. ¿La notas?

Dan agarró la mano de Reggie para sujetarla ahora sobre el bulto de su costado. Reggie lo acarició con los dedos abiertos.

—¿Cuándo se te va a curar esto? —cuchicheó.

—Supongo que cuando se te cure a ti el hematoma de la barbilla.

—Joder…

Dan volvió la cabeza para mirar al otro chico por encima de su hombro.

—Creí que estabas dormido —le dijo—. ¿Te he despertado?

—No, no te preocupes. Estaba pensando.

—¿En qué?

Un «¡shh!» impaciente interrumpió la conversación. Procedía del lugar donde estaba Little B. Dan le echó una ojeada a su amigo, pero el saco de dormir en el que estaba metido hasta las orejas no se movió.

—¿Hemos despertado a Little B? —cuchicheó Reggie en su oído.

Dan sintió un escalofrío. Esa voz rasposa hablándole tan bajita y tan íntima, y su respiración acariciándole la oreja eran algo delicioso.

—No —contestó—. Little B es sensible a los ruidos y a la luz cuando está dormido. Una vez nos fuimos de campamento y se pasó la noche haciendo eso, aunque en la tienda nadie estuvo hablando. Al día siguiente, él no se acordaba de nada.

Reggie soltó una risita. Dan sintió su pecho agitarse por la risa, justo a su espalda, y se movió un poquito para tirar de su brazo hacia sí, de manera que rodeara su cintura otra vez.

—Abrázame, cariño —cuchicheó—. Quiero sentirte.

Reggie se movió un poco para acercarse más. Pegó su pecho y su vientre a la espalda de Dan. Este sintió que le daba otro besito, de nuevo en la mejilla, y un cuchicheo:

—¿Está bien así?

—Sí —suspiró.

Y luego contuvo la respiración. Esto era lo mismo con lo que estuvo fantaseando esta tarde, con Reggie abrazándole desde atrás. Acarició el brazo de su compañero con ternura.

«Es como un sueño», pensó. «Y sin embargo, sé que estoy

bien despierto. Su cuerpo es tan cálido, y su abrazo tan protector… Podría quedarme dormido así todas las noches. Sería maravilloso».

***

El cuerpo de Dan era sólido y caliente bajo su brazo. Su espalda era firme, y su mano acariciaba el brazo de Reggie con ternura. Este apoyó el codo en su almohada, y la cabeza en la mano para poder mirarle desde arriba. Nunca se cansaba de ver su hermoso rostro. Por su parte, Dan también había vuelto la cabeza en su dirección. Sus ojos negros brillaban en la penumbra. Su sonrisa, un poco somnolienta pero encantadora, derritió el corazón de Reggie.

—Te quiero tanto, Danny… —cuchicheó, acariciándole la mejilla y una de sus sienes con cuidado con la punta de la nariz—. Eres lo más precioso que me ha pasado en la vida.

La sonrisa de Dan se hizo más amplia.

—Yo siento lo mismo, cariño —contestó.

Reggie apoyó su frente en la de él. Cerró los ojos, sonriendo a su vez. Adoraba cuando Dan le llamaba «cariño». Le hacía sentir querido y le daba a entender que ocupaba un lugar especial en el corazón de este hombre. Cada vez que lo escuchaba, le llenaba el pecho de ilusión, y lo único que podía pensar era: «No puedo esperar a que esto acabe para escucharte llamarme “cariño” en mi casa, en la cocina. O en el metro… O en el coche, mientras vamos de excursión al campo… O en Jamaica».

¡Jamaica! ¿Sería verdad que algún día pudieran ir a visitarla juntos? En aquel momento, a Reggie le parecía un sueño imposible…. Pero también se lo había parecido todos estos años atrás, aquello de llegar a conocer alguna vez a su «persona especial». Y sin embargo, aquí estaba, bien apretadito contra su

pecho, en carne y hueso. Reggie sentía el calor de su cuerpo junto al suyo, su aroma y la caricia de su respiración en su nariz. Si este sueño se había cumplido, ¿por qué no iba a cumplirse también el de visitar juntos la isla?

—¡Y pensar que esta tarde temí que pudieras intentar algo durante la noche…! —murmuró Dan, con una risita.

Reggie abrió los ojos. Levantó la cabeza para mirarle.

—¿Yo? —preguntó.

—Sí. Temí que intentarías abrazarme. ¡Y mírame! Ahora soy yo quien te pide que lo hagas. —Volvió a reír—. Las cosas han cambiado mucho en una sola tarde, ¿verdad?

Reggie levantó la vista. Miró al saco de dormir de Jordan. Desde aquí, lo único que podía ver del otro chico era su cabellera rubia y el bulto amorfo de su cuerpo, metido dentro del saco. Estaba de espaldas a ellos, y también parecía dormir, aunque con Jordan nunca se sabía…

***

—Mucho —murmuró Reggie.

Se había quedado mirando en la dirección de Jordan, y de repente ya no sonreía. Parecía pensativo y casi triste. Dan alargó la mano para acariciarle la mejilla.

—¿Piensas en él? —preguntó—. ¿Por eso no podías dormir?

Reggie parpadeó y bajó la vista para mirarle de nuevo. Le echó una ojeada fugaz a Paul, que roncaba como un oso, y murmuró:

—¿Qué sentirías si Jordan tuviera que irse mañana por la

mañana a su casa?

—¿Te ha dicho que se va a ir? ¿En serio?

—No, no me lo ha dicho. Es solo una suposición mía. ¿Qué sentirías?

—Alivio. Creo que todos lo sentiríamos. Las cosas han estado muy tensas desde que él llegó.

Dan volvió la cabeza para mirar a Jordan a su vez. Podía ver poco de él, porque el cuerpo de Little B se interponía entre ellos. Tan solo tuvo un atisbo de su pelo rubio de espaldas. No se movía ni hacía ningún ruido. Debía estar profundamente dormido.

—Me da pena tener que decir esto —añadió. Volvió a mirar a Reggie—. Es mi amigo y le aprecio. Pero nosotros cuatro vamos todos a una, y él… Bueno, parece que ya no.

***

Reggie asintió. Dan había resumido en pocas palabras casi lo mismo que sentía él. El rapero le miró, y sus ojos brillaron preocupados en la penumbra.

—Reggie, entiendo que estés inquieto. Las cosas no están bien entre vosotros, y no sabemos lo que ocurrirá mañana. Pero por eso mismo, necesitas descansar. Tienes que estar agotado. Necesitas recuperar fuerzas.

Alargó la mano, y volvió a acariciarle la mejilla, despacio y con los dedos abiertos. Sus ojos continuaron prendidos de los suyos. Reggie tomó su mano en la suya y la besó, enternecido. Asintió.

—Tienes razón. Y tú también necesitas descansar. Tienes que dormir para poder curarte pronto.

Se movió para tenderse de costado a su espalda. Apoyó la cabeza en la almohada, cerró los ojos y suspiró.

—Pero no me sueltes —cuchicheó Dan, atrapando su mano para colocarla de nuevo sobre su cintura.

—Estoy aquí, mi vida.

—¿De verdad vas a dormir, Reggie? Mira que ya te voy conociendo…

Reggie soltó una risita.

—¡Claro que voy a dormir!

—No. Eres capaz de hacerte el dormido para que me duerma yo, y tú poder seguir rumiando.

—Pero será posible…

—¿Lo ves? Lo has pensado, no lo niegues.

Un nuevo «¡shh!» volvió a interrumpir la conversación. Reggie levantó la cabeza y miró por encima del cuerpo de Dan, cuchicheando:

—¿Es Little B?

—Sí.

—¿Se ha despertado?

—No, creo que no.

Reggie suspiró. Apoyó su frente en la de Dan, una vez más… Y de pronto, tuvo una idea. Le pareció tan perfecta, sin saber por qué, que no pudo evitar ponerla en práctica.

«Dan se va a reír de ti, por tonto romántico», pensó. Pero ya

era demasiado tarde. Su boca había cuchicheado por sí misma:

—¿Te cuento un secreto?

***

Dan parpadeó, sorprendido. La voz de Reggie había sonado muy bajita, cerca de su oído, con un leve tinte de ilusión justo en los bordes, sutil pero inconfundible.

—¿Un secreto? —repitió, también muy bajito.

—Sí.

—¿De qué se trata?

Ahora Dan estaba intrigado. Reggie le había contado varios secretos esta tarde, cosas que nadie más sabía. Le había costado un poco confiar en él lo suficiente, pero una vez que lo hubo conseguido, se había convertido en una caja de sorpresas. ¿Y aún había más? ¿Por qué parecía Reggie tan ilusionado con este secreto concreto?

—Muchos días no puedo dormir —explicó el otro chico—. Como ya has podido notar, rumio demasiado —añadió, con una risita—. Esas noches me ayuda mirar una foto que tengo en mi habitación, e imaginarme que estoy allí con una persona especial.

—¿«Allí»? —volvió a repetir Dan—. ¿Dónde?

Reggie le besó la mejilla, cerca de la oreja, y le murmuró:

—En Jamaica.

—Oh…

—En una playa, con la arena blanca, una laguna azul y

palmeras cerca de la orilla… —continuó Reggie en su oído.

Dan cerró los ojos. Conocía aquella playa. Había estado allí con su familia, cuando era pequeño, hacía muchos años…

—Bajo la luna llena… —prosiguió Reggie—. Solos tú y yo… Sin que nadie pueda vernos…

Dan sintió un escalofrío de emoción recorrerle la espalda.

—La brisa jugaría con las hojas de las palmeras —murmuró, con un nudo en la garganta.

—Y la luna llena se reflejaría sobre la laguna… —cuchicheó Reggie.

—¿Y nosotros estaríamos en la arena?

—Sí. Pero no hablaríamos ni pensaríamos en nada desagradable. En aquel momento, el mundo habría dejado de existir para nosotros, y solo estaríamos tú y yo.

—¿Y tú estarías…?

—Retrepado sobre ti. —La respiración de Reggie tembló un poquito, como si de repente le hubiera faltado el aliento—. Besándote mientras…

Titubeó. Dan abrió los ojos y se volvió para mirarle.

—¿Mientras…? —apremió sin voz, conteniendo la respiración.

Reggie le miró de modo avergonzado, con sus ojos azules muy brillantes en la penumbra.

—Mientras hacemos el amor —concluyó.

Y bajó la vista en seguida, mordiéndose el labio inferior. Dan

sintió que se derretía de emoción y de ternura. Sus ojos se llenaron de lágrimas y el nudo en su garganta amenazó con convertirse en un sollozo.

—¡Oh, Reggie, por favor…! —murmuró.

El otro chico volvió a mirarle, tímido, como si no se atreviera, y cuchicheó, nervioso:

—¿Te gustaría?

—Sí, cariño. Sería un sueño.

—Un sueño… Como tú.

Dan intentó volverse para atraer su cabeza hacia sí. Le besó como pudo en los labios, con el tronco girado en su dirección, pero una punzada en su costado le obligó a soltarle, con un ruidito de dolor. Se pasó una mano por uno de sus ojos para secarse las lágrimas, murmurando:

—Reggie, no tenía idea… Me has emocionado. ¿De verdad tienes una foto de esa playa en tu habitación?

—Sí.

Reggie se movió para acariciar su mejilla con los dedos y enjugar una de sus lágrimas. Dan apretó los labios. La imagen mental que le había regalado el otro chico le había emocionado, no solo por la imagen en sí, sino también porque ese momento mágico ocurriría en Jamaica, su hogar… Un lugar donde ninguna pareja gay podía besarse abiertamente.

«Y Reggie no lo sabe», pensó. «Estoy seguro de que no lo sabe. Pero la ama tanto… ¿Por qué? ¿De dónde viene esta pasión por mi tierra? ¿Qué tiene Reggie con Jamaica?».

No le pareció el momento adecuado para preguntarlo. De

hecho, ni siquiera deberían estar despiertos, ni hablando de estas cosas delante de sus compañeros… Además, él continuaba teniendo un nudo en la garganta, y las lágrimas a flor de piel, y algo más… La preciosa imagen mental también se había ido directa a su entrepierna. Y estaba allí, sembrándole cosquillitas de excitación.

«¡Haciendo el amor!», le decía. «¡En una playa con palmeras! ¡Bajo la luz de la luna! Es lo más romántico y lo más sexual que me han dicho nunca, todo a la vez…».

No. Eso no era romance ni sexo, era amor. Por eso se había emocionado, en primer lugar…

«Oh, Reggie, cariño…», pensó. «¿Qué he hecho para merecerte?».

***

Reggie se sentía inseguro. Se había dejado llevar demasiado por su fantasía, y había hablado más de la cuenta. Había dicho las palabras mágicas, «hacer el amor». Y aunque solo por poder pensarlo había notado cosquillitas entre las piernas, a la vez…

—Danny, ¿ha sido demasiado pronto? —susurró—. No quiero que pienses que solo quiero algo contigo por el sexo…

Dan soltó una risita, un poco temblorosa por la emoción, y dijo:

—Pero, ¿cómo voy a pensar eso?

—No sé. No quiero… No quiero contaminar esto tan bonito que tenemos tú y yo con lujuria y desenfreno.

Dan volvió a reír, en esta ocasión una carcajada abierta y sincera, y tuvo que taparse la boca con una mano para no despertar

a sus compañeros. Se rió para sí en voz baja unos instantes, y luego volvió a mirar a Reggie, con una sonrisa ilusionada y preciosa.

—Yo sí quiero que me contamines —contestó, bromista. Agarró de nuevo su mano y la apretó contra su barriga—. Ven, abrázame otra vez, anda.

Reggie obedeció, con cuidado de no apretar su pelvis contra el trasero del otro chico. No quería que notara que sus partes estaban… Bueno, menos relajadas de lo que deberían estar sería una buena manera de decirlo. Si Dan se diera cuenta, se moriría de vergüenza.

Pero sin embargo, se sentía intrigado. ¿Qué había dicho Dan? ¿Que él sí quería? ¿Era de verdad, o Reggie había oído mal?

—¿Quieres que te contamine? —repitió.

—M-m —asintió Dan—. Acércate más… Quiero sentirte.

Dan alargó una mano hacia atrás y le dio un empujoncito a las caderas de Reggie hacia delante. Este apretó los labios cuando sus muy interesadas partes toparon con el trasero redondito y prieto del otro chico.

—Danny… Me estoy empalmando.

—Lo sé. Yo también —fue la respuesta de Dan, ahora de espaldas a él.

—¿Y no te importa?

—No. Quiero sentirte.

—Pero…

—Shh… Solo sentirte, Reggie. No es nada malo.

Reggie apoyó la mejilla en el hombro de su compañero. Este le había agarrado por la cadera y no le soltaba. Desde fuera, podría parecer que tenían los dos una postura extraña, con Reggie abrazado a la cintura de Dan, y este pasando un brazo por encima del suyo para agarrar su cadera y apretarle contra sí. Ahora bien, desde dentro… El pantalón de Reggie a la altura de sus partes se estaba convirtiendo en un horno por segundos.

«Dice que él también se está empalmando», pensó. «Con lo grande que la tiene… Eso debe ser toda una visión. Y que quiere que le contamine, por favor… Si ahí no hay doble sentido, que venga Dios y lo vea. Que le contamine… Tiene que explicarme bien eso. ¿A qué se referirá? ¿Querrá que le eche mi leche en…?».

Se movió un poco, con un ruidito de excitación. No pudo evitarlo. Aquello empezaba a aumentar de tamaño, y apretado como estaba contra las nalgas del otro chico, requería que le hiciera un poco más de espacio.

«¿Estará la suya igual?», pensó. «Es grande de veras, pude sentirlo antes, cuando bailamos abrazados. ¿Qué le gustará que le hagan? ¿Le gustará…?».

Lo que tenía entre las piernas empezaba a ser un problema serio. Le costaba respirar, y aquello le pedía que se pusiera a frotarse como un desesperado contra el otro chico, algo que *no* pensaba hacer. Además, tampoco podía. Dan lo tenía bien sujeto.

En su situación, uno no necesitaba más imágenes calenturientas, ¿verdad? Y sin embargo, la curiosidad fue más fuerte que él, más que su timidez, más que la prudencia, más que ninguna otra cosa en aquel momento. Antes de poder retenerse, estaba cuchicheando en su oído:

—¿Qué te gusta más? ¿Dar? ¿O recibir?

***

La voz de Reggie en su oído tenía fuego. Y la pregunta tenía miga, sobre todo porque procedía de un chico más bien tímido y retraído… Ah, pero Reggie ya le había demostrado esta tarde en varias ocasiones que engañaba, y que en ciertas cuestiones era una verdadera bomba…

De hecho, Dan sentía que se iba excitando más y más por momentos, solo por el hecho de sentir su cuerpo a su espalda, y su brazo rodeando su cintura y apretándole contra sí con decisión…Y su respiración en su mejilla y su cuello, y esas partes…

Reggie no parecía estar muy dotado. Pero el interés que tenía aquello que Dan notaba apretado contra su trasero compensaba con creces ese pequeño problema. Dan tomó aire entrecortadamente. Había notado un escalofrío. Y tuvo que mover un poco las piernas para hacer sitio a su propio interés, que también empujaba con avidez.

—Las dos cosas —murmuró—. Pero más lo segundo.

Reggie tomó aire entre dientes. Sus caderas empujaron un poquito contra su trasero, y le murmuró al oído con voz ronca:

—Suéltame, Danny… Esto no está bien… No aquí… No así…

—Tienes razón. Lo siento —contestó Dan.

Y soltó la cadera de Reggie, uniendo sus dos manos ante sí, sobre la esterilla. Reggie le soltó deprisa a su vez. El calor de su cuerpo desapareció de la espalda de Dan, que de pronto se sintió vacía y fría. Le escuchó moverse, y dedujo que el otro chico se habría girado para volverle la espalda.

«Lo he forzado demasiado», pensó. «Él me ha regalado una imagen preciosa, de puro amor, y yo por impaciente he arruinado

el momento. Solo quería sentirle. No puedo esperar a tener más de él… Pero Reggie tiene razón. No es el lugar adecuado. He debido pensarlo antes».

—Lo siento de veras, Reggie —murmuró, sin moverse.

—No pasa nada —contestó la voz de Reggie a su espalda—. Yo también lo siento.

Dan apretó los labios. El solo hecho de dejar de sentir el calor de Reggie había logrado que su erección se relajase bastante. Pero ahora estaba preocupado. ¿Cómo se sentiría el otro chico? Avergonzado y ofendido debía ser poco. Darle una preciosa imagen mental para ahora acabar así…

Dan no quería volverse a su vez, en parte para que su costado no le diera otra punzada, y en parte para no hacer ruido. Tampoco quería tocar a Reggie, por temor a ponerlo todo peor. Pero no podía dejarlo así, pobrecito, a solas con lo que estuviera sintiendo. Necesitaba hacer algo para intentar arreglarlo. Pero hacer… ¿Qué?

Capítulo 6

Reggie tenía ganas de llorar. Sentía que había arruinado el momento por ser un impaciente y un mono salido. Pero es que había sido superior a sus fuerzas. Oír la preciosa voz de Dan, diciendo que le gustaba más recibir… A la vez que tenía esas deliciosas nalgas apretadas contra su erección… Eso había sido demasiado para él. En un instante, su mente calenturienta se imaginó lo que se debía sentir al estar enterrado en él, y Reggie sintió una oleada de placer tan intensa, que creyó que se correría allí y ahora. Su última neurona pensante fue la que le rogó a Dan que detuvieran el juego. Si el otro chico hubiera titubeado o hubiera dicho que no… Bueno, Reggie tendría ahora mismo la ropa interior llena de semen, y habría quedado como un completo imbécil.

En realidad, tampoco estaba en una situación mucho mejor. Se había vuelto de espaldas a Dan, pero la cosa seguía dura. Y tenía a Paul ante sí, roncando boca arriba en su esterilla, así que no se le ocurría cómo podría aliviar su problema. Además…

Bueno, tampoco tenía ganas de alivio. Se sentía patético y miserable, y muy solo sin Dan, y las ganas de llorar superaban a cualquier otra necesidad.

Pero de pronto, Dan le sorprendió, cuchicheando:

—¿Reggie?

—¿M?

Una mano le tocó la espalda desde atrás, a tientas, y luego dio unos suaves golpecitos sobre su esterilla.

—¿Me das la mano, por favor? ¿Puedes? —murmuró Dan.

Reggie se volvió para mirar por encima de su hombro, intrigado. El rapero continuaba de espaldas a él. Había alargado un brazo hacia atrás, y le buscaba a tientas sobre la esterilla. Reggie sintió que se derretía.

—Sí —contestó—. Estoy aquí, Danny. Estoy aquí.

Echó su propia mano hacia atrás y agarró la del otro chico. La estrechó con firmeza. Y pareció como si la luz, los colores y la música hubieran vuelto al mundo, después de unos instantes de oscuridad total. La mano de Dan era cálida y decidida en la suya. Y el gesto había sido tan adorable…

«Me ha salvado de mí mismo», pensó Reggie. «Dios, cuánto le quiero…».

Emocionado, se movió un poco para acercarse más a él. Notó su espalda en la suya y se quedó así, muy quieto, apretando su

mano y respirando, con los ojos cerrados.

Ya estaba empezando a relajarse, y su erección casi había desaparecido, cuando Dan cuchicheó:

—Si mañana también hay que dormir aquí, recuérdame que cambiemos los sitios. Tú aquí y yo allí. Al menos, podremos vernos las caras.

—Pero Little B…

—A Little B no le importará.

Como si le hubiera oído, Little B volvió a soltar un «¡shh!». Dan se rió en voz baja, y Reggie también sonrió. Apretó la mano de su compañero con ternura. Sintió que él se movía y que su hombro se apoyaba en el suyo. Su voz sonó más cerca cuando le murmuró:

—Gracias por la imagen mental de Jamaica. Ha sido maravilloso.

—Gracias a ti. Por todo.

—Descansa, cariño.

—Sí. Y tú también.

Dan volvió a acurrucarse en su lugar, sin soltar su mano, y no volvió a hablar. Reggie cerró los ojos. Las ganas de llorar se habían convertido en una inmensa sensación de agradecimiento. Este hombre todo lo hacía fácil y agradable; incluso un momento incómodo podía llegar a convertirse en algo especial. Reggie en su vida se había sentido más respetado y querido.

Con este pensamiento, y con una sonrisita tierna en los labios, se quedó dormido.

***

Mientras Reggie sucumbía al sueño por fin, después de un largo día, Troy y sus dos amigos se metían en el descapotable rojo y se ponían los cinturones de seguridad. Acababan de despedirse de Ralph y Sam, después de darles su número de teléfono, y se disponían a regresar a Nueva York.

—No les habrás creído ni media palabra, ¿verdad? —dijo Seth.

Otra vez iba sentado detrás, en el hueco entre los dos asientos delanteros, tal vez para poder verles a los dos. Troy arrancó el motor, contestando:

—¿Por qué no? Parecen sinceros.

—¡Pero son ladrones! —exclamó Seth—. Mentirosos, buscavidas, sinvergüenzas…

—¡Y gays! —intervino Austin, alzando un índice—. Y les ha dado pena de Troy y quieren ayudar. Eso les honra.

—¿Tú también, Austin? —dijo Seth, perplejo.

Troy empezó a hacer maniobras para salir del aparcamiento. Esta calle tampoco tenía salida, así que tendría que llegar abajo del todo, dar la vuelta en un espacio más ancho que había entre dos muros grises, y volver a subir.

—Yo digo que no perdemos nada por probar —opinó.

—¿Cómo? —se horrorizó Seth—. ¿Pretendes ir allí? ¿Ahora?

—Bueno, hoy no podremos entrar en el Averno —respondió Troy—. Después de lo que ha pasado, estarán en alerta toda la noche. Tal vez Jordan incluso decida reforzar las medidas de seguridad… Además, cuando escuché esto del Bronx… ¿No os

parece raro que Jordan ande por allí, solo, de noche, en un coche cutre?

—¿Y si no era Jordan? —dijo Seth, cruzándose de brazos, ceñudo—. ¿Y si eso es lo que ellos creyeron? No sé si os habéis dado cuenta, pero no parecen ser muy inteligentes…

—No sé por qué te han caído tan mal —comentó Austin.

—A mí no me parece una idea descabellada, Seth —dijo Troy, en tono más suave—. A lo mejor Jordan ha contratado un grupo de secuestradores profesionales, y tienen allí su cuartel general.

—Troy, no me digas que vamos a ir al Bronx, a las cuatro de la mañana, a buscar la calle número no sé cuántos que han dicho esos dos, para encontrarnos allí con Jordan Grant y unos secuestradores profesionales, bandidos de profesión, vaya —contestó Seth. Le señaló con una mano—. ¡Y tú estás herido! ¡Y agotado! ¡Los tres lo estamos!

—Solo será dar una vuelta, Seth —dijo Troy, conciliador.

—Eso. Y puedes dormir por el camino, si quieres —añadió Austin.

Seth se desesperó, llevándose las manos a la cabeza.

—Pero, ¿no entendéis que es una completa locura?

—Mira, al Averno no puedo entrar. ¿Pretendes que pase la noche de brazos cruzados? —contestó Troy.

—¡No! ¡Pero durmiendo como todo el mundo sería una buena opción! —fue la respuesta del bajista.

Troy ya había dado la vuelta, y se disponía a subir la calle, cuando de pronto, vio algo que le hizo pisar el freno a fondo y

apagar los faros. Por la calle que cruzaba en perpendicular, bajaban varios coches de policía, con las luces encendidas. No iban muy deprisa, ni sonaba ninguna sirena, pero parecía evidente que se dirigían al Averno.

—¿Habéis visto eso? —preguntó Troy en voz baja.

—Yo he contado tres por lo menos —dijo Austin.

—Normal. Lo estoy diciendo desde el principio —dijo Seth —. Una alarma como esa debe avisar a la policía de modo automático.

—¡Pues sí que han tardado en llegar! —opinó Austin.

—Hombre, si tienen que venir desde Nueva York…

Troy chasqueó la lengua, haciendo un pequeño gesto de frustración.

—¡Joder! ¿Os imagináis? —dijo.

—¿El qué? —preguntó Seth.

—¡Están tan cerca…! ¿Y si registran el Averno y encuentran a William…?

—¿En qué quedamos, Troy? —dijo Seth, haciendo un gesto de hastío—. ¿Crees que William está en el Averno, o está en el Bronx?

—¡No lo sé! ¿Vale? ¡Pero ellos están *ahí*! —Troy señaló en la dirección donde estaba el Averno con una mano—. ¡A lo mejor caminan justo por encima de la habitación donde Jordan tiene encerrado a William! ¡Y no se darán ni cuenta! ¡Y el pobre Will…!

—Troy, por favor… ¿Estás pensando en que vayamos allí y les pidamos que registren bien?

—No, eso no.

—Ah, menos mal. Porque con las pintas que tenemos…

—¡Pero bueno! —exclamó Austin—. ¿Puede saberse qué te pasa, Seth? ¡Antes de salir de casa tenías otros ánimos!

—Me pasa que estoy cansado —dijo Seth, pasándose una mano por la cara—. Hemos tenido una tarde surrealista, y una noche más surrealista aún. ¿Vosotros no lo estáis?

—Sí —contestó Troy—. Pero quiero ir al Bronx, aunque solo sea para mirar.

Seth se dejó caer hacia atrás en su asiento y resopló.

—¡Perfecto! Vamos vestidos de ladrones, en un descapotable rojo, al Bronx, a las cuatro de la mañana…

—¡Eh! —interrumpió Austin—. A lo mejor pasamos desapercibidos. ¡Mira a esos dos! ¡Creían que también éramos ladrones!

—Sí, y luego policías disfrazados. Si ya os digo que de inteligencia venían escasos… —contestó Seth con sorna.

—¡Pero a lo mejor en el Bronx se creen que llevamos un coche robado! —bromeó Austin.

A través del espejo retrovisor, Troy vio que Seth volvía a cruzarse de brazos, ceñudo, respondiendo:

—No tiene gracia, Austin.

Troy sacudió la cabeza.

—Bueno, yo solo sé que si Jordan de verdad está en el Bronx, he estado siguiendo la pista equivocada durante toda la tarde. —Estiró el cuello hacia delante para tratar de ver mejor, preguntando

—: ¿Los coches de policía se han ido ya?

—Parece que han pasado todos, jefe —dijo Austin.

—Está bien. Vámonos.

Y Troy volvió a encender las luces y pisó el acelerador. Tenía prisa. Como decía Seth, ya eran las cuatro de la mañana. Habían perdido una hora completa hablando con los dos ladrones. Y aún tenían un largo camino por delante antes de llegar a Nueva York…

***

Seth se sentía muy frustrado. Mientras salían de The Hamptons, solo podía pensar: «¡El Bronx, Seth! ¡Vamos derechitos al Bronx! Como si no hubiéramos tenido bastante con el día de hoy…».

A ver, tenía que reconocer que era una buena noticia que fueran los tres sanos y salvos —o más o menos—, y que no les hubieran detenido ni hubieran tenido ningún encuentro indeseable. Cuando pensaba en un «encuentro indeseable», a Seth se le venía a la mente en primer lugar Jordan Grant en persona. Porque a ver cómo le explicaban qué hacían en su casa, de madrugada, vestidos de ladrones… Y en segundo lugar, también sería un encuentro indeseable ir a toparse con el secuestrador de William, a quien Troy reconocería por la voz en cuanto le oyera hablar, y por quien parecía sentir un odio visceral…

Claro que el encuentro con el vigilante y el perro tampoco había sido agradable. Y el posterior con los dos ladrones ya…

«¡Pero es que les ha creído de verdad!», exclamó para sí. «A unos tipos que le han reconocido abiertamente que le mintieron en la gasolinera. ¡Y allá que nos arrastra con él! ¡A un barrio peligroso, con bandas callejeras y maleantes! ¡De noche!».

Tuvo la tentación de pedirle a Troy que le dejara en algún

lugar de Manhattan, y que él ya se iría solito para casa. Pero luego lo pensó mejor. Aunque estuviera frustrado, eran sus amigos. No iba a dejarlos solos. Además, solo con imaginarse en su apartamento, sin saber de ellos, consumiéndose por la angustia y la incertidumbre, se le quitaban las ganas.

«No, es mejor no separarnos», se dijo. «Ya nos han arrancado a William de nuestro lado. Los demás tenemos que permanecer unidos. Pero qué locura…».

De modo que era un bajista muy enfadado y también bastante asustado, que todo había que decirlo, el que iba sentado detrás en el descapotable, mirando a sus amigos con el ceño fruncido, mientras iban camino del Bronx.

***

Entretanto, Reggie dormía con sueño inquieto. Estaba incómodo. La esterilla no amortiguaba mucho su sensación de tener el suelo duro y frío bajo su cuerpo. Y si se tapaba con el saco de dormir, le daba demasiado calor. Además, le faltaba el cuerpo de Dan junto al suyo, entre sus brazos. Lo sentía a su espalda, pero no era lo mismo. Resultaba curioso pensar que hubiera pasado veintiséis años durmiendo cada noche sin tenerlo a su lado, y ahora, que apenas había estado con él unos minutos, ya estuviera echándole de menos.

¿Y por qué se había apartado, en primer lugar? Ya no podía recordarlo. Somnoliento, pugnó por destaparse y por darse la vuelta, buscando al otro chico a su espalda, y haciendo ruiditos de esfuerzo. Encontró su cuerpo a tientas y se pegó a él como pudo. Le rodeó con un brazo, con un pequeño suspiro de satisfacción, y luego enterró la nariz en su nuca.

El aroma de su compañero inundó sus sentidos. Dan olía a algo intenso y exótico, mezclado con el olor a nuevo y a limpio de

la ropa. Le hizo sentir en casa. Reggie se permitió relajarse del todo por fin, ahora sí, y se sumergió de lleno en el mundo de los sueños…

***

Dan estaba empezando a cabecear cuando sintió un movimiento a su espalda. Volvió a abrir los ojos, aunque no se atrevió a moverse ni a decir nada. Durante algunos segundos, lo único que quebró el silencio fueron los ronquidos de Paul y la respiración silbante de Jordan…

De pronto, escuchó otro movimiento, y esta vez también lo sintió. Reggie estaba apartando su saco de dormir con una mano, con la respiración pesada por el sueño. Hizo un ruidito de incomodidad. «Tendrá calor», pensó Dan. «Porque no creo que pretenda echarse mano aquí en medio…».

Reggie continuó moviéndose. Dan ya iba a volverse para echar una ojeada por encima de su hombro, cuando sintió la mano del otro chico, buscando a tientas sobre su camiseta, a la altura de su cintura. Reggie le abrazó desde atrás, pegándose a él, con otro ruidito, somnoliento en esta ocasión. Su brazo era caliente y pesado por el sueño. Su frente se apoyó en su nuca, y la punta de su nariz lo hizo sobre la parte posterior de su cuello. Luego soltó un hondo suspiro de satisfacción, que le hizo cosquillas a Dan y le sembró escalofríos por la espalda, y se quedó quieto, respirando profundamente y nada más.

«Está dormido», se dijo Dan, con una sonrisita tierna. «Me ha buscado en sueños. ¿No es adorable?».

Por su parte, no pudo evitar acordarse de lo que sintió esta tarde, cuando estaba tan dolorido y Reggie le ayudó a relajarse en el sofá, con el hielo sobre su costado. Poder sentir su cuerpo había sido como un bálsamo para Dan en aquel momento. Despertó

sobresaltado por el sonido del teléfono, y Reggie en seguida estuvo a su lado, rodeándole con un brazo, como ahora, y dándole protección, apoyo, calor, ternura…

«Reggie es tan dulce…», pensó Dan entonces. «Es imposible estar tenso si le tienes cerca».

Y seguía pensando lo mismo. En los breves minutos que había estado sin que Reggie le abrazara, se había sentido solo, desorientado y como perdido… Y eso que estaba lejos de encontrarse solo. Compartía habitación con otros cuatro compañeros, y uno de ellos era Little B… Pero la presencia de Reggie a su lado le daba a la vida un sabor diferente. Con Reggie todo se sentía más agradable. Con Reggie y por él merecía la pena estar aquí, durmiendo apiñados en el suelo, en un apartamento cutre del Bronx. Sin él, todo esto no era más que un inmenso disparate.

Reggie frotó su nariz contra su cuello, con un ronroneo de comodidad, y la sonrisa de Dan se hizo más amplia. Volvió a cerrar los ojos, relajándose entre sus brazos. Buscó la mano del otro chico sobre su cintura con la suya, y entrelazó sus dedos con los suyos. Luego se quedó muy quieto, sintiéndole y oyéndole respirar.

«¡Qué noble es!», pensó. «No se ha enfadado por lo que ha ocurrido. Creo que he pedido demasiado de él, he ido demasiado rápido. Reggie es una bomba sexual, sí. Pero antes de eso es un gran romántico. Tengo que pedirle perdón en condiciones. Mañana, en cuanto nos levantemos. El pobre ya tiene bastante. No quiero que haya malos entendidos también entre nosotros».

No, sería absurdo, con la conexión tan bonita que había entre ellos, y todos los momentos deliciosos que estaban compartiendo juntos… Y los que les quedaban por compartir. Dan sentía que nunca podría cansarse de Reggie. Estaba deseando tener más de él, compartir más momentos íntimos, sentirle más…

«Pero no podemos ir tan deprisa», se advirtió. «Esto ha sido demasiado para Reggie. Tengo que bajar el ritmo y adaptarme al suyo. Esto nuestro es algo bonito, y no quiero… No quiero que sea para él otra fuente de estrés y de exigencia. Para eso ya está Jordan…».

Jordan. Dan no había olvidado la cara tan rara que le vio antes. Por supuesto, no pensaba insistirle a Reggie con este tema, para no echarle más carga ni volverlo paranoico, pero por su parte pensaba mantener los ojos bien abiertos.

«A Reggie le preocupa Jordan, y a mí también», reflexionó. «Además, estamos a pocas horas del concierto… Si Jordan se marcha mañana, si las suposiciones de Reggie son ciertas… ¿Qué sentirá cuando se entere? Yo sentiré alivio, pero ¿y Reggie? ¿Se sentirá traicionado? Al fin y al cabo, Jordan puede ensayar si está en su casa, pero él no… Claro que Jordan ha dicho que hoy no ha ensayado nada… Pero habrá que ver si eso es verdad. En todo caso, aunque hoy no lo haya hecho, mañana sí puede hacerlo. Y mientras Reggie aquí…».

No concluyó la frase en su mente. Apretó la mano de Reggie en la suya y frunció los labios en un gesto de decisión.

«Jordan no se está portando bien con Reggie», se dijo. «Cuando todo esto acabe, espero que le compense con creces. El pobre Reggie no se da ni cuenta. Es muy exigente consigo mismo, y Jordan se aprovecha de él. Pero a mí no me engaña. Yo sí sé, y sí veo. Y Jordan tiene que compensar a Reggie por esto. Se lo debe. Se lo deben todos los Red Devils».

Y con este pensamiento, empezó a caer en un sueño inquieto…

Capítulo 7

—¡Troy Anderson! —exclamaba Ralph, todavía impresionado—. ¿Te imaginas si fuera verdad? ¡Tenemos el número de teléfono de un rockero gay!

—Eso te ha tocado la fibra, reconócelo —dijo Sam.

Estaban en su desvencijado vehículo, en la autopista que conducía de regreso a Nueva York. Ralph iba al volante, con los ojos brillantes de entusiasmo y una cara que parecía que le había tocado la lotería.

—¿Acaso a ti no? —preguntó, volviendo la cabeza para mirarle.

Sam hizo un gesto de duda.

—Sí, a mí también. Aunque preferiría haberle conocido en otras circunstancias.

Ralph hizo un gesto con la mano, como para apartar un mal pensamiento, y contestó:

—Dentro de un año no nos acordaremos de eso, pero sí habremos podido ayudar a un rockero gay a encontrarse con su pareja. ¡Y son famosos! ¡Han salido en la tele, ya te digo!

—¿Era el mismo tipo? ¿Sí?

—Los tres eran los mismos —asintió Ralph—. Claro que en la foto Troy no tenía ese morado en la cara… —Pareció caer en la cuenta de algo, porque de pronto abrió grandes ojos de asombro, y exclamó—: ¡A lo mejor se lo hicieron mientras intentaba proteger a William!

—Pues pobrecillo, porque eso tuvo que doler.

Sam se llevó la mano a su propia mandíbula herida. Todavía le molestaba un poco, y eso que en verdad, Troy no le pegó muy

fuerte. ¿Qué tipo de combate habría protagonizado ese hombre para acabar con un morado semejante? ¡Y por proteger a su novio! Por cierto, eso le recordó algo.

—Ralph, acerca de lo de antes… —comenzó.

—¿Sí? ¿A qué te refieres?

—A cuando intentaste que Austin me soltara. —Sam colocó una mano sobre la pierna de su compañero y la apretó un poquito con ternura, añadiendo—: Bueno, gracias.

Ralph tomó su mano con una de las suyas y se la llevó a los labios. Le besó el dorso y contestó:

—Ya te lo dije, cariño. —Le miró, con una sonrisa—. Nunca sin mi Sammy.

Sam también sonrió.

—Al final, vas a parecerte a Troy, aunque sea un poquitín.

Los ojos verdes de Ralph volvieron a brillar de ilusión.

—¡Eso me encantaría!

—Am… Pero a mí no me gustaría acabar secuestrado como William…

—¡No! Claro que no, cariño —repuso Ralph, soltando su mano para acariciarle un brazo, con la vista fija en la carretera—. Mi Sammy siempre conmigo, ahí es donde tiene que estar. M-m.

Asintió, muy seguro, con una sonrisita tierna en los labios. Sam volvió a sonreír a su vez. Cada vez que su novio le decía esto, se sentía el chico más afortunado del mundo. Su sitio era con Ralph, y el de Ralph era a su lado. Era verdad que solo se tenían el uno al otro, pero a la vez… Se tenían el uno al otro, así que ya lo tenían todo.

Sam no había tenido una vida fácil. Había nacido en Jamaica, donde había sufrido persecución, incluso por parte de su propia familia, por el solo hecho de ser homosexual. Había tenido que vivir unos meses aislado, recluido en las montañas, para poder salvar su vida. Suerte que un amigo le ayudó y encontraron el modo de emigrar a Estados Unidos…

Llegó a Nueva York hacía tres años, y al poco tiempo, conoció a Ralph. Él le había cambiado la vida. Desde que estaban juntos, el mundo de Sam era hermoso, y tenía alegría, luz y color. Aunque los dos tuvieran que trabajar muy duro para subsistir, aunque tuvieran que robar también a veces… Aunque su futuro fuera incierto, y aunque no fueran más que un par de perdedores… Pero teniendo a Ralph, teniéndose el uno al otro, Sam sabía que lograrían salir adelante.

Ralph estaba al tanto de lo que tuvo que vivir Sam en su país por ser gay, y estaba muy sensibilizado con ese asunto. Por eso, aunque un ladrón normal le habría pedido dinero a Troy a cambio de darle la información, para ellos había sido impensable una cosa así. Ralph y Sam creían que los gays debían estar unidos y ayudarse unos a otros. El mundo ya se lo ponía bastante difícil por su cuenta. Si entre ellos no se ayudaban, estaban perdidos.

Además, eso de que un rockero gay hubiera intentado entrar en la mansión de un tipo famoso y poderoso solo para poder rescatar a su novio, para ellos era poco más o menos que la definición de heroico. Estaban seguros de que esa historia debía tener un final feliz. Y estaban decididos a colaborar todo lo que pudieran para conseguirlo.

También había que decir que Ralph estaba más convencido y más decidido que Sam. Este tenía demasiado miedo. Miedo por Ralph, precisamente. Pero por el momento estaba demasiado cansado, y el miedo era solo una vaga inquietud en la boca del estómago. Aún podía ignorarlo si quería. Y Ralph estaba tan ilusionado…

—Ojalá podamos ayudarles de verdad —dijo—. ¿Te imaginas, Sam? ¿Te imaginas que Troy consiga rescatar a su novio gracias a nosotros?

—Eso sería estupendo —contestó Sam, tratando de ocultar un bostezo en una mano.

Ralph se volvió de nuevo para mirarle, y le acarició una mejilla con una sonrisa tierna.

—¡Pobrecito mi Sammy! —dijo—. Debes estar cansado de andar toda la tarde arriba y abajo, con la bici y las pizzas…

—Y la carrera en el Averno —continuó Sam—. Y las emociones, que han sido muchas. Entre el perro, el vigilante, y que estábamos seguros de que Troy y sus amigos eran policías…

Ralph asintió.

—Sí. Ha sido una noche intensa. —Le acarició la cara de nuevo con el dorso de los dedos, añadiendo—: ¡Duerme un poco, Sam! Echa una cabezadita. Te avisaré cuando lleguemos a Nueva York, ¿vale?

—Vale —convino Sam, somnoliento—. Pero avísame de verdad…

—Sí. Quiero que demos una vuelta por el barrio, a ver si vemos el coche de Jordan aparcado por allí…

Sam empezó a oír su voz como si viniera de muy lejos. Los ojos ya se le habían cerrado solos, y aunque intentó luchar contra el sueño un poco más, aunque solo fuera por escuchar la última frase de Ralph, ya no pudo. Se quedó dormido, con la cabeza apoyada en su asiento, mientras la voz de su compañero se perdía poco a poco, y su mente se hundía en el reino de los sueños…

***

Ralph notó que Sam no le contestaba, y volvió la vista para mirarle. Entonces se dio cuenta de que su compañero ya estaba dormido, con el asiento un poco reclinado hacia atrás, y la cabeza caída sobre el espaldar y uno de sus hombros.

—¡Pobrecito! —repitió, a media voz, sonriendo con ternura una vez más—. Está tan cansado… Trabaja mucho para ganar unos dólares, y me acompaña a todas las locuras que le propongo. No le merezco. Le quiero tanto a mi Sammy…

Le acarició una rodilla con cuidado, para no despertarlo, y luego volvió la vista a la carretera. Si Troy quería a William tanto como él a Sam, debía estar pasándolo muy mal.

«Por eso lloraba cuando se dio cuenta de que nosotros no éramos los secuestradores. Yo también habría llorado, ya te digo», pensó. Alzó un poco la barbilla con decisión. «¡Razón de más para intentar ayudarle! ¡Esa pareja tiene que volver a estar unida! Y lo vamos a conseguir. ¡Ya lo verás, Troy!».

***

Mientras estos pensamientos discurrían por la mente de Ralph, Troy se encontraba en la misma autopista, y conduciendo en la misma dirección.

Los tres Dragon Riders iban en silencio. Después de la discusión inicial y de haber salido de The Hamptons, cada uno se había quedado a solas con sus propias reflexiones. Austin miraba a la carretera con aire ausente. En cuanto a Seth, Troy le echaba una ojeada de vez en cuando a través del espejo retrovisor, y siempre lo veía vuelto hacia su derecha, contemplando los campos oscuros que se extendían más allá de la autopista.

«¿Qué le pasará?», se preguntó. «Seth suele ser la voz de la calma y del sentido común. ¿Por qué se habrá puesto antes tan quisquilloso?».

No tenía medio de saberlo, a menos que le preguntara directamente, y prefería no hacerlo. Ya habían tenido una discusión; no quería tener otra. Además, estaba cansado, y quería conservar las últimas fuerzas que le quedaban para regresar a Nueva York, y dar una vuelta por el Bronx.

«El sur del Bronx, han dicho esos dos», se corrigió. «No tiene nada que ver con la zona donde está el estadio. Me pregunto por qué habrá escogido Jordan ese lugar. ¿Lo habrá hecho para despistar? Desde luego, a mí me ha tenido muy despistado toda la tarde… Eso suponiendo que Will de verdad esté prisionero en el Bronx, que aún no lo sabemos…».

William… Si el joven cantante supiera que Troy le había dicho que eran novios a dos completos desconocidos, se tiraría de los pelos. Para William era muy importante que el público no supiera nada de su relación. Temía que alguien pudiera agredir a Troy…

«Y al final es él quien está secuestrado, pobrecillo», pensó este. «Y no por ser gay, ni por ser mi novio, ni tampoco le ha raptado un desconocido… ¡Ah, qué injusto es todo!».

Troy no compartía los temores de William, porque no había tenido las mismas malas experiencias que este, pero le respetaba, y cuando iban juntos a algún sitio, intentaba no demostrar que eran pareja. Ahora bien, en este momento sus prioridades habían cambiado. Lo que más le preocupaba era la salud de William y que volviera a ser libre cuanto antes. Todo lo demás se podría arreglar, cuando su estrella volviera a estar en casa.

Además, mientras hablaba con Ralph, Troy no pensó en nada de esto. Ni siquiera se acordó, vaya.

«Y ya está hecho, de todas formas», se dijo. «Y Ralph y Sam también son gays, y son pareja, por añadidura. ¿De verdad se enfadará Will cuando se entere? Porque a lo mejor, si hubiera estado allí, él mismo se lo habría dicho…».

Su mente le trajo una imagen de William, con su porte erguido y elegante, mirando a Ralph con autosuficiencia mientras le decía: «El dragoncito aquí presente es mi novio, ¿sabes? Así que mucho cuidado con poner tus miras en él, ladronzuelo. Que ya veo que estás bien acompañado, y que os queréis mucho… ¡Pero por si acaso!».

A Troy no le quedó más remedio que sonreírse para sí por la ocurrencia.

«Ojalá pueda ver pronto a Will y podamos contarle toda esta aventura», pensó. «Creo que le va a gustar. Por lo menos, tendrá algo de lo que reírse, mientras pasa el tiempo y olvida la pesadilla que debe estar viviendo él, pobre…».

En ese momento, algo captó su atención en la carretera. Ese coche gris que había aparecido delante de ellos… ¿Era el de Ralph y Sam?

—¡Eh! —exclamó—. ¡Chicos! ¡Mirad quién va ahí delante!

Señaló al otro coche, y le hizo señas con las luces, mientras se preparaba para adelantarle. Al pasar por su lado, Austin bajó la ventanilla y dijo:

—¡Adiós, chicos! ¡Tened cuidado por el camino!

Ralph se limitó a hacerles un saludo con la mano y luego, cuando Troy se situó delante de él, le devolvió la señal con las luces.

—¿Te ha dicho algo? —le preguntó Troy a Austin.

—No. Creo que Sam va dormido.

Troy se echó a reír…

***

Ralph vio que un coche rojo se situaba tras él. Le hizo señas con las luces, y luego se dispuso a adelantarle. Se sobresaltó con ilusión, y pensó: «¡Ah! ¡Es Troy!».

El coche rojo pasó por su lado en un momento. A Ralph, acostumbrado a ver vehículos tan antiguos y estropeados como el suyo, le pareció un deportivo de alta gama, poco más o menos, tan nuevo y brillante, y con esas formas tan aerodinámicas. Austin bajó la ventanilla y le dijo:

—¡Adiós, chicos! ¡Tened cuidado por el camino!

Ralph sonrió, y le saludó con una mano, ilusionado. No tuvo tiempo de bajar su propia ventanilla. El otro coche adelantó en seguida y se colocó delante de él. Ralph le devolvió las señas con las luces, y el otro coche aceleró rápidamente. No tardó en perderlo de vista.

«¡Qué hermoso carro tiene!», pensó Ralph. «¿Lo ves? ¡Es famoso, lo sabía! ¡Ah, estaba seguro de que esta iba a ser nuestra noche de suerte! Hacernos amigos de un rockero gay famoso es mucho mejor que dar un gran golpe en una mansión…».

Sam hizo un ruidito somnoliento, y Ralph se volvió para mirarle. El otro chico se movió en sueños, gruñendo y cruzándose de brazos. Cambió la cabeza de postura y volvió a caer dormido. Por su parte, Ralph centró de nuevo su atención en la carretera.

«Aunque volvamos de manos vacías, me alegro de haber venido», se dijo. «Estoy muy contento de haber podido conocer a Troy. No somos amigos íntimos, desde luego, pero… Bueno, ojalá

volvamos a vernos… Algún día».

***

—Son buenos chicos —dijo Troy, sonriendo todavía.

—¡Lo que tú digas! —rezongó Seth desde atrás.

Austin volvió un poco la cabeza para mirarle por encima de su asiento.

—Sigo sin entender por qué te han caído tan mal —dijo.

—¡Son ladrones, por favor! ¿Podéis entender eso? —contestó Seth.

—Ladrones o no, quieren ayudar. Y como dice Austin, eso les honra —opinó Troy.

—Y lo van a hacer gratis —añadió Austin, alzando un índice.

—Yo solo digo que a lo mejor estamos yendo nosotros solitos a una trampa —dijo Seth, volviendo a cruzarse de brazos y mirando de nuevo a los campos que desfilaban a toda velocidad más allá de su ventanilla.

—Pero, ¿qué demonios trampa…? —comenzó Austin.

Troy interrumpió:

—Seth, ¿podemos saber qué te pasa?

—Alguien tendrá que ser la voz de la razón en este grupo, Troy —fue la respuesta del bajista.

—¿Y lo eres tú? Porque a mí me pareces más bien un crío castigado.

Seth hizo un mohín y se limitó a contestar:

—Podéis reíros de mí. No me importa.

Ya no dijo nada más. Austin miró a Troy y le hizo un gesto con la mano.

—¿Lo ves? Necesitamos a William. Si él estuviera aquí, sabría volverlo razonable.

Sí, pero William no estaba. Y a Troy le desconcertaba la actitud de Seth. Eran amigos desde hacía varios años, por lo menos tres, que él pudiera recordar, y nunca antes le había visto tan quisquilloso. ¡Pero si Seth era todo lo contrario!

—Seth, por favor… —comenzó—. Somos amigos, hombre… Ahora que no está William, tenemos que ir todos a una, y no discutir entre nosotros…

—Yo no discuto. Sois vosotros los que me buscáis las cosquillas —rezongó Seth, aún mirando fuera.

—Seth, hombre… —insistió Troy.

De pronto, el bajista se echó un poco hacia delante para agarrar su asiento con una mano, y exclamó:

—¿Tú sabes a dónde vamos, Troy? ¿Lo sabes?

—Am… ¿A Nueva York? —contestó este, confuso.

—¡No! ¡Has dicho que quieres ir al Bronx!

—Sí, eso he dicho.

—¡Al sur del Bronx!

—M-m.

—¿Tú sabes que no hay un barrio más peligroso en toda Nueva York? ¡Y más de noche, por favor!

Troy frunció el ceño.

—Razón de más para ir. Si William está allí…

Seth volvió a sacudir el asiento.

—¡Troy, vuelve en ti! ¿Cómo vamos a ayudar a William si nos roban, nos matan, nos…?

—¡No van a hacernos nada si vamos dentro de un coche!

—¡Es un descapotable rojo, Troy! ¡Llama *mucho* la atención!

—¿Y qué?

—¡Nadie llama la atención en el Bronx! ¿Oyes? ¿Por qué crees que Jordan llevaba un coche cutre? En el supuesto caso de que fuera él de verdad, claro…

—¿Y qué quieres que haga? ¡Es el único coche que tenemos!

—¡Pues no vayamos allí! ¡O vayamos mañana en metro, cuando sea de día, no sé!

Troy apretó los labios en una mueca de decisión.

—No. Necesito ir ahora. Cada segundo cuenta para William.

Seth se dejó caer sobre su asiento, vencido.

—¿Lo ves? ¿De qué sirve que te explique las cosas, si al final haces lo que te da la gana? —dijo, con un gesto de frustración.

—¡No estoy pensando en mí, Seth! —exclamó Troy—. ¡Pienso en William!

—¡Un momento! —intervino Austin de pronto. Volvió la cabeza para mirar a Seth entre los dos asientos, diciendo lentamente—: Toda esta discusión… ¿Es porque tienes *miedo*? No te tenía por un cobarde, Seth. ¡No me demostraste eso en la clase de kárate!

—¿Clase de qué? —preguntó Troy, extrañado.

¡Pero bueno! ¿Cuándo habían ido estos dos a clases de kárate? Ni Austin ni Seth parecían dispuestos a explicárselo. El batería mantenía la vista fija en su compañero. Y a través del espejo retrovisor, Troy podía ver a Seth, mirando también fijamente a Austin, con los labios fruncidos, como si quisiera retenerse y no decir ningún disparate.

—Esto es diferente, Tarugo —murmuró al fin, con voz suave.

Austin negó.

—¡No! ¡No lo es! ¡Los Dragon Riders no somos cobardes! Si uno tiene el honor de ser amigo de este hombre… —Señaló a Troy con una mano, sin mirarle—. Y de compartir grupo con él, uno tiene que estar a la altura. ¡Troy es un dragón! ¿Entiendes?

—Yo no, Austin —murmuró Seth.

Su expresión era angustiada ahora. Pero no pareció enternecer a Austin, que dijo:

—¡Yo tampoco! ¡Pero la fuerza y la valentía de este hombre me impulsan a intentar ayudarle! ¡Él da ejemplo, y nosotros estamos aquí para seguirle! ¡Míralo! Cualquier otro estaría cayéndose de cansancio por las esquinas. ¡Troy no! ¡Troy se olvida de sí mismo y sigue esforzándose! Ya había perdido todas las esperanzas, pero en cuanto esos dos le han nombrado el Bronx…

—Austin, ah… Empiezo a sentirme incómodo —intervino

Troy, alzando una mano.

—¿Lo ves? ¡Y encima es modesto! —exclamó Austin—. ¿Y tú quieres que se vaya para casa? Si tienes miedo, vete a casa tú, Seth. Pero yo no voy a dejar solo al dragón.

Troy se mordió los labios. Austin se volvió hacia delante, y durante unos segundos hubo un silencio muy tenso dentro del habitáculo del coche. Al fin, Seth murmuró:

—Yo tampoco.

Con el rabillo del ojo, Troy vio que Austin soltaba un suspiro disimulado de alivio. Pero entonces Seth volvió a hablar, y su pregunta le hizo sonreír, aunque tuvo que morderse la parte interna de la mejilla para no mostrar su sonrisa abiertamente.

—Pero Troy, ¿verdad que no saldremos del coche? ¿Lo prometes?

Troy le miró por el espejo retrovisor y asintió.

—Lo prometo. Como ha dicho Austin, yo también estoy cansado. Y ya me veis, me ahogo en cuanto corro un poco. Si hubiera problemas, no sería capaz de ponerme a salvo. Y no quiero ser una carga para vosotros…

—Por cierto, ¿qué hay de tu pierna? ¿Te duele? —continuó Seth.

Parecía preocupado, pero ya no tenía el ceño fruncido. Troy sintió que el alivio también inundaba su propio corazón. Parecía que todo había vuelto a ser como antes. ¡Bendito Austin!

—No me duele —contestó—. Solo mordió el pantalón, no me hizo daño.

—Menos mal, dragón —dijo Seth.

Troy sí sonrió esta vez.

—Verdad —convino—. Menos mal.

Capítulo 8

Jordan despertó con un escalofrío en lo que a él le pareció que era la mitad de la noche. Abrió los ojos, pero no consiguió ver mucho, aparte de la tenue claridad que entraba a través de las cortinas de la ventana.

Estaba allí, parpadeando y tratando de averiguar qué era lo que le había pasado, cuando le recorrió otro estremecimiento. Y entonces se dio cuenta de que entraba una finísima corriente de aire frío por debajo de la puerta. Little B y él cubrieron bien la rendija con trapos antes de acostarse, pero parecía que aunque fueran suficientes para evitar que entraran bichos, no lo eran para evitar que entrara el aire…

Se acurrucó bien en su saco de dormir, con un pequeño bostezo. No había sido buena idea elegir este sitio, cerca de la puerta. Pero cuando hizo el arreglo para dormir tampoco pensó demasiado. Entonces solo tuvo claro que quería tener a un compañero a su lado, no estar en medio de dos de ellos. Y también que no quería que ese compañero fuera Reggie. Pero eso, por supuesto, no se lo dijo a nadie…

Abrió oído a los sonidos del apartamento. Paul había dejado de roncar. Ahora reinaba un silencio absoluto.

«Parece que Dan y Reggie no están dando ningún espectáculo, después de todo», pensó. «Me sorprende. Estaba seguro de que lo harían. Se han cogido con unas ganas… Y tampoco parecen tener mucho pudor ni reparo a la hora de restregarnos su amor a los demás…».

Bostezó otra vez. Estaba tan cansado… ¿Cuánto habría dormido? No más de dos o tres horas, seguro. Fuera parecía ser de noche todavía, y dentro no se oía nada. Se cubrió con su saco hasta las orejas y cerró los ojos de nuevo, tratando de volver a conciliar el sueño.

Era inútil. El suelo estaba duro y frío, a pesar de la esterilla, que en realidad aislaba bastante poco. Y el dolor que sentía en el alma era demasiado intenso. Reggie le había traicionado, volviendo en su contra a sus amigos de más confianza. Los tenía aquí, a su lado, y los sentía a años-luz de él. Ellos estaban de parte de Reggie, y de repente, todo lo que este hiciera o dijera era maravilloso, y Jordan era el malo. O le trataban como si lo fuera, lo cual era lo mismo. La decepción y la sensación de haber sido abandonado y apuñalado por la espalda eran abrumadoras.

«Ninguno de ellos me quiere de verdad», pensó. «Solo fingen apreciarme, igual que yo finjo ser amigo de Reggie. Es desgarrador».

¿Por qué había hecho Reggie todo esto? ¿Por qué un chico dócil y manejable se había vuelto de pronto mandón y traidor? ¿Habría sido para conseguir a Dan Nobody? ¿O era alguna clase de enrevesada venganza, por todas las parejas que Jordan le había arrebatado en el pasado? ¿Habría quizás algo más?

«Como si no tuviera bastante con la negativa de Troy, también tengo que lidiar con esto», se dijo. «Ese es otro que vaya tela. Estaba seguro de que se rendiría en cuanto le llamáramos. Pero es evidente que calculé mal. Su tozudez puede más que lo que sea que sienta por William».

¿Y qué se suponía que debía hacer él? Todo esto del secuestro era para salvar a los Red Devils de la ruina, pero… ¿Qué Red Devils, si se había quedado solo? Keith y Liam desconfiaban de él y le regañaban por todo lo que hacía, y Reggie había puesto en su contra a Paul y a los dos raperos…

«Entonces crearé unos nuevos Red Devils», se prometió, decidido. «Me desharé de todos ellos y buscaré gente nueva, que sean leales de verdad, y que estén dispuestos a todo por el grupo».

Desde luego, lo que era gente no le faltaba. Tenía conocidos y admiradores de sobra, y raro era el día que no tenía que decirle que no a algún chico que solicitara ser admitido en el grupo. No le sería difícil reconstruirlo de sus cenizas, una vez que se hubiera deshecho de la amenaza que suponía Troy.

«Yo soy el creador y el alma de los Red Devils», se dijo. «Sin mí, ninguno de ellos es nada. Y por el contrario, yo solo puedo crear y recrear el grupo tantas veces como me venga en gana. Cualquier cosa, con tal de que el sueño no se desvanezca. Cualquier cosa, con tal de no perder el dinero, la fama y la idolatría de millones de personas».

Pero para eso antes tenía que librarse de Troy. No serviría de nada crear unos nuevos Red Devils, si Troy seguía allí, dando guerra. Tenía que quitarse a ese grupo de encima de una vez por todas, y devolverlo al lugar que de verdad le correspondía: el ostracismo.

Con esta idea en mente, volvió a caer dormido, con un sueño tenso e inquieto…

***

Mientras Jordan se debatía con sus pesadillas, en el Upper East End, otro Red Devil también padecía de insomnio aquella noche.

En efecto, Liam no conseguía conciliar el sueño. Todavía estaba bajo los efectos de lo que había ocurrido entre Keith y él, y estaba intentando asimilarlo como podía.

Después de las explicaciones y de haberse tomado la tila, que

les vino bastante bien, se acurrucaron de nuevo en la cama, abrazados, y estuvieron un rato hablando, de ellos dos, de lo que sentían, del miedo que habían pasado justo antes de confesarse, del alivio que vino después…

Una cosa llevó a la otra, y cuando fueron a darse cuenta, estaban otra vez enredados a besos y caricias. Terminaron dándole un segundo asalto a ciertos temas, y poco después, Keith se quedó dormido al fin, agotado, abrazado a él con brazos y piernas.

Ahora descansaba con sueño tranquilo y profundo, con la cabeza apoyada en el hombro de Liam. Este por su parte rodeaba sus hombros con un brazo. Llevaba ya un rato sin atreverse a moverse para no despertarle. Pero los sentimientos le desbordaban, así que de vez en cuando, alargaba una mano para acariciar el hombro de su compañero, y pasaba el pulgar por encima del tatuaje con cuidado, o le besaba en el pelo, o en la frente, o le acariciaba la larga melena despacio, impregnándose de la sensación y saboreando todos los detalles.

El cuerpo de Keith era caliente y sólido entre sus brazos. Estaba apretado contra el suyo todo lo que podía, tanto, que casi estaba acostado sobre él. Su respiración, liviana y cálida, le acariciaba las clavículas. Su aroma estaba en todas partes, en su cabello, en su cuerpo, en las sábanas…

Liam levantó la vista para mirar al gran ventanal que había frente a él, a los pies de la cama. Fuera el cielo continuaba negro y la vista seguía siendo gloriosa, con Central Park en primer plano, convertido en una masa oscura, y los rascacielos de Manhattan al otro lado del parque, delineando el horizonte con sus cientos de lucecitas…

Liam también se sentía cansado. Habían tenido un día muy largo, una tarde intensa de ensayos, y una velada repleta de emociones. Eso por no hablar de la doble descarga sexual…

«No», se corrigió a sí mismo. «Ha sido hacer el amor. Ahora

podemos llamarle así con toda propiedad».

Sintió un pequeño escalofrío de emoción y sonrió. Bajó la vista de nuevo hacia el hombre que dormía plácidamente entre sus brazos. Sí, Liam estaba agotado, pero no quería dormir. Quería seguir aquí, mirando a Keith y sintiéndole. Porque si esto era un sueño, él no quería tener que despertar…

***

Liam acabó quedándose dormido casi sin darse cuenta. Y lo hizo en el preciso momento en el que Troy y sus dos amigos estaban entrando por fin en las estribaciones del sur del Bronx.

Al recorrer las primeras calles, Troy pudo comprobar que los rumores que había oído sobre este barrio eran ciertos. Los edificios eran antiguos, de ladrillo visto. Los descampados llenos de escombros se sucedían uno tras otro. Había montañas de bolsas de basura y muebles viejos en las aceras. De vez en cuando, pasaban por delante de algún coche abierto y calcinado que hubiera aparcado junto a la acera. Había charcos y suciedad por todas partes, y los grafitis cubrían muchas de las fachadas de los edificios hasta la altura de un hombre.

Llegado un momento, las farolas empezaron a hacerse cada vez más escasas, y las calles se volvieron casi totalmente oscuras. Era difícil distinguir las siluetas de los edificios, que se veían negros contra el fondo negro del cielo. Solo las ventanas iluminadas permitían ver algunos de los bloques en la oscuridad. A veces, donde no había farolas, eran los semáforos los que iluminaban el asfalto con luz multicolor, y se reflejaban en él de modo fantasmagórico. Las luces cambiantes sobre el asfalto le daban al lugar un ambiente aún más tenebroso.

—He oído que hay zonas en las que no entran ni las ambulancias —susurró Seth de pronto.

Troy volvió a mirarle a través del espejo retrovisor.

—No me sorprende —contestó con voz queda—. En verdad, parece que estemos en un escenario de pesadilla.

—No me imagino a Jordan por aquí —comentó Austin.

—Ni yo tampoco. Pero quiero llegar hasta la calle que nos dijeron Ralph y Sam.

—¿Para qué, Troy? —murmuró Seth.

—Solo para mirar.

—¿Crees que tú también vas a encontrarte con Jordan por mitad de la calle? ¿A estas horas?

—No. Pero reconocería el coche en el que se llevaron a William. Si está aquí… —Troy apretó los labios—. Si ese coche está aquí, os prometo que lo reconoceré en cuanto lo vea, tan oscura como está la calle y todo.

—¿Por qué? —preguntó Austin, intrigado.

—Porque es un todo-terreno de lujo, Austin. Una cosa como esa en este barrio os aseguro que sí llama la atención.

Los tres jóvenes continuaron adelante en silencio durante unos minutos más. Al fin, se detuvieron ante un semáforo en rojo. A su izquierda había un descampado mayor que los anteriores. Los edificios que lo rodeaban parecían alguna especie de muralla irregular negra, cuajada de rectángulos luminosos. En mitad de los escombros ardía alegremente una gran hoguera, iluminando de color naranja gran parte del terreno, y también a un grupo de tipos que estaban de pie a su alrededor.

—¿Qué harán esos tíos ahí, a estas horas? —dijo Troy en voz baja, mirando la escena a través de su ventanilla.

—A lo mejor no tienen donde dormir —aventuró Austin.

—O es una banda callejera, ocupándose de sus asuntos —concluyó Seth—. ¿Hay más coches, Troy?

Troy echó una ojeada delante de ellos y otra por detrás, a través de los espejos.

—No —contestó.

—¿Y qué hacemos aquí detenidos? Como esos tíos nos vean…

—Tienes razón —interrumpió Troy.

Y aceleró sin más. Giró luego a su derecha, siguiendo las instrucciones que les había dado Ralph.

«Me cuesta creer que esos chicos tan nobles vivan aquí», pensó. «Y más me cuesta imaginar que William esté en alguno de estos edificios medio en ruinas. Solo con pensarlo, me dan escalofríos…».

Sin embargo, prefirió no decirlo. Carraspeó y comentó, a media voz:

—Esto es enorme. Mucho mayor que nuestro barrio. Seth tiene razón también en esto. Encontrar a Jordan aquí es como buscar una aguja en un pajar.

—¿Eso significa que nos vamos ya a casa? ¿Sí? —preguntó Seth, esperanzado.

—Solo una calle más, Seth. Dar la vuelta a la manzana y regresamos, lo prometo.

Seth soltó un bufido, pero no protestó. Austin preguntó:

—¿Tú crees que Ralph de verdad nos llamará si vuelven a

verlo?

—¡Pero si a lo mejor ni siquiera era Jordan! —insistió Seth —. Venimos del Averno, por favor. Sabiendo cómo vive, ¿os lo imagináis aquí?

—No —dijo Troy—. Pero a la vez, el barrio se presta a servir de escondite… Pensadlo bien. Es inmenso, todas las calles son iguales, no hay ni farolas… ¿Era esta calle, Austin?

—Creo que sí. Dijo que había un bar de esquina, y que cuando lo viéramos, girásemos a la derecha.

—¿Y lo vieron en esta calle?

—Eso dijeron, sí.

—Bien. Vamos allá.

Con el corazón palpitante por la emoción, Troy giró a derecha. Avanzó unos metros por la calle, despacio y mirando a las aceras, con su alma entera en sus ojos. Pero hasta donde podía ver, todo era más de lo mismo. La misma pobre iluminación, los mismos edificios viejos de ladrillo visto… Solares llenos de escombros aquí y allá… Las aceras estaban desiertas. Había luces en los edificios, señal de que el lugar estaba habitado, pero no había ni un alma por la calle.

Y en cuanto a los coches, los ladronzuelos tampoco exageraron. Todos los que podía ver eran tan antiguos y desvencijados como el que conducía Ralph. Aquí no había nada parecido a un todo-terreno de lujo. Y tampoco logró ver ningún coche blanco, como le habían dicho que era el que llevaba Jordan.

Troy empezó a sentir que se iba viniendo abajo poco a poco. Seth había tenido razón desde el principio, aquí no había nada que ver, más que escombros, basura y decadencia. Esta parte del barrio estaba asolada. Parecía que hubiera sufrido un bombardeo o un

terremoto. A ratos, hasta le costaba creer que estuvieran en la misma Nueva York que ellos conocían…

Al fin, el cansancio acabó por vencerle. Dio la vuelta a la manzana y regresó por la calle paralela a la anterior. Tampoco aquí vieron nada parecido a lo que iban buscando.

—Nah, todo ha sido inútil —dijo—. Si Jordan está aquí, debe estar bien escondido.

—Parece que hay decenas de edificios abandonados —dijo Austin—. Si uno quiere esconderse, desde luego, hay donde elegir.

—¿De verdad creéis que William está aquí? —preguntó Seth.

Troy suspiró.

—La verdad es que ya no sé lo que pensar. —Se frotó un ojo con una mano—. Y estoy cansado. Me temo que no me queda otra que aceptar derrota y regresar a casa.

Seth soltó un audible suspiro de alivio, y no dijo nada más. Por su parte, Troy conducía en silencio, mirando a todas partes con el ceño fruncido en un gesto de concentración.

Seth había tenido razón en muchas cosas esta noche, y una de ellas era esta: Jordan Grant no pegaba en este sitio. Por más que lo intentaba, Troy no lograba imaginárselo conduciendo por aquí, con una gorra y en un coche cutre. Y sin embargo… ¿Por qué desde que habló con Ralph notaba la llamita de la esperanza más viva que nunca antes en su corazón? Era como si un imán invisible tirase de él y le dijera: «No vas mal. Es por aquí. Hoy no has visto nada, pero no te olvides del Bronx…».

Troy todavía no podía saberlo, no se daría cuenta hasta el día siguiente, pero aquella noche había estado tan solo a dos calles del lugar donde se encontraba William.

***

Mientras Troy abandonaba la calle en la que Ralph y Sam vieron a Jordan, y ponía rumbo a su propio barrio, William se daba la vuelta en sueños dentro de su saco, con la mala suerte que rodó hacia un lado, y se cayó de la esterilla.

Le despertó el suelo duro y frío. Medio dormido, sacó una mano del saco y tanteó con ella alrededor, buscando por instinto el cuerpo de Troy.

—¿Troy? —murmuró, somnoliento—. ¿Dragoncito?

No hubo respuesta. La oscuridad y el silencio eran lo único que había a su alrededor. Confundido, se sentó y buscó la luz a tientas. Le parecía recordar de forma vaga e imprecisa que estaba a su derecha. Encontró un interruptor, y una luz blanca y brillante lo inundó todo. William cerró los ojos, con un gemido.

Cuando los volvió a abrir, parpadeando y guiñándolos a la luz, recordó de golpe dónde se encontraba. Le invadió la desesperanza, y dejó caer los hombros, vencido. A saber dónde y cómo estaba Troy…

«Espero que en casa, durmiendo y recuperando fuerzas para mañana», pensó. «Espero que no esté convocando una rueda de prensa a toda prisa para disolver el grupo…».

Volvió a acostarse, preocupado, y se tapó bien con el saco y la manta. Abrió oído a los sonidos del exterior, pero de nuevo, no consiguió escuchar nada. Aún debía ser de noche, y el mundo dormía a su alrededor. O eso quiso pensar. Porque la idea de que sus secuestradores le hubieran abandonado aquí, en una habitación cerrada por fuera de la que no podía salir, le resultó tan aterradora, que no quiso ni contemplar la posibilidad.

William no quería dormirse. Estaba inquieto, y la

preocupación por su novio y por su propio futuro ocupaba toda su mente. Pero el cansancio le pudo, y después de rumiar durante unos minutos, acabó por quedarse dormido de nuevo, con la luz encendida. No la apagaría hasta mucho rato después, en una de las veces que se dio la vuelta, y la luz le molestó los ojos. Para entonces, ya estaría empezando a despuntar sobre los rascacielos otra luz distinta, la del amanecer…

Capítulo 9

Al mismo tiempo que Troy y sus amigos salían del sur del Bronx rumbo a Manhattan, sin que ninguno de ellos lo supiera, Ralph y Sam estaban entrando en su barrio por la calle paralela, con su desvencijado cochecito gris. El pobre no era muy rápido, y habían tardado bastante más que Troy en llegar a Nueva York. Ralph acababa de despertar a Sam suavemente, y este estaba todavía frotándose los ojos de sueño, cuando entraron en las primeras calles de su barrio.

—¡Por fin, Ralph! —exclamó Sam—. Debes estar agotado. Has estado conduciendo todo el tiempo, tanto el camino de ida, como el de la vuelta.

—Tú estabas más cansado que yo, Sammy. No pasa nada.

Sam miró alrededor a través de las ventanillas, confuso.

—¿Por qué vamos por aquí? —preguntó—. ¿No vas a aparcar en nuestra calle, como siempre?

—Sí. Pero antes quiero darme una vuelta por el lugar donde vimos a Jordan.

—¡Oh, Ralph! —rezongó Sam, haciendo un gesto de frustración—. ¿A estas horas?

—Solo será una vuelta, Sam, lo prometo. Y mira, sin bajarnos del coche ni nada.

—Pero…

—¡Pero si ya estamos aquí! ¿No lo ves? ¡Es esta calle! ¡Aquí fue donde vimos a Jordan!

Sam resopló. Cuando Ralph se entusiasmaba con algo, no había nada que hacer. Era testarudo, y solía salirse con la suya. Sobre todo, si era él quien iba al volante…

—No sé qué es lo que esperas encontrar —dijo Sam—. A esta hora, Jordan debe estar durmiendo.

—Es posible. Pero si no se pasa por un sitio, no se sabe lo que puede haber en él.

—¿Aquí? Nada —contestó Sam, ocultando un bostezo en una mano—. No hay ni un alma por la calle, ¿no lo ves?

—No busco almas, Sammy, busco coches. Un coche, el que le vimos a Jordan. Podría ser la prueba de que él está aquí.

Sam le miró con aprensión, preguntando:

—¿Crees que es de verdad? ¿Que Jordan Grant tiene a un tipo secuestrado en su casa?

—A lo mejor no es en su casa. ¡A lo mejor lo tiene aquí, a dos pasos de la nuestra!

Ralph parecía entusiasmado con la idea, y Sam no lograba entender por qué. Por su parte, lo único que sentía era horror y miedo.

—¡Pero eso es muy fuerte! —exclamó—. ¿Y si fuera verdad? ¿Le denunciarías? ¿Te pondrías en contra de un tipo rico y poderoso como él? —Sam se iba asustando cada vez más a medida

que hablaba—. ¡Piénsalo, Ralph! —Puso una mano sobre el brazo de su compañero—. Debe tener un ejército de abogados… ¡Y a ti ya te pillaron una vez en el metro, robando carteras!

Ralph sonrió. Colocó su mano sobre la de Sam y respondió, en tono conciliador:

—Ya lo sé, Sammy, no te preocupes. Yo no le denunciaré. Pero seguro que Troy lo hará.

—Sí… ¡Porque tú piensas darle el chivatazo!

—¿Quién más lo va a hacer? Troy no vive por aquí. No tiene otro medio de enterarse.

—¡Pero no le conoces de nada! ¿Y si nos ha mentido?

—¿Y la tele? ¿También mintió? Porque la noticia fue real, Sammy, la vi.

Sam dejó caer la mano, volviendo la cara con un bufido de impotencia y frustración. Lo pensó por unos momentos, y luego miró a su novio de soslayo y murmuró con voz queda:

—Lo que te pasa es que te ha derretido eso de que sea gay. Reconócelo.

—¿Y acaso a ti no? —contestó Ralph. De pronto, sus ojos verdes se iluminaron y exclamó, señalando a través del parabrisas —: ¡Mira! ¿No era ese coche? ¡El blanco que está ahí delante!

***

Keith despertó con un estremecimiento. Tenía frío. La sábana debía haberse movido durante su sueño, y solo le cubría la mitad de la espalda. Tenía el hombro izquierdo, la espalda y la base del cuello helados. Se acurrucó como pudo, dando torpes tirones de la

sábana hacia arriba, tratando de cubrirse.

Entonces se dio cuenta de un detalle importante. No estaba solo. Abrió los ojos.

Aún era de noche en Nueva York, y la habitación estaba en penumbra. Pero allá lejos, en el horizonte, en los pequeños huecos que quedaban entre los rascacielos, el cielo empezaba a teñirse de azul turquesa, anunciando las primeras luces del alba.

Keith se encontraba tendido en su cama, tal como vino al mundo, abrazado estrechamente al cuerpo de Liam. Del verdadero Liam, el de carne y hueso, que dormía con sueño profundo, mirando en su dirección, y envolviendo su cuerpo con los brazos. Su respiración era lenta y sosegada, su expresión serena, y sus brazos estaban pesados y sueltos. Todo él estaba relajado y entregado al descanso. Más que una luna, parecía un hermoso Endymion dormido.

Keith se llevó unos minutos mirándole dormir, embelesado. El cabello del otro joven se veía de color negro azabache con esta luz, y estaba esparcido sobre la almohada en lisos mechones. El flequillo le caía sobre la frente. Sus cejas y pestañas negras hacían contraste sobre la piel blanca de su rostro; parecían dibujadas con tinta china sobre lienzo blanco. Una vez más, Keith tuvo la sensación de que estaba viviendo un sueño, un hermoso sueño que se había hecho realidad por arte de magia, y del que no quería tener que despertar.

El joven guitarrista habría podido pasar el resto de su vida así, mirando a su compañero dormir, sin hacer nada más, envuelto en el calor de su cuerpo, en su aroma y sintiendo su respiración en mitad del silencio. Pero el mundo no era un lugar perfecto, y hubo algo que interrumpió su momento de adoración: el pitido insistente del despertador.

Keith se sobresaltó y con un movimiento rápido, se volvió y apagó el inoportuno cacharro, que estaba sobre la mesita de noche.

No tuvo que mirarlo para saber la hora que era. Lo tenía programado para que sonase todos los días a las seis de la mañana. Le gustaba levantarse con tiempo, para prepararse antes de irse al gimnasio.

Keith llevaba el tema del fitness como asignatura pendiente desde hacía años. Estaba acomplejado por su físico desde que era adolescente. En su opinión, era demasiado canijo y endeble, y no daba mucha sensación de vigor. Quería de veras ponerle remedio. Era muy consciente de que su imagen era importante para el público, y aunque él no tenía tantos fans como Jordan, ni mucho menos, sí quería dar lo mejor de sí a sus admiradores, y también a sí mismo.

En fin, después de años haciendo intentos, dejándolo y volviendo a empezar, solo para volver a dejarlo al poco tiempo, parecía que por fin había encontrado un gimnasio y un entrenador adecuados para él. Llevaba varias semanas acudiendo todos los días, y aunque era un trabajo muy duro, y el tiempo que estaba allí lo pasaba mal, luego se alegraba porque por fin se le empezaba a notar algo. A veces, cuando se miraba en el espejo y comprobaba que sus brazos y su pecho se veían más anchos, Keith sentía una oleada de satisfacción, por no decir orgullo, por el trabajo realizado. El tiempo que pasaba en el gimnasio era muy duro. Pero merecía la pena.

«Supongo que es como practicar con la guitarra», se dijo. «No todos los días tienes ganas, y a veces te duelen los dedos del ensayo del día anterior, o se te contractura la muñeca… Pero siempre merece la pena. Sobre todo si te gusta, claro. Yo no puedo presumir de tener el talento de Jordan con la guitarra, pero sí sé que me apasiona. Intento compensar con práctica y ensayos el talento que no tengo. Espero que para el público sea suficiente…».

—¿Keith? —preguntó de pronto una voz somnolienta a su espalda.

Entonces se dio cuenta este de que se había quedado absorto, mirando los números luminosos del despertador parpadear en la penumbra. Y de algo más…

Liam estaba despierto.

***

Ralph aparcó el coche en la acera que estaba frente al otro blanco, para poder mirarlo con más detenimiento sin despertar sospechas. Detuvo el motor y apagó las luces. Los dos jóvenes se quedaron dentro del vehículo, mirando alrededor, Ralph con anticipación y Sam con desconfianza.

Esta parte del barrio era la que estaba peor. Había muchos edificios abandonados y pocas farolas. A Sam le daba mala espina pasar por aquí de noche. En cuanto a eso de que alguien rico y poderoso como Grant tuviera a otro chico secuestrado en las cercanías, la sola idea le daba escalofríos.

—Estoy casi seguro de que es el mismo coche —dijo Ralph.

—Yo no lo tengo tan claro —respondió Sam, con un mohín.

En verdad, tenía sus dudas. Con esta luz tan débil, era difícil saberlo. Además de que cuando lo vieron por primera vez, todo fue demasiado rápido, y no lograron quedarse con la matrícula ni nada. Por otra parte, aunque hubiera estado seguro de que era el mismo coche, habría dicho lo mismo, que no lo estaba, para tratar de disuadir a Ralph de que continuara investigando este asunto tan peliagudo. En la opinión de Sam, les venía demasiado grande. Y ellos ya tenían suficientes problemas…

Pero Ralph no era persona de dejarse disuadir con facilidad. No pareció escuchar a Sam. Continuó mirando fuera, con los ojos entornados, mientras decía:

—Está delante de un edificio abandonado. ¿No ves las ventanas? Todas apagadas.

—A esta hora, es normal.

—¿Y los cristales? ¿Es normal que no tengan? Porque yo no veo ninguno en ninguna ventana…

—La farola está lejos, así que tampoco se ve mucho que digamos.

De pronto, Ralph puso una mano en su hombro y apremió, sacudiéndolo ligeramente:

—¿Has visto el coche que está delante del blanco? ¡Debe costar un dineral!

—Es un todo-terreno.

—¡De lujo!

—¿Crees que es de uno de los amigos de Jordan?

—No lo sé. Pero, ¿cuándo hemos visto un coche así por aquí?

—No sé, Ralph…

El otro chico señaló al coche con una mano, y dijo, a media voz:

—Apuesto lo que quieras a que la radio de esa belleza es de marca cara.

Sam abrió grandes ojos de espanto, exclamando:

—¡Ah, no, no, Ralph! ¡Que te veo venir!

—¿Qué?

—¡No pienso desvalijar ese todo-terreno de lujo! ¿Y si es de algún narcotraficante? ¡Se nos echarían encima todos sus asesinos a sueldo!

—¡Vamos, Sam! ¿En serio? —dijo Ralph, incrédulo, haciendo un gesto con las manos abiertas—. ¿Por una radio?

—Existe una buena razón por la que ese coche está ahí… *In-tac-to*.

Sam pronunció la última palabra sílaba por sílaba, señalando al todo-terreno con un dedo. Sacudió luego la cabeza, añadiendo:

—No sé cuál es esa razón, Ralph, pero sé que la hay. Y te digo que no seré yo quien intente robarlo.

—¡Pero Sammy, una radio de esas…!

—¡No, Ralph! —Sam volvió a negar con la cabeza—. Ese trasto debe tener una alarma. Una de esas que se oye hasta en la Estatua de la Libertad.

—¡Pero qué exagerado!

—¡En serio! Seguro que la alarma llama a las fuerzas especiales del ejército, y en un momento se presentarían aquí tres helicópteros negros, con unos focos muy potentes, y se descolgarían de ellos en escalerillas plegables un montón de soldados, armados hasta los dientes.

Ralph se le quedó mirando por un momento con grandes ojos y la cara de la estupefacción absoluta. Pero en seguida se sacudió y negó con la cabeza, soltando una risita.

—Hay que ver la imaginación que tienes… —dijo.

—Ralph, ya hemos tenido un percance con una alarma por hoy. Por lo que más quieras, no vayamos a tener otro.

—¡Oh, está bien! —rezongó Ralph. Seguía sonriendo, sin embargo, y alargó una mano para acariciar la mejilla de Sam—. Las cosas que hago por mi Sammy… Pero óyeme bien. Si nosotros no lo hacemos, algún otro lo hará, ya lo verás.

—Peor para él —contestó Sam, decidido—. Que le caigan encima los helicópteros y los soldados con las metralletas, ya te digo.

Ralph se echó a reír, y Sam también relajó un poco el gesto. Miró a su novio con ojos suplicantes y rogó:

—Ralph, vámonos a casa, por favor…

—De acuerdo —dijo Ralph, volviendo a sentarse bien en su lugar, y arrancando el motor—. Nos iremos a dormir, sí. Pero ya sabemos dónde está el coche. Regresaremos mañana para ver si aún sigue ahí.

—¿Por qué?

—Pues porque si sigue ahí, es señal de que Jordan…

Sam interrumpió con mucha prisa:

—Yo no creo que sea el mismo coche, ¿eh, Ralph?

De nuevo, intentaba disuadir a su compañero, y hacer que olvidara el asunto. Pero Ralph asintió y dijo, haciendo maniobras para salir del aparcamiento:

—Exactamente. Como no estamos seguros, y no hay ni rastro de Jordan por ninguna parte, por hoy no vamos a llamar a Troy.

—¿Pensabas llamarle esta noche? —se alarmó Sam—. ¿En serio?

—Hombre, si hubiéramos visto a Jordan, lo habría hecho. ¿No es eso en lo que hemos quedado con él?

Sam no dijo nada. Apretó los labios. Ralph estaba convencido de veras, por favor. Y se iban a meter en un lío… Un lío que no tenía nada que ver con ellos, para empezar…

—Pero como no le hemos visto, no lo haré —continuó Ralph —. No queremos darle una pista falsa por impacientes, ¿verdad?

—No, claro que no —murmuró Sam.

—Mañana regresaremos y a ver qué nos encontramos.

—Nada, o eso espero… —volvió a murmurar Sam, más para sí mismo que para su compañero.

Se quedó pensativo, mientras Ralph ponía rumbo a su calle por fin. Todo este asunto le tenía muy inquieto. O para ser más exactos, no era el asunto en sí, sino el interés que Ralph estaba demostrando en él.

«Si hubiera una manera de hacer que lo olvidase todo…», se dijo. «Pero no se me ocurre cómo. Troy le ha dejado huella. Es como un héroe para él. Y no se me ocurre cómo conseguir que le olvide».

Capítulo 10

—¿Keith? —preguntó Liam, con voz somnolienta.

Keith se volvió. Liam continuaba tendido de costado sobre la cama, con el pelo esparcido por la almohada. Se frotaba un ojo con una mano, y no tenía aspecto de estar muy despierto, o por lo menos, no del todo. Sin embargo, le dijo:

—¿Ocurre algo?

Keith se giró hacia él y se inclinó para dejarle un besito húmedo y dulce en los labios.

—Nada —cuchicheó, tranquilizador—. Solo que ha sonado el despertador.

—¿Tan pronto?

—M-m. Lo pongo temprano para irme al gimnasio.

—Pero si es de noche…

—Sí. —Keith se encogió de hombros—. Suelo ir a las siete de la mañana, para que no me interfiera con los ensayos, entrevistas y demás.

Liam ocultó un bostezo en una mano y murmuró:

—Joder, Keith. Tú todo te lo tomas igual. Cuando te decides a hacer algo, lo haces en serio.

Keith sonrió. Le gustaba ver que Liam le conocía tan bien. El otro joven ya estaba preguntando:

—¿Y vas todos los días? ¿Sí?

—M-m.

Liam buscó su cuerpo con una mano. Le atrajo hacia sí y metió la cara en el hueco de su hombro.

—Debes ser el primero que aparezca por allí, seguro —ronroneó.

Keith soltó una risita. La voz de su compañero le había hecho cosquillas en la base del cuello, y la frase le había hecho gracia, porque era la pura verdad.

—Me gusta ser el primero —explicó—. Así nadie me ve sudar, ni ponerme como un tomate con las pesas. Bueno, me ve el entrenador, pero él no cuenta. Está acostumbrado a ver sufrir a la gente.

Liam le dejó un besito mimoso en una clavícula y frotó su nariz contra su cuello, ronroneando de nuevo:

—Mmm… ¿Y cómo es ese entrenador? ¿Joven? ¿Viejo? ¿Guapo? ¿Cachas?

La sonrisa de Keith se hizo tan amplia, que sintió que le llenaba toda la cara. Acarició el pelo de Liam con una mano, y le besó la coronilla, contestando:

—Es cuarentón, cachas, hetero, y no se parece en nada a ti, cariño. Así que no te preocupes.

Liam suspiró, abrazado a él como si Keith fuera un peluche gigante.

—Mejor así —murmuró—. Ahora que ha ocurrido esto, no quiero que nadie me robe a mi sol.

Keith le abrazó a su vez y cerró los ojos.

—Me gusta tanto que me llames así… —susurró.

Liam ronroneó otra vez por toda respuesta. Se quedaron así durante unos instantes, abrazados, hasta que Liam preguntó:

—¿Y vas a ir hoy también?

—Claro —contestó Keith, apoyando la barbilla en su cabeza—. Tengo que ir todos los días. Si falto uno, luego es más difícil volver. Además de que después las agujetas son terribles…

—Joder. No sabía que ponerte así de precioso fuera tan difícil…

Liam le acarició el pecho y uno de sus brazos con una mano, abriendo los dedos, como para sentirle mejor. Le dio un bocadito juguetón en el pectoral, y Keith notó una cosquillita entre las piernas. Se le escapó una risita.

—Lo mejor será que me vaya ya, o vamos a terminar enredados otra vez —dijo.

—Yo no tengo inconveniente en que nos enredemos. Ahora que por fin podemos hacerlo… —fue la respuesta de Liam, con voz aún somnolienta, y la cara todavía enterrada en el cuello de Keith.

Este volvió a reír.

—Yo tampoco tengo inconveniente. Pero podemos enredarnos después, cuando vuelva. —Besó de nuevo la coronilla de Liam y le murmuró suavemente—: Sigue durmiendo un ratito más, amor. Si te entra hambre antes de que regrese, en la cocina hay de todo. Come lo que quieras.

Liam se apartó y volvió a frotarse un ojo, con un ruidito de asentimiento. Keith le acarició la cara y una de sus manos, con una sonrisita tierna en los labios.

«Es adorable», pensó. «Y el pobre está tan cansado… Será mejor que me marche y le deje dormir».

A decir verdad, él también tenía sueño. Esta noche apenas habían dormido ninguno de los dos. Pero sabía que en cuanto llegara al gimnasio y empezara con los ejercicios se despejaría del todo. Sin pensarlo más, se movió para salir de la cama y se puso en pie. Se volvió después para cubrir con la sábana a Liam, que ya estaba tirando de ella hacia sí para taparse hasta las orejas.

Keith se inclinó sobre él y le dejó un besito en la frente, susurrando:

—¿Estarás aquí cuando vuelva?

Su voz tembló un poquito en los bordes, no pudo evitarlo. Liam había tenido novio durante años. A Keith le costaba asumir que no iba a marcharse con su pareja en cuanto él cerrase la

puerta. Aún no se había hecho a la idea de que ahora él era la pareja de Liam.

Por su parte, este se le quedó mirando durante unos instantes, con sus ojos oscuros serios y somnolientos, como si no hubiera entendido bien la pregunta y tuviera que procesarla. Al fin, murmuró:

—¿Dónde iba a estar mejor? —Cerró los ojos y tomó aire profundamente, acurrucándose bajo la sábana, con una sonrisita—. No te preocupes. Me quedaré aquí, envuelto en tu olor, para poder sentirte hasta que regreses.

Keith sonrió, sintiendo que la ilusión se extendía por su pecho y le llenaba de alegría el corazón. En su vida había sido tan feliz. Besó otra vez la frente de Liam y le cuchicheó:

—Descansa, mi luna.

—Mmm… Te quiero, mi sol —fue la respuesta de Liam, muy bajita, y amortiguada por la sábana.

No volvió a abrir los ojos, y Keith decidió dejarlo estar. El otro chico debía estar a punto de volver a caer dormido, y él tenía que irse de todas formas. Pero sabía que hoy iba a ser una sesión de entrenamiento muy especial, porque cuando saliera del gimnasio, iba a volver a casa para encontrarse aquí con su amor. Era la primera vez en su vida que experimentaba esta sensación. Y se sentía tan feliz…

«No puedo ser más feliz de lo que soy ahora mismo», pensó, mientras se vestía en el baño. «Esta noche me ha cambiado la vida. Liam me la ha cambiado, dejándose besar, y subiendo a mi casa después, y… Bueno, y todo lo demás».

Sentía que desde hoy todo iba a ser diferente. Ahora eran pareja, y estaba amaneciendo el primer día de su nueva vida. Keith se sonrió para sí con ilusión. No podía esperar a ver qué les

deparaban estas maravillosas primeras horas de la nueva etapa que acababa de empezar para ellos.

***

—Si no te conociera, diría que no te hace ni pizca de gracia toda esta historia —dijo Ralph, bromista, mientras abría la puerta de su pequeño apartamento.

Decir «pequeño» era exagerar en sus dimensiones. La palabra adecuada sería más bien «minúsculo». Constaba tan solo de un salón-cocina y un baño. La cocina ocupaba toda la pared de la derecha, y contenía lo indispensable: una hornilla pequeña, un fregadero y un frigorífico. Frente a ella había una mesa redonda y un sofá marrón, con la tapicería sucia y rasgada. Las paredes grises tenían desconchones y manchas de humedad. La luz de la lámpara del techo era amarillenta y mortecina.

Ralph entró y lo primero que hizo fue pulsar el interruptor. Sam entró tras él, cabizbajo, y cerró la puerta a su espalda.

—Es que no me la hace, Ralph —respondió, muy serio—. Nosotros ya tenemos la vida bastante difícil. No necesitamos complicárnosla más con algo como esto.

Ralph ya iba a contestar, cuando les interrumpieron unos golpecitos impacientes en la ventana. Ralph se sobresaltó, exclamando:

—¡Ah! ¡Bigotes! —Salió corriendo al frigorífico—. Hoy nos hemos retrasado, y debe estar de un humor…

Bigotes era un gato callejero que trepaba por la escalera de incendios para pedirles comida. La pareja lo había adoptado, o más o menos, y le habían puesto ese nombre, por los largos bigotes blancos que tenía, curvados hacia fuera.

El gato debía tener ya sus años. Le faltaban algunos dientes y lucía una larga cicatriz en un ojo, quizás producto de alguna pelea con sus congéneres. Tenía mal carácter, y siempre les miraba con el ceño fruncido. Pero parecía apreciarlos, a su manera. Nunca faltaba a su cita nocturna. Si algún día ellos se retrasaban y regresaban a casa tarde, como hoy, el gato estaba allí sentado esperándoles, y les regañaba en su idioma felino, como haría una madre con un hijo trasnochador.

Ralph sacó del frigorífico un paquete de papel de estraza, donde había envueltas unas sobras de pescado. Apenas lo hubo cogido entre sus dos manos, con los brazos extendidos, el olor inundó toda la habitación. El joven cerró la puerta del frigorífico con un pie, y se dirigió a la ventana, con el paquete en las manos.

Levantó la hoja con una mano, y Sam pudo escuchar los maullidos impacientes y malhumorados del gato al otro lado. Desde aquí no podía verlo, pero sabía que debía estar apostado en el descansillo de la escalera metálica, donde solía esperarles. Siempre se ponía en el mismo sitio, aunque dejaran la ventana abierta.

En una ocasión, Ralph hizo el experimento de ponerle el pescado dentro del salón, en el suelo, debajo de la mesa. Abrieron la ventana y se fueron los dos al baño para espiar desde allí, a ver si el gato entraba o no. Sam estuvo rezongando durante cinco minutos, diciendo que era una mala idea, y que iba a llenarles el sofá de pulgas. Por su parte, Bigotes estuvo maullando a voz en grito durante quince minutos, hasta que Ralph se cansó y salió a ponerle el pescado fuera. El gato no entró.

Tampoco lo hizo una noche que llovía muchísimo y había tormenta… Ni en otra ocasión, en la que un vecino le tiró un cubo de agua encima desde el piso de arriba, para que se callase y dejase de maullar. Bigotes esquivó el remojón, se lamió una pata un par de veces, y luego volvió a maullar con más fuerza, pero esta vez, mirando a la ventana de arriba.

En fin, él parecía entender que el pequeño apartamento era propiedad privada, y a ellos les parecía evidente que aquel animal era un superviviente como ellos. Un «veterano de la calle», como decía Ralph. Debía ser el equivalente a un tipo duro para los de su especie. Desde luego, cara dura no le faltaba, y carácter tampoco.

—Ya, ya, Bigotes —le habló Ralph suavemente—. Hemos estado ocupados… Aquí tienes…

A veces Sam tenía la sensación de que el gato era más exigente con su cena que el casero con el pago del alquiler. Otras veces en cambio, le parecía que más que el pescado, lo que Bigotes quería era comprobar que hubieran regresado a casa, sanos y salvos. Ralph solía bromear, diciendo que a lo mejor vivía allí antes de que ellos llegaran, y que esta era su manera de cobrarles tributo…

—¿Qué tal? Huele bien, ¿verdad? —continuó este, abriendo el paquete en el suelo del descansillo—. Por lo menos para ti, porque lo que es para mí, apesta. Ya, hombre… No seas impaciente…

La voz de Ralph sonaba suave y amable, casi dulce. Sam se quedó mirándole, con el corazón en un puño. Su compañero tenía el cuerpo inclinado hacia delante por fuera de la ventana. La camiseta se le había subido, y el pantalón se le había caído un poco, hasta colgarse de sus caderas. La piel blanca de su espalda resaltaba entre las dos prendas oscuras. Parecía aún más delgado desde aquí, y curiosamente vulnerable de esta postura. Sam se mordió el labio inferior. Sentía de pronto una congoja inmensa en el centro del pecho.

«Ralph es lo más maravilloso que me ha pasado en la vida», se dijo. «No voy a perderle por algo que no tiene nada que ver con nosotros. ¿Qué sabe Troy de nuestra vida? Nada. Si tiene que elegir, elegirá a William, y así debe ser. Yo también tengo que pelear por mi novio. No consentiré que se meta en este lío. Él ya

está fichado, y si algo sale mal…».

No concluyó el pensamiento. El miedo por Ralph, que en la autopista había sido solo un vago desasosiego, volvió a hacerse sentir en aquel momento, pero esta vez lo hizo como un pellizco más intenso en la boca de su estómago. Un pellizco que era bastante más difícil de ignorar…

—¡Tiene mucha hambre! —le dijo Ralph, sonriente, mirándole por encima de su hombro—. ¡Ya casi se lo ha zampado todo!

Sam también esbozó una sonrisita sin alegría, de compromiso, más por no inquietar a su compañero que por otro motivo. Ralph no pareció percatarse de su malestar. O al menos, si vio algo raro en su cara, no dijo nada al respecto. Cerró la ventana, y se dirigió al fregadero para lavarse las manos, diciendo:

—Se nos ha terminado el pescado.

—Has debido pedirle dinero a Troy —contestó Sam, disgustado.

Se arrepintió de haberlo dicho en cuanto la frase hubo salido de su boca. No debería haber nombrado a Troy. Quería que Ralph le olvidase, a él y a todo este oscuro asunto. ¡Y no podría hacerlo, si Sam se lo recordaba a la primera de cambio!

Pero Ralph se rió, secándose las manos en un trapo, y dijo:

—¿Para qué, si mi Sammy ha ganado esta tarde unos dólares repartiendo pizzas?

Soltó el trapo sobre la encimera y vino a abrazarle desde su elevada estatura… Elevada para Sam, al menos, que era más bien bajito. Ralph le estrechó mimosamente contra sí y ronroneó:

—¿Te he dicho hoy que te quiero mucho?

Sam no tenía ganas de broma, pero esta vez tuvo que sonreír de verdad, muy a su pesar.

—Yo sí que te quiero mucho —contestó, con la cara enterrada en el pecho de su compañero.

Notó la risa de Ralph vibrar bajo su mejilla, y su voz cuando exclamó:

—¡Eso ha sonado muy raro!

Pero antes de que Sam pudiera responder de alguna manera, Ralph le besó en la coronilla y dijo con voz suave:

—Yo también te quiero mucho, Sammy.

Sam rodeó la cintura de su novio con los brazos y le apretó contra sí. Cerró los ojos. Respiró hondo. Ralph tenía el don de hacer que se disolvieran todas sus preocupaciones, y que Sam consiguiera volver a ver el lado bonito de la vida…

También tenía el don de emocionarle y enternecerle, y convertirle en un charquito de gelatina, como ahora mismo. Sam tragó saliva, a ver si así se disolvía el nudo de congoja que había subido desde su pecho a su garganta, y estaba amenazando con desbordarse y derramarse en forma de lágrimas…

Ya casi lo había conseguido, arrullado por el calor del cuerpo de su compañero y el leve movimiento de este, como si los meciera a los dos, despacio, de izquierda a derecha, cuando de pronto, Ralph habló:

—¿Me ayudas a abrir el sofá? Si seguimos así, nos quedaremos dormidos de pie.

—Sí, vamos —asintió Sam.

Se apartó, enjugando una lágrima furtiva con una mano.

Ralph se dirigió al sofá y empezó a trajinar en él. Sam se sobresaltó y se apresuró por ir a ayudarle, rezongando:

—¡Pero espérame, hombre! ¡Te harás daño en la espalda!

—¡Mi Sammy siempre cuidando de mí! —sonrió Ralph, mientras se ponían a la tarea, cada uno por un lado.

Apenas estuvo abierto el sofá-cama, treparon a él, también cada uno por un lado. Se deshicieron de los zapatos con dos patadas y gatearon para encontrarse en mitad de la cama. Se acurrucaron allí, muy juntos. Ralph apagó la luz, mientras Sam los cubría a los dos con la sábana. Luego volvió a abrazarse a su compañero, y metió la cara en el hueco de su hombro.

«¿Qué va a ser de mí si tú no estás, Ralph?», pensó. «Tengo que hacer que olvides a Troy y todo lo que ha ocurrido esta noche. Por tu bien… Y por el mío».

Sintió que Ralph le dejaba un besito dulce en la frente, y su respiración le acarició los párpados cerrados cuando le cuchicheó:

—Sam… Mi precioso Sam… Estoy aquí, cariño. No ha pasado nada. Duerme tranquilo esta noche. Mañana también estaré aquí, contigo. Mañana y siempre, ¿vale? Te lo prometo.

Sam asintió, frotando su mejilla contra el hombro de Ralph. No era la primera vez que su novio le decía esto para ayudarle a dormir. Sam lo pasó muy mal en los últimos meses que vivió en Jamaica, y en ocasiones le venían recuerdos de aquello, y pesadillas… Le consolaba mucho sentir el cuerpo de Ralph y oír su voz.

Otras veces le invadía una inmensa sensación de soledad. Solo se tenían el uno al otro. Y tenían un oficio peligroso. Si Ralph acababa en la cárcel… ¿Qué iba a ser de él, solo, con los tipos tan malos que debía haber allí? ¿Y qué sería de Sam sin su novio?

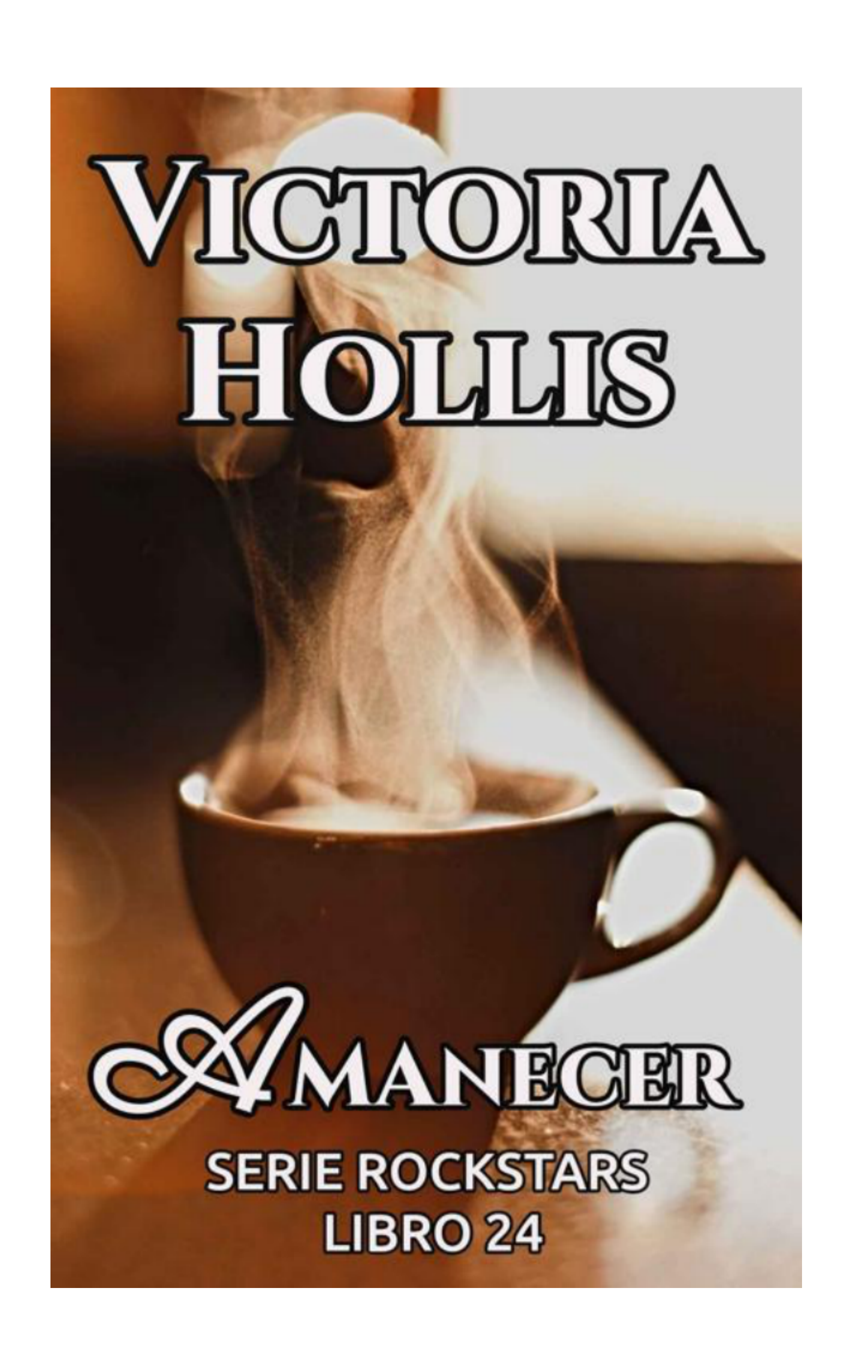
«Nos moriríamos los dos. Bigotes de hambre, y yo de pena», pensó, apretándose más contra el cuerpo de Ralph.

—Te quiero mucho, Ralph —murmuró, con la voz pequeña, aguda y asustada, como la de un niño.

—Y yo a ti, tesoro —contestó la voz de Ralph en la oscuridad, somnolienta pero tierna—. Descansa. Siempre estaré a tu lado.

Y Sam quiso creerle. Por el bien de los dos…

(Continúa en el libro 24)



Amanecer

Serie Rockstars, libro 24

Victoria Hollis

Advertencia

Este libro se ha escrito para un público adulto. Puede contener situaciones y escenas de sexo explícito, lenguaje adulto y temas que solo pueden entender las personas mayores de 18 años.

Capítulo 1

—Chicos, creo que lo primero que tenemos que hacer es librarnos de esta ropa que llevamos —dijo Troy, en cuanto hubieron llegado a casa, y hubo soltado las llaves del coche sobre la mesa grande del salón.

—¿Por qué, jefe? —preguntó Austin.

—Porque Jordan puede haberle dicho a la policía que hemos sido nosotros los que hemos hecho saltar la alarma. ¡Y el detective ese tan seco es capaz de venir a registrar aquí!

Seth le miró con grandes ojos.

—¡Encontrarían tu pantalón rasgado! —exclamó.

Troy asintió.

—No voy a correr el riesgo —añadió—. Así que vamos a cambiarnos, y tiremos todo esto a la basura en seguida.

Seth asintió también, mientras Austin ofrecía:

—¡Yo me encargo, jefe! Tú ve a darte una ducha, que te relaje y te ayude a dormir.

—Yo iré contigo, Tarugo —dijo Seth, muy serio.

Austin negó y contestó suavemente:

—No. Tú quédate descansando. Sé lo que te ha costado acompañarnos al Bronx.

Le dio una palmadita en el hombro al bajista, con una sonrisa. Seth le devolvió la sonrisita, un gesto pequeño y cansado, y protestó:

—Pero no quiero que vayas solo…

—Tiene razón, Austin —convino Troy—. Yo tampoco quiero que nos separemos. Iremos los tres juntos, ¿de acuerdo?

—Pero tienes que estar hecho pedazos… —dijo Austin.

—Puedo aguantar cinco minutos más. ¡Vamos! Cuanto antes nos cambiemos, antes podremos ir a dormir.

Troy le dio una palmadita en el hombro a cada uno de sus dos amigos, y echó a correr a su habitación. Escuchó los pasos apresurados de sus compañeros tras él por el pasillo, tal vez para hacer lo propio…

A decir verdad, estaba exhausto. Había tenido un día larguísimo y agotador. Desde esta mañana que ocurrió el secuestro, sobre las doce o la una del mediodía, él no podría

decirlo con exactitud, tan solo había parado en momentos puntuales, para comer, para fumar un cigarro, o el tiempo que estuvo aguardando en la clínica mientras el médico reconocía a Frank. Estaba tan cansado, que empezaba a notar que le costaba pensar y tomar decisiones. Por eso era aún más importante para él deshacerse de esta ropa cuanto antes, para permitirse relajarse al fin y echar una cabezada. Sabía que no sería capaz de dormir con unos objetos potencialmente incriminatorios guardados en casa.

«¡Y encima no fuimos nosotros los que activamos la alarma! Pero, ¿qué sabe Jordan de Ralph y Sam? Nada. Íbamos vestidos igual. A lo mejor, si nos ven en las cámaras de seguridad, hasta puede que piensen que éramos amigos y que íbamos los cinco juntos…», se dijo.

La suposición no estaría muy lejos de la verdad, porque esos chicos le habían caído bien. Pero no habían ido al Averno por el mismo motivo. Y si hoy Troy traía media pernera de menos en el pantalón, había sido gracias a ellos, porque no contentos con hacer saltar la alarma, también soltaron al perro de Jordan por el césped.

«Son un par de desastres», recordó, sonriéndose para sí con afecto. «No creo que se hagan ricos si siguen así. ¡Vaya una forma más cutre de intentar entrar a robar!».

Claro que su intento de rescate tampoco había sido brillante…

«Normal. No tuve tiempo para pensar», se justificó. «Y estoy tan cansado…».

Se pasó una mano por los ojos. Era urgente que se ocuparan de la ropa y que se echara a dormir. Estaba de pie a duras penas. Con este pensamiento, se centró en la tarea y empezó a cambiarse a toda prisa.

***

Liam escuchó la puerta del apartamento cerrarse con todo el cuidado. Era evidente que Keith había tomado precauciones para no despertarle, y él agradecía el gesto, pero estaba ya medio despierto, de todas formas. Apenas escuchó el «click» y el sonido del ascensor, se estiró perezosamente con brazos y piernas, y luego se quedó mirando al ventanal, parpadeando, somnoliento, y tapado hasta las orejas.

Apenas había pegado ojo esta noche, pero sin embargo se sentía tan descansado como si hubiera dormido una semana. No demasiado alerta aún, eso también. Pero confiaba en que el café le pusiera remedio…

La claridad que entraba por la ventana iba aumentando poco a poco. Cada vez había más porción de cielo azul turquesa, y menos de negro. Pronto el negro desapareció por completo, y se tornó azul marino. Las copas de los árboles del parque se veían cada vez con más nitidez, e iban pasando del negro al verde oscuro, y luego al verde brillante de la primavera. Los rascacielos también iban tomando color. No tardaría en incidir sobre ellos la luz del sol, y empezarían a brillar. Pero aún no… Aún era temprano. Liam tenía unos minutos para relajarse y despejarse a sus anchas.

Cerró los ojos y respiró hondo. El aroma de Keith, el del suavizante de su ropa, mezclado con el de su colonia, inundó sus sentidos. Sonrió mientras se estiraba otra vez bajo la sábana.

La cama era demasiado grande para una sola persona. Ahora que Keith no estaba, se sentía inmensa y fría. La piel desnuda de Liam empezó a tener escalofríos, a pesar de estar tapado con la sábana hasta las orejas.

«No es cama para dormir uno solo», se dijo. «Ni para hacerlo desnudo…».

Solo con imaginarse a Keith durmiendo allí durante meses y

años, solo, y sufriendo porque no se atrevía a decirle que estaba enamorado de él, Liam sentía un nudo de congoja en el pecho.

«¿Cuánto tiempo, Keith?», se preguntó. «¿Cuánto hace que te diste cuenta de que yo te gustaba? ¿Durante cuánto tiempo has estado sufriendo en silencio?».

No lo sabía, Keith no se lo había dicho. Pero ahora empezaba a hacerse una idea de lo mal que debía haberlo pasado su compañero, y se sentía impresionado. Él no habría sido capaz de aguantar eso.

«Si hubiera sido a la inversa, yo no sé lo que habría hecho», pensó. «Si Keith hubiera tenido novio… Quizás me habría tomado un descanso del grupo por una temporada… A riesgo de perder mi sitio en él, pero… Seguir viendo a Keith todos los días habría sido demasiado doloroso. No habría podido resistirlo, y tarde o temprano se lo habría dicho, terminando así con nuestra amistad. No sé. Habría sido jodido».

Por suerte para los dos, no habían tenido que verse en esas. Pero sí, esta cama era demasiado grande para uno solo.

«Me encantaría poder compartirla con Keith. Dormir con él todos los días, y poder ver amanecer a su lado», se dijo, abriendo de nuevo los ojos y mirando al ventanal. «Me gustaría poder vivir aquí, con él».

La luz había aumentado un poco más, y empezaba a ver detalles de la habitación. Ahora se dio cuenta de que había cortinas, por ejemplo, unas largas cortinas blancas, que estaban descorridas y pegadas a las paredes, a ambos lados del ventanal.

También se dio cuenta de que había un tambor tribal en el rincón de la derecha. Lo reconoció en cuanto lo vio. Aquello fue un regalo de cumpleaños de Reggie. El batería era un apasionado de todos los instrumentos de percusión, y también de alguno más, aunque Liam no sabía exactamente de cuál. Reggie era muy

reservado, y raras veces hablaba de sí mismo. Pero pareció entusiasmado cuando se enteró de que a Keith le gustaban los timbales y este otro tipo de tambor, y le regaló uno. A Keith le hizo mucha ilusión. Abrazó a Reggie como si le hubiera obsequiado un objeto de valor incalculable, y Reggie sonreía, sin saber dónde meterse de la vergüenza…

«Keith es muy expresivo, y a veces es impulsivo, sobre todo si está nervioso o contento, como aquella vez. Y Reggie es tan tímido… Parecieron la noche y el día los dos», pensó Liam, sonriéndose para sí con ternura con el recuerdo. «Cuando pienso que yo ni siquiera me acuerdo de lo que le regalé a Keith… Hace ya casi un año de eso. Todavía vivía con mi ex. Todavía no sabía que Keith iba a terminar siendo el amor de mi vida…».

Keith cumpliría los años pronto, en junio. Ahora que había ocurrido todo esto, Liam tendría que poner más atención a su regalo de cumpleaños.

«Tal vez le organice la fiesta», pensó, con la sonrisita tierna aún bailando en sus labios. «Pero no en mi casa. Aquello está lleno de recuerdos. Lo ideal sería hacerlo aquí, o en la de Jordan. Aunque me pregunto si Jordan querrá celebrar el cumpleaños de Keith en el Averno… Con lo tensas que están las cosas, tal vez no…».

Una lástima, porque las fiestas en el Averno eran las mejores a las que Liam había asistido nunca. Pero en fin, tampoco podía obligarlo a que ofreciera su casa, ¿verdad?

«Y en la mía es complicado. Mi ex estuvo viviendo allí durante siete años. No me gustaría mezclar sus recuerdos, los que tengo de él y del tiempo que vivimos juntos, con las maravillosas cosas nuevas que estoy viviendo con Keith. Ellos dos no tienen nada que ver», reflexionó. «Lo ideal sería poder celebrar la fiesta aquí. Mejor dicho. Lo ideal sería poder venirme a vivir aquí y nada más».

Sí, eso sería para él un verdadero nuevo comienzo. Compartir su vida con su sol. ¿No sería maravilloso?

Una intensa sensación de apremio en su pelvis le devolvió al aquí y ahora. Tenía la vejiga llena. Y su estómago estaba rugiendo de hambre. Y el frío le había puesto la piel de gallina…

«Lo mejor será que empiece a moverme, y que deje eso de soñar y de hacer planes para otro momento», se dijo, sentándose en la cama, con un bostezo. Le dio otro escalofrío y ya no lo pensó más. Con una carrerita, se refugió a toda prisa en el baño.

***

Mientras Liam comenzaba su día, otro Red Devil acababa de despertar en aquel momento, y también con un escalofrío. Se trataba de Reggie.

Lo primero que sintió fue un estremecimiento, y que se le ponía la piel de gallina en los brazos. No entendió por qué. Le parecía recordar vagamente que estaba metido en un saco de dormir. Entonces, ¿por qué no estaba tapado?

Se movió un poco en sueños, y entonces captó algo nuevo, un aroma. Sentía un olor nuevo y exótico con el que no había despertado nunca antes, y que a la vez, le resultaba familiar y reconfortante…

«¡Es Danny!», pensó, medio embotado aún por el sueño, pero sintiendo un sobresalto de ilusión en el pecho. «¡Está durmiendo a mi lado! ¿No es maravilloso?».

Se movió otra vez para acurrucarse contra el cuerpo caliente y sólido de su compañero, con un ruidito de comodidad. Pero le dio otro escalofrío, y entonces recordó por qué estaba destapado. El saco le dio demasiado calor durante la noche, y lo hizo a un

lado, antes de caer dormido.

Abrió los ojos, tanteando alrededor para encontrarlo y cubrirse con él. Y entonces vinieron a la vez todos los demás recuerdos, de dónde se encontraba, del motivo por el que estaba allí, de lo ocurrido el día anterior, de lo sucedido durante la noche…Todo. Y sintió que una desesperanza inmensa y un cansancio de plomo le caían encima de repente. Le dio rabia estar despierto. Le dio rabia estar aquí. No quería ser el líder sustituto de un grupo de secuestradores. Su lugar estaba con Danny, en Jamaica, recorriendo la isla y viendo sus hermosas cascadas.

La diferencia entre lo que deseaba vivir y la cruda realidad de lo que estaba obligado a vivir fue tan grande y tan injusta, que amenazó con no dejarle respirar. El desánimo le aplastaba.

«Esto del secuestro es una completa locura», se dijo. «Y encima nos vemos en estas por nuestra propia voluntad. Nadie nos ha amenazado con una pistola para que lo hiciéramos. Claro que también es verdad que Jordan sabe ser muy convincente…».

Se sentó en su esterilla, con un ruidito. Los músculos de su espalda protestaron, diciéndole que el suelo estaba demasiado duro para pasar la noche en él. Tenía el cuello tieso y le dolía moverse. Se frotó los ojos, haciendo pequeñas muecas de dolor, y miró alrededor.

El salón continuaba en penumbra. La mesa, las sillas y el sofá se veían todavía como bultos amorfos y oscuros. Y lo mismo sucedía con los cuerpos de sus compañeros, tendidos en el suelo a su alrededor. Todo era silencio, tanto dentro como fuera del apartamento.

Pero a través de la ventana empezaba a entrar una luz distinta, dorada. Aún era muy tenue, pero Reggie sabía que su reloj interno no se engañaba. Debían ser las seis o las seis y media de la mañana.

Su vejiga corroboró esta suposición, dándole un aviso de que necesitaba ir al baño. Reggie movió el cuello a un lado y al otro, tratando de desentumecer los músculos antes de levantarse. Su vista se posó casi sin querer sobre el cuerpo de Jordan.

El otro chico parecía estar dormido. No se movía. Durante la noche, se había vuelto en su dirección, y Reggie podía verle la cara. Se veía pálido con esta débil luz. Tenía los ojos cerrados y el ceño fruncido.

«A saber lo que estará soñando», pensó Reggie.

Sus pensamientos se volvieron hacia Dan. Si él se había despertado rígido y con dolor de cuerpo, ¿cómo se levantaría el otro chico, dolorido como estaba todavía por la pelea que sufrieron ayer durante el secuestro?

Reggie se volvió. Agarró su almohada y la metió como pudo en la espalda de Dan, para tratar de acomodarlo un poco mejor, pero teniendo cuidado de no despertarlo. Tampoco tuvo tiempo de esmerarse demasiado, su vejiga no tenía espera. Sin pensarlo más, se puso en pie, se metió como pudo en las zapatillas, y echó a correr hacia el baño, con todo el sigilo que la prisa le permitía.

***

Ralph despertó poco a poco del sueño profundo propio de la persona agotada que ya no podía más. Tardó unos instantes en descubrir qué era lo que le había despertado… Se estaba clavando uno de los muelles de la cama en la espalda.

No era la primera vez que le ocurría, ni mucho menos, y sabía lo que tenía que hacer, moverse un poco para eludir el maldito muelle. Eso hizo, con un ruidito somnoliento. Sam también se movió, acurrucándose de nuevo contra él en sueños. Ralph le abrazó con cuidado, y el otro chico se quedó quieto. Soltó un

hondo suspiro, entre sus brazos. Ralph abrió los ojos.

Se encontraba tendido ligeramente de costado, con el cuerpo de Sam abrazado al suyo. Tenía la cabeza de su compañero en el hueco de su hombro. Había bastante más luz en el pequeño apartamento que cuando se acostaron, y parecía entrar por la ventana. Desde aquí no podía ver nada de lo que había al otro lado, pero sí podía ver una claridad blanca y algodonosa que iba bañando poco a poco la habitación, y empezaba dibujar los detalles de los objetos. Fuera debía estar amaneciendo.

Ralph apoyó su barbilla en la frente de Sam, mirando hacia la ventana, y le acarició un hombro con una mano.

Sam estaba inquieto por él. Lo demostraba todo el tiempo. Pero anoche, cuando se fueron a dormir, fue más obvio que otras veces…

Ralph hacía como si no se diera cuenta, y bromeaba, y trataba de distraerlo con besos y mimos, pero no era tonto. Notaba la angustia de su compañero. Y le daba pena, y le hacía sentir muy impotente.

«Y todo porque me cogieron robando carteras en el metro», pensó, frustrado. «Si hubiera una manera de limpiar eso… Si hubiera un modo de poder dejar de robar para siempre… ¿Lo ves? Por eso quería dar el gran golpe en el Averno. Ahora a saber si podremos intentar repetirlo algún día…».

Sam interrumpió sus pensamientos, moviéndose y gimiendo en sueños. Debía estar teniendo una de sus pesadillas. Ralph le besó la frente y le cuchicheó:

—Shh… Ya está, cariño. Estoy aquí. Ralph siempre con su Sammy… Ya está…

Sam pareció escuchar su voz, porque se calmó y volvió a quedarse quieto. Ralph le besó la frente de nuevo, volvió a apoyar

su barbilla en ella, y cerró los ojos.

«Si hubiera un medio de quitarte este miedo, lo haría, Sam, lo que fuera», se dijo. «Solo quiero que seas feliz, mi vida. Lo has pasado muy mal durante mucho tiempo, y mereces poder relajarte por fin y ser feliz…».

Ya no pudo pensar más. El sueño le venció poco a poco, y casi sin darse cuenta, se quedó dormido.

Capítulo 2

Reggie salió del baño y se quedó mirando la puerta de William mientras se anudaba el pantalón a la cintura. Todo estaba en silencio en la otra habitación, pero le pareció ver una rayita de luz por debajo de la puerta. El pasillo estaba oscuro —no había encendido la luz para no despertar a sus compañeros—, y la única iluminación que había era la que llegaba desde el salón, muy pobre y macilenta, la rayita de luz que entraba por debajo de la puerta de hierro, a su izquierda, y… La de la puerta de William.

«¿Estará despierto?», se preguntó. «¿Tan pronto? ¿Qué le pasará?».

Abrió oído, por si hubiera algún sonido al otro lado que no hubiera escuchado antes, pero no logró captar nada. Ni un sollozo, ni un movimiento… Ni siquiera un ronquido.

«A lo mejor no puede dormir. ¿Y quién podría, de estar en su situación?», se dijo Reggie. «En todo caso, me alegro de haberle pedido la lámpara a Jordan».

¡Jordan! Al acordarse de él, sus ojos se fueron por sí solos al cerrojo de la puerta de William, con un pequeño sobresalto. ¡El candado!

Ayer por la tarde decidió dejar de ponerlo, desobedeciendo así una orden expresa de Jordan. Pero William le había dicho que le daba mala espina escucharlo, y que temía quedarse encerrado si hubiera algún incendio, y Reggie se puso en su lugar, y comprendió que tenía razón. Además, pensándolo con frialdad, era una medida excesiva. Mientras el cerrojo estuviera echado, William no podría escaparse. No necesitaban ningún candado…

¡Ah, pero estaba Jordan! Y la relación entre Jordan y Reggie no se encontraba en su mejor momento. El batería se fue a la cama inquieto, porque no sabía si Jordan había visto que faltaba el candado o no. Dan trató de calmarle como pudo, pero el miedo seguía dentro.

Con lo tensas que estaban las cosas entre ellos, si Jordan veía que el candado no estaba cuando viniera al servicio, la iban a tener… Y Reggie era un chico pacífico, y estaba cansado y abrumado por las preocupaciones. El concierto era mañana por la tarde, y no podía ensayar. Nadie sabía aún cómo acabaría este tema del secuestro. Troy no parecía dispuesto a rendirse. Jordan estaba extraño. Nadie sabía si volvería a marcharse a su casa en cuanto se hiciera de día. Y entonces Reggie volvería a quedarse a cargo de todo, también de William, y de tener que llamar a Troy…

«Ahora habría sido un buen momento para poner el maldito candado», se dijo. «Solo durante un rato. Estoy casi seguro de que Jordan se irá a su casa por la mañana. Entonces lo quitaré otra vez, y lo dejaré así. Pero mientras Jordan esté aquí, pululando por el apartamento…».

Se palpó los bolsillos con ambas manos, y entonces se dio cuenta de que estaban vacíos. Las llaves, el candado, el tabaco… Todo se había quedado en los bolsillos del otro pantalón, el negro que tuvo puesto ayer durante todo el día. Y este estaba dobladito sobre el sofá…

¿Qué debía hacer ahora? ¿Ir a buscarlo de puntillas, y

regresar aquí para poner el candado de marras?

«No», se contestó. «Para empezar, allí no se ve lo suficiente. Tendría que tantear en los bolsillos, a riesgo de dejar caer las llaves y despertar a todo el mundo. Porque tampoco quiero encender ninguna luz… Y por lo mismo, porque despertaría a todo el mundo. Y de eso se trata, de colocarlo antes de que Jordan despierte… ¡Maldita sea! ¡Qué dilema!».

Por otra parte… ¿De verdad debía tomarse tantas molestias por este asunto? ¿Y si Jordan no se dio cuenta anoche? ¿Y si tampoco se daba cuenta hoy? O mejor aún. ¿Y si sí lo había visto, pero le daba lo mismo?

«Sería muy raro, pero ¿quién sabe?», se dijo. «Jordan me está demostrando que no le conocía en absoluto…».

En todo caso, estaba claro que no podía ir a por el candado sin arriesgarse a despertarle, así que tal vez fuera mejor dejarlo todo tal como estaba.

«Además, no puedo pensar, demonios», se añadió. «Necesito el café».

Reggie tenía la costumbre de tomar una taza de café solo, recién hecho, sin edulcorar, a primera hora de la mañana, nada más despertar, acompañado de un cigarro. Le ayudaba a despejarse y a centrarse en las tareas que tuviera que hacer durante el día. Llevaba años repitiendo este ritual cada mañana. Hasta que no se tomara el café, Reggie no podría pensar.

De modo que le dirigió una mirada al cerrojo, con el ceño fruncido, se encogió un poco de hombros, y se dirigió de regreso al salón, sin hacer ruido, para ir a prepararse su taza. Ya se ocuparía del candado más tarde…

***

Mientras Reggie cerraba la puerta de la cocina en silencio y empezaba a indagar en las bolsas que trajo ayer Jordan para prepararse su café, Troy salía de la ducha por fin, enrollando una toalla en su cintura, y se quedaba mirando su imagen en el espejo.

El hombre que tenía ante sí estaba pálido y demacrado, y parecía exhausto, al límite de sus fuerzas. Habían tenido que caminar a un par de manzanas para encontrar un contenedor que no estuviera desbordado de bolsas de basura, y el paseíto le había dado la puntilla. A estas alturas, para lo único que servía era para ponerse una ropa cómoda y echarse a dormir.

«Y sin embargo, mi cabeza no para», se dijo. «Me falta Will. Se nota su falta más que en ningún otro momento. Y estoy frustrado y preocupado, porque… Yo sé que nosotros no hemos hecho saltar la alarma, pero… ¿Y si Jordan sospecha que hemos estado allí? ¿Te crees que no lo va a sospechar? ¿Y si cree que he sido yo el que ha activado la maldita alarma? ¿Y si ha tomado represalias contra William? Lo tiene allí, a su merced. Will no puede escaparse ni defenderse…».

Se frotó la frente con una mano. Seth estaba preparando tila para los tres, y él lo agradecía. Sabía que la iba a necesitar.

Se miró la mejilla herida, tirando un poco de la piel con los dedos para verla mejor. El hematoma estaba entre amarillo y violáceo, y le ocupaba todo el pómulo. Descendía en dirección a su mandíbula, aunque se interrumpía a mitad de camino. El pequeño apósito se le había caído durante la ducha, y había tenido que tirarlo a la papelera. Ahora en su lugar lucía la pequeña laceración que había estado debajo. Estaba enrojecida e inflamada, pero ya no sangraba, y una costra cubría la herida.

Se pasó la mano por la barbilla y por la otra mejilla. Estaba empezando a salirle barbita. Los pelitos picaban un poco, sobre todo bajo su labio inferior, en el hueco entre este y su barbilla.

«Pues se va a quedar así, ni me planteo afeitarme», pensó. «Ese hematoma es enorme y me va a hacer ver estrellitas. Además, a Will le gusta de todas formas… Ojalá pueda volver a verle mañana… Bueno, hoy. ¿A qué día estamos, por favor?».

Se rascó el pelo húmedo, con un pequeño bostezo. Pudiera ser que a William le gustara su barbita, pero seguro que no le iba a gustar verlo demacrado, con ojeras, y medio dormido. Sería mejor que se diera prisa.

Con este pensamiento, salió del baño y echó una carrerita a su cuarto para vestirse.

***

Mientras Troy se metía deprisa, bostezando, en una camiseta y un pantalón de chándal limpios, en el pequeño apartamento del Bronx, Dan Nobody se daba la vuelta en sueños y buscaba por instinto el cuerpo de Reggie para acurrucarse contra él. Se había pasado gran parte de la noche tendido del lado derecho, que era como menos le molestaba el costado, pero ya empezaba a estar incómodo, y le dolían la espalda y el cuello. Además, echaba en falta el calor del cuerpo de Reggie a su espalda. ¿Dónde estaba?

Apenas se hubo girado, se encontró con dos sorpresas inesperadas. La primera fue una almohada colocada en sus lumbares que, si bien le mejoró la rigidez por haber dormido sobre el duro suelo, y su cuerpo la agradeció bastante, también le puso más difícil aquello de darse la vuelta…

La segunda sorpresa fue la ausencia del cuerpo de Reggie. Dan tanteó en su esterilla, buscándole, sin abrir los ojos, pero solo encontró el sitio. Su saco de dormir estaba hecho un lío a la altura de su cintura. Hasta donde podía palpar con su brazo extendido, no había ni rastro de Reggie.

Confundido, se sentó sobre su esterilla, no sin esfuerzo y haciendo muecas para tratar de retener los gemidos de dolor. Se frotó los ojos con las manos y miró alrededor.

El salón estaba en penumbra. A través de las cortinas echadas de la ventana entraba la tenue claridad que había justo antes del alba. Los muebles se veían como objetos oscuros con formas extrañas.

Lo primero que hizo fue mirar a su derecha. Little B dormía a pierna suelta, metido dentro de su saco. Lo único que podía ver de él eran sus ojos cerrados y las puntas de sus dedos, que asomaban por el borde superior del saco.

Más allá estaba Jordan. También parecía dormir, pero con sueño tenso e inquieto. Su rostro se veía muy pálido con esta luz, y tenía el ceño fruncido.

A su izquierda estaba el lugar de Reggie. Lo único que Dan podía ver eran la esterilla, el saco hecho un lío, y su almohada. Era la que había estado colocada en sus lumbares.

Más allá estaba Paul, de espaldas a él, convertido ahora en un bulto amorfo y oscuro debajo de su saco. También parecía dormir.

«¿Dónde estará Reggie?», se preguntó Dan. «¿Habrá ido al baño? Porque no creo que haya salido a fumar tan temprano…».

De pronto, una idea descabellada y a la vez totalmente posible le cruzó la mente como un relámpago y se negó a marcharse. ¿Y si Reggie se había ido? No al callejón a fumar, sino ido del todo, a su casa. ¿Habría abandonado la misión? ¿Les habría abandonado a ellos aquí? ¿Le habría abandonado *a él*?

«¡Es un disparate! ¡Reggie no haría eso!», se contestó.

«¿Por qué no?», dijo la otra mitad de su mente. «Las cosas con Jordan no están bien. Reggie tiene derecho a estar harto y a

dejarlo aquí, que se las componga como pueda. Además, el concierto de mañana es muy importante para él. Y el pobre no puede ensayar por culpa de todo este asunto. ¡Debe estar de los nervios!».

«Sí, pero Reggie no haría eso», se repitió. «¡Reggie no nos haría eso! ¡Sabe que William le necesita, que todos nosotros le necesitamos! ¡Reggie no es la clase de persona que abandona a los demás! Y estoy yo… ¡Le importo, lo sé! Reggie no se iría en mitad de la noche como un ladrón, sin decirme nada. ¡Él no es así!».

«¿Y tú qué sabes?», le contestó la otra mitad de su mente, llorosa. «¿Acaso le conoces de algo? No sabes nada de él. Y después de lo que ocurrió anoche…».

«¡Cállate!», se contestó. «¡Me niego a seguir escuchándote!».

Pero la ansiedad ya se había cerrado con su puño de acero en torno a su corazón. Lo sentía latiendo con fuerza, y le costaba respirar. Él estaba enamorado de ese hombre. Si Reggie les había abandonado, Dan habría estado creyendo un engaño, una mentira…

«Era demasiado hermoso para ser verdad», le dijo su mente, llorosa. «¡Y tú tienes la culpa! Le forzaste demasiado anoche. Fuiste impaciente y pediste demasiado de él. Reggie se asustó y se marchó, normal. Ahora le has perdido para siempre… ¿Y qué va a ser de nosotros, con William, con Jordan…?».

«¡Oh! ¿Quieres callarte?», se contestó, llevándose una mano al pecho para tratar de controlar los latidos desbocados de su corazón.

Entonces se dio cuenta Dan de dos cosas que no había notado antes, por estar absorto en sus propias dudas y angustias. La puerta de la cocina estaba cerrada, pero se veía una rendija de luz por debajo. Y había un vago olorcillo a café…

«¡Reggie, por Dios bendito!», pensó, soltando un profundo suspiro de alivio. «¿Cómo he podido pensar tan mal de ti? ¿Cómo se me ha ocurrido siquiera imaginar que nos abandonarías?».

Se le había ocurrido porque Reggie era un hermoso sueño, por eso. Y Dan no quería perderle. Lo de anoche no estaba resuelto, no del todo. Ahora bien, tal vez había llegado el momento de hacerlo.

«Sí, cuanto antes», se dijo. «No quiero ese malentendido clavado como una astilla entre nosotros. Además, es mejor hablarlo ahora, mientras nuestros amigos duermen aún».

Sin pensarlo más, se puso en pie. El costado le dio una pequeña punzada, pero la ignoró y caminó, de puntillas, en dirección a la cocina…

***

Mientras Dan se acercaba, con el corazón aún palpitante, a la puerta detrás de la cual estaba su amor, Troy tomaba un sorbo de su taza de tila, con cuidado de no quemarse. Sacudió luego la cabeza.

—¡De ningún modo, Seth! —dijo, tozudo—. ¡No pienso dormir en esa cama! Es demasiado grande para mí solo. Y fría. Y sin Will…

—Troy, entiendo que le eches de menos, pero necesitas descansar —habló Seth con santa paciencia.

—¿Y si llama el detective para darnos alguna noticia?

—¿Tan temprano? No lo creo.

—¿Qué hora es?

—Las seis y media de la mañana.

—¿Del viernes?

—M-m.

—El concierto es mañana entonces.

—Sí.

—Joder…

—Troy…

—Sí, sí. Estoy agotado, tienes razón. Pero me echaré una cabezadita aquí mismo y…

—No creo que puedas descansar mucho en un sofá.

—Que sí, ya lo verás.

Mientras hablaba, Troy había soltado su taza sobre la mesita baja y se iba enroscando en el sofá, con la cabeza apoyada en uno de los brazos del asiento. Bostezó.

—Así, si llama el detective, podré contestar en seguida —murmuró, con voz somnolienta.

—No va a llamar tan temprano —repitió Seth.

—¿Y si llama el secuestrador?

—¿A las seis de la mañana?

—No, a las ocho. Para recordarme que tengo hasta las nueve para disolver el grupo, y meterme prisa —respondió Troy, ocultando otro bostezo en una mano.

—No creo que lo haga.

—¿Y si llama Ralph?

—Pero, ¿de verdad has creído que ese ladronzuelo nos va a llamar?

—Nunca se sabe, Seth. Parecían sinceros…

Seth observó que al dragón se le empezaban a cerrar los párpados solos y se volvió para dar una voz por el pasillo.

—¡Austin! ¿Puedes traer una mantita de la habitación de música?

—¡Voy! —repuso Austin desde las habitaciones.

Seth se quedó mirando de nuevo a Troy, con una sonrisita tierna.

—¡Mírate! —le dijo, señalándole con una mano—. ¡Echándote a dormir al lado del teléfono! ¡Con lo poco que te gusta un teléfono! Quién te ha visto y quién te ve, dragón.

—Es Will, Seth. El pobre se está llevando la peor parte —murmuró Troy, con los ojos cerrados, medio dormido ya.

Seth estiró el cuello para ver el contenido de la taza que su compañero había dejado sobre la mesita.

—Solo te has tomado media tila —dijo—. ¿Estás seguro de que…?

Un suave ronquido le interrumpió. Seth volvió a mirarle, sorprendido. ¿Ya se había dormido? ¿Tan pronto?

—Aquí está la mantita —dijo la voz de Austin—. ¿Para qué la querías?

Seth se volvió para mirarle. El batería venía recién salido de la ducha, con el pelo húmedo aún, la ropa limpia, recién afeitado y

oliendo a colonia. Tenía la expresión cansada y preocupada. Estaba para comérselo, pero Seth prefirió no pensar en eso ahora.

—Para el dragón —contestó—. Se ha quedado frito.

Se puso en pie, soltando su propia taza también sobre la mesita, y añadió:

—Anda, ayúdame a taparlo, que no coja frío. También necesitaremos mantas para nosotros. ¿O tú piensas echarte en la cama?

—No —repuso Austin, encogiéndose de hombros, como dándolo por hecho. Desdobló la manta y se acercó a Troy, explicando en voz baja—: Troy le echa un par a casi todo en esta vida, pero si suena el teléfono… Bueno, nos necesitará a su lado, ¿no crees?

—Estoy de acuerdo —dijo Seth, cubriendo los hombros de Troy con la manta.

Dejó luego a Austin la tarea de taparle los pies y de arroparlo bien, y se fue a las habitaciones a por mantas y cojines para ellos dos. Estaba saliendo el sol, y más que hora de acostarse, era la hora de levantarse y de empezar el día. Pero los Dragon Riders estaban exhaustos, y necesitaban descansar un poco, para poder ser capaces de hacerle frente a lo que fuera que les deparase este viernes que acababa de amanecer. Ojalá fuera la liberación de William y el final de toda esta pesadilla. Ojalá…

Capítulo 3

Reggie estaba de pie, con la espalda apoyada en la pared de azulejo que había entre la mesa de madera y la lavadora. Aún tenía puesta la ropa que habían usado todos para dormir, no se había atrevido a cambiarse para no hacer ruido. Sostenía una taza de café

recién hecho en una mano y un cigarro en la otra. Había tenido que abrir uno de los cartones de tabaco que trajo ayer Jordan, de nuevo, para no hacer ruido hurgando en los bolsillos de su otro pantalón. Pero eso era un mal menor. El paquete aquel estaba casi vacío de todas formas. Y de esta manera no se encontraba con el candado, y tendría algunos minutos para descansar de este dilema.

El silencio era absoluto en el pequeño apartamento. Reggie se llevó la taza a los labios. Estaba muy caliente. Sopló un poco la superficie del líquido, con la idea de quemarse lo menos posible…

Y en ese momento, la puerta de la cocina se abrió, tan solo una rendija, y una voz dulce y juvenil cuchicheó:

—¿Reggie? ¿Puedo pasar?

***

En efecto, la luz de la cocina estaba encendida, y el olor a café se hizo más intenso cuando Dan entreabrió la puerta. La mesa de madera estaba llena de bolsas de plástico, y también había objetos de todo tipo en la encimera y el fregadero. Pero Reggie estaba allí, y Dan se permitió soltar un suspiro disimulado de alivio.

El otro joven estaba de pie, aún con la ropa con la que habían dormido, con una taza en la mano. Tenía los rizos húmedos, como de haberse aplacado el cabello con un poco de agua, y cara de estar medio dormido.

En el momento en que Dan se asomó, se llevaba la taza a los labios, y los tenía fruncidos, en actitud de estar soplando sobre ella. Levantó la vista al oírle. Sus ojos azules le miraron, aunque sus labios mantuvieron la misma mueca. Pareció un poco sorprendido durante un instante, y al fin, bajó la vista de nuevo, se lamió los labios y murmuró:

—Claro.

Antes de tomar un sorbo de su taza.

***

El café quemaba de veras. Reggie tuvo que hacer una mueca de dolor y apretar los párpados para que no se le saltaran las lágrimas. ¡Demonios! Debería haberlo dejado enfriar un poco. Frustrado, dejó la taza sobre la mesa de madera, en un hueco que hizo a la fuerza, empujando una bolsa y apartando una servilleta de papel. Tomó luego una calada de su cigarro.

El corazón le latía con tanta fuerza dentro de su pecho, que casi podía sentirlo en su garganta. La voz de Dan era tan bonita… Podría amanecer todos los días de su vida escuchándole hablar, aunque fuera en susurros, como ahora. ¿Y su carita? Un poco tímida, un poco insegura, como si temiera molestarle, pero con una sonrisa encantadora.

El otro chico entró y cerró de nuevo a su espalda, mientras Reggie soplaba el humo al techo. A decir verdad, él también se sentía inseguro. No había olvidado lo de anoche, todo lo contrario. A la luz del día —o para ser más exactos, la luz de la cocina—, se sentía aún más patético. Esperaba que Dan no abordara el tema. Si fuera por él, preferiría olvidarlo cuanto antes; a nadie le gustaba sentirse patético en presencia de la persona de quien estaba enamorado. Pero Dan Nobody, siendo como era, tenía que tener otras ideas…

***

Dan entró en la cocina, sintiéndose una vez más como si anduviera sobre suelo helado. Reggie no había vuelto a mirarle. Estaba fumando, mirando al techo y a la pared de enfrente. Parecía de

nuevo tímido y retraído, como lo estuvo ayer por la tarde. No había que ser muy listo para deducir el motivo.

«A ver cómo lo hago para abordar el tema sin espantarlo», pensó Dan. «Porque algo me dice que él no lo va a hacer. Y necesitamos aclarar esto».

—¿Interrumpo tu momento a solas? —preguntó cautelosamente.

—No —contestó Reggie.

Su voz sonaba aún más grave y rasposa de lo habitual. Era impropia de una cara en apariencia tan delicada y de un cuerpo tan delgado. Atraía a Dan como un imán irresistible. Le daban ganas de acercarse a él, rodear su cuello con los brazos y morderle la boca despacito, mientras se apretaba contra él con todo su cuerpo, para sentirle más y mejor.

«Ni se te ocurra», se advirtió a sí mismo. «Por culpa de esa impaciencia que tienes y esa ansia, tenemos que arreglar un malentendido en primer lugar. Te prometiste que bajarías el ritmo. ¡Recuérdalo!».

Era una lástima, porque le encantaría poder obsequiar a ese ángel rubio con un besito de buenos días en condiciones, pero tendría que esperar a otra ocasión. Era evidente que le había interrumpido, aunque Reggie hubiera dicho lo contrario. Lo menos que podía hacer a cambio era darle su espacio, respetarle, y no ser pegajoso.

—Huele bien —comentó, tratando de sonar despreocupado—. ¿Qué es? ¿Café?

Estiró el cuello para ver el contenido de la taza roja de Reggie. Este hizo un ruidito de asentimiento. Y sí, hasta donde Dan podía ver, el líquido del interior de la taza era negro y humeante.

Hizo una pequeña mueca de repugnancia. El café solo le parecía demasiado amargo, más a primera hora de la mañana. Se volvió hacia el frigorífico, diciendo:

—¿Hay otra cosa? ¿Zumo? ¿Leche?

—Hay batidos —contestó Reggie.

—Ah. Es una buena opción.

Dan inspeccionó el contenido del frigorífico con creciente hambre. Ante él estaba el resto que sobró de la tarta. Había otras cosas, metidas en bolsas de plástico. También había fruta, y en la puerta, varias cajas pequeñas de batido, de chocolate y de vainilla. Tomó una de este último y sacó la pajita de su envoltorio.

—Oye, Reggie. Acerca de lo de anoche… —comenzó.

—¿M?

—Bueno, quería pedirte perdón.

—¿Perdón? ¿Tú a mí?

—Sí. Fui demasiado deprisa, y tú eres más tímido. No me di cuenta hasta que te apartaste, esa es la verdad. Pero desde ahora prometo ir a tu ritmo. Lo que tú necesites.

Mientras hablaba, Dan introdujo la pajita en la caja de batido. Quería ser adulto y mirar a Reggie a los ojos, pero se le iban de vuelta a la tarta una y otra vez. Sabía que no debía, que era de mala educación y todas esas cosas, pero parecía estar llamándole, y su estómago estaba impaciente… Titubeó unos instantes, con la caja de batido en una mano, y esta sobre la puerta del frigorífico para cerrarla… Y al fin, no pudo aguantar más y alargó la otra mano hacia la tarta. Tomó un poco de nata en un dedo y se lo llevó a la boca. Cerró los ojos, soltando un «mmm» de placer. Aquella tarta estaba deliciosa.

Y entonces escuchó una tos a su espalda y recordó dos cosas.

Primera: no estaba solo.

Segunda: quería arreglar el malentendido con Reggie… ¡No provocarle!

***

Reggie no podría decir lo que sintió cuando vio a Dan meterse el dedo lleno de nata en la boca y saborearla. El gesto le pareció lascivo, por decir algo. Se le fue directo a las partes nobles, y tomó aire bruscamente.

Demasiado bruscamente, porque había olvidado que estaba fumando, y el humo le ocupó todos los pulmones, o eso le pareció a él. Empezó a toser como un desesperado, con una mano delante de la boca para hacer el menor ruido posible. Aunque en verdad, estaba tan ahogado, que solo le salieron pequeñas tosecillas entrecortadas, más propias de un conejo anémico que de un rockero de veintiséis años.

Dan se le quedó mirando sin comprender, con el dedo en la boca. Reggie habría querido hablar, pero le era imposible. Tenía los ojos llorosos, la cara hirviendo de sonrojo, y las toses no paraban…

Por suerte para él, Dan reaccionó en seguida. Miró su propia mano, que seguía en su boca, abrió grandes ojos, y retiró el dedo, con un respingo. Puso aquella mano detrás de su espalda y cerró la puerta del frigorífico con un pie, murmurando:

—Lo siento.

Parecía todo avergonzado. Era evidente que no lo había hecho a propósito para provocarle. Pero Reggie era un mono

salido, y sus neuronas calenturientas habían tenido que tomarlo por donde picaba.

«Ay, ¿qué voy a hacer con mi vida?», se preguntó.

***

Reggie parecía incapaz de dejar de toser. Tenía los ojos llorosos y toda la cara de color rosa. Se llevó la mano abierta al esternón, como si le doliera, mientras las tosecillas tímidas y secas seguían sacudiéndole entero.

—¿Estás bien, Reggie? —preguntó Dan, preocupado.

—Sí —dijo el otro chico con voz ronca, entre dos toses—. Es esta mierda, que se me ha ido por mal sitio.

Le mostró la colilla de su cigarro, antes de arrojarla a un vaso de plástico de los que estaban en el fregadero, medio lleno de agua. Tosió una vez más y carraspeó, llevándose de nuevo su taza a los labios. Bebió un sorbo.

—¿Se te va pasando? ¿Estás mejor? —insistió Dan.

Reggie asintió varias veces. Ya no tosía, pero sus ojos seguían húmedos por el esfuerzo, y se le había puesto la cara de color fucsia.

Dan suspiró. Tomó un sorbo de su batido a su vez, pensativo. Vaya mal comienzo para una conversación como esta. Debería haber hablado primero, y luego haber pensado en comida. Pero tenía hambre, y estaba nervioso, y…

¿Por qué se había quedado Reggie mirándole de esa manera? Parecía asombrado, y parpadeaba como si estuviera viendo una aparición. ¿Qué podría pasarle ahora?

***

Reggie no podía creerlo. ¡Dan estaba succionando el batido por una pajita! La forma de esa boca tan carnosa y sensual y de sus mejillas, una vez más, fue un estímulo irresistible para sus recalentadas neuronas. Su mente le sugirió que la carita del chico debía verse exactamente así mientras le hacía un favorcillo. Y a Reggie, solo con imaginárselo de rodillas ante él, con su… «En fin» metido en la boca… Pues eso, se le ponían las piernas flojas. Ah, y el «en fin» duro. Cosa que era exactamente lo que él *no* quería que le volviera a ocurrir. Ya se avergonzó anoche a sí mismo lo suficiente. No necesitaba una segunda dosis de lo mismo, muchas gracias.

«He debido darme un alivio rápido cuando fui al baño antes», pensó.

Tal vez, pero no se le ocurrió. ¿Y ahora qué? Porque tenía a Dan sorbiendo su batido del modo más inocente del mundo, y a la vez, del modo más lascivo, mirándole, y él estaba aquí, paralizado, sin saber qué hacer ni qué decir, porque ni siquiera recordaba de qué habían estado hablando en primer lugar…

Por suerte para él, tenía al menos una neurona con recursos. De los confines de su mente, le vino una idea, y se apresuró por ponerla en práctica.

***

Dan no entendía nada de nada. Reggie se había quedado mirándole con grandes ojos y la taza de café a medio camino hacia su boca. Ya iba a preguntarle qué le pasaba, cuando de pronto el otro chico se sacudió un poco, como para despertarse de alguna ensoñación. Carraspeó de nuevo, y le dijo:

—Ah… Danny, cariño. ¿Te gusta tomar el batido con pajita?

Dan dejó de beber. Le echó una ojeada a su caja, confuso. ¿A qué venía aquella pregunta?

—Am… No especialmente. Me da igual. ¿Por…?

Fuera lo que fuese, aquel «Danny, cariño» le había convertido en gelatina, así que haría lo que dijera Reggie, por absurdo e irracional que fuera.

—¿No sería más cómodo tomarlo aquí? —preguntó el otro chico.

Soltó de nuevo su taza sobre la mesa para indagar con las dos manos en una de las bolsas. Sacó un vaso de plástico limpio y se lo ofreció. Dan lo tomó y empezó a verter el batido en él, diciendo:

—¿Hay algún motivo en especial? ¿Temes que me trague la pajita, o…?

—No, es más bien… ¿Cómo decirlo? —Reggie se frotó el flequillo, con una mueca de incomodidad—. Es que tú no te ves a ti mismo, mi vida, pero te pones…

—¿Me pongo? ¿Cómo me pongo? —preguntó Dan con curiosidad, tomando un sorbo de su vaso.

Reggie soltó un expresivo:

—¡Precioso! Te pones precioso, eso es. Y a mí se me pone el… «En fin» en pie de guerra, ¿entiendes?

A Dan se le escapó una carcajada, no pudo evitarlo. Pero el batido se le fue por mal sitio, y ahora fue su turno de empezar a toser. Se cubrió la boca con una mano, mientras forzaba al líquido a ir por donde debía. ¡El «en fin»! ¡Oh, por favor! ¡Reggie era

único!

***

Dan tosió un par de veces, de modo mucho más educado y elegante que él, en la humilde opinión de Reggie. Sus ojos también se pusieron húmedos por el esfuerzo, como le había pasado a él, pero le miró con ilusión y cuchicheó:

—¿Se te pone? ¿En serio?

—M-m —asintió Reggie.

—¿Por un batido? —insistió Dan, incrédulo.

—No, cariño. Por la pajita —especificó Reggie.

Y enterró la cara en su café.

Dan murmuró un «¡oh!», como si solo ahora hubiera caído en la cuenta, y se quedó mirándole con grandes ojos, cubriéndose la boca con una mano. Al fin, soltó una risita avergonzada y dijo, sacudiendo la cabeza:

—Reggie, está visto que no sé hacer esto. Mi intención era pedirte perdón en condiciones por lo de anoche, y prometerte que bajaría el ritmo. Eres un gran romántico, y creo que pedí demasiado de ti. ¡Pero ya me ves! Solo hago provocarte sin querer, y avergonzarme a mí mismo.

Se encogió de hombros, con una sonrisita de excusa. Reggie sintió que se derretía, pero ahora no ya de lujuria, sino de pura ternura.

—¡Oh, cariño! —contestó, maravillado—. No eres tú quien tiene que pedir perdón. ¡Soy yo!

***

Dan se quedó mirando a Reggie, asombrado.

—¿Tú? —repitió sin comprender—. Pero, ¿por qué?

—¿Tengo que decirlo? —repuso Reggie, aún con la cara de color rosa—. ¿No me ves? Me empalmo por lo más mínimo… Anoche estuve a punto de correrme…

—¿En serio?

Reggie asintió, mirando al suelo.

—¿Por eso paraste? —insistió Dan.

Reggie volvió a asentir. Dan murmuró:

—Creí que fue porque yo había ido demasiado rápido.

Reggie hizo un gesto irónico, con una sonrisita torcida.

—Fui yo quien iba a toda velocidad, créeme. Por eso estuve a punto de correrme antes de tiempo.

—¡Oh, cariño!... ¡Y pensar que creí que necesitabas bajar el ritmo…!

Reggie negó en esta ocasión, decidido.

—Te aseguro que es más bien lo contrario —contestó.

Dan volvió a reír. Se sentía de nuevo más feliz e ilusionado que en mucho tiempo. Sin pensarlo, soltó su vaso sobre la mesa, y abrazó a Reggie con fuerza. Primero se encontraba con la sorpresa de que no se había ido durante la noche… Ahora le decía esto…

—Te quiero tanto, Reggie… —cuchicheó, estrechándole

contra sí, emocionado—. Eres lo más maravilloso que me ha pasado en la vida.

***

Dan le abrazó, y Reggie se quedó por un primer momento paralizado por la sorpresa. El cuchicheo del otro chico le sembró escalofríos por la espalda. Su abrazo, espontáneo y sincero, se le fue directo al corazón.

Enternecido, dejó su taza sobre la lavadora, y rodeó el cuerpo de su compañero con sus brazos. Se fundió agradecidamente en el abrazo, cerrando los ojos y apoyando la barbilla en su hombro.

—Entonces… ¿No opinas que soy patético? —murmuró.

—Claro que no, tesoro —respondió Dan—. Todos los comienzos verdaderos son difíciles e incómodos.

—¿Tú crees?

—¡Sí! Por eso hay que hablar, y entenderse… —Dan le dejó un sonoro beso en la mejilla—. Gracias por ser siempre tan sincero. —Apretó su cara contra la de él, y repitió, más bajito—: Te quiero tanto…

Reggie ronroneó de placer. Era un placer distinto, no sexual, y por tanto, menos intenso, pero llenaba poco a poco cada rinconcito de su corazón, extendiéndose como una marea invisible y cubriéndolo todo. Se sentía cómodo, agradecido, querido… Se sentía comprendido y respetado… Se sentía a salvo…

La sensación de ser patético se disolvió en todas aquellas otras sensaciones buenas y desapareció para no volver. Y en el corazón de Reggie solo quedaron el agradecimiento, la ternura y el amor.

El amor… Eso era lo que había invadido su corazón como una marea invisible. Reggie por fin había podido conocer el sentimiento, el verdadero amor. Y decir que se sentía feliz era quedarse corto…

Capítulo 4

Mientras Reggie se fundía en el abrazo, otro Red Devil estaba haciendo un descubrimiento interesante.

Liam se había vestido deprisa y había ido a la cocina a prepararse una taza de café. Él no era como Reggie, y le gustaba tomarlo con leche y con bastante azúcar. Cuando lo tuvo listo, se dirigió al salón, con su taza en la mano, bebiéndolo a pequeños sorbos.

La casa se veía muy grande y se sentía como vacía sin Keith. Estaba allí sin estar, en todas partes, en la guitarra acústica que reposaba sobre su soporte, junto a la mesita del teléfono… En el pequeño amplificador que adornaba una de las estanterías, tan pequeño en verdad que parecía de juguete… Estaba en las esculturas africanas de ébano que tenía junto al amplificador… En el tapiz con motivos étnicos y colores terrosos que colgaba de la pared…

Estaba sin estar, y Liam se sentía como un intruso. De hecho, tuvo que recordarse a sí mismo que estaba allí con el permiso de Keith, que este casi le pidió que le esperase —de nuevo, lo dijo sin decirlo—, y que le había asegurado que podía deambular a sus anchas y comer lo que quisiera. Pero él nunca antes había estado aquí sin Keith. Tal vez por eso se sentía un intruso, curioseando en el espacio personal de su compañero.

La ventana del salón también miraba a Central Park, como la del dormitorio. En la calle la claridad continuaba aumentando, de modo lento pero seguro. En el interior de la casa, cada vez se

podían distinguir mejor los detalles de los objetos.

Liam estuvo curioseando un poco por todas partes, sin tocar nada, antes de ir a fijarse en las fotografías que su amigo tenía sobre el mueble. Las había visto antes, por supuesto, pero nunca las había observado con verdadero detenimiento. Solo sabía que estaban allí. Ahora en cambio se detuvo un ratito delante de cada foto.

Después de lo que había ocurrido entre ellos, el mundo se veía de modo distinto, y Keith también. Lo que para Liam antes había sido una pasión tremenda, casi obsesiva, por la guitarra, se había convertido en un rasgo tierno del carácter de Keith. Lo que en otro tiempo consideró una afición curiosa por lo tribal y lo étnico, ahora se había convertido en un detalle adorable. Las fotos, que en otro momento no le habían llamado la atención, ahora le parecían una interesante fuente de información, porque le hablaban sin palabras de lo que era importante para Keith, de las personas y los recuerdos que guardaba más cerca de su corazón.

Todas las fotos que había sobre el mueble estaban enmarcadas. Había una de color sepia, en la que un señor con poblado bigote miraba muy serio a la cámara. Iba vestido de militar, pero el uniforme recordaba a los del siglo XIX. Tal vez fuera el que llevaban los soldados del norte, en la guerra civil que asoló Estados Unidos. Liam nunca había sido bueno para memorizar detalles de los uniformes ni para recordar fechas.

«Debe tratarse de algún antepasado de Keith», se dijo, tomando un sorbo de café.

La foto estaba en un marco sobrio de color plateado. El hombre tenía porte orgulloso, pero a Liam casi le pareció adivinar un eco de la mirada amable y empática de Keith en sus ojos claros…

Junto a ella, había una foto de una familia, también en un marco plateado. Esta estaba en color, aunque no parecía ser

reciente. El hombre y la mujer vestían ropa de los años sesenta. Él era rubio, y llevaba la raya a un lado y el pelo corto. Ella era morena, y lucía un voluminoso peinado de los que se llevaban en la época. El bebé que sostenía entre sus brazos miraba a la cámara muy serio. También era rubio, y llevaba una especie de batón blanco con encajes. No había modo de saber si era niño o niña, pero Liam tuvo la sensación de que aquel regordete bebé era el propio Keith en el día de su bautizo. La mirada de sus ojos, desde luego, era la misma.

Sonrió un poquito con ternura al recordar cómo había tenido esta noche a su compañero, primero impaciente entre sus brazos, luego entregado al placer, con su hermoso rostro relajado y el cabello esparcido sobre la almohada, y luego dormido, acurrucado contra su cuerpo, con la cabeza metida en el hueco de su hombro.

—Te has convertido en un hombre maravilloso, pequeñín —le dijo al bebé de la foto—. Tus padres pueden estar orgullosos de ti.

Con otra sonrisita, pasó ahora a la última foto, la más grande. Estaba apaisada, en un marco dorado. Liam la conocía ya, y de hecho, poseía una copia, pero de nuevo, hoy le pareció que la veía con nuevos ojos…

En la foto aparecía el grupo al completo. Se la hicieron haría unos cuatro años. Creía recordar que la sacó Walter, después de terminar su concierto anual, durante el afterparty. Luego hizo copias para todos ellos, por eso Liam tenía una. Pero la suya estaba en un álbum, metida en alguna caja, junto con otras fotos del grupo y de las giras y tal. ¿Por qué tendría Keith esta foto aquí?

Según su punto de vista, no era de las mejores que se habían hecho. Se encontraban en el vestuario de los Yankees, medio desnudos, medio borrachos, y haciendo tonterías. La sonrisa de Jordan era preciosa y sincera, y apretaba un puño en el aire,

haciéndole un gesto de triunfo a la cámara. La sonrisa de Reggie en cambio era más bien torcida, porque tenía un cigarro en la boca.

«Siempre está diciendo que quiere dejar el tabaco, pero nunca lo deja del todo», pensó Liam, tomando otro sorbo de su café.

En todo caso, allí estaba, abrazado a Jordan, y Jordan a él, como si fueran los mejores amigos del mundo. A su lado estaba Paul, con la cara todavía llena del maquillaje rojo y negro que usaban, haciendo una mueca que quería parecer feroz, pero que solo consiguió darle aspecto de troll. En cuanto a Keith…

En la foto llevaba el torso desnudo. Todavía no se dejaba barbita, y llevaba el pelo más largo, casi hasta la mitad del pecho. Tenía los ojos cerrados, y se inclinaba hacia Liam con aire muy afectado, para pedirle un beso en la mejilla.

Por su parte, Liam aparecía mirando a Keith con una sonrisa extrañada, a la vez que se echaba un poco hacia atrás. En aquel momento, él estaba comprometido, y no besaba a nadie más que a su novio, ni siquiera de broma. Además, Keith estaba borracho, todos lo estaban. Y Liam no creyó que el gesto fuera de verdad, pensó que sería una broma, de esas que se hacían ante una cámara por tontear, solo para la foto…

No tenía recuerdos muy nítidos de aquel día. Pero sí sabía que en cuanto Walter bajó la cámara, Keith se apartó de él, haciendo un giro y volviéndole la espalda, como si nunca le hubiera pedido un beso. Se fue a rellenar su vaso de alcohol. Se lo tomó de un trago, siempre de espaldas a él, mientras Liam le miraba, aún extrañado… Y luego lo rellenó otra vez, y otra… Y pilló una de las cogorzas más grandes que Liam le había visto coger en su vida. De hecho, acabó comatoso en el asiento de la limusina, y no pudo terminar la fiesta con ellos. Liam no supo bien qué pasó con él. En algún momento de la noche, Jordan le dijo que Walter lo había traído a su casa…

«A su casa… Solo…», pensó el bajista.

Ya no sonreía. Se había quedado mirando la foto con grandes ojos. ¿Sería posible que Keith ya estuviera entonces enamorado de él? ¿Sería posible que por eso le pidiera un beso…? Y que al verse rechazado, se pusiera a beber y a beber… ¿Sería posible que por eso se emborrachó tanto aquella noche, por su causa?

«¡Pero si de esto hace cuatro años!», se asombró. «¿Tanto tiempo, Keith? ¿Tanto llevas enamorado de mí? Y yo sin saberlo…».

Liam miró su taza. El café le sabía amargo de repente, y se le había quedado frío. No quería tomar más, se le había quitado el hambre. Solo con pensar que Keith hubiera estado amándole en silencio durante cuatro eternos años…

«¡O tal vez más!», se le ocurrió pensar, con un sobresalto.

Y había estado compartiendo con él giras y ensayos, resignado a no poder tenerle nunca, y decidido a no delatarse jamás, para no meterse entre Liam y su novio. Y tal vez también para no perder su amistad…

«¡Y yo no sabía nada! ¡Jamás lo supe!», se repitió. «Y cuando por fin descubrí que él me gustaba, me dediqué a hacer el imbécil, en lugar de decírselo. ¡Ni siquiera le dije que ya no tenía novio! No se lo he dicho hasta esta noche».

Se quedó mirando la foto, sintiendo que una tristeza inmensa invadía su corazón, y que lo volvía pesado como el plomo. ¿Qué debió sentir Keith aquella noche, cuando Walter le trajo borracho a casa, y le dejó solo? ¿Cuánto dolor habría vivido ese hombre, y siempre en el más absoluto silencio?

Acongojado, miró de nuevo al bebé de la otra foto, al pequeño regordete rubio de ojos claros.

—Te compensaré por ello, Keith —le murmuró—. Te quiero, y te lo voy a demostrar. Voy a hacerte feliz. Ya va siendo más que

hora de que lo seas.

Y con el rostro serio y el ánimo disgustado, regresó a la cocina para llevar su taza al fregadero. Eso de hacer feliz a Keith se decía fácil, pero… ¿Cómo lo haría? Porque ahora que pensaba en ello, se daba cuenta de que en realidad no le conocía tan bien como él creía…

«¿Cuántas cosas más me has ocultado, Keith?», se preguntó. «¿Y durante cuánto tiempo? A ver, comprendo tus motivos. Es más, guardando silencio, esperando, y respetando mi relación hasta que esta acabó, has demostrado que me quieres de verdad, y que estás dispuesto a todo por mí. Pero me siento indigno de tanta devoción. ¿Cómo puedo estar a la altura? Eres tan noble… ¿Cómo puedo darte a la pareja que mereces?».

***

Reggie habría podido quedarse media vida abrazado a Dan, sintiéndole, impregnándose de su aroma y de su respiración, y haciéndole mimitos con su cabeza en la de él. La pared de azulejo estaba fría en su espalda, pero el cuerpo de Dan era cálido, y su abrazo era tierno y sincero.

Pero el momento pasó. Dan se apartó para mirarle, con los ojos negros llenos de ilusión. Sonreía. Acarició la mejilla de Reggie con una mano.

—¡Raspa! —bromeó—. ¡Qué curioso! Creía que los ángeles no teníais barba.

—Tú sí que eres un ángel —murmuró Reggie, besando la mejilla del otro chico.

Por cierto que también raspaba. Con lo que le gustaban a Reggie aquellas mejillas color chocolate cuando estaban suaves y

tersas… Era una delicia besarlas. Pero le dio vergüenza decirlo, y prefirió guardar silencio. Por su parte, Dan continuaba acariciándole con las dos manos. Se había puesto serio, y miraba a su barbilla con aire inquieto.

—¿Te duele? —preguntó.

—No.

—Tiene un color…

Horrendo, Reggie ya lo sabía. Se lo había visto en el espejo del baño. El hematoma se le había puesto violeta, con una franja verde todo alrededor, y le ocupaba la barbilla casi hasta el labio inferior, y media mandíbula.

«Puede que nosotros consiguiéramos a William», pensó, mientras se miraba en el espejo con el ceño fruncido. «Pero Troy nos dejó un recuerdo, a Danny y a mí, que nos va a durar bastante tiempo…».

—¿Podrás afeitarte, o dolerá demasiado? —susurró Dan.

—No lo sé. Lo intentaré, a ver qué tal. —Reggie cayó en la cuenta de algo, y le miró con curiosidad—. ¿Quieres que me afeite? ¿No te gusto con barba, o qué?

—Me gustas siempre, Reggie. Pero sé que la barba te hace sentir sucio, por eso nunca te la dejas. —Dan sonrió con complicidad al añadir—: En eso nos parecemos.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién se ha ido de la lengua? —se asombró Reggie—. ¿Paul?

—No. Keith. Lo hablamos no hace mucho, la última vez que quedamos todos juntos. ¿Fue en el cumpleaños de Jordan?

—M-m. Creo que sí.

—Estuvimos hablando de su barba, y de que le sentaba bien… Y le dije que yo no podría dejármela crecer, porque me pica y me hace sentir incómodo. Y él dijo: «¡Ah, igual que Reggie!».

Le miró con ternura un instante, antes de cuchichear:

—Eres guapo de todas maneras, cariño.

Y le besó los labios, despacio y concienzudo. Reggie le besó a su vez, perdiéndose en su boca. Dan sabía dulce, a batido de vainilla. Le pareció un curioso contraste con el sabor del café y del tabaco que impregnaba su propia boca.

«Dan es dulce, todo entero», pensó. «Y estos labios y esta lengua son mi perdición…».

Los labios atrapaban los suyos como si fueran delicados pétalos de flor. La lengua estaba en todas partes, acariciando, lamiendo, saboreando…

Las manos de Reggie se pusieron en movimiento, casi sin que él se diera cuenta. Acariciaron la espalda del otro chico con los dedos abiertos. Las de Dan recorrieron sus hombros y su nuca. Reggie inclinó la cabeza a un lado para hacer el beso más profundo, y apretó el cuerpo de Dan contra sí, sujetándole con firmeza los costados. Pero debió rozar un lugar sensible, una vez más, porque Dan se encogió un poco entre sus brazos, con un pequeño gemido de dolor. Reggie rompió el beso y se apartó para mirarle.

—¿Te duele? ¿Te he hecho daño?

—Un poco sí que me duele. No me vendría mal tomar otro calmante.

—De acuerdo. Los tengo yo. Están…

Reggie se palpó el bolsillo y se sorprendió al encontrarlo vacío. Entonces cayó en la cuenta. Los calmantes, el tabaco y las llaves estaban en el otro pantalón, el que estaba en el sofá… Junto con el candado.

Eso le dio una idea. Ahora debía de haber más luz en el salón. ¿Y si lo recogía todo, y salían fuera, y por el camino ponía el candado y se olvidaba de eso? Sería agradable ver salir el sol en el callejón, fumando y tomando café, y hablando con su compañero, sin tener ya esa preocupación rondándole la mente…

—Están en el otro pantalón —concluyó—. Oye, ¿qué te parece si salimos fuera? Podríamos terminarnos esto, mientras vemos amanecer…

—Me parece una idea estupenda —dijo Dan sin vacilar—. Así podremos hablar sin ser escuchados. Y aunque sea el Bronx, un cambio de escenario no nos vendrá mal. Este piso es agobiante.

Reggie no podía estar más de acuerdo. Dejó un último besito agradecido en los labios de Dan, y se pusieron en movimiento. Cada uno tomó su bebida en una mano, y luego salieron de puntillas hacia el salón. Sus tres compañeros parecían dormir aún. Era el momento ideal para salir fuera, respirar, y tener un rato a solas para recargar fuerzas, antes de que empezara la tarea del día.

Y ya que tenían que pasar por delante de la puerta de William, Reggie aprovecharía para quedarse tranquilo con un asunto que llevaba atormentándole desde anoche…

Capítulo 5

A Dan le pareció genial la idea de salir fuera y respirar, y ver amanecer juntos. Además, llevaba desde ayer queriendo hablar con Reggie sobre Jamaica. Lo ocurrido durante la noche solo había hecho que sintiera aún más curiosidad y apremio por abordar

ese asunto. Tal vez fuera la ocasión, aprovechando que estarían solos y en relativa calma… Siempre sería mejor hablar de eso que de Jordan, o del concierto de mañana…

Todo continuaba en silencio en el interior del apartamento. Reggie salió delante de él y fue, de puntillas, al sofá, a hurgar en su ropa, mientras Dan sostenía su taza de café en una mano y su propio vaso de batido en la otra. No supo muy bien qué estaba buscando Reggie. Dedujo que serían los calmantes. Escuchó el tintineo de unas llaves, mientras el otro chico se metía algo deprisa en el bolsillo, y entonces lo entendió todo.

«¡Las llaves para abrir la puerta del callejón, claro!», pensó. «Lo había olvidado. Y supongo que también querrá el tabaco. Porque Reggie sin tabaco no es Reggie…».

Su compañero continuó guardando cosas en sus dos bolsillos. Cuando al fin estuvo satisfecho, le hizo seña de que le siguiera, y se internó en el pasillo a oscuras. Dan no se lo hizo repetir.

***

—¿Vamos a salir así? —cuchicheó Dan a su espalda, divertido—. ¿En pijama y zapatillas?

—No creo que nos vea nadie —murmuró Reggie—. Debe ser muy temprano. Y además, la ropa casi parece de diario.

—Sí —contestó Dan, con una risita.

El pasillo estaba muy oscuro, pero entraba una rendija de luz por debajo de la puerta de hierro, allá al fondo. Reggie la usó como guía para no chocar con ninguna pared. Caminó deprisa. En un momento estaban ante la puerta de la habitación de William.

—Espera un instante, cariño —murmuró—. Necesito hacer

algo.

Ya se había metido la mano en el bolsillo para sacar el candado, cuando Dan dijo:

—¿Qué es? ¿Ir al baño? Porque si es eso, yo también.

Reggie se interrumpió. Se volvió hacia su compañero.

—¿Sí? —preguntó.

Dan asintió, y Reggie le quitó las cosas de las manos, decidido, respondiendo:

—Déjame esto, entonces. Te esperaré aquí.

—Vale —cuchicheó Dan.

Le dio los dos recipientes, acompañados de un besito fugaz en la mejilla, y se metió deprisa en el baño. Reggie se mordió el labio inferior. ¿Y ahora qué? ¿Debía aprovechar que estaba solo para poner el candado? ¡Pero si tenía las dos manos ocupadas! Trató de hacer algún arreglo, pegando su taza a su cuerpo para sujetarla con el brazo y dejar libre una de sus manos, pero fue inútil. El líquido amenazó con derramarse, así que volvió a sostenerla en la mano.

Angustiado, miró el cerrojo que cerraba la puerta de William. ¿Qué debía hacer? ¿De verdad debía ponerlo? ¿Y si Jordan no se había dado cuenta, después de todo? ¿Y si nunca se la daba?

Mientras venía por el pasillo, parecía una idea excelente. Pondría el candado y saldrían fuera, a ver amanecer en paz. Se sentiría tranquilo, con la sensación del deber cumplido, y delante de Jordan se comportaría como si el candado siempre hubiera estado ahí, puesto. Olvidaría el asunto y tendría un quebradero menos de cabeza.

Ahora que se veía aquí, en cambio, todo era distinto. Poner el candado se sentía *mal*. Porque no lo haría porque de verdad hiciera falta, sino por miedo a Jordan y a su reacción. ¿Y qué clase de jefe era, si le tenía miedo a otro? ¿Merecía William estar doblemente encerrado, con la mala espina que le daba, solo porque Reggie tenía miedo de hacer enfadar a Jordan?

Durante unos segundos interminables, se quedó allí de pie, paralizado por las dudas, hasta que la puerta del baño se abrió y salió Dan, sonriente, diciendo:

—Bueno, ¿vamos?

***

Algo le pasaba a Reggie. Estaba de pie junto a la puerta de William, con el vaso en una mano y la taza en la otra, mirándole con grandes ojos. A la luz de la bombilla del baño, Dan pudo ver que estaba pálido y que parecía angustiado.

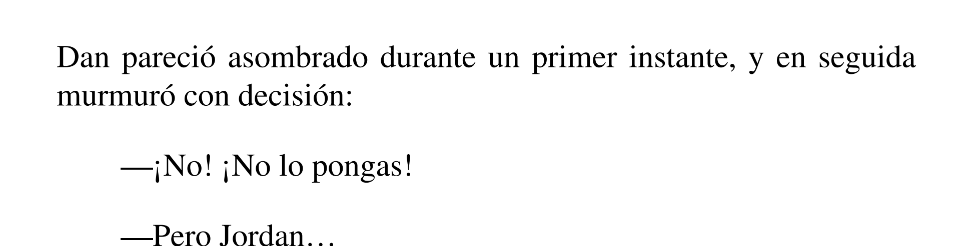
—¿Reggie? ¿Qué te pasa? —le cuchicheó—. ¿Te has puesto malo? ¿Tienes que ir al baño tú también, mi vida? Sin problemas, te espero.

Dan alargó la mano para quitarle su vaso y la taza, pero Reggie sacudió la cabeza.

—Danny… —Miró a los ojos de Dan, y luego al cerrojo de la puerta de William, cuchicheando, casi sin voz—: ¿Lo pongo?

Y entonces comprendió Dan de qué se trataba. ¡El candado! ¡Reggie se estaba planteando ponerle el candado a William!

***



Dan pareció asombrado durante un primer instante, y en seguida murmuró con decisión:

—¡No! ¡No lo pongas!

—Pero Jordan…

—¡A Jordan que le den por culo!

—Pero…

Dan le quitó el vaso de batido de la mano y agarró su brazo con la otra.

—Reggie, ¿no te das cuenta? ¿No notas lo que ha pasado durante la tarde y la noche de ayer?

Reggie negó levemente con la cabeza, aún angustiado. Dan echó una ojeada al pasillo, como para cerciorarse de que ninguno de sus compañeros había tenido la idea de venir al baño a esta hora, y le hizo una seña a Reggie con la cabeza en dirección a la puerta de hierro, añadiendo:

—Lo mejor será que abras aquí y salgamos cuanto antes. Te lo diré fuera.

—Danny, no estoy seguro…

—Reggie, por favor…

—¡Cuando Jordan venga al servicio lo verá! ¡Verá que no está!

—¿Y qué? —Dan hizo un gesto de frustración. Le apretó el brazo, explicando en susurros—: Reggie, cuando empezó toda esta aventura, Jordan era el jefe, y nosotros sus subordinados. ¡Pero ahora no! ¡Ahora tú eres el jefe! ¡Y si tú has decidido no ponerlo, por el bien de William, se queda sin poner! Y ahora vámonos fuera, por favor. Me siento estúpido discutiendo aquí en voz baja.

Reggie no lo pensó más. Con dedos temblorosos, sacó la llave y abrió la puerta de hierro. La luz del amanecer le dio de lleno en el rostro en cuanto la empujó, acompañada de una fresca brisa, con olor a mar y a pescado.

Reggie salió fuera, como en un trance, sintiendo como si estuviera despertando de una pesadilla. Al otro lado de ese pasillo oscuro, el mundo estaba despertando a un nuevo día. Al otro lado de aquella puerta, Jordan no tenía poder, y él volvía a ser Reggie, solo Reggie, el batería de los Red Devils…

Eso pensó cuando dio el primer paso. Pero a medida que daba los siguientes, se dio cuenta de que no le iba a ser tan fácil volver a ser el de antes. Dan tenía razón. ¡Dios, cuánta razón…! Y Reggie no sabía muy bien cómo asimilar esta revelación.

***

William despertó sobresaltado por un ruido fuerte. Lo reconoció incluso en sueños. Era el chirrido del cerrojo de la puerta de hierro que estaba al final del pasillo.

«Ah, debe ser David, que sale a fumar», pensó, frotándose un ojo con una mano. «Es como Troy. Que no le quiten su café, sus galletas y su cigarro de primera hora, porque si no…».

Abrió los ojos y parpadeó, somnoliento. La lámpara de campamento aún estaba encendida. La luz le molestó a sus pobres retinas, así que alargó una mano a tientas para apagarla, con los párpados apretados. Suspiró después.

«¿Qué hora debe ser? Si David ha salido a fumar, es porque debe ser de día, ¿no?», se dijo.

Era reacio a abrir de nuevo los ojos y enfrentarse a aquella oscuridad total tan agobiante. Pero se consoló pensando que a lo

mejor David había encendido la luz del pasillo, como hizo anoche, y eso le decidió. Se sentó en su esterilla, abrió los ojos y miró alrededor.

Para su sorpresa, la habitación no estaba totalmente oscura. Entraban pequeños resquicios de luz a través de las rendijas de la ventana y por debajo de la puerta. Fuera debía estar amaneciendo.

«¡Vaya! De modo que he sobrevivido a mi primera noche de cautiverio», pensó, tratando de animarse. «Espero que sea la última. Tampoco ha sido mala del todo. Y el dolor de cabeza ha desaparecido».

Se palpó el chichón con cuidado. Estaba mucho más pequeño, pero aún le dolía si lo tocaba. Decidió dejarlo estar. Se estiró de brazos, con un bostezo, y luego abrió oído a los sonidos del exterior.

«No se oye nada», pensó. «Supongo que debe ser muy temprano todavía. Me pregunto si piensan traerme el desayuno. Conociendo a David, tal vez…».

Por el momento, no había movimiento en el pasillo ni por los alrededores. William volvió a acostarse, y se tapó con el saco, mirando a la rendija de luz que entraba por debajo de la puerta.

«Es como Troy», se repitió. «Fumador, serio, responsable… Y a la vez es tan distinto… Troy nunca habría secuestrado a nadie. Y a David tampoco le pega. Me pregunto por qué lo habrá hecho. ¿Por dinero? ¿O habrá algo más?».

Cerró los ojos de nuevo. La penumbra era reconfortante, y el silencio resultaba tranquilizador. Además, David estaba ahí, a dos pasos, y William sabía que no corría ningún peligro mientras le tuviera cerca. Casi sin darse cuenta, volvió a quedarse dormido…

***

Nada más salir al callejón, Dan se detuvo a dos pasos de la puerta y respiró hondo un par de veces. Estaba amaneciendo una mañana preciosa.

Era temprano aún, y el aire era fresco y húmedo, cargado de sales marinas. Había pájaros piando por todas partes. No había viento, y el rumor distante de la ciudad se escuchaba con más nitidez que ayer. En la lejanía, sonó la bocina de un gran barco, que tal vez estaba entrando en el muelle en aquel momento. La ciudad estaba muy viva y muy llena de gente y de animación, y saludaba al nuevo día. Se podía sentir el movimiento en todas partes.

Sin embargo, el callejón estaba desierto y en sombras aún. Parecía una burbuja de quietud en medio de la bulliciosa actividad de primera hora de la mañana. Las ventanas también se veían desiertas. El sol no había salido aún, pero el cielo estaba ya de color azul turquesa. Reconfortaba el corazón verlo. Le recordó a Dan que no iban a quedarse aquí para siempre, encerrados con William por toda la eternidad, al contrario. Era muy probable que la aventura terminase por fin antes del mediodía. Y entonces todos podrían volver a casa, también William. Dan lo esperaba así, al menos…

Se volvió para mirar a Reggie, y entonces se dio cuenta de que su compañero no estaba allí, a su lado, sino que había seguido caminando con aire ausente en dirección a la placita. Extrañado, Dan le siguió.

***

—¡Reggie! ¡Espérame, Reggie!

La voz de Dan sonaba suave y queda, pero el silencio era tan

intenso, que pareció como si hubiera gritado en mitad de la placita. Reggie se detuvo en seco. Se volvió para mirarle. El otro chico se reunió con él en seguida, caminando deprisa, y le preguntó, con una sonrisita torcida:

—¿A dónde ibas? ¿Qué te pasa?

—¿*Yo* soy el jefe, Danny? —preguntó Reggie a bocajarro, incrédulo—. ¿Acabas de decirme que yo soy el jefe, y no Jordan?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Entonces, ¿por qué estamos aquí?

—¿Qué?

—¡Sí! ¿Por qué estamos aquí, heridos, tensos y pasándolo mal? Porque te aseguro que nada de esto es por mi gusto, Danny.

—Am…

Dan parecía confuso ahora, pero Reggie no le dio tiempo a responder. Continuó hablando, muy nervioso, y gesticulando con la mano libre:

—Yo no debería estar aquí, ¿sabes? Debería estar en mi casa, ensayando para el concierto de mañana. ¡O mejor aún! Debería estar en Jamaica, de vacaciones, recorriendo la isla, y…

Dan asintió.

—Iremos a Jamaica.

—A este paso, no. ¿No lo ves?

—Reggie, estamos aquí por los Red Devils.

—¿Qué Red Devils? ¡Si Jordan ya no es el jefe, aquí ni hay grupo, ni hay nada! ¡Los Red Devils giran en torno a Jordan,

Danny! ¡No en torno mío!

Dan hizo una mueca de contrariedad.

—No he debido decirte eso —murmuró.

—Tal vez no. Pero, ¿sabes qué? ¡Pues que tienes razón! Jordan va a lo suyo, y nosotros estamos en otra onda distinta.

—Sí, cariño —asintió Dan, muy serio.

—Y de nosotros cuatro, el jefe…

Dan volvió a asentir.

—Eres tú, sí.

Reggie se volvió. Dejó su taza sobre el banco de hierro y se sentó en él. Metió la cabeza entre las manos.

—Y a la vez, no lo soy, porque ya me ves. No quiero estar aquí. Pero si me voy… ¿Qué será de vosotros? ¿Y de William?

Su cabeza se sentía como una olla a presión. Ser el jefe, el verdadero jefe, y no un sustituto a las órdenes de Jordan, le abría todo un abanico de posibilidades. Y a la vez, no. A la vez, le dejaba como estaba. Porque no fue él quien inició esta aventura, y tampoco estaba en su mano acabarla. Sacudió la cabeza, aún sujeta entre sus manos.

—No… —murmuró—. El jefe sigue siendo Jordan, no yo. Él es el que toma las decisiones importantes aquí, el que ha decidido lo que hay que pedirle a Troy, y cuándo llamarle… El que ha elegido el sitio… ¡Todo! ¡Hasta nuestra ropa! Yo no hago nada aquí, Danny. Yo solo… —Se encogió de hombros—. Cuido de vosotros… Lo mejor que puedo.

—¿Y te parece poco? —murmuró Dan suavemente.

Reggie escuchó un movimiento a su lado y sintió el calor de su cuerpo, pegado al suyo. La mano del otro chico se posó en su hombro, cálida y tierna, y le dijo:

—Reggie, lo siento. No he debido decirte…

—Sí, sí has debido. Se siente como verdad. Pero a la vez… A la vez, sé que no lo es.

Reggie se pasó una mano por los ojos. Se frotó luego la nariz con el dorso. Suspiró, con los codos apoyados en las rodillas, mirando ante sí, sumido en sus pensamientos.

—Yo no quiero estar aquí, Danny —repitió, muy bajito.

—Lo sé, cariño —respondió Dan, de nuevo con voz suave.

Su mano le apretó el hombro. Reggie hizo una mueca.

—Y al final, ni he puesto el candado, ni nada —dijo.

—Jordan no se dará cuenta. Todo va a estar bien —aseguró Dan, tranquilizador.

Reggie volvió a sacudir la cabeza. El suelo de la placita era de hormigón gris. Parecía negro en los lugares donde aún no llegaba la luz.

—Yo no quiero estar aquí, Danny —repitió, una vez más—. Esto es una pesadilla, y me viene demasiado grande desde el principio. Yo quiero que nos vayamos por ahí, tú y yo. A Jamaica.

—A Jamaica —repitió Dan.

Su mano se retiró. Reggie sintió que se echaba un poco hacia delante para poder mirarle, mientras preguntaba:

—¿Por qué Jamaica, Reggie? De entre todos los lugares del mundo… ¿Por qué sientes esa fascinación por mi tierra? —Su

rostro apareció en su campo de visión, preocupado. Sonrió un poco, sin alegría, al añadir—: ¿Qué tiene Reginald Davis con Jamaica?

Capítulo 6

—Nada —respondió Reggie, mirando al suelo—. Solo un sueño.

—¿Un sueño? —repitió Dan.

Se sentía un poco culpable por lo trastornado que estaba el otro chico. El tema del liderazgo parecía ser una cuestión sensible para él. No debería haberle dicho aquello. Pero ahora ya no podía deshacer el pasado. Lo único que sí podía hacer era intentar distraerle y que volviera a relajarse. Distraerle pensando en cosas hermosas, y a la vez… Bueno, hablando de este asunto, que para él era importante. Dan necesitaba saber. Y también necesitaba contarle cosas a Reggie.

Por su parte, su compañero no contestó en seguida. Levantó la cabeza, con un suspiro, y se incorporó. Miró alrededor, e hizo la intención de volver a tomar su taza. Pero de pronto, pareció recordar algo, porque se interrumpió y en lugar de eso, se llevó la mano al bolsillo. Sacó el blíster de calmantes y se lo ofreció, diciendo:

—Danny, tómate uno, antes de que se nos olvide.

—Bueno —contestó Dan, cogiendo el blíster. Trató de sonar bromista al añadir—: Pero solo si tú te tomas otro.

Reggie asintió. Tomaron un comprimido cada uno, ayudándose con sus bebidas, y luego el batería devolvió el blíster a su lugar. Se movió para sentarse en el espaldar del banco de hierro, con su taza entre sus dos manos. Volvió a mirar alrededor, como el hombre que acabara de despertar de una pesadilla, y

necesitara cerciorarse de que estaba a salvo y que su mundo estaba como siempre. Tomó un sorbo de café, y al fin, preguntó:

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué Jamaica? —insistió Dan.

Por primera vez desde que salieron, Reggie bajó la vista para mirarle directamente. Sus miradas se encontraron, pero el intercambio duró apenas un instante. Reggie desvió la vista hacia su taza, respondiendo:

—Ni yo mismo lo sé. Solo puedo decirte que desde hace años, sueño con poder visitar la isla con una persona especial.

—¿Cuánto de especial? —preguntó Dan con voz queda, intrigado.

—Mucho.

Reggie hizo un gesto con la cabeza y tomó otro sorbo de su taza. En voz baja, y aún mirando a su café, añadió:

—Se trataba de alguien diferente a todo lo que he conocido hasta ahora. Soñaba con conocer a una persona que me diera confianza, me comprendiera, y me diera permiso para ser yo mismo, y poder… Bueno, incluso contarle este sueño tonto… Algún día.

Se encogió un poco de hombros, y volvió a beber. Dan sintió que le latía con fuerza el corazón. ¡Había descrito su relación! Acababa de describirle a él, ¿verdad? ¿Eso le convertía en la «persona especial»?

«¡Qué tontería!», se dijo. «Sabes que sí. Lo sabes desde el principio».

Más que saberlo, lo intuía. Pero nunca era lo mismo intuir

una cosa, que escucharla de labios de la otra persona…

—¿Por eso nunca has visitado la isla? —murmuró, sin dejar de mirar a su compañero, y tratando de absorber todos los detalles de sus gestos y su expresión—. ¿No le has conocido todavía?

Reggie asintió, con un ruidito afirmativo. Le miró de nuevo por un instante, de modo intenso y cómplice, y contestó:

—Hasta ahora.

Esbozó una débil sonrisita, demasiado triste y demasiado fugaz para el gusto de Dan, pero sonrisa al fin y al cabo. El joven rapero también asintió y repitió:

—Hasta ahora. —Lo pensó un momento, antes de añadir, con voz suave—: Me hace sentir honrado que pienses eso de mí. Yo también me siento cómodo y comprendido contigo, Reggie.

Reggie volvió a mirarle, y la sonrisa regresó a su rostro, más segura e ilusionada ahora. Dan se la devolvió, aunque no tenía muy buen ánimo que digamos, y continuaba estando preocupado. Se movió para acercarse más a su cuerpo, y le hizo un mimito, frotando su cabeza contra una de sus rodillas.

—Pero nunca has estado allí, y yo sí, y… —comenzó—. Hay cosas que tienes que saber.

—¿El qué? —preguntó Reggie, llevándose la taza a los labios —. ¿Que hay iguanas? Ya lo sé. Y aunque no es mi animal favorito, creo que podré sobrevivir si veo alguna.

Su tono era bromista, y Dan intentó sonreír, por seguirle la broma, pero esta vez solo le salió una mueca pequeña y sin alegría.

—Ojalá el problema fueran las iguanas… —murmuró.

—¿No lo son?

Reggie volvió a mirarle desde arriba, apretando los labios y metiéndolos para dentro, como para saborear su café. Se le veía de nuevo más relajado y más él mismo. De hecho, incluso estaba intentando bromear. Y Dan dio las gracias por ello, pero se sentía inquieto.

Si Reggie se había trastornado tanto, solo por haberle dicho que era el jefe, en lugar de Jordan… ¿Cómo se iba a tomar que le dijera que Jamaica no era el paraíso idílico que él imaginaba? Quería decírselo. Reggie tenía derecho a saber. ¿Y quién mejor que él para contárselo? Pero, ¿qué reacción tendría el otro chico?

***

Jordan despertó de nuevo con un escalofrío. Se dio cuenta de que se había dado la vuelta durante su sueño. Pero ahora la corriente de aire que entraba por debajo de la puerta le daba en la espalda, lo cual no era mucho mejor…

Se sentó en su esterilla, con un ruidito de dolor. Se sentía rígido y entumecido, y le protestaban todos los músculos. Se frotó los ojos con las manos, y luego echó un vistazo alrededor.

Lo primero que notó fue que había mucha más luz que la otra vez que despertó. A través de las cortinas de la ventana entraba ya la claridad suficiente como para ver todos los muebles y deambular arriba y abajo sin necesidad de encender ninguna luz.

Lo segundo que notó fue un vago olorcillo a café. «Debe ser Reggie», pensó. «Siempre se despierta muy temprano, y lo primero que hace es ir a buscar un café».

Pero la puerta de la cocina estaba abierta, y la luz apagada. Dentro no parecía haber nadie.

Jordan se volvió hacia sus compañeros. Little B seguía

enroscado dentro de su saco de dormir. Lo único que podía ver de él era el corto cabello rizado de su coronilla. En el otro extremo del salón, se podía ver a Paul, su alta y ancha figura también enroscada dentro de su saco. No había ni rastro de Dan ni de Reggie. Lo único que había en sus respectivos lugares eran sus esterillas, sus sacos vacíos, y sus almohadas.

«¡Estos dos…!», pensó Jordan, con una pequeña mueca de disgusto. «¿Será posible que tengan que estar juntos hasta para despertarse? ¿Dónde estarán? Imagino que en la habitación vacía, dándose alivio. Anda que vaya tela. Cuando se me ocurrió la idea del secuestro, ni en sueños pude imaginar que estos dos acabarían así».

Desde luego que no, pero parecía que era algo que ya no tenía remedio. Y él estaba todavía demasiado somnoliento como para molestarse por eso. Además, tenía otros asuntos más importantes de los que ocuparse. Por ejemplo, de ir al baño y vestirse… Por ejemplo, de despertar a estos dos… Por ejemplo, de empezar a prepararse para regresar al Averno.

***

Reggie agradeció el cambio de conversación. Le había impresionado mucho la posibilidad de ser el jefe de este pequeño grupo, con todo lo que eso implicaba en cuanto a toma de decisiones. De hecho, estaba apabullado, y todavía no había logrado asumirlo. Hablar de un paraíso tropical con el encanto de chico que era Dan Nobody le apartaría la mente de eso, y la dirigiría a un lugar mucho más agradable. Viajar a Jamaica con Dan, aunque solo fuera con la mente, como anoche…No pensar en Jordan, ni en ningún candado, ni en secuestros, ni en ningún concierto especial… Sí, era justo lo que necesitaba.

Pero Dan estaba serio y preocupado. Le miraba desde abajo, como tratando de sondear sus sentimientos en su expresión.

Apenas había esbozado una sonrisita con los intentos que había hecho Reggie por bromear. Y vale que él no fuera bueno bromeando, que no lo era, pero aún así… Era muy raro ver a Dan tan serio.

—¿No lo son? —preguntó.

Dan negó lentamente con la cabeza. Reggie continuó mirándole a los ojos, y dijo:

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—¿Qué sabes de la gente de allí? —murmuró Dan.

La pregunta sorprendió a Reggie. Confuso, contestó:

—Pues que es gente. —Se encogió de hombros—. Como en todas partes.

—¿Sabías que hay muchos más negros que blancos?

—Aquí en Nueva York también hay barrios que son así. ¿Y qué?

—¿Sabías que los negros que hay en Jamaica son descendientes de esclavos africanos? —Dan le miró de modo penetrante al añadir—: Yo también.

Reggie hizo una mueca de dolor. Alargó una mano y acarició la mejilla de Dan con ternura, respondiendo:

—Imagino que eso es así. No había personas de raza negra en ningún lugar de América hasta que las trajo el hombre blanco. Pero me da dolor pensar eso, Danny… Mi precioso rapero… Un esclavo… —Hizo otra mueca—. Qué dolor…

Dan continuó mirándole a los ojos, igual de serio.

—Ellos sí lo piensan, Reggie. No han olvidado nada. El

racismo es un problema serio en Jamaica.

Reggie chasqueó la lengua y volvió la vista para tomar otro sorbo de su taza. Dan continuó:

—Si algún inmigrante jamaicano nos viera desde una de esas ventanas, vendría a por mí y me diría qué hago aquí sentado, hablando con un blanco. —Agarró el pantalón de Reggie a la altura del tobillo y añadió, en voz más bajita—: Si se enterase de lo que hay entre tú y yo, me pegaría una paliza… O te mataría de un disparo, no sé bien.

Reggie suspiró, con los codos apoyados en las rodillas. Empezaba a pensar que le vendría bien fumarse otro cigarro…

***

Jordan salió del baño ya cambiado, con el cabello húmedo y sintiéndose bastante más despejado y refrescado. No era perfecto, desde luego. Le picaba la barba, y se sentía sucio y pestoso. Pero no le importaba esperar un rato para asearse como era debido en el Averno.

Apagó la luz y se quedó mirando la puerta negra del fondo, la que daba al callejón. Estaba entreabierta, pero por mucho que abrió oído y estiró el cuello para tratar de ver u oír algo a través de la rendija, no consiguió tener ningún atisbo de sus compañeros. Si Dan y Reggie estaban allí fuera, debían estar alejados de la puerta.

«Espero que estén», se dijo. «Y que no les haya dado por irse a sus casas, a vivir su idilio…No sé bien en casa de quién».

Frunció el ceño. Eso sería jodido. Si Reggie se iba, ¿quién iba a hablar con Troy?

«¡Maldita sea…!», pensó. «Y habrá que hablar con Troy,

porque ese está muy en sus trece. ¿Será posible…? No se habrán ido, ¿verdad?».

Asomó un poco la cabeza por la rendija. Hasta donde podía ver, el callejón estaba desierto. Con el corazón palpitante de ansiedad, estiró el cuello un poco más…

Y entonces los vio, y se metió dentro deprisa, para que ellos no le sorprendieran a él espiando. Tomó aire profundamente, escondido detrás de la puerta. Había tenido un atisbo de un chico blanco y otro de color, vestidos con ropa de tonos claros, y sentados en un banco. Parecían estar hablando. Por su parte, había visto suficiente.

«No se han ido, así que creo que puedo prepararme tranquilo», pensó. «Eso sí, vaya susto. Estoy deseando que acabe esto, para no tener que volver a depender de Reggie nunca más».

Se volvió y se quedó mirando la puerta de la habitación de William. Apretó un puño. «Todo esto es culpa de los Dragon Riders», reflexionó. «Si ellos no hubieran aparecido nunca en nuestras vidas…».

De pronto, algo interrumpió sus pensamientos. Sus ojos se habían posado casi sin darse cuenta sobre el cerrojo de la puerta. El candado seguía brillando por su ausencia.

«Y sin embargo, recuerdo haberle dicho que lo quería ahí. No me fío de William. Y vale que no pueda escaparse, pero un extra de protección no nos vendría mal», pensó. «Pero no. Reggie además de mandón, se ha vuelto rebelde recalcitrante. ¿Qué pretende con esto? ¿Enfadarme? ¿Quedar encima? ¿Demostrar una vez más que es mejor líder? A mi modo de ver, es una niñería. Él que siga haciendo el imbécil, que ya verás, ya…».

Sí, pero imbécil o no, estaba ahí fuera, con ese encanto de chico que era Dan Nobody haciéndole ojitos y absorbiendo como una esponja cada palabra que Reggie dijera. Y Jordan no estaba

enamorado de Dan, no lo había estado nunca, pero aún así, le escocía.

Cuando uno de sus amigos tenía algo, él tenía que obtener como fuera lo mismo, o algo mejor. Pero en este caso, estaba atado de pies y manos. No podía tener a Dan Nobody.

«Que les den», se dijo, tratando de sonar altivo en su propia mente. «Además, Reggie y yo ya no somos amigos, de todas formas…».

Pero el pensamiento no le hizo sentir mejor. Y no fue una estrella altiva, orgullosa y segura de sí misma la que regresó al salón para despertar a sus compañeros, sino solo un muchachito triste y apesadumbrado, con los hombros hundidos y la cabeza baja.

Este era el verdadero Jordan Grant. Si Reggie hubiera podido verlo, le habría abrazado y habría hecho todo lo posible por hablar las cosas… Pero ni Reggie ni nadie lo vio. Nadie veía nunca al verdadero Jordan. Él lo quería así, para mantenerse a salvo, y siempre en control de la partida. Pero ser el rey del tablero en ocasiones era un cargo muy solitario…Y también muy triste.

***

Una vez más, Reggie no contestó en seguida. Se incorporó de nuevo, soltó su taza con cuidado sobre el banco, y sacó un paquete de tabaco del bolsillo. Se lo ofreció a Dan, que negó con un gesto, y prendió un cigarro, diciendo:

—Así que también hay homofobia…

Su rostro no expresaba ninguna emoción. Parecía frío e indiferente ahora. Sopló el humo al cielo y añadió:

—¿Y por qué es importante que lo sepa? ¿No quieres que elija ese destino para nuestra luna de miel? Creí que te haría ilusión visitar a tu abuela…

Dan sintió que le subía una oleada de calor a las mejillas. ¿Luna de miel? ¿Su abuela? Pero, ¿en qué estaba pensando Reggie?

—Reggie, lo he dicho en serio —contestó—. Es un problema real. ¡Asesinan a los homosexuales!

—M-m. —Reggie miró al cielo y a los edificios que les rodeaban—. ¿Tu abuela sabe que eres gay?

—Sí. ¿Qué tiene que ver?

—¿Le han dado ganas de asesinarte?

—¡No! Reggie, no comprendo…

—Mira, Danny —interrumpió Reggie. Le miró desde arriba muy serio ahora, con los ojos fríos y la mirada cortante como el hielo—. Puedes reírte de mí si quieres, pero soy un idealista y un maldito soñador, ¿entiendes? He nacido así, y así me voy a quedar.

Hizo un gesto con las manos, abriéndolas en el aire como para decir sin palabras: «Esto es lo que hay». Luego tomó otra calada con soltura, antes de continuar:

—Como idealista que soy, me empeño en creer que hay gente buena en todas partes.

Mientras hablaba, soltaba humo por la nariz. Hizo una pausa para soplarlo a un lado, y añadió:

—Me dices que hay racismo en Jamaica. —Asintió con decisión—. Bien, no puedo cambiar eso. ¿Que hay homofobia también? —Asintió otra vez—. Vale, tampoco puedo cambiarlo.

—Le puso una mano en un hombro—. Pero estoy seguro de que también hay personas que no son ni lo uno ni lo otro. Gente normal, como tú y como yo, ¿entiendes? Y el día que vaya allí con mi persona especial… Porque te aseguro que iré, seas tú esa persona o no… —Le advirtió con un índice—. Ese día solo me toparé con las buenas personas que haya allí. Gente que no deseará matarme, solo porque soy blanco y voy de la mano de otro hombre. Mientras tanto, aunque te pese, prefiero mantener mi sueño intacto, muchas gracias.

Dan sacudió la cabeza. El discurso de su compañero le había apabullado, pero su preocupación pudo más que la sorpresa, y exclamó:

—¡Pero no puedes aislarte en tu burbuja de sueños, Reggie! ¿Sabes dónde estamos?

—En Nueva York —gruñó Reggie, tomando otra calada de su cigarro.

—No. Estamos en el Bronx.

—Que forma parte de Nueva York —Reggie volvió a soplar el humo al cielo—. ¿Y…?

—¿Sabes dónde viven los inmigrantes jamaicanos que hay en Nueva York?

—Aquí parece haber muchos. O eso dijisteis anoche Little B y tú. ¿Y qué?

Dan bajó la voz al exclamar, angustiado:

—¿Y si alguno nos ve desde una ventana y te dispara, Reggie, solo porque te ha visto cariñoso conmigo? ¿No entiendes que me preocupe por ti?

Reggie iba a tomar otra calada, pero se interrumpió, con el

cigarro a medio camino hacia su boca. Lo pensó un momento, y luego le miró con los ojos entornados, preguntando:

—¿Por eso te apartaste anoche, cuando fui a besarte, y me dijiste que nos fuéramos dentro?

Capítulo 7

Dan asintió. Reggie pareció sorprendido. Soltó el aire bruscamente y volvió la cara. Aspiró otra calada.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar lo más fácil? —dijo, soltando el humo por la nariz, como un dragón.

—¿Qué es lo más fácil? —preguntó Dan con voz queda.

Reggie apoyó los codos en las rodillas y jugueteó con el mechero entre sus dos manos, mirando arriba, a las ventanas de los edificios que les rodeaban.

—Pues que tal vez, entre esos inmigrantes jamaicanos que viven en el Bronx, pueda haber alguno que sea gay —dijo.

Dan hizo un ruidito incrédulo, pero Reggie continuó:

—¡Sí, sí! ¡En serio! Si la cosa está tan mal allí, con la homofobia y tal, es normal que los gays se marchen a un sitio más seguro. Y una vez aquí, ¿por qué no? Puede que se enamoren de chicos de otras razas. En este barrio, por ejemplo, no hay solo personas de color… Y ya no te digo en el resto de la ciudad…

Le dirigió una mirada de autosuficiencia, llevándose el cigarro a los labios. Dan se quedó mirándole, boquiabierto. La verdad era que en ningún momento se le había ocurrido pensar eso.

Reggie debió interpretar su silencio como un gesto de aliento,

porque prosiguió:

—Yo tengo la sensación de que si alguno de esos pudiera vernos desde una de estas ventanas… —Señaló al edificio que tenían enfrente con el cigarro—. Pensaría: «¡Ah, mira a esos dos! ¡Son como nosotros!».

—¿Sería posible? —murmuró Dan—. ¿Lo crees de verdad?

—¡Eh! ¿Por qué no? —repitió Reggie. Se volvió para mirarle —. Es más, sabiendo lo que contasteis anoche del rap… —Le señaló con una mano—. ¡Lo más seguro es que sean fans tuyos!

A Dan se le escapó una risita sorprendida. ¡Eso sí que jamás se le había ocurrido antes! Reggie también sonrió, un gesto torcido y tenso, pero de nuevo, sonrisa al fin y al cabo. Volvió a alargar la mano para acariciarle el pelo y la cara, murmurando:

—Llevas el sol y las hermosas playas de tu tierra en tu voz, amor. El que sea inmigrante las echará de menos, y tiene que darle alivio escucharte cantar, y rapear en verso sobre los problemas de un chico corriente. Creo que ayudas a mucha de esta gente sin tú saberlo, Danny.

—Nunca se me había ocurrido verlo de esa manera —murmuró Dan, emocionado.

Tomó la mano de Reggie en la suya y la besó. Se movió luego para sentarse a su lado y apoyar la cabeza en una de sus piernas. Bebió un sorbo de su batido. Notaba un nudo en la garganta, y los ojos húmedos. Bendito Reggie, su arsenal de sueños, y su modo idealista de ver el mundo…

—Estoy seguro de que la inmensa mayoría de la gente que vive aquí es solo eso, gente corriente, que lucha y trabaja por sobrevivir y para sacar a sus familias adelante —continuó Reggie.

Dan sintió que apretaba su cabeza contra sí con ternura con

una mano, mientras concluía:

—De nosotros dos, el tío serio y preocupado soy yo, Danny. No dejes que se te contagie el miedo de Little B, ¿vale?

Dan soltó otra risita, que amenazó con convertirse en sollozo al final. Bebió otro poco de su batido y dejó el vaso sobre el banco, a su lado. Cerró los ojos.

—¿Tú eres el tío serio? —preguntó con voz extraña, densa y temblorosa.

—M-m. El serio, el rockero, el obsesivo…

—El músico, el repostero, el soñador, el romántico…

—El bobo…

—El que quiere ir a Jamaica con una persona especial…

—Sí. De luna de miel.

Dan sonrió. El nudo de su garganta ya había desaparecido, y en su lugar había quedado una cálida sensación de agradecimiento, que se extendía poco a poco por su corazón.

—Para ver las iguanas —dijo, bromista.

—Y las playas y cascadas —continuó Reggie.

—Y la luna llena sobre el mar Caribe.

—Tú lo has dicho, cariño.

Dan se apartó para levantar la vista y volver a mirar al otro chico, sonriendo aún.

—¿Y crees que yo soy esa persona especial? —preguntó—. ¿Qué he hecho para ser tan afortunado?

Reggie se le quedó mirando a los ojos. La expresión gélida ya había desaparecido de su rostro y volvía a ser el de siempre, el chico preocupado, con ojeras oscuras y un morado en la mandíbula. Le observaba embelesado, con una indefinible expresión de ternura en sus ojos azules.

—Ser tú —murmuró.

Le acarició el pelo con delicadeza, sonrió un poquito, apenas la elevación de una comisura, y se inclinó para dejarle un besito casto y dulce en los labios.

—Solo eso, amor —añadió. Le besó otra vez—. Y el afortunado… —Le dejó ahora un besito en la punta de la nariz—. Soy yo.

Dan soltó una risita. Reggie se incorporó. Arrojó la colilla al suelo, y se movió para cambiar de sitio y echarse un poco más a su derecha, de modo que el cuerpo de Dan quedara entre sus dos piernas. Le abrazó desde atrás, besándole en una de sus sienes, y le cuchicheó:

—Eres un sueño hecho realidad, Danny.

Dan sonrió. Aquella voz grave murmurándole estas cosas al oído era algo delicioso, le daba escalofríos de placer por la espalda. Apretó las dos manos de Reggie sobre su pecho con las suyas, y contestó:

—Y tú eres un ángel.

Reggie no dijo nada. Estaba muy ocupado sembrando su mejilla de besitos. Su barbita rubia raspaba, y sus delicados labios de fresa le hacían cosquillas. La sonrisa de Dan se hizo más amplia. Se dejó mimar. Se sentía querido, protegido y atesorado. Y no menos importante: por primera vez desde que llegaron aquí, se sentía a salvo.

***

Mientras Dan se dejaba mimar por su rockero favorito, no muy lejos de allí, Ralph volvía a abrir los ojos. Apenas había dormido una hora, y se sentía agotado, pero tenía que levantarse y ponerse en movimiento otra vez.

Sam no era el único de los dos que ganaba algún dinero de vez en cuando. Ralph llevaba un par de semanas trabajando en una obra, como peón. No tenía contrato, y le pagaban una miseria para el trabajo tan duro que hacía, pero siempre era mejor que nada… Y mejor que tener que robar. Con este pensamiento, juntó fuerzas para desenroscarse del abrazo de Sam, con cuidado de no despertarle, se levantó, y empezó a cambiarse de ropa.

Solían usar ropa oscura por las noches para entrar a robar aquí o allí, pero para ir a la obra, él prefería ropa de color claro, que disimulaba un poco las manchas de tierra y cemento. El pantalón estaba frío cuando se metió en él, bostezando. Le dio un escalofrío al cambiarse de sudadera, así que se puso encima una chaqueta vaquera. Tendría que quitársela en cuanto llegara allí, pero le protegería de la humedad y del fresco de primera hora de la mañana.

Estaba poniéndose las botas, sentado en precario equilibrio en el borde de la cama, cuando escuchó un quedo susurro a su espalda:

—¿Ya te vas?

Ralph se volvió para mirar por encima de su hombro. Sam se había despertado y le miraba, tendido de costado, con expresión somnolienta, frotándose los ojos con una mano.

«¡Pobrecito!», pensó Ralph. «¡Está tan cansado…!».

—Sí —contestó. Se volvió para apoyarse con las manos en el

colchón, y se estiró para darle un besito cariñoso en los labios, murmurando—: Duerme un ratito más, anda.

Sam le acarició la cara con las dos manos. La atrajo hacia sí y le devolvió el besito, preguntando:

—¿A qué hora llegarás a casa?

—Temprano, sobre el mediodía.

Ralph se volvió para continuar con sus botas, mientras Sam insistía:

—¿Antes de que yo entre en la pizzería?

—Sí.

—Entonces, podremos comer juntos.

—M-m. Podríamos ir al bar de Jim.

Previsiblemente, Sam rezongó:

—¡Oh, Ralph! ¿Otra vez? No le caemos bien, lo sabes.

Ralph terminó con sus botas. Hizo un gesto con las manos, abriéndolas en el aire.

—¿Qué quieres? —se defendió—. ¡Tenemos que ahorrar! Necesitas comprarte unas botas nuevas.

—Pero…

—No hay peros, Sammy. Se te están cayendo a pedazos. No quiero que vayas descalzo por la calle. —Suspiró, mirando al techo, y añadió, más bajito—: Bueno, luego nos vemos.

Se volvió de nuevo, le sonrió, y se estiró una vez más para darle un besito dulce en los labios.

—Te quiero —cuchicheó.

—Y yo a ti —respondió Sam.

Ralph ronroneó, apoyando su frente en la de él, con los ojos cerrados, y le hizo un mimito, nariz con nariz. Sintió que Sam sonreía.

Estos momentos de besitos y de caricias eran muy importantes para Ralph. Su compañero estaba siempre serio y preocupado, por algún motivo u otro. Pero a primera hora de la mañana, cuando estaba todavía somnoliento y jugando con él a hacerse mimitos, casi conseguían que sus inquietudes se hicieran a un lado, y que volviera a ser él mismo. El verdadero Sam era tan dulce… Ralph le adoraba.

También adoraba al Sam preocupado, y al quisquilloso, y al protestón… Pero este otro, el relajado, el tímido y el juguetón, afloraba en tan raras ocasiones… A veces Ralph desearía que los mimitos de primera hora de la mañana pudieran durar todo el día, para poder disfrutar de su novio más a sus anchas.

«Estoy seguro de que aún así, encontraría la manera de preocuparse por algo», se dijo. Se movió a tientas para morder la punta de la nariz del otro chico, de broma, y Sam se rió. «El pobre lo ha pasado muy mal, y está tan habituado a preocuparse, que ya no sabe vivir de otra manera», se añadió Ralph.

Le besó la nariz y se apartó, murmurando:

—Me voy ya, ¿vale?

—Sí.

Sam le sonrió, arropándose bien debajo de la sábana. Ralph le acarició el pelo con una mano, y el otro chico bostezó, ocultando la boca debajo de la sábana. Ralph sonrió también y se puso en pie.

Agarró sus llaves, y estaba ya a punto de salir, cuando Sam cuchicheó a su espalda:

—Ten cuidado, Ralph.

Este se volvió. Su novio le miraba con una arruguita de preocupación en el entrecejo. «¿Lo ves?», se dijo Ralph. «¿Ves lo pronto que ha empezado a inquietarse? Todavía no me he ido, y ahí lo tienes. No sé qué voy a hacer con él…».

—Lo tendré, Sammy —contestó, con una sonrisita tierna.

—No te subas en ningún andamio, que me dan grima.

—No lo haré —negó Ralph—. En ninguno, amor. —Le hizo un saludo con la mano y le mandó un beso—. Hasta luego.

—Hasta luego —murmuró Sam, en medio de otro bostezo.

Ralph salió, con la sonrisita en los labios, y cerró sin ruido tras de sí. Empezó a bajar deprisa las escaleras para salir a la calle.

No podía decírselo a Sam, pero los andamios eran el pan de cada día para él, formaban parte de su trabajo. Suerte que Ralph era delgado y, aunque nadie lo diría por su aspecto y sus gestos un tanto desgarbados, también bastante ágil. Y no tenía vértigo, otro punto a su favor. Resultaba curioso pensar que las mismas cualidades que le servían para entrar a robar a un tercer piso, le sirvieran también para su trabajo en la obra.

Nada más salir a la calle, notó la brisa de la mañana en el rostro. Se detuvo un momento para tomar aire profundamente. El cielo estaba de color turquesa, limpio y despejado. Por el este empezaba a ponerse amarillo, señal de que el sol estaba a punto de hacer su aparición. La fachada del edificio donde vivían y la acera aún quedaban en sombras. El aire olía a mar y a sal…

Ralph se sacudió y se puso en camino. Iba tarde, seguro que

los demás habían empezado sin él. Pero como no tenía contrato, no podrían despedirle…

«No, pero el jefe podría pagarte una hora de menos», le dijo su conciencia con la voz de Sam. «Así que date prisa».

Se sonrió para sí otra vez. La brisa fresca y húmeda le despejó los sentidos. Aunque había dormido poco, se sentía bien despierto y alerta. Su estómago rugió de hambre, pero él le prometió un bocadillo a media mañana, y eso pareció consolarle, al menos, en parte. El hambre seguía ahí, nunca se iba. Pero siempre se agradecía cuando no hacía ruido por mitad de la calle, y cuando lo dejaba a uno pensar y hacer sus cosas…

«Me encantaría poder llegarme otra vez a la calle donde vimos el coche de Jordan», se dijo. «A lo mejor de día vemos más cosas. O lo veo a él. Pero ya es tarde, y no puedo. Va a tener que esperar a la hora del almuerzo».

Y con este pensamiento, metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y apretó el paso. La obra quedaba lejos. Aún tendría que caminar mucho para llegar. Y tendría que hacerlo deprisa, si quería estar allí antes de la pausa del bocadillo, y poder cobrar la mañana entera, y no solo media jornada…

***

Ralph cerró la puerta sin ruido, y Sam se tapó con la sábana hasta la nariz y cerró los ojos. Todo era silencio alrededor. Lo único que se escuchaba eran los pájaros, saludando al nuevo día. Pero Sam no creía que fuera capaz de volver a dormir. No sin Ralph a su lado, para darle calor y tranquilidad. No mientras Ralph estuviera en la obra, trajinando entre grúas y andamios…

Ralph decía que no se subía a ninguna altura y que no hacía nada peligroso, pero Sam le conocía, y sabía que mentía con una

facilidad asombrosa, sobre todo si pretendía calmarle y quitarle hierro a algo. También sabía que era más noble de lo que parecía, y que si un jefe le pedía que hiciera algo peligroso, no iba a decirle que no. Para Ralph era más importante obedecer a los jefes y ser un trabajador responsable, que su propia salud.

«Si hago lo que me dicen, me volverán a llamar, ¿no lo entiendes? Los jefes quieren trabajadores dispuestos y eficaces. A nadie le cae bien un tipo que protesta por todo», le explicaba Ralph a veces. Y añadía, ilusionado: «Si consigo que se queden con mi cara, la próxima vez podrían hacerme un contrato. ¿Te imaginas? ¡Hace años que no firmo uno de esos! ¡Ya estaríamos más cerca de salir de esta miseria, Sammy!».

Y Sam comprendía sus motivos, pero eso no le quitaba la preocupación. Ralph no solo trabajaba sin contrato, también sin seguro médico. Si se caía desde un andamio, ¿qué sería de él?

Una vez más, la ansiedad se cerró como un puño de acero en torno al corazón de Sam. Apretó los párpados con fuerza.

«¿Lo ves?», se dijo. «¿Ves cómo no iba a ser capaz de dormir? ¿Quién podría, teniendo a su novio en peligro, solo para ganar unos billetes para los dos?».

Apartó la sábana, con un suspiro. Abrió los ojos. La claridad que entraba por la ventana aumentaba rápidamente. Se sentó en el colchón y se quedó mirándola, pensativo.

Ralph era alegre y optimista, y esa cabecita que tenía estaba siempre llena de ideas, de sueños y de proyectos. Si él le faltaba, ¿qué iba a ser de Sam?

«Pensar esto no le ayuda. Ni tampoco a mí», pensó.

No, y tenía ropa que lavar y que remendar, y un apartamento que limpiar y adecentar un poco, antes de que volviera su compañero. Lo mejor que podía hacer era centrarse en eso y no

pensar más.

Con otro profundo suspiro, Sam empezó a moverse para ir al servicio y emprender las tareas del día.

***

Mientras Sam se ponía en movimiento, de vuelta en el apartamento de los secuestradores, Paul acababa de salir del baño, sintiéndose refrescado y como nuevo. Había dormido toda la noche de un tirón. Jordan le había despertado hacía unos minutos, y le había encargado que saliera al callejón, a llamar a sus dos amigos para que regresaran dentro. Pero ahora que estaba aquí, lo único que podía ver Paul era la puerta de hierro entreabierta. Fuera no se oía nada. ¿Dónde podrían estar?

Intrigado, se asomó al exterior para echar una ojeada. Al otro lado de la puerta había una calleja estrecha, oscura y maloliente. Estaba cerrada al fondo por una calle que cruzaba en perpendicular. A la derecha, solo había una pared. Pero a la izquierda había un pequeño receso entre varios edificios, que formaba una placita de forma irregular. El suelo era de hormigón gris, y había un solitario banco de hierro negro, cubierto de grafitis, en mitad de la plaza.

Allí fue donde los vio. El sol estaba tiñendo de dorado la parte alta de los edificios de alrededor, pero la plaza aún quedaba en sombras. Dan estaba sentado en el banco, mirando en su dirección. Reggie se había instalado detrás de él, sentado en el espaldar, con una pierna a cada lado del cuerpo del rapero, como si quisiera envolverle en un caparazón.

Paul no pudo ver la cara de su compañero Red Devil, porque estaba inclinado sobre Dan, besándole en la mejilla y haciéndole mimitos con la nariz. Le cuchicheó algo, y Dan se rió. Su preciosa sonrisa pareció iluminar toda la calle. Incluso desde esta distancia,

se veía que estaba radiante de ilusión.

El pelo dorado de Reggie parecía rubio pálido al lado de la cara tan oscura de Dan. Tenía los brazos sobre los hombros del otro chico, y las manos unidas sobre su pecho. Dan las apretaba con las dos suyas. De nuevo, los brazos de Reggie se veían pálidos y delicados, en contraste con las manos de Dan.

«Son tan distintos, y a la vez tan parecidos…», pensó Paul. «Y no solo físicamente, sino en todos los sentidos. Se complementan. A lo mejor por eso se gustan. Qué curioso que ninguno nos hayamos dado cuenta antes…».

Dan abrió los ojos. Le sonrió a Paul y le hizo un saludo con la mano. Paul también le sonrió. Vio que el rapero le murmuraba algo a Reggie, y este levantó la cabeza para mirarle…

Reggie no sonreía. Estaba serio, y sus ojos azules eran agudos y penetrantes. De pronto, le pareció a Paul que apretaba a Dan contra sí con las dos manos, como si temiera que alguien quisiera quitárselo.

«¡Qué raro ver tan protector al bueno de Reggie!», se extrañó Paul. «Ha cambiado mucho en estas pocas horas. ¿Y esa mirada tan decidida? Tampoco parece propia de él…».

No, Reggie había cambiado, había madurado. De hecho, había sido gracias a él que Jordan había traído todas las cosas, y por eso había podido dormir Paul a pierna suelta, y había podido lavarse la cara en condiciones. En este apartamento no había ni toallas, demonios. Pero cuando su mirada se encontró con la de Reggie, al cantante se le ocurrió preguntarse dos cosas.

En primer lugar, si Jordan sabía que sus dos compañeros estaban aquí, ¿por qué no les había llamado él mismo?

Y en segundo lugar, ¿por qué le miraba Reggie con esa cara? Ya debería conocerle, caramba. No iba a ser Paul quien moviera un dedo para intentar quitarle a Dan…

«Yo no. Pero Jordan tal vez», se dijo, frunciendo un poco el ceño.

Y quizás ese fuera el problema, ¿verdad? Jordan…

***

—Ahí está Paul —cuchicheó Dan.

Reggie levantó la cabeza, contrariado por la interrupción. ¿Paul? ¿Ya se había levantado? ¿Tan pronto?

Al parecer, sí. El cantante estaba de pie junto a la puerta de hierro que conducía al apartamento. Le sonrió, haciéndole un saludo con la mano. Reggie le saludó con la cabeza a su vez. Intentó sonreír, pero no pudo. Le jodía, y mucho, tener que volver al mundo real. Y lo hacía muy a la fuerza.

«¿Qué hace Paul aquí?», se preguntó, mientras su compañero se acercaba a ellos a grandes zancadas. «¿Habrá venido por su cuenta? ¿O le habrá enviado Jordan? Y si esto es así, ¿para qué?».

No tenía idea. Pero no le cupo duda de que estaba a punto de averiguarlo.

Capítulo 8

Ralph caminaba deprisa. En pocos minutos ya estaba cerca del solar donde se estaba levantando el nuevo edificio de viviendas. De hecho, lo veía desde aquí. Se encontraba un poco más adelante, en la misma calle. Unos pasos más y habría llegado.

Como cada mañana, pasó por delante de algunas tiendas, pero todas estaban cerradas. Aunque hoy hubo un escaparate concreto que le llamó la atención. Tanto, que se detuvo por unos instantes a

mirarlo.

Se trataba de una tienda de electrónica y de instrumentos musicales. El interior estaba oscuro, pero a la aún tenue luz del sol naciente, pudo ver al otro lado del cristal una batería, entre otros instrumentos. Los platillos relucían en la penumbra. Pero no era el objeto más llamativo de todos. El que más destacaba estaba en un rincón, y se trataba de una elegante guitarra eléctrica blanca.

«¡Troy!», pensó, con un pequeño sobresalto de ilusión. «¡Hemos conocido esta noche a un rockero gay! ¡Y es famoso! ¡Vaya, parece un sueño!».

Cierto, a la luz del amanecer, todo lo ocurrido durante la noche parecía un sueño. Pero Ralph sabía que no se engañaba. No iba a olvidar con facilidad la cara de tristeza y de decisión que le vio a Troy, ni tampoco el morado y la herida de su mejilla. Estos dos últimos eran la prueba de que peleó duro por William. Eran el símbolo de su amor, y de que estaba dispuesto a todo por él.

También eran la prueba indirecta de que era gay…Y de que Ralph y él se parecían, aunque fuera un poquito…

«Eso me encantaría, poder parecerme a él», se dijo. «Troy es un buen tipo. Ojalá pudiéramos ser amigos… Algún día».

De que era un buen tipo no le cabía ninguna duda. Troy podría haberles denunciado esta noche, o haber amenazado con hacerlo, porque les había sorprendido en dos ocasiones intentando robar. ¡Y las dos en la misma noche!

Sin embargo, no lo había hecho. Y eso que ellos le habían jodido los planes a base de bien… Para Ralph, que estaba acostumbrado a que todo el mundo desconfiase de él y le tratase como a un enemigo, solo por su aspecto y por dónde vivía, este detalle decía mucho a favor de Troy. Le decía sin palabras que era noble y que era buena persona.

«Un gran tipo», asintió para sí, con una sonrisita, mientras continuaba su camino hacia la obra.

El recuerdo de lo ocurrido hizo su andar más ligero y le dio nuevos ánimos. A lo mejor tenía la ocasión de llamar a Troy más tarde, cuando se llegara a ver el coche de Jordan. A lo mejor tenía más datos que pudieran interesarle, o daba con alguna pista inesperada…

De pronto, se detuvo en seco en mitad de la acera, abriendo grandes ojos de sorpresa. ¡Un momento! ¡Pista! ¡Tal vez tuvieran una! En la noticia que dieron anoche en la tele, dijeron que los secuestradores metieron a William en un coche negro. No dijeron el modelo, ni pusieron fotos ni nada. Pero el coche aquel de lujo que vieron Sam y él anoche, aparcado delante del de Jordan… ¿No era negro? ¿Y si…?

«Ya estás sacando conclusiones precipitadas, Ralph», le diría Sammy.

Sí, pero solo con pensar en la posibilidad, se le había acelerado el corazón. ¿Y si era verdad? ¿Y si el novio de Troy estaba secuestrado, a pocas calles de donde ellos vivían?

«Tengo que volver a donde está ese coche y verlo de nuevo», se dijo, apretando los labios, decidido.

Y con este pensamiento, aceleró el paso. No veía el momento de que acabara su jornada para poder ir con Sam a echar otro vistazo.

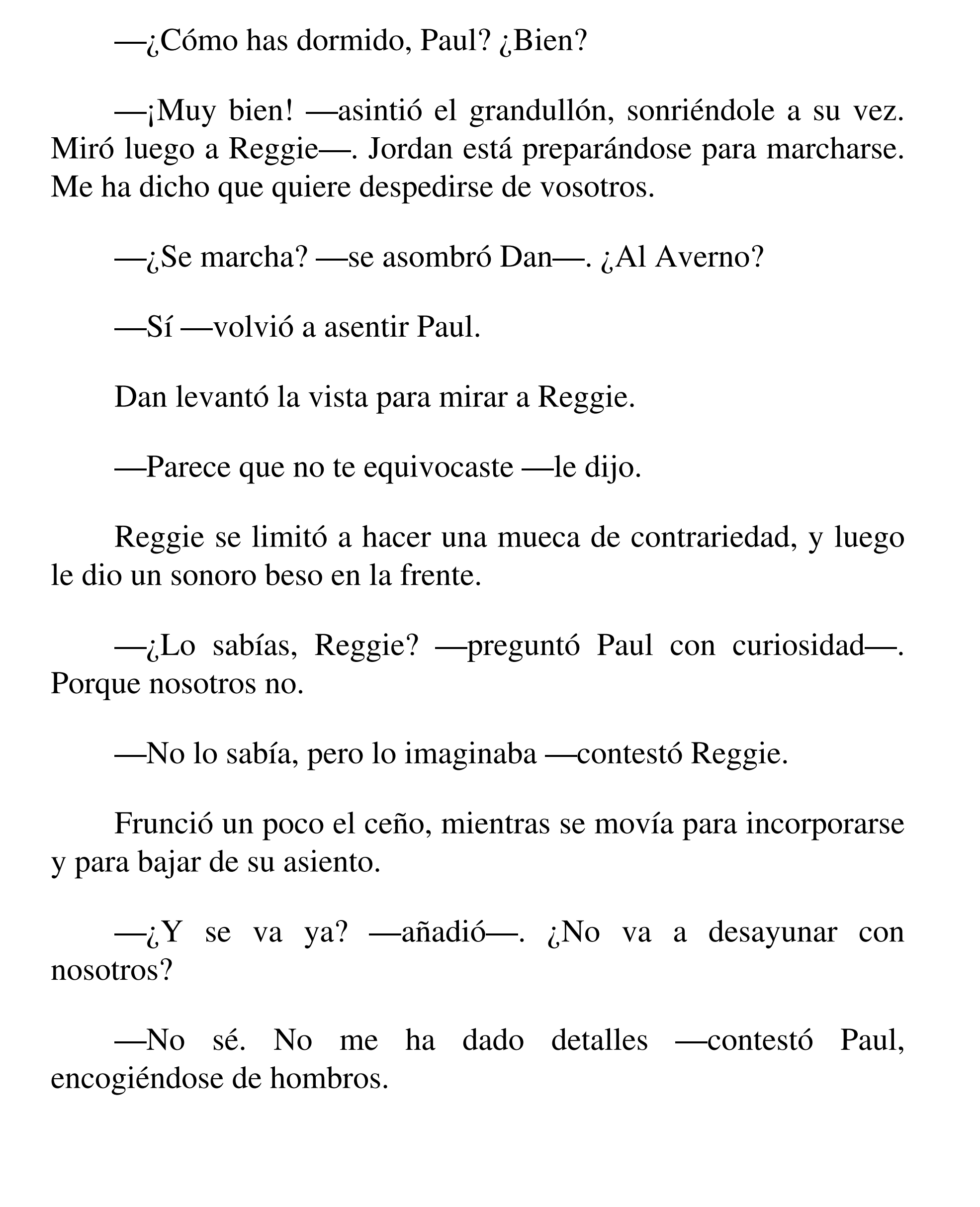
***

Paul se reunió con ellos en un momento, caminando a grandes zancadas. Dan no se movió, continuó sentado en el banco, apretando las dos manos de Reggie contra su pecho.

Apenas estuvo frente a ellos, Paul les dijo:

—¿Qué tal, chicos? ¿Viendo amanecer?

—Pues sí —contestó Reggie.



Su tono de voz era reservado. Dan en cambio sonrió ampliamente y preguntó:

—¿Cómo has dormido, Paul? ¿Bien?

—¡Muy bien! —asintió el grandullón, sonriéndole a su vez. Miró luego a Reggie—. Jordan está preparándose para marcharse. Me ha dicho que quiere despedirse de vosotros.

—¿Se marcha? —se asombró Dan—. ¿Al Averno?

—Sí —volvió a asentir Paul.

Dan levantó la vista para mirar a Reggie.

—Parece que no te equivocaste —le dijo.

Reggie se limitó a hacer una mueca de contrariedad, y luego le dio un sonoro beso en la frente.

—¿Lo sabías, Reggie? —preguntó Paul con curiosidad—. Porque nosotros no.

—No lo sabía, pero lo imaginaba —contestó Reggie.

Frunció un poco el ceño, mientras se movía para incorporarse y para bajar de su asiento.

—¿Y se va ya? —añadió—. ¿No va a desayunar con nosotros?

—No sé. No me ha dado detalles —contestó Paul, encogiéndose de hombros.

Reggie saltó al suelo diciendo:

—Está bien. Vamos.

Dan se puso en pie, recogieron sus bebidas, y los tres caminaron de regreso al apartamento. El rapero aprovechó que iba en medio de sus compañeros para preguntar:

—¿Qué opinas de que Jordan se marche, Paul? ¿Te da pena?

—Hombre, tanto como pena… Estaría bien que se quedara. La idea ha sido suya, y tendría que estar aquí todo el tiempo, ¿no? Con nosotros, al pie del cañón. Pero a la vez…

Paul lo pensó un momento. Dan buscó con disimulo la mano de Reggie con la suya. Los dedos de su compañero se cerraron con firmeza y decisión en torno a los suyos. Paul concluyó:

—Lo que siento es más bien alivio, qué queréis que os diga. Cuando él estaba dirigiendo desde su casa, y Reggie dirigiendo aquí, nos iba mejor.

—Estoy de acuerdo —sonrió Dan.

Miró a Reggie. Todo estaba ocurriendo tal como hablaron anoche. El batería no se equivocó suponiendo que Jordan querría irse, y Dan tampoco, aventurando que ellos tres se quedarían aliviados si se iba…

Pero Reggie no sonreía. Le devolvió la mirada, y su mano apretó la suya con ternura, pero su expresión era seria e impenetrable, y lo único que dijo fue:

—No habléis ahora. William podría estar despierto.

Hizo una seña con la cabeza en dirección a la puerta de hierro, que estaba ya frente a ellos. Paul no dijo nada, y Dan tampoco, pero lo pensó.

«Ya ha vuelto a ponerse el gorro de jefe. O eso, o está de los nervios, temiendo lo que le pueda decir Jordan», se dijo. «Aunque conociéndole, pueden ser las dos cosas. ¡Y míralo! Parece frío y desapegado, cuando a lo mejor por dentro está hecho un manojo de nervios. Lo siento por él, porque no quiero que sufra, pero esa calma aparente que tiene nos da confianza a los demás. A todo el mundo le gusta que su líder esté en control, ¿verdad?»

Habían llegado ya a la puerta. Entraron los tres, y Reggie cerró con la llave tras ellos. La brisa, los pájaros, la luz del sol naciente, la ciudad… Todo eso quedó fuera, y volvieron a internarse, siempre en silencio, en el estrecho y oscuro pasillo gris aquel, aislados del exterior.

En tan solo unos pasos, Reggie y él dejaron de ser una parejita anónima que se hacía mimos en una placita, y volvieron a ser dos músicos a las órdenes de Jordan Grant, los secuestradores de William Miller, enfrascados en la tarea de salvar a los Red Devils del ostracismo y la ruina…

Dan se encontró a sí mismo pensando que, por muy heroico que pudiera parecer lo segundo, le gustaba mucho más lo primero.

***

Keith llegó a casa con el corazón palpitante de ansiedad. Había dejado a Liam en su cama, desnudo y somnoliento. Le había prometido que no se iría, que se quedaría allí esperándole, y Keith le creía. Pero aún así, toda esta situación era tan nueva para él, que mientras subía en el ascensor, no pudo evitar pensar: «¿Y si ha cambiado de idea y se ha marchado? ¿Y si simplemente lo he soñado todo?».

A la luz del amanecer, después de haber estado haciendo sus tareas cotidianas de cada mañana y de haber visto a su entrenador, lo que ocurrió anoche casi parecía un sueño, hermoso, etéreo y

efímero. Y Keith no quería despertar de él. Pero, ¿y si cuando entrara en casa, veía que Liam ya no estaba? ¿No sería mejor que se fuera preparando?

Sus temores resultaron ser infundados, porque apenas hubo cruzado la puerta de la calle, escuchó unos pasos a la carrera desde la cocina, y Liam apareció en el recibidor. Estaba vestido con la ropa que llevó ayer y anoche, y pareció asombrado al verlo. Keith sonrió, pero antes de que pudiera decir nada, Liam murmuró:

—¡Oh, Keith!

Y corrió de nuevo hacia él. Un instante más tarde, Keith estaba entre sus brazos, y el otro chico le apretaba contra sí como a un tesoro. Emocionado, Keith dejó caer su mochila al suelo y le abrazó a su vez. Cerró los ojos y metió la cara en el hombro de su compañero.

«¡No fue un sueño!», se dijo. «¡Lo de anoche no fue un sueño! ¡Liam está aquí de verdad! ¿No es maravilloso?».

Sintió que el bajista carraspeaba y que se apartaba un poco para mirarle, preguntando:

—¿Qué tal ha ido?

Trataba de sacar un tono casual, pero estaba serio y grave. Keith abrió los ojos. Miró a los de Liam sin borrar su sonrisa.

—Un poco dolorido, pero bien. ¿Y tú? —Le tomó suavemente de la camiseta con dos dedos—. ¿Por qué te has vestido? ¿Te marchas ya? ¿Tan pronto?

—¡No! —exclamó Liam, negando con la cabeza, como si hubiera dicho una aberración. Se encogió un poco de hombros y contestó—: Tenía frío, eso es todo.

—Ah —dijo Keith.

Se quedó mirándole, extrañado ahora. ¿Por qué estaba su compañero tan serio? ¿Tal vez se había arrepentido de lo de anoche? ¿Había algo que estuviera mal? Lo había dejado tan contento, sonriente, medio dormido… Pero esta cara tan seria no tenía nada que ver. ¿Habría pasado algo mientras que él estuvo en el gimnasio?

—¿Qué te pasa, Liam? —preguntó, agarrándole por un brazo, inquieto—. ¿Ocurre algo?

Liam volvió a negar.

—No, nada. Solo…

Se interrumpió. Pareció distraído. Alargó una mano para acariciarle una mejilla. Le rozó con cuidado la barba con el pulgar. Se inclinó luego a un lado, y le dejó un besito dulce en los labios, demasiado breve para el gusto de Keith, pero blando y tierno. Sus ojos se prendieron de los de él cuando se apartó, y dijo, en voz baja:

—Keith, ¿cuánto hace que lo sabes?

—¿El qué? —preguntó Keith sin comprender.

Aquel besito, inesperado y sin venir a cuento, le había dejado las neuronas en cortocircuito. Y Liam continuaba acariciándole la cara, con sus ojos castaños mirándole como si en todo el universo no hubiera nada más. Keith estaba absorto mirándole a su vez. No podía pensar.

—¿Qué va a ser? —dijo Liam. Le besó otra vez y cuchicheó, con sus labios a flor de piel de los suyos—: Que estabas enamorado de mí.

***

Keith estaba radiante esta mañana, casi tanto como lo estuvo anoche, cuando subieron y llegaron, entre besitos y caricias, a la habitación. Sus ojos parecían de un azul más oscuro, y brillaban de ilusión. Sus mejillas se veían sonrosadas por encima de la barbita rubio oscura. Sus labios también estaban sonrosados y brillantes. Todo él parecía resplandecer de alegría. Liam podría comérselo a besos.

Sin embargo, al oír su pregunta se puso rígido y su rostro se ensombreció. Para Liam fue como si una nube hubiera ocultado el sol. De pronto, el mundo se veía oscuro y casi le pareció notar una ráfaga de aire frío por la espalda.

—¿A qué viene esa pregunta tan rara? —quiso saber Keith—. ¿Qué importa eso ahora?

—Importa —contestó Liam—. A mí me importa.

—Pero…

—Ven.

Liam tomó una mano del otro chico y le condujo con suavidad hacia el salón. Apenas hubieron entrado, le señaló con la otra mano el mueble donde estaban las fotos.

—Aquella foto, la que nos hicimos en el estadio… —comenzó.

—¿Qué pasa con ella? —dijo Keith, sin comprender, y un poco a la defensiva, que todo había que decirlo.

—¿En aquel momento ya sabías que yo te gustaba?

Keith miró a Liam a los ojos, con los labios apretados y la expresión inescrutable. Pareció meditar durante unos momentos, como si estuviera decidiendo si responder o no. Liam habló, conciliador, mientras acariciaba su mano con las dos suyas:

—Keith, por favor… Anoche dijimos que no iba a haber más secretos entre nosotros…

Keith apartó la vista, murmurando:

—Lo sé. Lo recuerdo.

—¿Entonces…?

Keith se encogió de hombros, mirando al suelo con una risita sin alegría.

—Me da vergüenza, ¿no es ridículo? —dijo.

Y antes de que Liam pudiera responder, respiró hondo, levantó de nuevo la vista hacia él, decidido ahora, y alargó la mano libre para acariciarle el pelo, añadiendo:

—La realidad es que lo sabía desde mucho antes.

Su expresión era serena e intensa. Liam no daba crédito a lo que oía.

—¿Antes? —repitió—. ¡Pero si eso fue hace cuatro años! ¿Y lo sabías desde antes?

—Sí —asintió Keith.

—¿Cuánto tiempo hace entonces, Keith? Porque me da vueltas la cabeza solo con pensar que llevas años enamorado de mí, y mientras tanto yo, haciendo el imbécil…

—Shh… Tú estabas viviendo tu historia con tu novio. Tenía que ser así —respondió Keith, acariciando su mejilla ahora, como intentando calmarle.

—Pero…

—Me di cuenta el día en que llegaste al ensayo, en el Averno,

diciendo que estabas saliendo con un chico.

Liam se quedó petrificado, mirando a su compañero con grandes ojos. De eso hacía siete años. Siete eternos años, durante los cuales, él había estado con su ex, viviendo con él, llevándolo a las fiestas, a las giras… Y Keith había estado asistiendo a todo aquello en silencio, sin demostrar ni una sola vez que le gustaba… Salvo aquel día, en aquella foto, cuando le pidió un beso estando borracho. A Liam le dolía el corazón pensarlo.

—¡Keith…! —murmuró en voz muy bajita, asombrado.

—Sí, fue tonto —dijo su compañero, con una risita avergonzada—. A lo mejor me gustabas desde el principio, y solo entonces me di cuenta, no sé. Los seres humanos somos así, ¿sabes? A veces no caemos en la cuenta de las cosas hasta que ya es demasiado tarde…

Pareció pensarlo un momento, mirando al suelo, con su mano reposando sobre el pecho de Liam y la otra entre las dos suyas. Por su parte, el bajista continuaba mirándole, acongojado. Se mordió los labios. Suponía que tal vez debería decir algo, pero no se le ocurría qué. Estaba sobrecogido y no era capaz de hablar.

De pronto, Keith parpadeó y se volvió para mirarle de nuevo, con expresión arrobada ahora. Retomó las caricias en su mejilla y su pelo, diciendo:

—Estuviste maravilloso aquel día. Brillabas de ilusión, Liam. Parecías tan feliz… Sentí envidia del otro chico, y me prometí que si algún día podía llegar a tener algo contigo… Aunque fuéramos ancianos los dos… Me prometí que te haría por lo menos igual de feliz.

Se acercó más. Rozó su mejilla con su nariz.

—Quiero hacerte brillar así —cuchicheó, y su aliento acarició los labios de Liam.

El bajista seguía mudo. Lo único que pudo hacer fue soltar un ruidito, mezcla de dolor, de excitación y de impaciencia. Cerró los ojos y se echó un poquito hacia delante. La boca de Keith ya estaba en la suya.

Keith le besó, abierto, lento y concienzudo. Le mordió los labios despacio y suavecito y los lamió después. El roce de su barbita y de sus blancos dientes en aquella piel sensible le dio escalofríos a Liam. Casi sin darse cuenta, rodeó con ambos brazos el cuerpo de su compañero y le apretó contra sí. Quería más, necesitaba más de Keith…Se fundió poco a poco en la caricia, colaborando cada vez más y haciendo ruiditos de necesidad en la boca del otro chico…

Y de repente, recordó que él también sabía hablar, y supo lo que tenía que decir, lo que sentía en aquel momento. Con un último ruidito, se apartó. Dejó un último beso a los labios de Keith, lento y dedicado, y le cuchicheó:

—¿Sabes que la luna solo puede brillar cuando le da el sol?

Keith se quedó mirándole a los ojos, sorprendido y un poco nervioso. Sus mejillas se habían teñido de sonrojo, y sus labios parecían más blandos y sonrosados. Su mirada azul estaba clavada en la suya, muy cerca, tanto que Liam podía sentir su cálida respiración en la nariz.

—¿En serio? —suspiró.

—Sí. Solo tengo que tenerte cerca. —Liam sacudió un poco la cabeza. No era eso lo que había querido decir. Frustrado consigo mismo, rectificó—: Solo tengo que *tenerte*.

Keith le miró un instante más a los ojos, y luego empezó a sonreír, despacio pero seguro. Su sonrisa se hizo más amplia y llegó a sus ojos, que brillaron como estrellas. No dijo nada, no hizo falta. Su cara de felicidad lo dijo todo. Al fin, como movido por un impulso, se echó sobre Liam y volvió a reclamar

ávidamente su boca.

Liam tampoco dijo nada. No se podía hablar cuando uno tenía la boca ocupada en algo tan placentero. Y además, ¿para qué? Ya lo había dicho todo de todas formas…

Capítulo 9

—Sí, quiero ir a casa para disimular, ya sabes —estaba diciendo Jordan—. Troy sospecha de mí, ya lo demostró ayer. Podría darle por presentarse allí otra vez.

Su voz era amable y casi despreocupada. Cuando Dan y sus dos compañeros llegaron al salón, vieron que estaba allí de pie, hablando con Little B. Jordan se había cambiado de ropa, y había vuelto a recogerse el cabello debajo de la gorra gris. Llevaba una bolsa en la mano, tal vez con su otra ropa, la de dormir. Habían retirado los trapos de debajo de la puerta y habían apartado las esterillas para poder abrirla. Jordan parecía estar a punto de marcharse.

—¡Ah, ya están aquí! —exclamó en cuanto los vio—. ¡Qué bien! ¡Justo a tiempo! —Les sonrió a su modo encantador y les dijo—: ¡Buenos días, chicos! ¡Me marcho ya!

Dan fue a dejar sobre la mesa su vaso y la taza de Reggie, mientras este decía:

—¿Tan pronto, Jordan? ¿No quieres desayunar con nosotros?

—No. Tengo prisa por llegar al Averno —contestó Jordan—. Estoy deseando poner la tele y ver si Troy ha convocado la rueda de prensa.

Soltó una risita, y Little B y Paul también rieron. Dan sonrió. Eso sería maravilloso. Significaría el fin de toda esta aventura, la

libertad de William y la vuelta a la normalidad para todos ellos.

—¡Si ves eso, llámanos en seguida! —exclamó Little B.

—¡Descuida, hermano! —contestó Jordan, chocando un puño con uno de los suyos.

Por su parte, Reggie permanecía serio, mirando a Jordan con los ojos entornados y la expresión penetrante.

—¿Y si no lo ha hecho? —dijo.

Su voz grave y preocupada rompió el momento de alegría, como si se hubiera tratado de una pompa de jabón, estallando en el aire. La sonrisa de Jordan desapareció y se volvió para mirarle, respondiendo:

—Si no lo ha hecho, tendremos que volver a llamarle, para recordarle que no estamos de broma, y que esto no es un juego.

Pareció pensarlo un momento, porque de pronto volvió a sonreír, y le dio una palmadita en el hombro a Reggie, añadiendo:

—Pero no te preocupes, porque te llamaré y te diré palabra por palabra lo que tienes que decirle. Como ayer, ¿vale?

«Algo me dice que Reggie ya no lo necesita», pensó Dan, sin apartar la vista del uno y del otro.

Por su parte, Reggie se limitó a asentir, aunque no parecía convencido del todo. Little B intervino, en un tono que intentó sonar despreocupado, pero que solo logró disimular a medias su inquietud:

—¿Tendremos que pasar otra noche aquí, Jordan?

—Espero que no. —Jordan continuaba sonriendo—. Aunque lo hemos pasado bien, ¿verdad? Cuando todo esto acabe, podríais venir un fin de semana al Averno, y nos montamos otra fiesta

como la de anoche.

Abrazó a Little B mientras hablaba. Este dijo:

—¿Para dormir en plan campamento también?

Jordan se rió.

—¿Por qué no? —contestó.

Abrazó también a Dan, un gesto pequeño y por compromiso, nada que ver con el abrazo más sentido que le dio anoche cuando llegó. Dan se lo devolvió sin decir nada. No se le ocurría qué podría añadir. Además, tampoco habría podido, porque Paul ya estaba sugiriendo:

—Sería buena idea invitar también a Keith y a Liam.

Jordan hizo un gesto con la mano, riendo, y contestó:

—¡No creo que vengan! ¡Son muy aburridos! —Abrazó a Paul como a los demás, y luego se volvió hacia Reggie, diciendo—: Reggie, amigo mío…

Reggie se sacudió. Había estado absorto, sumido en sus pensamientos. Al ver que Jordan se disponía a abrazarle, se volvió hacia él y le abrazó a su vez.

—Sí, Jordan —respondió—. Esperaremos tu llamada.

Este abrazo duró un poco más que los anteriores, pero salvo eso, Dan no pudo ver nada de extraño en ninguno de los dos. Reggie cerró los ojos, como para sentir mejor a Jordan entre sus brazos, y el otro chico hizo lo propio, con una sonrisita en los labios, en apariencia de lo más inocente.

«¿Ya lo ha olvidado todo?», se extrañó el rapero. «¿Todo el mal rollo de anoche? ¿O está tan contento porque se va, y nos deja aquí, a que nos den por culo, que ya le da lo mismo lo de anoche?

¿Y Reggie? ¿Qué siente él?».

No podía saberlo. El otro chico no demostraba ninguna emoción. Cuando Jordan se apartó, le dio otra palmadita en el hombro, sonriente, y Reggie se la devolvió, con una sonrisita pequeña y casi triste.

—Ha sido bonito tenerte aquí, Jordan —dijo, con voz queda.

—Sí. Vamos a quedarnos muy solos sin ti —añadió Little B.

Jordan los miró a todos, sin borrar su sonrisa, y contestó:

—¡No os preocupéis! Nos veremos de nuevo dentro de un rato, como quien dice, para celebrar juntos nuestro éxito en el Averno.

Dan frunció un poco el ceño, pensando: «¿Lo cree de verdad? Pero si Reggie dijo anoche que Troy no tenía pensamiento de rendirse…Y si no lo cree, ¿por qué miente? ¿Para darnos ánimos? ¿O hay algo más?».

No sabía lo que creer. Y Jordan se marchaba ya, no había tiempo para nada más. Dan volvió a mirar a Reggie, confuso, por si él pudiera iluminarle de algún modo, pero Reggie no se dio cuenta. Continuaba mirando solo a Jordan, y se mordía los labios, con una clara expresión de angustia.

«¿Será posible?», se dijo Dan. «No creo que esté pensando…».

***

Reggie estaba muy ansioso. La despedida le estaba resultando más difícil de lo que había anticipado en un principio. Sabía que sentiría alivio una vez que Jordan hubiera salido del apartamento. Después de haber pasado la tarde de ayer a cargo de todo, se sentía

más en control de la situación. Y vale que hubiera que llamar a Troy otra vez, pero al menos no tendría que hacerlo con Jordan mirándole por encima de su hombro, y haciéndole sentir vigilado y juzgado…

Pero Jordan aún seguía aquí, y la cabeza de Reggie era un caos de emociones, y las sentía todas a la vez.

Culpa, por desear que su amigo se fuera…

Un indicio del alivio que sentiría después, cuando ya no estuviera…

Pena, porque nunca había sentido ninguna de estas cosas. Y porque la relación entre ellos se había roto, lo sabía, lo sentía, pero sin embargo, Jordan seguía tratándole como siempre, y Reggie no sabía por qué, y eso dolía…

Y miedo. Porque Jordan podía acordarse del tema del candado en cualquier momento. Y entonces se acabarían las sonrisas y los abrazos, y le daría una degustación gratis de aquello a lo que sabía el auténtico infierno…

Y miedo también por otra cosa: por el concierto. Era mañana sábado. Tenían que ir al estadio para hacer las pruebas de sonido y los últimos ensayos esta misma tarde. Y Jordan hablaba de celebrar, y no había mencionado este asunto ni por encima. De hecho, ni siquiera parecía recordarlo, algo inaudito. ¿Y qué debía hacer Reggie? ¿Debía decírselo, junto con lo del candado? ¿Debía poner todas las cartas boca arriba, y terminar así con su amistad, o lo que quedara de ella? ¿Qué era lo correcto?

***

«¡Muy solos sin mí!», pensó Jordan. «Ya, Little B, a otro con ese cuento. A mí no me engañas. Sé dónde está tu lealtad ahora, en

este al que has empezado a llamar “jefe Reggie” de la noche a la mañana. Pues, ¿sabes qué? Aquí te quedas con él. ¡Que te aproveche!».

Se volvió una última vez para mirar a aquellos cuatro perdedores. Paul y Little B le sonreían. Dan miraba a Reggie con desconfianza, y el batería parecía estar en lucha consigo mismo, mirando al vacío y mordiéndose los labios.

«¿Y a este qué le pasa?», se preguntó Jordan. «¿Habrán estado hablando de mí, a mis espaldas? ¿Tiene que anunciarme que se van a ir, o qué?».

Aguardó unos instantes. Pero Reggie no hizo nada, así que se encogió mentalmente de hombros y agarró el picaporte para salir, diciendo:

—¡Bueno, chicos! ¡Hasta dentro de un rato!

Hubo un coro de «¡Sí!» y de adioses. Y de pronto, Reggie escogió ese momento para alzar una mano y decir:

—¡Ah! ¡Jordan…!

***

Reggie no podía soportarlo más. Llevaban un rato aquí de pie, hablando de cosas que no eran importantes, mientras que las que sí lo eran se quedaban sin decir. ¡Alguien tendría que hacerlo! En el último momento posible, levantó una mano y dijo:

—¡Ah! ¡Jordan…!

Titubeó. Iba lanzado a decirlo todo de un tirón. Algo así como: «Acerca del candado de William, por si no lo has visto, lo he quitado, porque el pobre tenía miedo. Y acerca del concierto, te acuerdas de que las pruebas de sonido son esta tarde, ¿verdad? Por

favor, dime que sí. Dime que podremos ir…».

Pero de nuevo, en el último segundo, se interrumpió, con la primera palabra ya en la boca. Jordan parecía haber olvidado el mal rollo de anoche. Se comportaba como siempre, incluso le había abrazado. ¿Y si decir algo era meter la pata y reabrir esa herida? ¿Y si era mejor guardar silencio, y ver cómo se desarrollaban las cosas?

Miró a Dan, angustiado. El rapero le miró a su vez con los ojos muy abiertos y con los labios apretados, como si pudiera gritarle con la mirada. Negó imperceptiblemente con la cabeza. Todo él parecía estar diciendo: «¡No, no! ¡No lo eches todo a perder!».

—¿Sí? —dijo Jordan.

Reggie se volvió para mirarle, sobresaltado. ¡Hala! ¿Y ahora qué?

***

Si hubiera un modo de comerse a alguien con los ojos, Dan Nobody estaba seguro de que él lo habría descubierto en aquel momento, y que hasta sería capaz de patentarlo. Pero bueno, ¿qué estaba haciendo Reggie?

«Quiere hablarle del candado, estoy seguro», se dijo. «No sé por qué le da tanta importancia a ese asunto. Si Jordan no ha dicho nada, es porque no lo ha visto. O si lo ha hecho, es porque le ha dado lo mismo. En ambos casos, no tiene importancia. Y en cambio, si Reggie dijera algo, estaría rebajándose, dándole explicaciones a Jordan que este no necesita, y demostrándole así que le tiene miedo. ¡Y no hay nada que temer! ¡Ya lo ves! Aquí se va, tan tranquilo. ¡Y es Jordan quien nos debe explicaciones a nosotros! ¡Nos está abandonando! ¡Debería ser él quien estuviera

temblando y preocupado porque nos enfademos! ¿Por qué Reggie no parece verlo?».

***

Reggie titubeó otra vez. Jordan le miraba con aire casi esperanzado. Era evidente que estaba aguardando una respuesta, y tal vez algo más. Volvió a tener la sensación de que el otro chico estaba esperando a que le dijera algo concreto… ¡Algo que él no podía saber! ¿Cómo iba a decirlo, si no sabía de qué se trataba?

Tragó saliva. Volvió a mirar a Dan, pero este continuaba comiéndoselo con los ojos, ahora con más convicción que antes, y no le iluminó. Buscó en su mente a la desesperada qué podría decir, que no le acarreara que le cayera encima el día del Juicio…

Y al fin lo encontró. Por encima de todo, del miedo, de las dudas, y de su propia tormenta emocional, Reggie estimaba a Jordan. Le apreciaba, y no quería que le ocurriera nada malo. Así que, ¿qué podría decirle? Pues la pura verdad.

***

La vista de Reggie se aclaró de pronto. Sus ojos azules se clavaron en los de Jordan y dijo:

—Nada. Ten cuidado por el camino.

Jordan sintió que algo se rompía dentro de él al oír aquello. Había esperado alguna clase de disculpa, o un reproche, o una explicación de por qué se había vuelto mandón y rebelde de la noche a la mañana, con propósito de enmienda incluido, por supuesto… ¿Y recibía *esto*? ¿Un simple «ten cuidado»? ¡Qué desilusión!

La expresión de Reggie era honesta y sincera, parecía tener su corazón entero en sus ojos. Pero ya no engañaba a Jordan. Esta amistad estaba perdida sin remedio…

***

Dan soltó un suspiro disimulado de alivio. «¡Oh, Reggie!», pensó. «He estado equivocado contigo, después de todo. Solo querías decirle que se cuidara… ¡Cuánto le aprecias! ¡Qué noble, cariño! Con todo lo que te ha hecho… Y has sido el único de nosotros que ha caído en la cuenta de decirle esto. Me pregunto si Jordan sabrá valorarlo…».

Al parecer no, porque Grant no pareció enternecido en lo más mínimo. Asintió, esbozó una sonrisita tensa y sin alegría, y dijo simplemente:

—Lo tendré. —Se volvió luego hacia los demás, añadiendo—: ¡Bueno, chicos! Os llamaré cuando llegue a casa y vea lo que ha hecho Troy. ¡Hasta dentro de un rato!

Saludó con la mano, y hubo un nuevo coro de adioses, mientras cerraba la puerta a su espalda por fin.

***

Jordan salió y caminó deprisa hacia la calle. Con tanta despedida tonta, se le había hecho tarde. Dentro del edificio aún estaba oscuro, pero fuera, en la calle, había ya mucha luz. Seguro que el sol ya debía haber salido. Y él debería estar ya en camino, maldita sea… Quería llegar al Averno antes de que dieran las nueve.

Se sentía sucio por haber tenido que abrazar a estos traidores, sobre todo a Reggie. Se consolaba pensando que había sido un mal necesario. Los necesitaba aquí, haciendo su trabajo. Ya tenían a

William. Si estos cuatro locos le abandonaban, él solo no tendría medio de continuar adelante con el plan.

«He debido contratar a profesionales y no implicar a ninguno de ellos», pensó. «La gente hace lo que sea por dinero. Sí, incluso ser leal y obedecer en todo. Pero, ¿por amistad…? Por amistad ya ves que no».

En fin, ya no tenía remedio. Eso sí, no creía que esto fuera a durar mucho más tiempo. Vale que Troy no hubiera querido rendirse a la primera, pero seguro que sí lo haría a la segunda.

«Unas horas más y habrá terminado todo», se dijo para darse ánimos, mientras salía del edificio y caminaba deprisa hacia su coche.

***

Apenas hubo salido Jordan, Little B corrió a pegar la oreja a la puerta. Aguardó durante unos instantes y al fin, suspiró y dijo:

—Sí, creo que se ha ido de verdad.

—Bueno —dijo Paul, con una sonrisa—, parece que ha olvidado el mal rollo de ayer, ¿no? Se ha levantado con otros ánimos.

—Lo parece, sí —convino Dan, pensativo—. Lo parece…

«Pero Jordan es el rey de las apariencias», concluyó para sí. «¿Y si ha estado haciendo teatro?».

—Aún así, yo he estado tenso todo el tiempo —dijo Little B —. ¿Vosotros no?

—Sí, yo también —asintió Dan.

Volvió a mirar a Reggie. El batería no hablaba, y se había quedado mirando a la puerta por donde había salido Jordan con aire ausente. Dan no habría podido asegurarlo, pero parecía casi triste. ¿Por qué? ¿Qué había en aquella cabecita rubia?

***

«No he sido capaz», pensó Reggie. «He sido un cobarde. Los amigos dicen la verdad. Los amigos confían en sus colegas, y no temen mover la barca».

¿Y acaso no había dicho la verdad? Porque ese «ten cuidado» había sido una de las cosas más honestas que le había dirigido a Jordan en las últimas horas…

«Sí», se contestó. «Pero Jordan no quiere preocupación o afecto, y no estoy seguro de que quiera honestidad. Quiere sumisión, lealtad y adoración. Y no le he dado de eso en el tiempo que ha estado aquí. He sido un imbécil».

En otras palabras, lo que había dicho debía haber sido algo cutre e insignificante para Jordan. Y tampoco había abordado los temas importantes. Estaba muy preocupado por el concierto. Y la perspectiva de tener que volver a llamar a Troy le había puesto de nuevo un nudo en la boca del estómago.

«Está claro que no sirvo para esto», pensó.

Se sentía triste y apesadumbrado. Parecía que no daba una. No había dicho lo importante por miedo a las consecuencias, pero ahora no sentía que hubiera hecho bien guardando silencio…La sola idea de tener que hablar de nuevo con Troy hacía que la barriga se le hiciera un ocho…No sabía si irían al ensayo de esta tarde o no, ni qué debía hacer en este sentido…

«Seguro que Jordan lo tiene todo pensado», le dijo un

rinconcito de su mente. Tal vez era el antiguo Reggie, el que fue hasta ayer por la mañana. Y parecía confiado y esperanzado…

El nuevo no. Este otro Reggie, el que acababa de despedir a Jordan a primera hora de la mañana, ya no creía esa frase. Sabía que Jordan no pensaba las cosas tanto como decía. Sabía que tampoco era tan previsor como aparentaba. Y sabía que mentía, que exageraba, que malmetía… Tenía razones para pensar que incluso le odiaba.

«Es capaz de ir a las pruebas de sonido sin decirnos nada, y de encontrarse allí con Keith, Liam y Ray, como si fuera un concierto normal», se dijo. «Es capaz de poner cara de inocente delante de Walter, y de decirle que Reggie debe estar de retiro, porque no contesta al teléfono, o algo similar… Es muy capaz. ¿Y sabes qué? Casi preferiría que lo hiciera…».

Sí, porque aunque Jordan lo hiciera para cubrirse sus propias espaldas, estaría cubriendo también las suyas. Y al menos se presentaría en el estadio, y ensayaría… Tres Red Devils ensayarían juntos. Y eso sería algo bueno, porque el grupo podría dar la cara al día siguiente, delante de los fans…

Y no solo eso. Si Jordan iba a las pruebas de sonido, querría decir que esto acabaría antes del concierto, ¿verdad? Aunque no tuviera tiempo de ensayar, llegados a este punto, a Reggie casi le daba lo mismo. Ya solo quería asistir al concierto. No dejar en la estacada a sus fans. Eso era lo único que le importaba.

La voz de Little B le sacó de sus pensamientos, exclamando:

—¡Muy bien! ¿Y qué es lo primero que va a ordenar el jefe Reggie?

Capítulo 10

Jordan no se equivocaba. Cuando salió a la calle el sol estaba empezando a despuntar por el horizonte, y había bastante luz. Sin embargo, tuvo que llegar hasta la acera para darse cuenta de algo importante: el todo-terreno negro estaba desvalijado. Unos vándalos se habían cebado con él durante la noche, y le faltaban las ruedas, las puertas, los altavoces y la radio.

Impresionado al ver su pobre coche en semejante estado, se detuvo en seco. Miró a un lado y al otro, receloso y desconfiado. ¿Y si los bandidos que habían hecho esto andaban cerca todavía? ¿Y si le hacían algo a él?

Hasta donde podía ver, la calle estaba desierta, y el coche blanco parecía estar bien. Sin pensarlo, corrió a meterse en él y arrancó el motor. Este tosió un poco, pero se encendió sin problemas. Jordan lo sacó del hueco, sin dejar de mirar a todas partes con ansiedad, y salió disparado en dirección a Manhattan.

«Ya me lo dijo Little B», recordó. Su mente le trajo la imagen de Little B, con sus gafas de sol y su gruesa cadena de oro al cuello, advirtiéndole con un índice, mientras decía: «Un coche de lujo va a llamar mucho la atención. No va a durar ni una noche». Y tenía razón, vaya que sí.

Menos mal que los ladrones habían pasado por alto este otro, el cutre. De lo contrario, habría tenido que quedarse aquí. O llamar a Thomas para que viniera a recogerle, lo cual habría sido muy engorroso. Jordan no le había dicho a nadie que había venido a pasar la noche en el Bronx, ni siquiera a Glen. No se fiaba de las personas a su servicio. Hasta el trabajador en apariencia más inofensivo era capaz de denunciarle a la policía. Era mejor así.

Estaba ya a un par de manzanas del apartamento, detenido ante un semáforo, y viendo la luz dorada del sol acariciar la parte alta de los edificios, cuando cayó en la cuenta. ¿Debería haber regresado para informar a los chicos de lo que había pasado con el coche?

«No, no, ¿para qué?», se contestó. «¿Acaso les interesa saberlo? Ellos no tienen que moverse de allí para nada, así que…».

Se encogió de hombros y continuó su camino. La luz le alegraba el corazón. Estaba amaneciendo un día precioso. Esperaba que fuera el último de esta pesadilla, y que mañana pudiera decir que ya lo había dejado todo atrás.

***

—¡Bueno! ¿Qué es lo primero que va a ordenar el jefe Reggie? —preguntó Little B, tan risueño como siempre.

Reggie se sacudió al oír su nombre. Parpadeó y miró a sus compañeros. Los tres estaban reunidos a su alrededor, mirándole a la expectativa. ¿Estaban esperando instrucciones? ¿En serio?

«¿Y por qué no?», se dijo. «¿Acaso no eres el jefe?».

Sí, y en este instante quería serlo menos que nunca. Todavía tenía el corazón pesado y el estómago hecho un nudo. Estaba abrumado por las preocupaciones, y se sentía muy triste, muy sobrepasado, y muy incapaz. Pero estos hombres eran sus amigos, y dependían de él. Y no solo ellos. También William.

Reggie tomó aire profundamente. Le encantaría poder hacerse una bola en un rincón y dedicarse a llorar su miseria a solas, pero no era el momento para eso. Había que poner este apartamento en pie y hacer que todos ellos recuperasen la dignidad de personas. Parecían pordioseros con estas barbas y oliendo mal. Little B era el único al que le sentaba bastante bien esa barbita de pocas horas, y aún así, Reggie estaba seguro de que también debía estar deseando quitársela.

«Sí, no es momento de pensar en mí ni en mis preocupaciones», se dijo. «Ellos. Ellos y poner esta casa en pie.

Eso es lo que importa».

Sin pensarlo más, se irguió y echó un vistazo alrededor. Forzó a sus sentidos a fijarse en lo práctico. ¿Qué había que hacer? ¿Y en qué orden lo harían?

***

Dan miró a Reggie, inquieto. El otro chico se había quedado pálido y como ausente tras la partida de Jordan. Pero al oír a Little B había parecido volver en sí. Se había sacudido, había tomado aire profundamente, y había echado un vistazo alrededor. Sus ojos azules, muy alertas y escrutadores ahora, miraban al suelo, a los muebles y a todos ellos.

«Se está poniendo otra vez el gorro de jefe», pensó Dan. «Está evaluando, priorizando, calculando… Reggie piensa mucho en las cosas, y eso a veces le hace daño. Pero tiene un sentido práctico y una capacidad de organización asombrosos. Le hace bien usarlos. Le anclan al mundo».

—Os diré lo que vamos a hacer —comenzó Reggie, decidido—. Lo más importante es… —Mostró un dedo en el aire—. Recoger el piso. —Mostró dos dedos—. Asearnos. —Mostró tres—. Y comer. Pero no de cualquier manera, porque si no, no acabaríamos nunca.

—¿Entonces…? —preguntó Dan.

—Empezaremos por recoger el salón. —Señaló las esterillas y todo lo que había por el suelo—. Primero esto, los cuatro a una. Lo recogemos, lo doblamos y lo ponemos todo ahí, en una pila junto al mueble.

Little B caminó para situarse a los pies de su esterilla, frotándose las manos.

—Muy bien —dijo—. El jefe Reggie ya está en marcha. ¿Qué haremos después?

Se inclinó para recoger su saco. Dan y los demás hicieron lo propio. Reggie contestó:

—Cuando tengamos el salón recogido, ordenaremos la cocina. Meteremos toda la basura en una bolsa para ir a tirarla después.

Little B se interrumpió, con el saco a medio enrollar. Se asomó por delante del cuerpo de Dan para mirar a Reggie con grandes ojos.

—¿Ir a tirar la basura? —dijo, como si acabaran de anunciarle que tendría que ir a nadar entre tiburones.

Dan sonrió al ver la cara tan expresiva de su colega. Paul soltó una risita y dijo:

—Si te da miedo, ya iré yo, Little B.

—Ya veremos quién irá y cuándo. Eso no corre prisa —respondió Reggie—. Primero hay que hacer muchas más cosas.

—¿Por qué quieres recoger el piso en primer lugar, Reggie? —preguntó Dan con curiosidad.

—Porque es una tarea tonta y un latazo, pero hay que hacerla. Fijaos lo estrecho que es. —El batería señaló alrededor con una mano—. Y tenemos que estar aquí encerrados otro montón de horas… Lo mínimo es poder movernos arriba y abajo, ¿no creéis?

—Jordan dice que a mediodía estaremos celebrando en el Averno —dijo Little B.

—Yo no lo creo —dijo Dan.

—A mí me parece pronto al mediodía —terció Paul—.

Quizás por la tarde sea más seguro.

—Yo prefiero no pensar en eso por el momento —opinó Reggie—. Vamos, no os paréis. Little B, recoge el saco de Jordan.

—¿Por qué yo? —rezongó Little B.

—Porque lo tienes al lado —contestó Paul.

Little B le hizo burla, pero se agachó para obedecer. Dan enrolló su esterilla y señaló tras ellos con la cabeza, preguntando:

—¿Y qué haremos con esa ropa? La de ayer.

—Ponérnosla —respondió Reggie.

—¿Cómo? —se horrorizó Little B—. ¡Está sucia! ¡Huele mal! ¡Y Jordan trajo ayer otra muda limpia! ¡Se la pediste tú!

—Little B, ¿puedo hablar? —dijo Reggie en tono inexpresivo. Continuó enrollando su esterilla, mientras explicaba —: Solo será durante un rato, mientras William se ducha. Luego nos ducharemos nosotros y nos pondremos la ropa limpia.

Dan sintió que se le aceleraba el corazón al escuchar aquel «nos ducharemos». Antes de poder retenerse, exclamó:

—¿Ducharnos? ¿Los cuatro juntos?

Reggie se puso rosa hasta la raíz del pelo y se quedó inmóvil, apretando su esterilla medio enrollada contra sí, y mirando al vacío con el ceño fruncido, mientras sus dos compañeros soltaban una carcajada.

—¡Pero hermano! —exclamaba Little B, dándole una palmada a Dan en el hombro—. ¿Cómo se te ocurre una cosa así?

—¿Has visto ese cuarto de baño? —dijo Paul—. ¿Crees que cabemos ahí los cuatro?

—¡Mira la cara de Reggie! —Little B le señaló con una mano —. ¡Parece a punto de darle algo!

—Normal —respondió Paul—. Solo con imaginar a Dan desnudo…

—¿Te crees que no se lo ha imaginado ya? —se reía Little B.

Dan se llevó una mano a la frente, mortificado. Se sentía como si acabara de abrir una caja de Pandora metafórica en la que hubieran estado encerradas todas las bromas del mundo. ¿Cómo paraba ahora este torrente de risas, por favor? ¡Ah, qué imprudente había sido!

Menos mal que Reggie era de otra pasta. Tras pasar unos instantes inmóvil, se sacudió una vez más, y continuó enrollando su esterilla, con gestos bruscos y tensos, diciendo:

—Señores, creía que eran ustedes adultos. No me obliguen a ponerme serio.

¡Y lo dijo con el rostro perfectamente serio e impasible! Como no podía ser de otra forma, Little B se dio cuenta de la ironía y exclamó:

—¿Serio? ¿Puedes ponerte más aún?

En cambio, Paul pareció tener un momento de iluminación espiritual, porque miró a Reggie desde su elevada estatura y exclamó, maravillado:

—¡Eh! ¡Has hablado como en el ejército! ¡Eso me gusta! ¿Recordáis ayer? ¡Es como si estuviéramos en misión comando! ¿Por qué no nos das las órdenes siempre así, Reggie? Nos meteríamos más en el papel.

Dan sonrió. Típico de Paul, eso de mezclar papeles y actuaciones con el ejército. Sabía de buena tinta que uno de los

sueños del cantante era poder trabajar como actor principal en alguna película bélica o de acción, pero hasta ahora no había conseguido que le dieran ningún papel. No obstante, el cine de acción seguía siendo su gran pasión. Suponía que era normal que de vez en cuando saliera a la luz algo de su profesión frustrada. Como ayer, cuando se presentó en casa de Little B con la petaca de *whisky* y la pintura de camuflaje.

Se tomó un instante en reflexionar sobre ello, con el ceño fruncido ahora. Resultaba extraño pensar que aquello ocurrió ayer mismo. Habían pasado tantas cosas desde entonces, y ellos mismos habían cambiado tanto, que parecía que hiciera una década.

Pero Little B ya estaba exclamando, moviendo un índice en el aire:

—¡No, no, grandullón! ¡No nos conviertas a Reggie en general!

—¡Sería comandante, Little B! —especificó Paul.

—¿Y yo qué? ¿Sería soldado raso?

—Little B —interrumpió Reggie—, sospecho que estás formando toda esta película para no tener que trabajar. Pero no te vas a librar, ¿eh?

Little B, que había avanzado un par de pasos hacia Paul para encararse con él, se detuvo en seco. Vio que la esterilla de Jordan era la única que quedaba en el suelo, y fue a recogerla deprisa, murmurando para sí entre dientes.

Dan fue al rincón a dejar sus cosas con las de los demás. Ya iba a volverse hacia Reggie para preguntarle qué hacía ahora, cuando sintió que una mano delgada y decidida le agarraba por la cintura. Un cuerpo se pegó al suyo por un costado, y la voz de Reggie, grave y aún con un ligero aroma a tabaco, le murmuró al

oído:

—Como dice Paul, la ducha es demasiado estrecha y solo cabemos de uno en uno. Pero en cuanto estemos fuera de aquí…

Soltó un pequeño gruñido, mostrando los dientes, de broma, y le besó la nariz. Dan se rió. Se volvió para poner una mano en su hombro y ronroneó, también de broma:

—¡Qué miedo!

—¡Eh! —exclamó de pronto Little B.

Reggie debió interpretar que le había ofendido verlos tan cariñosos y que quería que corriera el aire, porque se volvió de un salto, soltando a Dan como si este hubiera estado envuelto en un abrigo de pinchos.

Pero Little B no parecía ofendido, sino ilusionado. Alzaba una mano en el aire, con la esterilla a medio enrollar apretada contra su cuerpo, y dijo, con una radiante sonrisa:

—¡Ya sabía yo que faltaba algo! ¿Sabéis qué es?

Se metió la esterilla debajo de un brazo y corrió hacia una de las sillas, o más bien hacia la radio. Pulsó un botón y exclamó:

—¡Música! ¿Verdad que así se trabaja mejor?

Empezó a mover el cuello como una paloma, adelante y atrás, y regresó con ellos, haciendo pasos de baile. Dan también movió la cabeza al ritmo de la música.

—¡Bien, colega! —dijo—. ¡Era justo lo que necesitábamos!

—¿Verdad que sí? —dijo Little B.

Le dirigió una mirada de ilusión, y Dan le sonrió. Miró luego a Reggie, que estaba de espaldas a ellos, recogiendo cosas de la

mesa. Su pelo rubio caracoleaba sobre su nuca. Su cuello estaba erguido y sus hombros rectos, pero por debajo de la camiseta blanca, a Dan le pareció ver que gran parte de la tensión de las últimas horas había abandonado su espalda y sus brazos.

«¡Qué pena que se haya apartado!», pensó. «Adoro sentir su cuerpo así, pegadito al mío, y su voz en mi oído… ¿Cómo se puede ser tan macho con ese cuerpo tan delgado, tan blanco y tan delicado? Y la voz, por favor… Nunca me cansaría de escucharla».

Mientras le miraba, notó que le ardían las manos de deseos de acariciar aquellos hombros y de disolver los restos de tensión. Si se quedaran solos durante algunos minutos…

Pero no había nada que hacer. Como decía Reggie, el apartamento era bastante estrecho. Y tampoco podían dejar a sus amigos solos cada poco rato para escurrirse al callejón o a la habitación vacía. Además, tenían cosas que hacer. Y él también estaba deseando ducharse y desayunar en condiciones.

Eso sí, no lo dijo, ninguno de ellos lo dijo. Pero él sí lo notó. Desde que Jordan se fue, habían vuelto a comportarse como un grupo de buenos amigos, bien avenidos y bien compenetrados. Dan se sentía tan cómodo como si estuviera en familia. Se palpaban la alegría, la esperanza y el buen rollito. Y el alivio colectivo era tan grande que casi podría llenar esta habitación.

***

Mientras tanto, Jordan iba saliendo del Bronx e iba encontrando en su camino cada vez más coches. No tardaría en unirse al río de automóviles que surcaba Manhattan en hora punta. Un día normal, le habría parecido una pesadilla, pero hoy casi lo agradecía.

La luz continuaba aumentando en el cielo, sin prisa pero sin

pausa. Los edificios más altos empezaban a centellear al sol. Era refrescante poder salir del ambiente opresivo y cutre del barrio aquel y volver a Nueva York, la ciudad llena de vida que conocía tan bien. Ahora que estaba aquí, todo el tema del secuestro, su problema con Reggie, y la negativa de Troy… Todo parecía pequeño, un simple juego de niños. Su cabeza se sentía más despejada y alerta, a pesar de lo poco que había dormido. Se sentía capaz de enfrentar un nuevo día, fueran cuales fuesen los desafíos que trajera consigo.

«En cuanto a lo del coche, creo que es mejor así», se dijo. «Si no tiene coche, Reggie no sentirá la tentación de abandonarme, y continuará allí, haciendo su trabajo, todo el tiempo que haga falta. Y eso es exactamente lo que yo quiero».

Con este pensamiento, se relajó en su asiento y silbó una melodía. No veía el momento de verse en la autopista, camino del Averno.

Capítulo 11

—Pues sí —dijo Little B—. *Alguien* se ha pasado la noche de charla. —Miró a Dan de modo muy elocuente, y luego añadió, siguiendo con lo suyo—: Reggie, si no fueras a ser mi cuñado, te regañaría por no dejar dormir a los demás por las noches.

Reggie habría querido contestar, pero no podía. Estaba demasiado ocupado babeando por el torso de Dan Nobody.

Estaban los cuatro en el salón del pequeño apartamento. Ya habían recogido las esterillas y las cosas de dormir, y también la cocina y la basura. Reggie se había centrado en lo práctico, y sus compañeros se habían aplicado a la tarea con diligencia, sin nuevas interrupciones. No habían tardado nada en tener las dos habitaciones bastante más decentes.

Ahora estaban cambiándose de ropa. Reggie quería que William se duchara y se aseara el primero, para llevarle el desayuno y dejarlo comiendo en paz, mientras ellos cuatro se iban turnando para asearse a su vez. Le pareció que vestir la misma ropa de ayer les ayudaría a permanecer en el anonimato. Pero cuando lo propuso, no pudo ni imaginar que tener a Dan frente a él, a pocos pasos, cambiándose de ropa, fuera a poner sus hormonas en revolución de esta manera.

«Fui un iluso, porque el chico tiene un cuerpo perfecto, incluso vestido. Sin ropa ya…», se dijo, sintiendo que un nuevo sonrojo traidor le trepaba por la cara sin poder evitarlo.

En su opinión, Dan era un chico de anuncio, tanto por lo agradable que era su rostro, con la nariz, las mejillas y la barbilla redondeadas, y los labios tan voluptuosos que tenía, como por el cuerpo tan masculino que acompañaba a aquella cara bonita. Era robusto, sin estar gordo, era delgado y ágil, sin parecer enclenque, tenía los músculos definidos, pero no se veían inflados. Su piel era tersa y uniforme, de aspecto muy suave. Invitaba a acariciarla. Y sus hombros y pectorales parecían estar llamándole a voces para que los cubriera de besos y de bocaditos, y los recorriera con las dos manos hasta gastárselas.

La idea de proponerle a Dan que se ducharan juntos le pareció en aquel momento más que tentadora. Incluso, pensándolo bien, quizás fuera una suerte que la bañera fuera tan estrecha, porque así no les quedaría otra que arrimarse mucho el uno al otro, y agarrarse mutuamente para no resbalar, y…

«Pero, ¿qué pensarían nuestros amigos?», se dijo, desesperado. «¡Little B es capaz de cortarme los huevos de verdad! ¿Cómo vamos a irnos a la ducha los dos solos, con todo lo que eso podría conllevar, y dejar aquí a nuestros amigos?».

Cierto, le parecía una falta de respeto hacia ellos. Y además, a saber a qué hora terminarían en el baño y cuándo podrían

desayunar. Y él ya tenía hambre… Pero, ¿verdad que sería maravilloso poder compartir el baño?

«Vas demasiado deprisa», pensó. «Y esta historia acaba de empezar. Hay tiempo…».

¿Demasiado deprisa? Bueno, a Dan su ritmo le parecía perfecto, o eso fue lo que Reggie entendió por lo que estuvieron hablando hacía un rato, y por su actitud en general. Pero no, no estaría bien que se fueran los dos y dejaran a sus amigos plantados. Tendría que resignarse y esperar a otro momento.

Pero esto no le impedía babear y fantasear. Y solo con pensar en que algún día tendría ante sí ese pecho perfecto, de pectorales marcados, en una piel tersa y firme color chocolate, sembrado de gotitas de agua y adornado con blanca espuma de jabón, Reggie sentía que le temblaban las piernas.

Suerte que estaba sentado en uno de los brazos del sofá. Y suerte que la mesa estaba interpuesta entre los demás y él. Esperaba que nadie pudiera ver el estado en el que se encontraban sus partes…

Tampoco estaba demasiado inquieto por eso, porque en realidad, ninguno de sus compañeros parecía mirarle. Todos estaban ocupados con su ropa, y se cambiaban deprisa para resolver el tema de William cuanto antes. Reggie también se ocupó de la suya, tratando de echar atrás en su mente los pensamientos lujuriosos. Pero no le iba a resultar fácil conseguirlo…

—Little B, eso ha sonado muy raro —dijo Paul, bromista—. ¿Tuvieron tema estos dos? ¿En serio?

—¡No! —exclamó Dan, riendo—. Pero, ¿cómo se te ocurre…?

Paul se encogió de hombros.

—No sé. Yo estuve durmiendo como un lirón, por eso lo pregunto —dijo.

—Yo también —contestó Little B—. Pero espero que sea de verdad que no. —Hizo como si reprimiera un escalofrío, añadiendo—: Habría sido muy raro, conmigo durmiendo al lado…

—¡Y conmigo, ya te digo! —se rió Paul.

—¡Pero será posible…! —volvió a exclamar Dan.

Seguía riendo, y su sonrisa alegró el corazón de Reggie. «Es la sonrisa más preciosa y el hombre más precioso que he visto en mi vida», pensó. Y suspiró en silencio, arrobado.

Pero entonces Dan le miró abiertamente y le apremió:

—¡Reggie! ¿No les estás oyendo? ¡Diles algo, hombre!

Una vez más, Reggie se sobresaltó al oír su nombre. Forzó a sus ojos a despegarse del hermoso rostro de Dan, de sus hombros y de su pecho descubierto, y bajó la vista a la camiseta que tenía entre sus dos manos. Carraspeó.

—Caballeros… —improvisó, sacando la voz más grave de su repertorio—. Por si no se han dado cuenta, ya tengo bastante con tener delante a Adonis reencarnado. —Señaló a Dan con una mano, mirando ahora a Little B y a Paul—. ¡No me lo hagan más difícil!

Little B torció toda la cara en una mueca de extrañeza.

—¿Adonis reencarnado? —repitió—. ¿Qué demonios…?

Paul interrumpió, exclamando:

—¡Eh! Reggie, ¿sabes que te va bien, eso de hablar como un militar? Con la voz tan grave que tienes, te da más… No sé. ¿Autoridad?

—¡Autoridad! —rezongó Little B, volviendo a ocuparse de sus botas—. ¡Y tú la usas para reírte e él!

—¡No me río de él! ¡Me río con él! ¡Es mi Reggie, Little B! ¡Somos colegas! —se defendió Paul.

Reggie no pudo escuchar el resto de la conversación, porque otra vez estaba absorto mirando a Dan. El otro chico le miró a él a su vez con grandes ojos de sorpresa, pero en seguida bajó la vista, como si le hubiera dado vergüenza. Pareció pensarlo un momento, pasando una mano por la camiseta que tenía ante sí, sobre la mesa, y al fin, volvió a levantar la mirada hacia él. Pero ahora le observó desde debajo de las pestañas, con una sonrisita tímida. Se señaló a sí mismo con la vista, o más bien a su propio pecho, y vocalizó: «¿Te gusta?», con una mirada muy sugerente.

Reggie se limitó a asentir una vez con la cabeza, sintiendo la cara entera hervir de sonrojo, y se preguntó…

¿Se le vería desde fuera demasiada cara de tonto? ¿Cómo lo haría ahora para disimular el bulto que quería salir en su pantalón?

Y por favor, en el nombre de Dios, ¿qué podía hacer para recoger su mandíbula inferior, que se le había incrustado en el suelo?

***

Dan sentía el corazón dando saltitos de ilusión dentro de su pecho. ¡Adonis reencarnado! Era el piropo más hermoso que le habían dicho nunca. Pero más aún que esas palabras, lo que le tenía emocionado era la cara de Reggie. Estaba embobado mirándole, tanto, que tardó unos instantes en darse cuenta de que tenía que terminar de vestirse y de meterse en su camiseta.

«Nadie me ha mirado así en mi vida. Podría estar horas y

horas mirando esa cara sin cansarme. Pero parece que ya se acabó el espectáculo», pensó Dan, haciendo lo propio. «Una lástima. Ha sido breve, pero intenso».

Intenso, sí. Dan había intentado no aparentarlo, pero mientras Reggie se cambiaba de ropa, había estado mirándole con disimulo todo lo que había podido. Así, había podido ver que el otro chico tenía el torso delgado y estrechito, pero firme, marcado y fibroso. Hasta donde había podido ver, su piel era blanca como la nata en todas partes, y…

¡Reggie llevaba ropa interior blanca! Esto había sido toda una revelación para Dan. Siempre había creído que los rockeros la usarían negra, por aquello de que eran rebeldes, o de estampado de leopardo, por decir algo estrafalario, pero… ¿Blanco? ¿Blanco liso, normal y corriente? Esto jamás se lo habría esperado.

«A lo mejor se ha puesto la más discreta y ha dejado en casa la negra y la de leopardo», se dijo, sonriéndose privadamente para sí. «Me pregunto cómo debe estar, vestido solo con unos bóxers negros como los que llevo yo. ¿Le marcarían el paquete? ¿Te lo imaginas tendido sobre unas sábanas de seda negra? Riquísimo, mi Reggie…».

Le miró de soslayo, pero Reggie no se dio cuenta. Tenía la cabeza dorada inclinada, mientras se ponía las botas.

«Me encantaría poder ducharme con él», pensó Dan. «Ha dicho que le gusto, y con lo fogoso que es cuando se lo propone… Pero no puede ser». Suspiró con disimulo, desencantado, y se añadió, para darse ánimos: «En fin, espero que pueda ser pronto».

—¿Quién se duchará detrás de William, Reggie? —preguntó Little B.

—No sé —contestó Reggie, sin mirarle—. No he pensado en eso. —Levantó la vista hacia Paul—. ¿Tú tienes prisa por ducharte, Paul?

—¿Yo? Ninguna.

El grandullón se encogió de hombros. Los ojos de Reggie se clavaron en Dan, de nuevo serios y reservados. El sonrojo había desaparecido de su rostro como si nunca hubiera existido, y volvía a parecer el jefe frío, práctico y en control.

—¿Y tú, Danny? —preguntó.

—Me da lo mismo —respondió Dan, encogiéndose de hombros a su vez.

—En ese caso, tú serás el primero, Little B —concluyó Reggie—. ¿Era eso lo que querías?

—¡Sí! —exclamó Little B, satisfecho—. Es que me muero de hambre, ¿sabéis? Tengo el metabolismo rápido o yo qué sé, y si paso muchas horas sin comer, me pongo nervioso y me tiemblan las manos y todo.

—A ver si vas a ser diabético, Little B —dijo Paul, preocupado.

Little B hizo un gesto con la mano, respondiendo:

—¡Nah! El médico está harto de revisarme, y no ha encontrado nada.

—Mejor así —dijo Reggie—. Cuando termines en la ducha, ve a la cocina y come lo que quieras. No nos esperes. Creo que por esta vez, será mejor si vamos comiendo de uno en uno cuando vayamos terminando en el baño.

—Está bien —asintió Little B.

Reggie miró a Paul y a Dan y explicó:

—Como a vosotros dos os da lo mismo, Dan podría ir detrás de Little B, por si quiere afeitarse mientras él se ducha, o comer

con él. Y luego podrías ir tú, Paul.

—¿Y tú, jefe? —preguntó Little B.

—Yo el último —contestó Reggie. Levantó luego un índice y bromeó—: Así que mucho cuidado con gastar toda el agua caliente. ¡Estáis avisados!

Hubo un coro de risas. Dan se quedó mirando la cara de Reggie, fascinado. Por fin lucía aquella hermosa sonrisa que le había visto en tan contadas ocasiones, amplia, abierta, desenfadada y sincera. Casi le hacía parecer más joven. ¡Qué alegría poder verle bromear y sonreír así! ¡Había estado tan tenso desde que Jordan llegó…!

«Me siento un poco culpable, porque aprecio a Jordan, pero no puedo evitarlo», pensó Dan. «Me alegro de que se haya ido». Miró a sus otros dos compañeros, que también sonreían y reían, y tuvo la sensación de que, de nuevo, aunque nadie lo dijera, no era el único que sentía esto.

¿Qué pasaría con Jordan, que había tenido tensos y ansiosos a sus cuatro mejores amigos durante tantas horas? Esto no había ocurrido nunca antes, que Dan supiera. ¿Qué podría ocurrirle a Jordan Grant?

***

Entretanto, en el apartamento de Keith, este y Liam continuaban enredados a besos y caricias. Las manos habían vuelto a ponerse en movimiento, como anoche, y recorrían con avidez el cuerpo del compañero, los hombros, el pecho, el vientre…

Liam hizo otro ruidito en la boca de Keith y murmuró, con sus labios a flor de piel de los suyos:

—Keith, ¿has vuelto más…? ¿Grande?

Keith sonrió. ¿Sería posible que a Liam le gustaran los aún pequeños músculos que estaba consiguiendo echar, a base de mucho sudar?

«¿Por qué no?», se preguntó. «Al fin y al cabo, su ex era musculoso. A lo mejor ese es su tipo de hombre. Y a mí nunca se me ha ocurrido pensarlo. Si lo hubiera sabido antes, me habría puesto en serio en el gimnasio hace años, aunque solo fuera por gustarle. ¿No es para reventar?».

—Sí, es por el ejercicio —contestó, un poco sin aliento. Frotó su nariz contra la de Liam, ronroneando—: ¿Te gustan los chicos cachas, m?

—Me gustas tú —murmuró Liam.

Y volvió a morderle la boca. Keith se dijo que se le hacía raro llamar «ex» al novio de Liam. Y eso que este decía que no terminaron ayer precisamente, pero él sí se enteró anoche, después de siete largos años hecho a la idea de que Liam estaba fuera de su alcance. Suponía que eso marcaba toda la diferencia.

Un escalofrío por la espalda interrumpió sus cavilaciones. Liam había metido las manos bajo su camiseta. Y Keith venía aún acalorado del gimnasio. El aire frío de la habitación le había puesto la piel de gallina.

—Liam —dijo, apartándose para tomar aire entre dientes—. Tengo frío. Necesito…

—¿Qué, mi vida? ¿Qué te doy? ¿Qué te hago? —apremió Liam, cubriéndole la cara de besos y la espalda de caricias.

«Necesito irme a la ducha, o voy a pillar una pulmonía», fue lo primero que pensó Keith, pero la frase murió en su boca, antes de que se planteara de veras llegar a decirla, porque un nuevo

pensamiento había cruzado su mente como un relámpago y se negaba a irse.

Abrió los ojos, con la barbilla apoyada en el hombro de Liam. Se encontró mirando al ventilador beige que tenía en el techo del salón. Estaba apagado ahora, inmóvil, y no le dijo mucho. En cambio la palabra «ducha»…

«¿Te imaginas, Keith?», pensó.

Liam y él habían compartido vestuario, bañera, piscina, camerino e incluso habitación con los otros Red Devils en infinidad de ocasiones. Pero nunca como pareja. Y una vez más, eso marcaba toda la diferencia.

«¿Te imaginas a Liam todo mojadito…?», se dijo. «Con el pelo tan oscuro que tiene, y la piel tan blanca… El pelo y las pestañas húmedos hacen su mirada más intensa. ¿Te lo imaginas cubierto de espuma? ¿Te imaginas acariciar su piel? ¿Será demasiado pronto si le propongo…?».

—¿Qué quieres, Keith? —continuaba insistiendo Liam—. ¿Qué necesitas?

—Am… ¿Te apetece…?

—Sí. Lo que tú digas, amor —contestó Liam, cubriéndole una mejilla de besos.

Keith se rió y bromeó:

—¿Puedo hablar, por favor?

Liam le abrazó con ternura. Apoyó la cabeza en su hombro a su vez, respondiendo:

—Sí, perdona. Me he emocionado demasiado. Dime.

Keith se movió para mirarle a los ojos.

—¿Quieres venirte conmigo a la ducha? —le dijo.

Liam no contestó en seguida. Sus ojos castaños se clavaron en los suyos, como si la pregunta le hubiera sorprendido. Su respiración le acarició la mejilla…

Keith ya estaba preguntándose por qué Liam parecía estar pensándolo, cuando su compañero alargó una mano para apoyarla en su nuca. Atrajo su cabeza hacia sí. Apoyó su frente en la suya y murmuró:

—Eres la cosa más bonita que he visto nunca, Keith.

Keith volvió a sonreír, nervioso.

—¿Eso es un sí? —preguntó.

Liam se apartó un poco. Frunció el ceño, extrañado, y pareció pensarlo otra vez.

—¿A qué te refieres? —dijo. De pronto, pareció caer en la cuenta, porque su rostro se iluminó y exclamó—: ¡Ah! ¿Lo de la ducha? ¡Por supuesto! ¡Vamos!

Le agarró por una mano, decidido, y empezó a tirar de él hacia el pasillo. Keith se rió. ¿Cómo pudo pensar que para Liam podría ser demasiado pronto?

***

Mientras los dos iban de la mano, riendo, hacia la ducha, en otro lugar distinto de la ciudad, un cierto Dragon Rider acababa de despertar bajo la luz del sol naciente.

El Dragon Rider era Troy. Y no había despertado bajo la luz, sino más bien a causa de esta. Un rayo de sol dorado se estaba reflejando en una ventana del edificio de enfrente. El reflejo daba

sobre un adorno metálico del mueble de la tele, situado delante de él, y el brillo le molestó los ojos. Se movió un poco para cambiar de postura.

Se encontraba acurrucado sobre el sofá, con la cabeza apoyada en uno de los brazos del asiento, el que estaba más cerca de la mesita del teléfono. Estaba cubierto y arropado con una mantita, y gracias a ella no se había quedado helado, pero se sentía todo entumecido. Se estiró con disimulo, y levantó la cabeza para echar una ojeada alrededor.

El sol ya había salido por entre los edificios y empezaba a ascender por el cielo azul. Había mucha claridad en el salón. La luz entraba a raudales y llegaba casi hasta la mesa grande, aunque el pasillo y el recibidor aún quedaban en sombras.

Troy era el único que estaba en el sofá, pero no estaba solo. Seth se había acomodado sobre uno de los sillones, hecho un cuatro y envuelto hasta la barbilla en otra manta. Lo único que se podía ver de él era su pelo y sus ojos cerrados. Austin estaba acurrucado en el otro, cubierto por una sábana. Esta se le había caído de los hombros y la mitad de ella le cubría la cintura y las piernas, mientras que la otra mitad arrastraba por el suelo. Estaba vuelto de espaldas a Troy, y tenía la camiseta un poco levantada, exponiendo la piel blanca de su espalda. Tanto él como Seth parecían estar profundamente dormidos.

«¿Qué hora debe ser?», se dijo Troy. «Por la luz que hay, parece media mañana. Me pregunto cuánto hemos dormido…».

En ese preciso momento, un timbre quebró el silencio del apartamento e hizo sobresaltar a los tres jóvenes. Se trataba del sonido del teléfono.

Austin estuvo a punto de caerse del sillón. Suerte que tuvo el reflejo de apoyar un pie en el suelo. Se quedó mirando a Troy con grandes ojos, desorientado, mientras Seth parpadeaba y se frotaba los suyos, diciendo con voz somnolienta:

—¿Troy?

Este se volvió a sobresaltar. De pronto lo recordó todo de un golpe. William estaba secuestrado, y el malvado que lo tenía prisionero le había dado de plazo hasta las nueve de la mañana para disolver su grupo, o de lo contrario…

«¡Y debe ser ya tardísimo!», se dijo. El corazón se le puso en la garganta al caer en la cuenta. «¡Seguro que es el secuestrador otra vez! ¡Me llama para anunciarme que ha matado a Will!».

El teléfono continuaba sonando, inexorable. Seth le miró con cara de extrañeza, e hizo la intención de incorporarse, llamando:

—¡Troy!

Miró al teléfono, y luego a él otra vez de modo muy elocuente, como si le dijera sin palabras: «¿A qué esperas?». Troy titubeó. Odiaba los teléfonos, pero en este momento lo que sentía era distinto. Era miedo, estaba paralizado por el pánico. No quería contestar para tener que oír que William ya no estaba.

Sin embargo, su cuerpo reaccionó por reflejo, o tal vez fuera por la mirada tan apremiante de Seth. En todo caso, cuando se fue a dar cuenta, ya había alargado la mano hacia el auricular y lo tenía pegado a la oreja, temblando todo entero.

—¿Sí? —dijo con voz extraña, ronca y quebradiza.

—¿Está el señor Troy Anderson? —contestó una voz de hombre al otro lado, en tono serio, seco y profesional.

Troy sintió un breve instante de alivio. No era la voz del secuestrador, estaba seguro de ello. Además, parecía tratarse de alguien mayor que ellos, tal vez de la edad de Max o incluso mayor. Tuvo la sensación de que la había oído antes, pero no pudo precisar dónde.

—Sí, soy yo —dijo—. ¿Quién es?

—Buenos días. Soy el teniente Fidgerald —explicó el otro hombre—. ¿Podría usted venir a comisaría antes de las nueve? Es importante.

Troy parpadeó, sorprendido, y contestó:

—Sí, claro. Allí estaremos.

—Bien. Le estaré esperando.

Y colgó sin más. Troy devolvió el auricular a su sitio, confuso ahora. ¿Antes de las nueve? Entonces no era tan tarde como había creído. ¿Qué demonios de hora era, por favor? ¿Y para qué querría este teniente tan desagradable que fuera a verle? ¿Habrían encontrado el cadáver de William?

«¡No, no!», se corrigió. «Todavía no son las nueve, ¿no has oído? ¡Es imposible! Quiere que vayamos para otra cosa. Pero, ¿de qué puede tratarse?»

Y de pronto se le ocurrió una posibilidad también bastante aterradora, tanto que su estómago se hizo un nudo solo con imaginarlo. «¡Madre mía!», pensó. «¡Ya está! ¡Lo saben! ¡Saben que estuvimos anoche en el Averno!».

Miró a sus dos amigos con grandes ojos de espanto. ¡Ahora sí que estaban metidos en un buen lío!

(Continúa en el libro 25)